
UNA GUÍA PARA EVALUAR NUESTRO ESTADO EN CRISTO
LA
SANTIFICACIÓN
ARTHUR W. PINK


UNA GUÍA PARA EVALUAR NUESTRO ESTADO EN CRISTO
LA
SANTIFICACIÓN
ARTHUR W. PINK

LA SANTIFICACIÓN

POR

Arthur Pink

Contents

22. El INSTRUMENTO de la Santificación (Completado)

1. INTRODUCCIÓN

En los artículos sobre "La Doctrina de la Justificación" contemplamos la trascendente gracia de Dios que proveyó para su pueblo una Fianza, que guardó para ellos perfectamente su santa ley, y que también soportó la maldición que se debía a sus múltiples transgresiones contra ella. En consecuencia, aunque en nosotros mismos somos criminales que merecen ser llevados al tribunal de la justicia de Dios y allí ser condenados a muerte, somos, sin embargo, en virtud del servicio aceptado de nuestro Sustituto, no sólo no condenados, sino "justificados", es decir, declarados justos en los altos tribunales del Cielo. La misericordia se ha regocijado contra el juicio, pero no sin que la justicia gubernamental de Dios, expresada en su santa ley, haya sido plenamente glorificada. El Hijo de Dios encarnado, como cabeza federal y representante de su pueblo, la obedeció, y también sufrió y murió bajo su sentencia condenatoria. Los reclamos de Dios han sido plenamente satisfechos, la justicia ha sido magnificada, la ley ha sido hecha más honorable que si cada descendiente de Adán hubiera cumplido personalmente sus requisitos.

"Por lo tanto, en lo que respecta a la justicia justificante, los creyentes no tienen nada que ver con la ley. Son justificados 'aparte de ella' (Romanos 3:21), es decir, aparte de cualquier cumplimiento personal de la misma. No podríamos cumplir su justicia, ni soportar su curso. Las exigencias de la ley fueron satisfechas y terminadas, una vez y para siempre, por la satisfacción de nuestro gran Sustituto, y como resultado hemos alcanzado la justicia sin obras, es decir, sin obediencia personal propia. Por la obediencia de uno solo muchos serán constituidos justos" (Romanos 5:19). Puede haber, y hay, otras relaciones en las que nos encontramos con la ley. El principio de nuestra nueva naturaleza es regocijarse en su santidad: 'nos deleitamos en la ley de Dios según el hombre interior'. Conocemos la amplitud y la bendición de esos dos primeros

mandamientos de los que penden toda la Ley y los Profetas: sabemos que 'el amor es el cumplimiento de la ley'. No despreciamos la luz orientadora de los santos e inmutables mandamientos de Dios, encarnados vivamente, como lo han sido, en los caminos y el carácter de Jesús; pero no tratamos de obedecerlos con el pensamiento de obtener la justificación por ello.

Lo que se ha alcanzado, no puede seguir alcanzándose. Tampoco ponemos una indignidad tan grande en 'la justicia de nuestro Dios y Salvador' como para poner la obediencia parcial e imperfecta que rendimos después de ser justificados, al nivel de esa justicia celestial y perfecta por la que hemos sido justificados. Después de haber sido justificados, la gracia puede aceptar, y de hecho lo hace, por causa de Cristo, nuestra obediencia imperfecta como algo agradable; pero siendo ésta una consecuencia de nuestra justificación perfeccionada, no puede convertirse en un fundamento de la misma. Tampoco puede presentarse a Dios nada que sea mínimamente imperfecto, con el fin de alcanzar la justificación. Con respecto a esto, los tribunales de Dios no admiten nada que esté por debajo de su propia perfección absoluta" (B. W. Newton).

Habiendo, pues, reflexionado largamente sobre la verdad básica y bendita de la justificación, es conveniente que consideremos ahora la doctrina estrechamente relacionada y complementaria de la santificación. ¿Pero qué es la "santificación": es una cualidad o una posición? ¿Es la santificación una cosa legal o experimental? es decir, ¿es algo que el creyente tiene en Cristo o en sí mismo? ¿Es absoluta o relativa? es decir, ¿admite grado o no? ¿es inmutable o progresiva? ¿Somos santificados en el momento en que somos justificados, o la santificación es una bendición posterior? ¿Cómo se obtiene esta bendición? ¿Por algo que se hace por nosotros, o por nosotros, o por ambos? ¿Cómo puede uno estar seguro de que ha sido santificado: cuáles son las características, las evidencias, los frutos? ¿Cómo podemos distinguir entre la santificación por el Padre, la santificación por el Hijo, la santificación por el Espíritu, la santificación por la fe, la santificación por la Palabra?

¿Hay alguna diferencia entre la santificación y la santidad? ¿Son la santificación y la purificación la misma cosa? ¿La santificación se refiere al alma, al cuerpo o a ambos? ¿Qué posición ocupa la santificación en el orden de las bendiciones divinas? ¿Qué relación existe entre la regeneración y la santificación? ¿Cuál es la relación entre la justificación y la santificación? ¿En qué difiere la santificación de la glorificación? ¿Cuál es exactamente el lugar de la santificación con respecto a la salvación: precede o sigue, o es parte integrante de ella? ¿Por qué hay tanta diversidad de opiniones sobre estos puntos, ya que apenas hay dos escritores que traten este tema de la misma manera? Nuestro propósito aquí no es simplemente multiplicar las preguntas, sino indicar las múltiples facetas de nuestro tema actual, e insistir en las diversas vías de aproximación a su estudio.

Las respuestas a las preguntas anteriores han sido ciertamente diversas. Muchos que no estaban cualificados para tal tarea han emprendido la tarea de escribir sobre este tema tan pesado y difícil, precipitándose donde los hombres más sabios temían pisar. Otros han examinado superficialmente este tema a través de las gafas coloreadas del apego al credo. Otros, sin ningún esfuerzo propio, se han limitado a hacerse eco de los predecesores que, según ellos, han dado la verdad al respecto. Aunque el presente escritor ha estado estudiando este tema de manera intermitente durante más de veinticinco años, se ha sentido demasiado inmaduro y poco espiritual para escribir extensamente sobre él; e incluso ahora, es (confía) con temor y temblor que intenta hacerlo: que el Espíritu Santo guíe estos pensamientos para que sea preservado de todo lo que pueda pervertir la verdad, deshonrar a Dios o engañar a su pueblo.

Tenemos en nuestra biblioteca discursos y tratados sobre este tema de más de cincuenta hombres diferentes, antiguos y modernos, que van desde los hipercalvinistas hasta los ultraarminianos, y un número que no querría figurar bajo ninguno de ellos. Algunos

hablan con dogmatismo pontifical, otros con reverente cautela, unos pocos con humilde desconfianza. Todos ellos han sido cuidadosamente digeridos por nosotros y diligentemente comparados en los puntos principales. El presente escritor detesta el sectarismo (sobre todo en aquellos que están más afectados por él, mientras pretenden oponerse a él), y desea fervientemente ser liberado del partidismo. Busca beneficiarse de los trabajos de todos, y reconoce libremente su deuda con hombres de diversos credos y escuelas de pensamiento. En algunos aspectos de este tema ha encontrado a los Hermanos de Plymouth mucho más útiles que los reformadores y los puritanos.

La gran importancia de nuestro tema actual se evidencia por la prominencia que se le da en las Escrituras: las palabras "santo, santificado", etc., aparecen en ellas cientos de veces. Su importancia también se desprende del alto valor que se le atribuye: es la gloria suprema de Dios, de los ángeles no caídos, de la Iglesia. En Éxodo 15:11 leemos que el Señor Dios es "glorioso en la santidad", que es su excelencia suprema. En Mateo 25:31 se menciona a los "santos ángeles", pues no se les puede atribuir mayor honor. En Efesios 5:26, 27 aprendemos que la gloria de la Iglesia no reside en la pompa y el adorno exterior, sino en la santidad. Su importancia aparece además en que ésta es el objetivo en todas las dispensaciones de Dios. Él eligió a su pueblo para que fuera "santo" (Efesios 1:4); Cristo murió para "santificar" a su pueblo (Hebreos 13:12); los castigos son enviados para que seamos "partícipes de la santidad de Dios" (Hebreos 12:10).

Cualquiera que sea la santificación, es la gran promesa del pacto hecho a Cristo para su pueblo. Como bien dijo Thomas Boston, "Entre el resto de esa clase, brilla como la luna entre las estrellas menores, como el principal fin subordinado del pacto de gracia, situándose en él junto a la gloria de Dios, que es el fin principal y último del mismo". La promesa de la preservación, del Espíritu, de la vivificación del alma muerta, de la fe, de la justificación, de la reconciliación, de la adopción y del disfrute de Dios como nuestro Dios, tienden a ella como su centro común, y se relacionan con ella

como medios para su fin. Todos ellos se realizan para los pecadores con el propósito de hacerlos santos". Esto se desprende claramente del "juramento que hizo a nuestro padre Abraham, de que nos concedería que, librados de la mano de nuestros enemigos, le sirviéramos sin temor, en santidad y justicia delante de él todos los días de nuestra vida" (Lucas 1:73-75). En ese "juramento" o pacto, hecho a Abraham como tipo de Cristo (nuestro Padre espiritual: Hebreos 2:13), el servicio de su descendencia al Señor en santidad se presenta como la principal cosa jurada al Mediador, siendo la liberación de sus enemigos espirituales un medio para ese fin.

La excelencia suprema de la santificación se afirma en Proverbios 8:11, "Porque la sabiduría es mejor que las piedras preciosas, y todas las cosas que se pueden desear no se pueden comparar con ella". "Todo el que haya leído el libro de los Proverbios con alguna atención habrá observado que Salomón entiende por 'sabiduría' la santidad, y por 'locura' el pecado; por sabio un santo, y por necio un pecador. Los sabios heredarán la gloria, pero la vergüenza será la promoción de los necios" (Proverbios 13:35): ¡quién puede dudar de que por "sabios" entienda a los santos, y por "necios" a los pecadores! El temor del Señor es el principio de la sabiduría" (Proverbios 9:10), con lo que quiere afirmar que la verdadera "sabiduría" es la verdadera piedad o la verdadera santidad. La santidad, entonces, es 'mejor que los rubíes', y todas las cosas que se pueden desear no se pueden comparar con ella. Es difícil concebir cómo el valor inestimable y la excelencia de la santidad podrían pintarse con colores más brillantes que comparándola con los rubíes, los objetos más ricos y hermosos de la naturaleza" (N. Emmons).

La verdadera santificación no sólo es una cosa importante, esencial e indeciblemente preciosa, sino que es totalmente sobrenatural. "Es nuestro deber indagar en la naturaleza de la santidad evangélica, ya que es un fruto o efecto en nosotros del Espíritu de santificación, porque es abstrusa y misteriosa, e indiscernible para el ojo de la razón carnal. Decimos de ella en cierto sentido como Job de la sabiduría, 'de dónde viene la sabiduría, y dónde está el lugar del

entendimiento, ya que está oculta a los ojos de todos los vivientes, y guardada de las aves del cielo; la destrucción y la muerte dicen: Hemos oído su fama con nuestros oídos: Dios entiende su camino, y conoce su lugar. Y al hombre le dijo: He aquí que el temor del Señor es la sabiduría, y apartarse del mal es la inteligencia" (28:20-23, 28). Esta es aquella sabiduría cuyos caminos, residencia y senderos, están tan ocultos a la razón natural y al entendimiento de los hombres.

"Ningún hombre, digo, por la mera vista y conducta puede conocer y entender correctamente la verdadera naturaleza de la santidad evangélica; y no es, por tanto, de extrañar que la doctrina de la misma sea despreciada por muchos como una fantasía entusiasta. Es de las cosas del Espíritu de Dios, sí, es el efecto principal de toda su operación en nosotros y hacia nosotros. Y 'estas cosas de Dios no las conoce nadie sino el Espíritu de Dios' (I Corintios 2:11). Es sólo por Él que estamos capacitados para 'conocer las cosas que nos son dadas gratuitamente por Dios' (5. 12), como esto es, si alguna vez recibimos algo de Él en este mundo, o lo haremos hasta la eternidad. El ojo no ha visto, ni el oído ha oído, ni ha entrado en el corazón del hombre, las cosas que Dios ha preparado para los que le aman": la comprensión de estas cosas no es obra de ninguna de nuestras facultades naturales, sino que "Dios nos las revela por su Espíritu" (vv. 9, 10).

"Los creyentes mismos están a menudo muy poco familiarizados con ella, ya sea en cuanto a su comprensión de su verdadera naturaleza, causas y efectos, o, al menos, en cuanto a sus propios intereses y preocupación por ella. Así como no conocemos por nosotros mismos las cosas que son obradas en nosotros por el Espíritu de Dios, rara vez atendemos como deberíamos a su instrucción en ellas. Puede parecer extraño, en efecto, que siendo todos los creyentes santificados y santificados, no entiendan ni comprendan lo que es obrado en ellos y por ellos, y lo que permanece en ellos; pero, ay, qué poco sabemos de nosotros mismos, de lo que somos, y de dónde provienen nuestros poderes y facultades aun en las cosas naturales. ¿Sabemos cómo se forman los miembros del cuerpo en el útero?"

(John Owen)

Una prueba clara de que la verdadera santificación es totalmente sobrenatural y está más allá del conocimiento de los no regenerados, se encuentra en el hecho de que muchos están completamente engañados y fatalmente engañados por imitaciones carnales y sustitutos satánicos de la verdadera santidad. Estaría fuera de nuestro alcance describir en detalle las diversas pretensiones que se hacen pasar por santidad evangélica, pero los pobres papistas, enseñados a mirar a los "santos" canonizados por su "iglesia", no son de ninguna manera los únicos que son engañados en este asunto vital. Si no fuera porque la Palabra de Dios revela tan claramente el poder de las tinieblas que descansan en el entendimiento de todos los que no son enseñados por el Espíritu, sería sorprendente más allá de las palabras ver a tantas personas inteligentes suponiendo que la santidad consiste en abstenerse de las comodidades humanas, vestirse con atuendos mezquinos y practicar diversas austeridades que Dios nunca ha ordenado.

La santificación espiritual sólo puede aprehenderse correctamente a partir de lo que Dios se ha complacido en revelar al respecto en su santa Palabra, y sólo puede conocerse experimentalmente mediante las operaciones de gracia del Espíritu Santo. No podemos llegar a concepciones exactas de este bendito tema, sino en la medida en que nuestros pensamientos son formados por la enseñanza de la Escritura, y sólo podemos experimentar el poder de la misma en la medida en que el Inspirador de esas Escrituras se complace en escribirlas en nuestros corazones. Tampoco podemos obtener una idea correcta del significado del término "santificación" limitando nuestra atención a unos pocos versículos en los que se encuentra la palabra, o incluso a toda una clase de pasajes de naturaleza similar: debe haber un examen meticuloso de cada ocurrencia del término y también de sus cognados; sólo así nos preservaremos del entretenimiento de una visión unilateral, inadecuada y engañosa de su plenitud y multiplicidad.

Incluso un examen superficial de las Escrituras revelará que la santidad es lo opuesto al pecado; sin embargo, la comprensión de esto nos conduce inmediatamente al reino del misterio, pues ¿cómo pueden las personas ser pecadoras y santas al mismo tiempo? Es esta dificultad la que tanto preocupa a los verdaderos santos: perciben en sí mismos tanta carnalidad, suciedad y vileza, que les resulta casi imposible creer que son santos. La dificultad no se resuelve aquí, como en la justificación, diciendo: Aunque seamos completamente impuros en nosotros mismos, somos santos en Cristo. No debemos anticipar aquí el terreno que esperamos cubrir, excepto para decir que la Palabra de Dios enseña claramente que aquellos que han sido santificados por Dios son santos en sí mismos. El Señor, graciosamente, prepara nuestros corazones para lo que va a seguir.

2. El significado de la santificación

Habiendo analizado extensamente el cambio relativo o legal que tiene lugar en el estado del pueblo de Dios en la justificación, es conveniente que procedamos ahora a considerar el cambio real y experimental que tiene lugar en su estado, cambio que se inicia en su santificación y se perfecciona en la gloria. Aunque la justificación y la santificación del pecador creyente pueden, y deben, ser contempladas individualmente y de forma distinta, sin embargo están inseparablemente conectadas, ya que Dios nunca otorga la una sin la otra; de hecho, no tenemos ninguna forma o medio de conocer la primera aparte de la segunda. Por lo tanto, al tratar de llegar al significado de la segunda, será de ayuda examinar su relación con la primera. "Estos compañeros individuales, la santificación y la justificación, no deben ser disociados: bajo la ley las abluciones y las oblaciones iban juntas, los lavados y los sacrificios" (T. Manton).

Hay dos efectos principales que produce el pecado, que no pueden separarse: la suciedad que provoca, la horrible culpa que conlleva. Así pues, la salvación del pecado requiere necesariamente tanto una limpieza como una depuración del que ha de ser salvado. De nuevo, hay dos cosas absolutamente indispensables para que cualquier criatura pueda morar con Dios en el cielo: un título válido para esa herencia, una aptitud personal para disfrutar de esa bendición; la una se da en la justificación, la otra se inicia en la santificación. La inseparabilidad de las dos cosas se pone de manifiesto en: "En el Señor tengo la justicia y la fuerza" (Isaías 45:24); "pero de él sois vosotros en Cristo Jesús, que de Dios nos es hecho sabiduría, y justicia, y santificación, y redención" (1 Corintios 1: 30); "sino que sois lavados, sino que sois santificados, sino que sois justificados" (1 Corintios 6:11); "Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad" (1

Juan 1:9).

"Estas bendiciones van de la mano; y nunca fueron, nunca serán, nunca podrán separarse. No más de lo que el delicioso aroma puede separarse de la hermosa floración de la rosa o del clavel: deja que la flor se expanda, y la fragancia se transpira. Intenta si puedes separar la gravedad de la piedra o el calor del fuego. Si estos cuerpos y sus propiedades esenciales, si estas causas y sus efectos necesarios, están indisolublemente conectados, así son nuestra justificación y nuestra santificación" (James Hervey, 1770).

"Al igual que Adán rompió personalmente el primer pacto por la ofensa que lo arruinó todo, pero aquellos a quienes se les imputa su culpa, se vuelven inherentemente pecaminosos, a través de la corrupción de la naturaleza que se les transmite desde él; así, sólo Cristo cumplió la condición del segundo pacto, y aquellos a quienes se les imputa su justicia, se vuelven inherentemente justos, a través de la gracia inherente que se les comunica desde él por el Espíritu. Porque así como por la infracción de un solo hombre reinó la muerte, mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y el don de la justicia" (Romanos 5:17). ¿Cómo reinó la muerte por la ofensa de Adán? No sólo en cuanto a la culpabilidad, por la que su posteridad estaba destinada a la destrucción, sino también en cuanto a que estaban muertos para todo bien, muertos en delitos y pecados. Por lo tanto, los receptores del don de la justicia deben ser llevados a reinar en la vida, no sólo legalmente en la justificación, sino también moralmente en la santificación" (T. Boston, 1690).

Aunque son absolutamente inseparables, estas dos grandes bendiciones de la gracia divina son muy distintas. En la santificación se nos imparte realmente algo, en la justificación sólo se nos imputa. La justificación se basa enteramente en la obra que Cristo realizó por nosotros, la santificación es principalmente una obra realizada en nosotros. La justificación respeta su objeto en un

sentido legal y termina en un cambio relativo - una liberación del castigo, un derecho a la recompensa; la santificación considera su objeto en un sentido moral, y termina en un cambio experimental tanto en el carácter como en la conducta - impartiendo un amor por Dios, una capacidad para adorarle aceptablemente, y una aptitud para el cielo. La justificación es por una justicia fuera de nosotros, la santificación es por una santidad obrada en nosotros. La justificación es por Cristo como Sacerdote, y tiene que ver con la pena del pecado; la santificación es por Cristo como Rey, y tiene que ver con el dominio del pecado: la primera anula su poder condenatorio, la segunda libera de su poder reinante.

Difieren, entonces, en su orden (no de tiempo, sino de naturaleza), la justificación precede, la santificación sigue: el pecador es perdonado y restaurado al favor de Dios antes de que el Espíritu sea dado para renovarlo según su imagen. Difieren en su diseño: la justificación quita la obligación al castigo; la santificación limpia de la contaminación. Difieren en su forma: la justificación es un acto judicial, por el cual el pecador es declarado justo; la santificación es una obra moral, por la cual el pecador es hecho santo: la una tiene que ver únicamente con nuestra posición ante Dios, la otra se refiere principalmente a nuestro estado. Difieren en su causa: la una procede de los méritos de la satisfacción de Cristo, la otra de la eficacia de la misma. Difieren en su fin: la una otorga un título a la gloria eterna, la otra es el camino que nos conduce a ella. "Y habrá allí una calzada,... y se llamará El camino de la santidad" (Isaías 35:8).

Las palabras "santidad" y "santificación" se usan en nuestra Biblia inglesa para representar una misma palabra en los originales hebreos y griegos, pero no se usan en absoluto con un significado uniforme, sino que se emplean con una latitud y un alcance bastante variados. De ahí que no sea de extrañar que los teólogos hayan formulado tantas definiciones diferentes de su significado. Entre ellas podemos citar las siguientes, cada una de las cuales, excepto la última, tiene un elemento de verdad en ellas. "La santificación es la semejanza con Dios, o el ser renovado a su

imagen". "La santidad es la conformidad con la ley de Dios, en el corazón y en la vida. La santificación es una liberación de la tiranía del pecado, hacia la libertad de la justicia". "La santificación es esa obra del Espíritu por la que somos aptos para ser adoradores de Dios". "La santidad es un proceso de limpieza de la contaminación del pecado". "Es una renovación moral de nuestras naturalezas por la que se hacen cada vez más semejantes a Cristo". "La santificación es la erradicación total de la naturaleza carnal, de modo que se alcanza la perfección sin pecado en esta vida".

Otra clase de escritores, que gozan de gran reputación en ciertos círculos, y cuyas obras tienen ahora una amplia circulación, han formado una definición defectuosa, o al menos muy inadecuada, de la palabra "santificar", limitándose a una cierta clase de pasajes en los que aparece el término y haciendo deducciones de un solo conjunto de hechos. Por ejemplo: no pocos han citado versículo tras versículo del Antiguo Testamento en los que el término "santo" se aplica a objetos inanimados, como los vasos del tabernáculo, y luego han argumentado que el término en sí no puede poseer un valor moral. Pero ese es un razonamiento falso: sería como decir que porque leemos de las "colinas eternas" (Génesis 49:26) y los "montes eternos" (Habacuc 3:6) que por lo tanto Dios no puede ser eterno" - que es la línea de lógica (?) empleada por muchos de los universalistas para dejar de lado la verdad del castigo eterno de los malvados.

Las palabras deben usarse primero para objetos materiales antes de que estemos preparados para emplearlas en un sentido más elevado y abstracto. Todas nuestras ideas son admitidas a través del medio de los sentidos físicos, y en consecuencia se refieren en primer lugar a los objetos externos; pero a medida que el intelecto se desarrolla aplicamos esos nombres, dados a las cosas materiales, a las que son inmateriales. En las primeras etapas de la historia humana, Dios trató con su pueblo según este principio. Es cierto que la santificación del día de reposo por parte de Dios nos enseña que el primer significado de la palabra es "apartar", pero argumentar a partir de esto que el término nunca tiene una fuerza moral cuando

se aplica a los agentes morales no es digno de ser llamado "razonamiento" - es una mera evasión de la cuestión: como también argumentar que, puesto que en la mayoría de los pasajes el "bautismo" se refiere a la inmersión de una persona en el agua, nunca puede tener una fuerza y un valor místicos o espirituales, lo que se contradice con Lucas 12:50; 1 Corintios 12:13.

Las ceremonias externas prescritas por Dios a los hebreos con respecto a su forma externa de servicio religioso estaban todas diseñadas para enseñar los correspondientes deberes internos, y para mostrar la obligación de las virtudes morales. Pero muchos de nuestros modernos están tan decididos a vaciar la palabra "santificar" de todo valor moral, que citan versículos tales como "por ellos me santifico" (Juan 17:19); y como no había ningún pecado en el Señor Jesús del que necesitara limpieza, han concluido triunfalmente que el pensamiento de purificación moral no puede entrar en el significado de la palabra cuando se aplica a Su pueblo. Esto también es un grave error, lo que los abogados llamarían "alegato especial": con la misma razón podríamos insistir en que la palabra "tentar" nunca puede significar solicitar e inclinar al mal, porque no puede significar eso cuando se usa de Cristo en Mateo 4:1; Hebreos 4:15.

La única manera satisfactoria de averiguar el significado o los significados de la palabra "santificar" es examinar cuidadosamente cada pasaje en el que se encuentra en la Sagrada Escritura, estudiando su entorno, sopesando cualquier término con el que se contraste, observando los objetos o personas a los que se aplica. Esto exige mucha paciencia y cuidado, pero sólo así obedecemos aquella exhortación "probadlo todo" (I Tesalonicenses 5:21). Que este término denota algo más que simplemente "separar" o "apartar", queda claro en Números 6:8, donde se dice del nazareno: "todos los días de su separación son santos para el Señor", pues según algunos eso significaría simplemente "todos los días de su separación están separados para el Señor", lo cual sería una tautología sin sentido. Así también, del Señor Jesús se nos dice que era "santo, inofensivo, sin mancha, apartado de los pecadores" (Hebreos 7:26), lo que

muestra que "santo" significa algo más que "separación".

Que la palabra "santificar" (o "santo" - el mismo término hebreo o griego) está lejos de ser utilizada en un sentido uniforme es querida por los siguientes pasajes. En Isaías 66:17 se dice de ciertos hombres malvados: "Los que se santifican, y se purifican en los jardines detrás de un árbol en medio, comiendo carne de cerdo." En Isaías 13:3 Dios dijo de los medos, a quienes había designado para derrocar al imperio babilónico: "He ordenado a mis santificados, también he llamado a mis poderosos, para mi ira." Cuando se aplica a Dios mismo, el término denota Su inefable majestad, "Así dice el alto y excelso que habita la eternidad, cuyo nombre es Santo" (Isaías 57:15 y cf. Salmo 99:3; Habacuc 3:3). También incluye el pensamiento de adornar y equipar: "lo ungirás para santificarlo" (Éxodo 29:36 y cf. 40:11); "lo ungirás para santificarlo" (Levítico 8:12 y cf. 5:30), "si el hombre se purifica de esto, será un vaso para honra, santificado y apto para el uso del Maestro" (2 Timoteo 2:21).

Que la palabra "santo" o "santificar" tiene en muchos pasajes una referencia a una cualidad moral está claro de versículos como el siguiente: "Por lo cual la ley es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno" (Romanos 7:12) - cada uno de esos predicados son cualidades morales. Entre las señas de identidad de un obispo bíblico se encuentra que debe ser "amante de la hospitalidad, amante de los hombres buenos, sobrio, justo, santo, templado" (Tito 1:8), cada una de ellas son cualidades morales, y la misma conexión en la que se encuentra el término "santo" demuestra de manera concluyente que significa mucho más que un apartamiento externo. "De la misma manera que entregaste tus miembros a la impureza y a la iniquidad, entrega tus miembros a la justicia y a la santidad" (Romanos 6:19): aquí la palabra "santidad" se usa antitéticamente a "impureza". Así también en 1 Corintios 7:14, "antes vuestros hijos eran impuros, pero ahora son santos", es decir, marcialmente puros.

Que la santificación incluye la limpieza está claro por muchas

consideraciones. Puede verse en los tipos: "Ve al pueblo y santifícalo hoy y mañana, y que lave sus ropas" (Éxodo 19:10), siendo esto último un emblema de lo primero. Como hemos visto en Romanos 6:19 y I Corintios 7:14, es lo contrario de "impureza". Así también en 2 Timoteo 2:2! el siervo de Dios debe purificarse de "los vasos de deshonra" (predicadores e iglesias mundanas, carnales y apóstatas) si quiere ser "santificado" y "apto para el uso del Maestro". En Efesios 5:26 se nos dice que Cristo se entregó a sí mismo por la Iglesia, "para santificarla y limpiarla", y que, a fin de "presentársela a sí mismo como una Iglesia gloriosa, que no tenga mancha ni arruga ni cosa semejante, sino (en contraste con tales manchas) que sea santa" (5. 27). "Si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y la ceniza de una vaquilla que rocía a los impuros, santifica para la purificación de la carne" (Hebreos 9:13): ¡qué más claro! - La santificación ceremonial bajo la ley estaba asegurada por un proceso de purificación o limpieza.

"La purificación es la primera noción propia de la santificación real interna. Ser absolutamente impuro, y ser santo, son universalmente opuestos. No estar purificado del pecado, es una expresión de una persona impura, como estar limpio es de aquel que es santo. Esta purificación se atribuye a todas las causas y medios de la santificación. No es que la santificación consista enteramente en esto, sino que, en primer lugar y necesariamente, se requiere para ello: "Rociaré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpios; de toda vuestra inmundicia y de todos vuestros ídolos os limpiaré" (Ezequiel 36:25). Ya he demostrado que este rociamiento de agua limpia sobre nosotros es la comunicación del Espíritu a nosotros para el fin deseado. También se ha declarado por qué se le llama "agua" o se le compara con ella. El siguiente versículo muestra expresamente que se trata del Espíritu de Dios: 'Pondré mi Espíritu dentro de vosotros, y os haré andar en mis estatutos'. Y lo que se promete, en primer lugar, es la limpieza de nosotros de la contaminación del pecado, que en el orden de la naturaleza, se propone a su capacidad de caminar en los estatutos de Dios (John Owen).

Santificar, entonces, significa en la gran mayoría de los casos,

designar, dedicar o apartar a Dios, para un uso santo y especial. Sin embargo, ese acto de separación no es un simple cambio de situación, por así decirlo, sino que va precedido o acompañado de una obra que (ceremonial o experimentalmente) adecua a la persona para Dios. Así, los sacerdotes en su santificación (Levítico 8) eran santificados lavándose en agua (tipo de regeneración: Tito 3:5), teniendo la sangre aplicada a sus personas (tipo de justificación: Romanos 5:9), y siendo ungidos con aceite (tipo de recepción del Espíritu Santo: 1 Juan 2:20, 27). Cuando el término se aplica a los cristianos, se utiliza para designar tres cosas, o tres partes de un todo:

Primero, el proceso de apartarlos para Dios o constituirlos en santos: Hebreos 13:12; 2 Tesalonicenses 2:13.

Segundo, el estado o condición de separación santa a la que son llevados: I Corintios 1:2; Efesios 4:24.

Tercero, la santidad personal o la vida santa que procede del estado: Lucas 1:75; 1 Pedro 1:15.

Para volver a los tipos del Antiguo Testamento, que son generalmente los mejores intérpretes de las declaraciones doctrinales del Nuevo Testamento, siempre que tengamos en cuenta que el antitipo es siempre de un orden más alto y de naturaleza superior a lo que lo prefigura, como la sustancia debe superar a la sombra, lo interior y espiritual superando lo meramente exterior y ceremonial. "Santifica para mí a todos los primogénitos... es mío" (Éxodo 13:2). Esto viene inmediatamente después de la liberación de los primogénitos por la sangre del cordero pascual en el capítulo anterior: primero la justificación y luego la santificación como partes complementarias de un todo. "Por tanto, haréis diferencia entre los animales limpios y los inmundos, y entre las aves inmundas y las limpias; y no haréis abominables vuestras almas por medio de animales o aves, o por medio de cualquier cosa viviente que se arrastre por la tierra, que yo he separado de vosotros como inmundos. Y seréis santos para mí; porque yo, el Señor, soy santo, y os he separado de los demás pueblos para que seáis míos" (Levítico 20:25, 26). Aquí vemos que hubo una separación de todo lo

inmundo, con una devoción sin reservas y exclusiva al Señor.

3. La NECESIDAD de la Santificación

Es nuestro más ferviente deseo escribir este artículo no de una manera teológica o meramente abstracta, sino de una manera práctica: de tal manera que pueda agradar al Señor hablar a través de él a nuestros corazones necesitados y escudriñar nuestras conciencias torpes. Es una rama muy importante de nuestro tema, y sin embargo es una rama de la que somos propensos a rehuir, ya que es muy desagradable para la carne. Habiendo sido formados en la iniquidad y concebidos en el pecado (Salmo 51:5), nuestros corazones naturalmente odian la santidad, oponiéndose a cualquier conocimiento experimental de la misma. Como dijo el Señor Jesús a los líderes religiosos de su día, "Esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz" (Juan 3:19), lo cual puede ser justamente parafraseado como "los hombres amaron más el pecado que la santidad", ya que en las Escrituras las "tinieblas" son el emblema del pecado -el maligno es denominado "el poder de las tinieblas"-, así como la "luz" es el emblema del inefablemente Santo (1 Juan 1:5).

Pero aunque por naturaleza el hombre se opone a la Luz, está escrito: "Seguid la paz con todos y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor" (Hebreos 12:14). En el mismo sentido, el Señor Jesús declaró: "Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán a Dios" (Mateo 5:8). Dios no llamará a la cercanía con Él a los que son carnales y corruptos. "¿Pueden dos caminar juntos si no están de acuerdo?" (Amós 3:3): ¿qué concordia puede haber entre un alma impía y el Dios tres veces santo? Nuestro Dios es "glorioso en santidad" (Éxodo 15:11), y por lo tanto, aquellos que Él separa para sí deben ser adecuados a Él, y ser hechos "partícipes de su santidad" (Hebreos 12:10). Todos sus caminos con el hombre exhiben este principio, y su Palabra proclama continuamente que "no es un Dios que se complace en la maldad, ni el mal habita con él" (Salmo 5:4).

Por nuestra caída en Adán perdimos no sólo el favor de Dios, sino también la pureza de nuestra naturaleza, y por lo tanto necesitamos ser reconciliados con Dios y santificados en nuestro hombre interior. Hay ahora una lepra espiritual extendida sobre toda nuestra naturaleza que nos hace repugnantes a Dios y nos pone en un estado de separación de Él. Por más esfuerzos que haga el pecador para librarse de su horrible enfermedad, no hace más que ocultarla y no limpiarla. Adán no ocultó su desnudez ni la vergüenza de la misma con su artilugio de hoja de higuera; así, aquellos que no tienen otra cobertura para su suciedad natural que los aspectos externos de la religión, más bien la proclaman que la ocultan. No se equivoquen en este aspecto: ni la profesión externa de cristianismo ni la realización de unas pocas obras buenas nos darán acceso al tres veces Santo. A menos que seamos lavados por el Espíritu Santo, y en la sangre de Cristo, de nuestras contaminaciones nativas, no podemos entrar en el reino de la gloria.

Ay, con qué formas de piedad, con qué apariencias externas, con qué adornos externos está satisfecha la mayoría de la gente. Cómo confunden las sombras con la sustancia, los medios con el fin mismo. Cuántos devotos de Laodicea hay que no saben que son "desventurados y miserables, y pobres y ciegos y desnudos" (Apocalipsis 3:17). Ninguna predicación les afecta, nada les hará exclamar con el profeta: "Oh Dios mío, me avergüenzo, y me sonrojo al levantar mi rostro hacia ti, mi Dios" (Esdras 9:6). No, si sólo se preservan de la culpa conocida de los pecados que son punibles entre los hombres, para todas las demás cosas su conciencia parece muerta: no tienen vergüenza interior por nada entre sus almas y Dios, especialmente por la depravación y la contaminación de sus naturalezas: de eso no saben, no sienten, no se lamentan.

"Hay una generación que es pura a sus propios ojos, y sin embargo no está lavada de su inmundicia" (Proverbios 30:12). Aunque nunca

habían sido limpiados por el Espíritu Santo, ni sus corazones habían sido purificados por la fe (Hechos 15:9), se consideraban puros y no tenían el menor sentido de su sucia contaminación. Tal generación eran los fariseos santurrones de los días de Cristo: constantemente limpiaban sus manos y copas, participando en una interminable ronda de lavados ceremoniales, pero ignoraban completamente el hecho de que por dentro estaban llenos de toda clase de contaminación (Mateo 23:25-28). Así es una generación de asistentes a la iglesia hoy en día; son ortodoxos en sus puntos de vista, reverentes en su comportamiento, regulares en sus contribuciones, pero no tienen conciencia del estado de sus corazones.

Esa santificación o santidad personal que aquí deseamos mostrar la necesidad absoluta, radica o consiste en tres cosas. Primero, ese cambio interno o renovación de nuestras almas, por el cual nuestras mentes, afectos y voluntades se ponen en armonía con Dios. Segundo, ese cumplimiento imparcial de la voluntad revelada de Dios en todos los deberes de obediencia y abstinencia del mal, que surge de un principio de fe y amor. Tercero, la dirección de todas nuestras acciones para la gloria de Dios, por Jesucristo, según el Evangelio. Esto, y nada menos que esto, es la santificación evangélica y salvadora. El corazón debe ser cambiado para que esté en conformidad con la naturaleza y la voluntad de Dios: sus motivos, deseos, pensamientos y acciones deben ser purificados. Debe haber un espíritu de santidad que trabaje en el interior para santificar nuestras actuaciones externas si han de ser aceptables para Aquel en quien "no hay oscuridad alguna".

La santidad evangélica consiste no sólo en las obras externas de piedad y caridad, sino en los pensamientos, impulsos y afectos puros del alma, principalmente en ese amor desinteresado del que deben brotar todas las buenas obras si han de recibir la aprobación del Cielo. No sólo debe haber una abstinencia de la ejecución de las lujurias pecaminosas, sino que debe haber un amor y un deleite por hacer la voluntad de Dios de manera alegre, obedeciéndole sin repentir o renegar de ningún deber, como si fuera un yugo penoso

que hay que soportar. La santificación evangélica es esa santidad de corazón que nos hace amar a Dios de manera suprema, para entregarnos por completo a su servicio constante en todas las cosas, y a su disposición de nosotros como nuestro Señor absoluto, ya sea para la prosperidad o la adversidad, para la vida o la muerte; y para amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos.

Esta entera santificación de todo nuestro hombre interior y exterior es absolutamente indispensable. Así como debe haber un cambio de estado antes de que pueda haber vida - "haz que el árbol sea bueno, y su fruto (será) bueno" (Mateo 12:33)-, así debe haber santificación antes de que pueda haber glorificación. A menos que seamos purificados de la contaminación del pecado, nunca podremos ser aptos para la comunión con Dios. "Y no entrará en ella (la morada eterna de Dios y su pueblo) nada que contamine, ni lo que haga abominación" (Apocalipsis 21:27). "Suponer que un pecador no purificado puede ser llevado al bendito disfrute de Dios, es derribar tanto la ley como el Evangelio, y decir que Cristo murió en vano" (J. Owen, Vol. 2: p. 511). La santidad personal es tan imperativa como el perdón de los pecados para alcanzar la bienaventuranza eterna.

Por muy claras y convincentes que sean las afirmaciones anteriores, hay una clase de cristianos profesos que desean considerar que la justificación del creyente constituye casi la totalidad de su salvación, en lugar de ser sólo un aspecto de la misma. Tales personas se deleitan en la justicia imputada de Cristo, pero muestran poca o ninguna preocupación por la santidad personal. Por otra parte, no son pocos los que, en su reacción ante el énfasis unilateral en la justificación por la gracia a través de la fe solamente, se han ido al extremo opuesto, haciendo de la santificación la suma y la sustancia de todo su pensamiento y predicación. Que se entienda solemnemente que mientras un hombre puede aprender a fondo la doctrina bíblica de la justificación y, sin embargo, no ser él mismo justificado ante Dios, así puede ser capaz de detectar las crudezas y los errores de "la gente de la santidad" y, sin embargo, estar completamente sin santificar. Pero es principalmente el primero de estos dos errores el

que deseamos exponer ahora, y no podemos hacer nada mejor que citar extensamente a uno de los que más útilmente lo ha tratado.

"Debemos considerar la santidad como una parte muy necesaria de esa salvación que se recibe por la fe en Cristo. Algunos están tan empapados en un pacto de obras, que nos acusan de hacer que las buenas obras sean innecesarias para la salvación, si no las reconocemos como necesarias, ya sea como condiciones para procurar un interés en Cristo, o como preparativos para capacitarnos para recibirlo por la fe. Y otros, cuando las Escrituras les enseñan que nos salvamos por la fe, incluso por la fe sin obras, comienzan a despreciar toda la obediencia a la ley como no necesaria para la salvación, y se consideran obligados a ella sólo en punto de gratitud; si se descuida totalmente, no dudan que la libre gracia los salvará de todos modos. Sí, algunos están entregados a engaños antinómicos tan fuertes, que consideran parte de la libertad de la esclavitud de la ley comprada por la sangre de Cristo, el no tener conciencia de infringir la ley en su conducta.

Una de las causas de estos errores, que son tan contrarios entre sí, es que muchos tienden a imaginar que no se entiende otra cosa por "salvación" que ser liberado del infierno y disfrutar de la felicidad y la gloria celestiales; de ahí que concluyan que, si las buenas obras son un medio de glorificación, y preceden a ella, deben ser también un medio precedente de toda nuestra salvación, y si no son un medio necesario de toda nuestra salvación, no son en absoluto necesarias para la glorificación. Pero aunque la "salvación" se toma a menudo en la Escritura como una eminencia por su perfección en el estado de gloria celestial, sin embargo, de acuerdo con su significado completo y apropiado, debemos entender por ella toda la libertad del mal de nuestro estado natural corrupto, y todos aquellos disfrutes santos y felices que recibimos de Cristo nuestro Salvador, ya sea en este mundo por la fe, o en el mundo venidero por la glorificación. Así, la justificación, el don del Espíritu para morar en nosotros, el privilegio de la adopción (liberación del poder reinante del pecado residente. A. W. P.) son partes de nuestra 'salvación' de la que participamos en esta vida. Así también, la

conformidad de nuestros corazones con la ley de Dios, y los frutos de justicia con los que somos llenados por Jesucristo en esta vida, son una parte necesaria de nuestra 'salvación'.

"Dios nos salva de nuestra impureza pecaminosa aquí, por el lavado de la regeneración y la renovación del Espíritu Santo (Ezequiel 36:29; Tito 3 :5), así como del infierno en lo sucesivo. Cristo fue llamado Jesús, es decir, un Salvador: porque salva a Su pueblo de sus pecados (Mateo 1:21). Por lo tanto, la liberación de nuestros pecados es parte de nuestra "salvación", que se inicia en esta vida por la justificación y la santificación, y se perfecciona por la glorificación en la vida futura. ¿Podemos dudar racionalmente de que sea parte de nuestra salvación por Cristo el ser vivificados, de modo que seamos capaces de vivir para Dios, cuando estábamos por naturaleza muertos en delitos y pecados, y que se nos devuelva la imagen de Dios en santidad y justicia, que perdimos por la caída? y ser liberados de una vil y deshonrosa esclavitud a Satanás y a nuestros propios deseos, y ser hechos siervos de Dios; y ser honrados tan altamente como para caminar por el Espíritu, y producir los frutos del Espíritu? ¿Y qué es todo esto sino santidad de corazón y de vida?

"Concluimos, entonces, que la santidad en esta vida es absolutamente necesaria para la salvación, no sólo como un medio para el fin, sino por un tipo de necesidad más noble: como parte del fin mismo. Aunque no somos salvados por las buenas obras como causas procuradoras, sí somos salvados para las buenas obras, como frutos y efectos de la gracia salvadora, 'que Dios ha preparado para que andemos en ellas' (Efesios 2:10). Ciertamente, una parte de nuestra salvación es ser liberados de la esclavitud del pacto de obras; pero el fin de esto no es que tengamos libertad para pecar (que es la peor de las esclavitudes), sino que cumplamos la ley real de la libertad, y que 'sirvamos en novedad de espíritu, y no en la antigüedad de la letra' (Gálatas 5:13; Romanos 7:6). Sí, la santidad en esta vida es una parte tal de nuestra "salvación" que es un medio necesario para hacernos aptos para ser partícipes de la herencia de los santos en la luz y la gloria celestiales: porque sin santidad nunca

podremos ver a Dios (Hebreos 12:14), y somos tan inadecuados para su gloriosa presencia como los cerdos para la cámara de un rey terrenal.

"Lo último que hay que señalar en este sentido es que la santidad de corazón y de vida debe buscarse fervientemente por la fe como una parte muy necesaria de nuestra 'salvación'. Grandes multitudes de personas ignorantes que viven bajo el Evangelio, endurecen sus corazones en el pecado y arruinan sus almas para siempre, al confiar en Cristo para una 'salvación' tan imaginaria que no consiste en absoluto en la santidad, sino sólo en el perdón del pecado y la liberación de los tormentos eternos. Se librarían de los castigos debidos al pecado, pero aman tanto sus lujurias que odian la santidad y no desean ser salvados del servicio del pecado. La manera de oponerse a este engaño pernicioso no es negar, como hacen algunos, que confiar en Cristo para la salvación es un acto de fe salvador, sino mostrar que nadie confía o puede confiar en Cristo para la verdadera 'salvación' si no confía en Él para la santidad, ni desea de corazón la verdadera salvación, si no desea ser hecho santo y justo en su corazón y en su vida. Si alguna vez Dios y Cristo les dieron la 'salvación', la santidad será una parte de ella; si Cristo no los lava de la suciedad de sus pecados, no tienen parte con Él (Juan 13:8).

"¡Qué extraña clase de salvación desean los que no se preocupan por la santidad! Quieren ser salvados y, sin embargo, estar completamente muertos en el pecado, ajenos a la vida de Dios, desprovistos de la imagen de Dios, deformados por la imagen de Satanás, sus esclavos y vasallos de sus propias lujurias inmundas, totalmente incapaces de disfrutar de Dios en la gloria. Tal salvación nunca fue comprada por la sangre de Cristo; y los que la buscan abusan de la gracia de Dios en Cristo, y la convierten en lascivia. Quieren ser salvados por Cristo, y sin embargo estar fuera de Cristo en un estado carnal; mientras que Dios no libera de la condenación a nadie más que a los que están en Cristo, que no andan según la carne, sino según el Espíritu; o bien quieren dividir a Cristo, y tomar una parte de su salvación y dejar fuera el resto; pero Cristo

no está dividido (1 Corintios 1:13). Quieren que se les perdonen sus pecados, no para poder caminar con Dios en amor, en el tiempo venidero, sino para poder practicar su enemistad contra Él sin ningún temor al castigo. Pero que no se engañen, Dios no se burla. No entienden lo que es la verdadera salvación, ni nunca fueron completamente conscientes de su estado perdido, y del gran mal del pecado; y lo que confían en Cristo no es más que una imaginación de sus propios cerebros; y por lo tanto su confianza es una burda presunción.

"La fe evangélica nos hace venir a Cristo con un apetito sediento para que podamos beber del agua viva, incluso de su Espíritu santificador (Juan 7:37, 38), y clamarle fervientemente para que nos salve, no sólo del infierno, sino del pecado, diciendo: 'Enséñanos a hacer tu voluntad; tu Espíritu es bueno' (Salmo 143: 10); "Vuélveme, y seré convertido" (Jeremías 31:18); "Crea en mí un corazón limpio, oh Dios, y renueva un espíritu recto dentro de mí" (Salmo 51:10). Esta es la forma en que la doctrina de la salvación por la gracia nos obliga a la santidad de vida, obligándonos a buscarla por la fe en Cristo, como parte sustancial de esa 'salvación' que se nos da gratuitamente por medio de Cristo" (Walter Marshall, 1692).

La anterior es una cita mucho más larga de lo que solemos hacer de otras, pero no podríamos abreviar sin perder gran parte de su fuerza. La hemos dado, no sólo porque es una de las declaraciones más claras y fuertes que hemos encontrado, sino porque indicará que la doctrina que estamos avanzando no es una novedad nuestra, sino una en la que insistieron mucho los puritanos. Lamentablemente, hoy en día, muy pocos tienen una verdadera comprensión bíblica de lo que es realmente la salvación; lamentablemente, muchos predicadores están sustituyendo una "salvación" imaginaria que está engañando fatalmente a la gran mayoría de sus oyentes. No se equivoque en este punto, querido lector, se lo rogamos: si su corazón aún no está santificado, todavía no es salvo; y si no jadea tras la santidad personal, entonces no tiene ningún deseo real de la salvación de Dios.

La salvación que Cristo compró para Su pueblo incluye tanto la justificación como la santificación. El Señor Jesús salva no sólo de la culpa y el castigo del pecado, sino del poder y la contaminación del mismo. Donde hay un anhelo genuino de ser liberado del amor del pecado, hay un verdadero deseo de su salvación; pero donde no hay una liberación práctica del servicio del pecado, entonces somos extraños a su gracia salvadora. Cristo vino aquí para "cumplir la misericordia prometida a nuestros padres, y recordar su santo pacto: el juramento que hizo a nuestro padre Abraham, de concedernos que, librados de la mano de nuestros enemigos, le sirviéramos sin temor, en santidad y justicia delante de él todos los días de nuestra vida" (Lucas 1:72-75). Es por esto que debemos probarnos o medirnos: ¿le estamos sirviendo "en santidad y justicia"? Si no lo estamos, no hemos sido santificados; y si no estamos santificados, no somos de Él.

4. La NECESIDAD de la Santificación (Completada)

En la primera parte de nuestro tratamiento de la necesidad de la santificación se mostró que, el hacer santo a un pecador es indispensable para su salvación, sí, que la santificación es una parte integral de la salvación misma. Uno de los defectos más graves de la pastoral moderna es la ignorancia de este hecho básico. De demasiados "conversos" actuales hay que decir: "Efraín es una torta sin voltear" (Os. 7:8) - dorada por debajo, sin cocer por encima. Se presenta a Cristo como un fuego que escapa del infierno, pero no como el gran médico que se ocupa de la enfermedad del pecado que habita en él, y que nos hace aptos para el cielo. Se habla mucho de cómo obtener el perdón de los pecados, pero se predica poco sobre cómo ser limpiado de sus contaminaciones. Se expone la necesidad de Su sangre expiatoria, pero no la indispensabilidad de la santidad experimental. En consecuencia, miles de personas que asumen mentalmente la suficiencia del sacrificio de Cristo, no saben nada sobre la pureza del corazón.

Además, hay una lamentable desproporción entre el lugar que se le da a la fe y el énfasis que las Escrituras dan a la obediencia que fluye de la santificación. No sólo es cierto que "sin fe es imposible agradar a Dios" (Hebreos 11:6), sino que es igualmente cierto que sin santidad "nadie verá al Señor" (Hebreos 12:14). No sólo se nos dice que "en Cristo Jesús ni la circuncisión sirve de nada, ni la incircuncisión, sino una nueva creación" (Gálatas 6:15), sino que también está escrito: "La circuncisión no es nada, y la incircuncisión no es nada, sino la observancia de los mandamientos de Dios" (1 Corintios 7:19). No en vano Dios nos ha dicho: "La piedad es provechosa para todo, pues tiene promesa de la vida presente y futura" (1 Timoteo 4:8). No sólo hay en todas las promesas un respeto particular a la "piedad" personal, vital y práctica, sino que

es esa misma piedad la que, preeminentemente, da al santo un interés especial en esas promesas.

Ay, cuántos hay hoy en día que se imaginan que si tienen "fe", es seguro que les irá bien al final, aunque no sean santos. Bajo la pretensión de honrar la fe, Satanás, como ángel de luz, ha engañado, y sigue engañando, a multitudes de almas. Pero cuando su "fe" es examinada y probada, ¿qué vale? Nada en absoluto en lo que se refiere a asegurar la entrada en el cielo: es una cosa sin poder, sin vida y sin fruto; no es nada mejor que la fe que tienen los demonios (Santiago 2:19). La fe de los elegidos de Dios es para "el reconocimiento de la verdad que es según la piedad" (Tito 1:1). La fe que salva es una "fe santísima" (Judas 20): es una fe que "purifica el corazón" (Hechos 15:9), es una fe que "obra por amor" (Gálatas 5:6), es una fe que "vence al mundo" (1 Juan 5:4), es una fe que produce toda clase de buenas obras (Heb. 11). Entremos ahora en detalles y mostremos más específicamente en qué consiste la necesidad de la santidad personal.

Nuestra santidad personal es requerida por la misma naturaleza de Dios. La santidad es la excelencia y el honor del carácter divino. Dios es llamado "rico en misericordia" (Efesios 2:4), pero "glorioso en santidad" (Éxodo 15':II) : Su misericordia es su tesoro, pero la santidad es su gloria. Él jura por esta perfección: "Una vez he jurado por mi santidad" (Salmo 89:35). Más de treinta veces es llamado "El Santo de Israel". Esta es la perfección superlativa por la que los ángeles del cielo y los espíritus de los justos hechos perfectos admiran tanto a Dios, gritando "Santo, santo, santo" (1 Samuel 6:3; Apocalipsis 4:8). Como el oro, por ser el más excelente de los metales, se pone sobre los inferiores, así esta excelencia divina se pone sobre todo lo relacionado con Él: Su sábado es "santo" (Éxodo 16:33), Su santuario es "santo" (Éxodo 15:13), Su nombre es "santo" (Salmo 99:3), todas Sus obras son "santas" (Salmo 145:17). La santidad es la perfección de todos sus gloriosos atributos: Su poder es un poder santo, su misericordia es una misericordia santa, su sabiduría es una sabiduría santa.

Ahora bien, la inefable pureza de la naturaleza divina se presenta en todas partes en las Escrituras como la razón fundamental de la necesidad de la santidad en nosotros. Dios hace de la santidad de su propia naturaleza el fundamento de su demanda de santidad en su pueblo: "Porque yo soy el Señor vuestro Dios; os santificaréis, pues, y seréis santos, porque yo soy santo" (Levítico 11:4). El mismo principio fundamental se traslada al Evangelio: "Pero como el que os ha llamado es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra conducta; porque está escrito: Sed santos, porque yo soy santo" (1 Pedro 1 :15, 16). Así, Dios nos hace saber claramente que su naturaleza es tal que, a menos que seamos santificados, no puede haber comunión entre él y nosotros. "Porque yo soy el Señor que os hace subir de la tierra de Egipto para ser vuestro Dios; seréis, pues, santos, porque yo soy santo" (Levítico 11:45). Sin la santidad personal no se puede mantener la relación de que Él sea nuestro Dios y nosotros seamos su pueblo.

Dios es "de ojos más puros que para contemplar el mal, y no puede mirar la iniquidad" (Habacuc 1:13). Tal es la pureza infinita de su naturaleza, que Dios no puede complacerse en los rebeldes sin ley, en los pecadores inmundos, en los obreros de la iniquidad. Josué dijo claramente al pueblo que si continuaba en sus pecados, no podría servir al Señor, "porque Él es un Dios santo" (Josué 24:19). Todo el servicio de la gente impía hacia tal Dios está completamente perdido y desechado, porque es 'enteramente inconsistente con Su naturaleza para aceptarlo. El apóstol Pablo razona de la misma manera cuando dice: "Tengamos gracia para servir a Dios agradablemente con reverencia y temor piadoso, porque nuestro Dios es un fuego consumidor" (Hebreos 12:28,29). El argumento a favor de la necesidad de la gracia y la santidad en el culto a Dios se basa en la consideración de la santidad de su naturaleza, que, como un fuego consumidor, devorará lo que no se adecue a ella y sea incompatible con ella.

El que decide no ser santo debe buscar otro Dios para adorar y

servir, porque con el Dios de las Escrituras nunca encontrará aceptación. Los paganos de la antigüedad se dieron cuenta de esto, y gustando de no retener el conocimiento del verdadero Dios en sus corazones y mentes (Romanos 1:28), y resolviendo entregarse a toda inmundicia con avidez, sofocaron sus nociones del Ser Divino e inventaron tales "dioses" para sí mismos, que eran inmundos y malvados, para poder conformarse y servirlos libremente con satisfacción. Dios mismo declara que los hombres de vidas corruptas tienen algunas esperanzas secretas de que Él no es santo: "Pensabas que yo era del todo como tú; pero yo te reprenderé" (Salmo 50:21). Otros, hoy en día, mientras profesan creer en la santidad de Dios, tienen ideas tan falsas de su gracia y misericordia que suponen que los aceptará aunque sean impíos.

"Sed santos, porque yo soy santo". ¿Por qué? Porque en esto consiste nuestra conformidad con Dios. Fuimos creados originalmente a imagen y semejanza de Dios, y eso, por su sustancia, era la santidad -en eso consistía el privilegio, la bendición, la preeminencia del hombre sobre todas las criaturas inferiores. Por lo tanto, sin esta conformidad con Dios, con la impresión de su imagen y semejanza en el alma, no podemos estar en esa relación con Dios que nos fue diseñada en nuestra creación. Esto lo perdimos por la entrada del pecado, y si no hay una manera de adquirirlo de nuevo, estaremos para siempre lejos de la gloria de Dios y del fin de nuestra creación. Ahora bien, esto se logra mediante nuestra santidad, pues en ello consiste la renovación de la imagen de Dios en nosotros (Efesios 4:22-24 y cf. Colosenses 3:10). Es totalmente vano que un hombre espere un interés en Dios, mientras no se esfuerce seriamente por la conformidad con Él.

Ser santificado es tan necesario como ser justificado. Aquel que piensa llegar a disfrutar de Dios sin santidad, lo convierte en un Dios impío, y pone la mayor indignidad imaginable sobre Él. No hay otra alternativa: debemos dejar nuestros pecados o a nuestro Dios. Podemos reconciliar tan fácilmente el cielo y el infierno, tan fácilmente eliminar toda diferencia entre la luz y las tinieblas, el bien y el mal, como procurar la aceptación de las personas impías

con Dios. Si bien es cierto que nuestro interés en Dios no se basa en nuestra santidad, es igualmente cierto que no tenemos ninguno sin ella. Muchos se han equivocado mucho al concluir que, porque la piedad y la obediencia no son meritorias, pueden llegar al cielo sin ellas. La gracia gratuita de Dios hacia los pecadores por medio de Jesucristo no hace de ninguna manera que la santidad sea innecesaria e inútil. Cristo no es el ministro del pecado, sino el principal portador de la gloria de Dios. No ha comprado para su pueblo la seguridad en el pecado, sino la salvación del pecado.

De acuerdo con nuestro crecimiento en la semejanza con Dios son nuestros acercamientos a la gloria. Cada día, tanto el escritor como el lector, se acercan al final de su curso terrenal, [A. W. Pink terminó su curso terrenal el 15 de julio de 1952] y nos engañamos mucho a nosotros mismos si imaginamos que nos estamos acercando al Cielo, mientras seguimos esos cursos que sólo conducen al Infierno. Nos engañamos lamentablemente si suponemos que estamos viajando hacia la gloria, y sin embargo no estamos creciendo en la gracia. La gloria del creyente, considerada subjetivamente, será su semejanza con Cristo (1 Juan 3:2), y es el colmo de la insensatez que alguien piense que va a amar en el futuro lo que ahora odia. No hay otra manera de crecer en la semejanza de Dios sino en la santidad: sólo así somos "cambiados a la misma imagen de gloria en gloria" (2 Corintios 3:18), es decir, de un grado de gracia gloriosa a otro, hasta que por un último gran cambio se emita toda la gracia y santidad en la gloria eterna.

Pero, ¿no está Dios dispuesto a perdonar y recibir al más grande y vil pecador que venga a Él por Cristo? ¿No es Su misericordia tan grande y Su gracia tan gratuita que lo hará sin ninguna consideración de valor o justicia propia? Si es así, ¿por qué insistir tanto en el carácter indispensable de la santidad? Esta objeción, aunque tiene miles de años, todavía se hace. Si los hombres deben ser santos, entonces los razonadores carnales no pueden ver la necesidad de la gracia: y no pueden ver cómo Dios tiene gracia si los hombres perecen porque son impíos. Nada parece más razonable para las mentes carnales que el hecho de que podamos vivir en

pecado porque la gracia ha abundado. A esto responde el apóstol en Romanos 6:1, donde subraya las razones por las que, a pesar de la superabundancia de la gracia en Cristo, hay una necesidad indispensable de que todos los creyentes sean santos. Sin la necesidad de santidad en nosotros, la gracia sería deshonrada. Observen cómo cuando proclamó su nombre "clemente y misericordioso", el Señor añadió de inmediato: "y de ninguna manera exculpará a los culpables", es decir, a los que siguen en sus pecados sin tener en cuenta la obediencia.

2. Nuestra santidad personal es requerida por los mandatos de Dios. No sólo es así bajo el pacto de las obras, sino que lo mismo está inseparablemente unido bajo el pacto de la gracia. El Evangelio no concede ninguna relajación al deber de santidad, ni ninguna indulgencia al menor pecado. El Evangelio no es menos santo que la Ley, ya que ambos proceden del Santo; y aunque se prevé el perdón de una multitud de pecados y la aceptación de la obediencia imperfecta del cristiano, no se rebaja la norma de justicia, ya que el Evangelio no concede ninguna relajación a ningún deber de santidad ni ninguna licencia para el menor pecado. La diferencia entre esos pactos es doble: bajo el de las obras, todos los deberes de santidad eran requeridos como nuestra justicia ante Dios, para que pudiéramos ser justificados por ello (Romanos 10:5) - no así bajo la gracia; no se permitía el menor grado de fracaso (Santiago 2:10) - pero, ahora, por la mediación de Cristo, la justicia y la misericordia están unidas.

Bajo los mandatos evangélicos de santidad universal, se requiere respeto a tres cosas. En primer lugar, a la autoridad de Aquel que los da. La autoridad es lo que obliga a la obediencia: véase Malaquías 1:6. Ahora bien, Aquel que nos ordena ser santos es nuestro legislador soberano, con el derecho absoluto de prescribir lo que le plazca, y por lo tanto el incumplimiento es un desprecio al Legislador Divino. Estar bajo el mandato de Dios de ser santos, y luego no esforzarse sincera y fervientemente por serlo siempre y en todas las cosas, es rechazar su autoridad soberana sobre nosotros, y vivir desafiándolo. No es mejor que ese el estado de todo aquel que

no hace de la búsqueda de la santidad su preocupación diaria y principal. El olvido de esto, o el no prestarle atención como deberíamos, es la principal razón de nuestro andar descuidado. Nuestra gran salvaguarda es mantener nuestros corazones y mentes bajo el sentido de la autoridad soberana de Dios en sus mandatos.

En segundo lugar, debemos mantener ante nuestras mentes el poder de Aquel que nos ordena ser santos. "Hay un solo Legislador que puede salvar y destruir" (Santiago 4:12). La autoridad de Dios para dar órdenes va acompañada de un poder tal que recompensará eternamente a los obedientes y castigará eternamente a los desobedientes. Los mandatos de Dios van acompañados de promesas de felicidad eterna, por un lado, y de miseria eterna, por otro; y esto nos sucederá con toda seguridad según seamos santos o impíos. Aquí se ve otra razón de la necesidad indispensable de que seamos santos: si no lo somos, un Dios santo y todopoderoso nos condenará. El respeto debido a las promesas y amenazas de Dios es un arte principal de la libertad espiritual: "Yo soy el Dios todopoderoso: camina delante de mí y sé perfecto" (Génesis 17:1): el modo de caminar rectamente es tener siempre presente que quien nos lo exige es el Dios todopoderoso, bajo cuyos ojos estamos continuamente. Si, pues, valoramos nuestras almas, busquemos la gracia para actuar en consecuencia.

En tercer lugar, hay que respetar la infinita sabiduría y bondad de Dios. En sus mandatos, Dios no sólo mantiene su autoridad soberana sobre nosotros, sino que también exhibe su justicia y su amor. Sus mandatos no son los edictos arbitrarios de un déspota caprichoso, sino los sabios decretos de Uno que tiene nuestro bien en el corazón. Sus mandatos "no son gravosos" (1 Juan 5:3): no son restricciones tiránicas de nuestra libertad, sino que son justos, saludables y altamente beneficiosos. Es para nuestra gran ventaja cumplirlas; es para nuestra felicidad, tanto ahora como en el futuro, que las obedezcamos. Son una pesada carga sólo para aquellos que desean ser esclavos del pecado y de Satanás: son fáciles y agradables para todos los que caminan con Dios. El amor a Dios lleva consigo el deseo de agradarle, y de Cristo puede obtenerse la

gracia que nos ayudará a ello, pero de esto, más adelante, D. 5.

Nuestra santidad personal es requerida por la mediación de Cristo. Uno de los fines principales del designio de Dios al enviar a su Hijo al mundo fue recuperarnos a ese estado de santidad que habíamos perdido: "Para esto se manifestó el Hijo de Dios, para destruir las obras del diablo" (1 Juan 3:8). Entre las principales obras del Diablo estaba la de infectar nuestras naturalezas y personas con un principio de pecado y enemistad contra Dios, y esa obra maligna no se destruye sino mediante la introducción de un principio de santidad y obediencia. La imagen de Dios en nosotros fue desfigurada por el pecado; la restauración de esa imagen fue uno de los principales propósitos de la mediación de Cristo. El gran y último designio de Cristo era vivir su pueblo para el disfrute de Dios en su gloria eterna, y esto sólo puede ser por la gracia y la santidad, por las cuales somos hechos "aptos para la herencia de los santos en la luz".

Ahora bien, el ejercicio de la mediación de Cristo se lleva a cabo bajo su triple oficio. En cuanto a su oficio sacerdotal, los efectos inmediatos fueron la satisfacción y la reconciliación, pero los efectos mediatos son nuestra justificación y santificación: "El cual se dio a sí mismo por nosotros, para redimirnos de toda iniquidad, y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras" (Tito 2:14). En cuanto a su oficio profético, éste consiste en revelarnos el amor y la voluntad de Dios: dar a conocer a Dios y someternos a Él. Al principio de su ministerio profético encontramos a Cristo restaurando la Ley a su pureza original, purificándola de las corrupciones de los judíos: Mateo 5. En cuanto a su oficio real, somete nuestros deseos y nos da poder para la obediencia. Es por estas cosas que debemos probarnos a nosotros mismos. Vivir en un pecado conocido y permitido, y aun así esperar ser salvados por Cristo, es el engaño maestro de Satanás.

¿De cuál de los oficios de Cristo espero ventaja? ¿Es de su oficio

sacerdotal? ¿Entonces su sangre me ha limpiado? ¿He sido santificado por ello? ¿He sido redimido del mundo por ella? ¿Estoy dedicado por ella a Dios y a su servicio? ¿Es por su oficio profético? Entonces, ¿he aprendido efectivamente de Él a "negar la impiedad y los deseos mundanos, y a vivir sobria, justa y piadosamente en este mundo presente"? (Tito 2:12). ¿Me ha instruido para que sea sincero en todos mis caminos, en todos mis tratos con Dios y con los hombres? ¿Es desde su oficio de Rey? Entonces, ¿realmente gobierna en mí y sobre mí? ¿Me ha liberado del poder de Satanás y me ha hecho llevar Su yugo sobre mí? ¿Ha roto Su cetro el dominio del pecado en mí? ¿Soy un súbdito leal de Su reino? Si no lo soy, no tengo derecho a un interés personal en Su sacrificio. Cristo murió para procurar la santidad, no para asegurar una indulgencia por la impiedad.

Nuestra santidad personal se requiere para la gloria de Cristo. Si somos realmente sus discípulos, nos ha comprado con un precio, y no somos "nuestros", sino suyos, y eso para glorificarle en alma y cuerpo porque son suyos: 1 Corintios 6:19, 20. Murió por nosotros para que no viviéramos en adelante para nosotros mismos, sino para Aquel que nos redimió a tan temible precio. ¿Cómo, entonces, hemos de hacer esto? En nuestra santidad consiste la parte principal de esa renta de honor que el Señor Jesús requiere y espera de sus discípulos en este mundo. Nada lo glorifica tanto como nuestra obediencia; nada es un mayor dolor y reproche para Él que nuestra desobediencia. Debemos dar testimonio ante el mundo de la santidad de su vida, de la celestialidad de su doctrina, de la preciosidad de su muerte, mediante un andar diario que "manifieste sus alabanzas" (1 Pedro 2:9). Esto es absolutamente necesario si hemos de glorificarle en esta escena de su rechazo.

Nada menos que la vida de Cristo es nuestro ejemplo: esto es lo que el cristiano está llamado a "seguir". Es la vida de Cristo la que tiene el deber de expresar en la suya propia, y quien asume el cristianismo en cualquier otro término engaña lamentablemente a su alma. No se puede arrojar un reproche más eficaz sobre el bendito nombre del Señor Jesús que el hecho de que su pueblo

profesante siga los deseos de la carne, se conforme a este mundo y atienda a los deseos de Satanás. Sólo podemos dar testimonio del Salvador si hacemos de su doctrina nuestra regla, de su gloria nuestra preocupación y de su ejemplo nuestra práctica. A Cristo no se le honra con expresiones verbales, sino con una conversación santa. Nada ha hecho más por desacreditar el Evangelio de Cristo que las vidas perversas de los que llevan Su nombre. Si no estoy viviendo una vida santa y obediente, esto demuestra que no estoy "a favor" de Cristo, sino en contra de Él. (N. B. Gran parte de este artículo es una condensación de John Owen sobre el mismo tema, Vol. 3, de sus obras).

5. El PROBLEMA de la Santificación

Apenas debería ser necesario que expliquemos que al hablar del problema de la santificación no nos referimos a tal como a Dios, sino más bien como aparece a nuestras débiles percepciones. Pero en estos días no es prudente dar nada por sentado, pues no sólo hay quienes están dispuestos a convertir a un hombre en un delincuente por una palabra, si no se expresa a su satisfacción, sino que hay otros que necesitan que se les definan los términos más sencillos. No, sería una blasfemia afirmar que la santificación, o cualquier otra cosa, haya presentado algún problema al gran Jehová: La omnisciencia nunca puede enfrentarse a ninguna dificultad, y menos aún a una emergencia. Pero para el entendimiento finito del cristiano, trastornado como ha sido por el pecado, el problema de la Santidad es muy real y actual; mucho más desconcertante, podemos añadir, que el presentado por el tema de la justificación.

Hay varias dificultades subsidiarias en la santificación, como insinuamos en los párrafos cuarto y quinto del artículo introductorio, tales como si la santificación misma es una cualidad o una posición, si es legal o experimental, si es absoluta o progresiva; todo lo cual necesita ser aclarado en cualquier tratamiento satisfactorio de este tema. Pero mucho más intrincado es el problema mismo de cómo alguien que es un leproso moral puede ser apto para adorar en el Santuario de Dios. Es extraño decir que este problema es el más agudo para aquellos que son más espirituales. Los fariseos santurrones y los laodicenses satisfechos de sí mismos no se preocupan en absoluto por el asunto. Los antinomianos cortan el nudo (en lugar de desatarlo) y niegan toda dificultad, al afirmar que la santidad de Cristo nos es imputada. Pero aquellos que se dan cuenta de que Dios requiere santidad personal, pero son conscientes de su propia suciedad, están profundamente preocupados al respecto.

Las cosas están ahora, en general, en un punto tan bajo, que algunos de nuestros lectores pueden sorprenderse de que hagamos alguna referencia al problema de la santificación. En la mayoría de los lugares, hoy en día, o bien la doctrina enseñada es tan inadecuada e impotente, o la práctica mantenida es tan defectuosa, que es probable que pocos sean ejercitados en conciencia sobre la naturaleza de esa santidad sin la cual nadie verá al Señor. Los reclamos de Dios son ahora tan reducidos, la norma exaltada que la Escritura establece es tan ignorada, la pureza del corazón (en la que la piedad vital consiste en gran medida) es tan poco enfatizada, que es raro encontrar a alguien preocupado por su estado personal. Si hay algunos predicadores que advierten celosamente contra la inutilidad de las buenas obras para salvar donde no hay fe en Cristo, hay muchos más que claman fervientemente por una fe vacía, que no está acompañada por la santidad y la obediencia personales.

Actualmente prevalece un nivel de vida espiritual tan bajo, que comparativamente pocos del propio pueblo del Señor tienen un concepto claro o perturbador de cuán lejos, muy lejos, están de estar a la altura del modelo santo que Dios ha puesto ante nosotros en su Palabra. Prevalecen ahora unos ideales de vida cristiana tan débiles y defectuosos que los que se preservan de los males más groseros que incluso el mundo condena, están "tranquilos en Sión". Tan poco es el temor de Dios en las almas, tan débilmente es la mayoría de los cristianos profesantes conscientes de la plaga de sus propios corazones, que en la mayoría de los círculos hablar del problema de la santificación, sería hablar en una lengua desconocida. Un temible miasma se ha asentado sobre nueve décimas partes de la cristiandad, adormeciendo los sentidos, embotando las percepciones espirituales, paralizando el esfuerzo por una piedad personal más profunda, hasta que casi cualquier cosa se considera aceptable para Dios.

Por otra parte, no hay duda de que algunos de nosotros hemos

intensificado el problema, creándonos dificultades adicionales e innecesarias, a través de ideas erróneas de lo que es la santificación o lo que implica en esta vida. El autor ha conocido personalmente a más de uno que se encontraba en la más absoluta desesperación por no haber logrado -después de los esfuerzos más serios y decididos- alcanzar un estado que los falsos maestros les habían dicho que era alcanzable en esta vida, y que terminaron su desdicha mortal suicidándose; y desde hace mucho tiempo le sorprende que otros miles que hacen caso a tales maestros no actúen de la misma manera. No es necesario multiplicar las dificultades: la santificación bíblica no es ni la erradicación del pecado, ni la purificación de la naturaleza carnal, ni siquiera el adormecimiento parcial de la "carne"; menos aún asegura una exención de los ataques y acosos de Satanás.

Sin embargo, por otro lado, no debemos minimizar el problema y reducirlo a proporciones tan simples que supongamos que se proporciona una solución completa al mismo con sólo afirmar que Cristo es nuestra santificación, y que en sí mismo el pecador creyente permanece sin cambios hasta el final de su curso terrenal. Si morimos impuros en nosotros mismos, entonces estamos perdidos con toda seguridad para la eternidad, porque sólo los "puros de corazón" verán a Dios (Mateo 5:8). Lo que es esa pureza de corazón, y cómo ha de obtenerse, es el verdadero problema que plantea la santificación. Dios mira el corazón (1 Samuel 16:7), y es con el corazón que debemos preocuparnos más, porque "de él salen los asuntos de la vida" (Proverbios 4:23). Las penas más severas fueron pronunciadas por Cristo sobre los hombres, no porque su conducta externa fuera sucia, sino porque por dentro estaban "llenos de huesos muertos y de toda impureza" (Mateo 23:27).

El hecho de que la santidad personal es absolutamente esencial para entrar en el Cielo se demostró ampliamente en nuestro último capítulo, y que lo que los hombres consideran como las contaminaciones menores del pecado excluyen tan eficazmente del reino de Dios como los crímenes más atroces, queda claro en 1 Corintios 6:9, 10. La pregunta que se nos impone es: ¿Cómo se

santificarán los hombres para adaptarse a un Dios infinitamente puro? Que debemos ser justificados antes de poder presentarnos ante un Dios justo no es más obvio que la necesidad de ser santificados para poder vivir en la presencia de un Dios santo. Pero el hombre carece por completo de santidad; sí, es impuro, sucio, inmundo. El testimonio de la Escritura sobre este punto es claro y completo. "Son corruptos, han hecho obras abominables, no hay ninguno que haga el bien. El Señor miró desde el cielo a los hijos de los hombres, para ver si había alguno que entendiera y buscara a Dios. Todos se han desviado, todos juntos se han ensuciado" (Salmo 14:1-3).

El testimonio de la Escritura es que todos los hombres son viles y están contaminados; que son, raíz y rama, fuente y corriente, corazón y vida, no sólo desobedientes, sino impuros, y por lo tanto no aptos para la presencia de Dios. El Señor Jesús, que conocía lo que había en el hombre, lo deja bien claro cuando, revelando con su propia luz ese antro repugnante que es el corazón humano, dice: "Del corazón de los hombres salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, la avaricia, la maldad, el engaño, la lascivia, el mal de ojo, la blasfemia, la soberbia, la insensatez; todas estas cosas malas salen de dentro" (Marcos 7:21-23). Tampoco debemos olvidar que la confesión de los santos sobre sí mismos siempre ha correspondido al testimonio de Dios. David dice: "He aquí que en la iniquidad fui formado, y en el pecado me concibió mi madre" (Salmo 51). Job declaró: "He aquí que soy vil; me aborrezco". Isaías gritó: "Ay de mí, porque estoy deshecho; porque soy hombre de labios impuros..., porque mis ojos han visto al Rey, al Señor de los ejércitos".

Pero la confesión más notable de esta absoluta vileza está contenida en un reconocimiento de la iglesia del Antiguo Testamento - una frase que ha sido tomada por todos los creyentes como expresión exacta de lo que todos tienen que decir de su condición por naturaleza: "Pero todos nosotros somos como una cosa inmunda, y todas nuestras justicias como trapos de inmundicia" (Isaías 64:6). Es un lenguaje fuerte, pero no demasiado fuerte para describir el lodo

y el fango en el que nos ha metido la caída. Si, entonces, al considerar la doctrina de la justificación encontramos apropiado -en vista de la voluntad propia del hombre, la anarquía y la desobediencia- preguntar: "¿Cómo será el hombre justo con Dios? "No es menos apropiado ahora que contemplamos la doctrina de la santificación preguntar -en vista de la impureza y la suciedad del hombre- "¿Quién sacará lo limpio de lo inmundo?" (Job 14:4).

No tenemos más poder para hacernos santos que el que tenemos para deshacernos o deshacernos de nosotros mismos; no somos más capaces de limpiar nuestros corazones, que de ordenar o dirigir los vientos. El pecado en el dominio es la "plaga" del corazón (1 Reyes 8:38), y como ninguna enfermedad es tan mortal como la peste, no hay plaga tan mortal como la del corazón. "¿Acaso el etíope puede cambiar su piel, o el leopardo sus manchas? Pues también vosotros, acostumbrados a hacer el mal, podéis hacer el bien" (Jeremías 13:23). El orgulloso no puede hacerse humilde; el carnal no puede obligarse a convertirse en espiritual; el hombre terrenal no puede transformarse en un hombre celestial como tampoco puede hacer que el sol retroceda o que la tierra vuele hacia arriba. La santificación es una obra que está por encima de las facultades de la naturaleza humana, pero hoy en día esto no se tiene en cuenta.

Incluso entre aquellos predicadores que desean ser considerados como ortodoxos, que no niegan la Caída como un hecho histórico, son pocos los que perciben los efectos nefastos y el alcance de la misma. "Magullado por la caída", como dice un himno popular, declara la verdad con demasiada suavidad; sí, la declara completamente mal. Por la ruptura de la primera alianza, todos los hombres han perdido la imagen de Dios, y ahora llevan la imagen del Diablo (Juan 8:44). Todas sus facultades están tan depravadas que no pueden pensar (2 Corintios 3:5), ni hablar, ni hacer nada verdaderamente bueno y aceptable para Dios. Son, por nacimiento, totalmente impuros, inmundos, repugnantes y abominables en su naturaleza, su corazón y su vida; y está totalmente fuera de su alcance cambiarlos.

No sólo eso, sino que la maldición de la ley que pesa sobre ellos ha cortado toda relación espiritual entre Dios y ellos, cortando toda comunión y comunicación con el Cielo. La expulsión del Jardín del Edén de nuestros primeros padres y el establecimiento de los querubines con la espada flamígera a su entrada, denota que, en términos de justicia, se les impidió que les llegara toda influencia santificadora, que es el mayor beneficio del que es capaz el hombre, ya que lo asimila a Dios mismo o lo hace semejante a Él. La maldición ha fijado un abismo entre Dios y las criaturas caídas, de modo que las influencias santificadoras no pueden pasar de Él a ellas, como tampoco pueden pasar a Él sus deseos y oraciones impías. Está escrito: "El sacrificio de los impíos es una abominación para el Señor" (Proverbios 15:8). Y también: "Los pensamientos de los impíos son abominables para el Señor" (v. 26).

Se ha dicho, pues, con razón, que nuestra santificación "no es menos misterio que nuestra justificación" (T. Boston). Así como la depravación de la naturaleza humana ha sido siempre tan manifiesta que no podía escapar a la atención del mundo, en todas las épocas los hombres han tratado de descubrir un remedio para la misma, y han supuesto que una cura podría lograrse mediante un uso correcto de sus facultades racionales. Pero el resultado ha sido siempre, en el mejor de los casos, una muestra externa y una apariencia de santificación, bajo la denominación de "virtud moral". Pero tan lejos está eso de cumplir con los requisitos de Aquel que es la Luz, que los propios hombres, una vez que sus ojos son (en alguna medida) ungidos con el colirio celestial, perciben que su virtud moral es como "trapos sucios", una tela menstrual. Hasta que los hombres se regeneran y actúan desde un principio de gracia en el corazón, todas sus acciones no son más que imitaciones de la verdadera obediencia y piedad, como un mono imitaría a un hombre.

Es un error común de aquellos que no están regenerados el tratar de reformar su conducta sin darse cuenta de que su estado debe ser

cambiado antes de que sus vidas puedan ser cambiadas del pecado a la justicia. El árbol mismo debe ser hecho bueno, antes de que su fruto pueda ser bueno. Es lo mismo intentar hacer funcionar un reloj, cuyo muelle principal está roto, lavando su cara y puliendo su parte trasera, que intentar que alguien bajo la maldición de Dios produzca alguna obra aceptable para Él. Ese fue el gran error en el que trabajó Nicodemo: supuso que la enseñanza era todo lo que necesitaba, para poder ajustar su andar a la aceptación del Cielo. Pero el Señor Jesús le declaró: "No te maravilles de que te diga que es necesario nacer de nuevo" (Juan 3:7): eso era sólo otra manera de decir, Nicodemo, que no puedes realizar obras espirituales antes de poseer una naturaleza espiritual, y que no se puede tener una naturaleza espiritual hasta que se nazca de nuevo.

Multitudes han trabajado con gran empeño para dominar sus malas propensiones, y han luchado larga y duramente para poner sus pensamientos y afectos internos en conformidad con la ley de Dios. Han procurado abstenerse de todos los pecados y cumplir con todos los deberes conocidos. Han sido tan devotos e intencionados que han minado su salud, y eran tan fervientes en su celo que estaban dispuestos a matar sus cuerpos con ayunos y masacres, con tal de matar sus lujurias pecaminosas. Estaban fuertemente convencidos de que la santidad era absolutamente necesaria para la salvación, y estaban tan profundamente afectados por los terrores de la condenación, que abandonaban el mundo y se encerraban en conventos y monasterios; sin embargo, todo el tiempo ignoraban el misterio de la santificación - que un nuevo estado debe preceder a una nueva vida.

La inspiración divina afirma positivamente que "los que están en la carne no pueden agradar a Dios" (Romanos 8:8). Ay, cuántos entienden el significado de esas palabras "en la carne"; cuántos suponen que sólo significan ser desmesuradamente adictos a las bajas pasiones. En cambio, estar "en la carne" es estar en un estado de naturaleza: caído, depravado, alejado de la vida de Dios. Estar "en la carne" no es simplemente ser un transgresor personal de la santa ley de Dios, sino que es la causa de toda pecaminosidad y

pecado. La "carne" es la naturaleza misma del hombre tal como fue corrompida por la caída de Adán, y propagada desde él hasta nosotros en ese estado corrupto por generación natural. Estar "en la carne" es también estar en completa sujeción al poder del Diablo, que es el vencedor seguro de todos los que intentan luchar contra él con sus propias fuerzas o con sus propias armas. La carne no puede ser llevada a la santidad por los esfuerzos más vehementes del hombre, como no se puede revivir un cadáver rozándolo y frotándolo.

Los diversos elementos que entran en el problema de la justificación son: La ley de Dios exige de nosotros una perfecta obediencia a sus estatutos; esto lo hemos incumplido por completo; estamos, por tanto, bajo la condena y la maldición de la ley; el propio Juez es inflexiblemente justo, y no exculpará de ningún modo a los culpables: ¿cómo, pues, se puede mostrar misericordia a los hombres sin que se burle la justicia? Los elementos que entran en el problema de la santificación son los siguientes: la ley requiere una conformidad interna y externa con ella; pero nacemos en este mundo con una naturaleza totalmente depravada, y no podemos de ninguna manera someternos a la ley (Romanos 8:7). Dios mismo es inefablemente puro, ¿cómo puede entonces un leproso moral ser admitido en su presencia? Estamos totalmente desprovistos de santidad, y no podemos hacernos santos más de lo que el etíope puede cambiar su piel. Aunque se imparta una naturaleza santa por medio de la regeneración, ¿cómo puede uno, con la carne sin cambiar, acercarse como adorador al Santuario Celestial? ¿Cómo puedo yo, como persona, profesar que soy santo, mientras estoy consciente de que estoy lleno de pecado? ¿Cómo puedo profesar honestamente tener un "corazón puro", mientras me doy cuenta de que un mar de corrupción todavía hace estragos dentro de mí? Si mi estado debe ser cambiado antes de que algo en mi vida sea aceptable para Dios, ¿qué puedo hacer? - No puedo deshacerme de mí mismo. Si me sé contaminado y vil, y totalmente inadecuado para el tres veces santo, ¿cuánto menos puede Él considerarme apto para su presencia?

6. La SOLUCIÓN del problema de la santificación

En relación con la gran verdad de la santificación hay un misterio y un problema: el primero se refiere a los no regenerados; el segundo es el que afecta profundamente a los regenerados. Lo que está oculto al entendimiento del hombre natural es por qué sus mejores actuaciones son inaceptables para Dios, sin importar cuán fervorosa y devotamente se hagan. Aunque se le informe de que el árbol debe ser mejorado para que su fruto sea sano, en otras palabras, que su propio estado y naturaleza deben ser hechos aceptables para Dios antes de que cualquiera de sus obras pueda serlo, no tiene la más remota idea de cómo se logra esto. Pero lo que deja perplejo al hombre espiritual es cómo alguien que todavía está lleno de pecado puede considerar justamente que su estado y naturaleza son aceptables para Dios, y cómo alguien que es una masa de corrupción interior puede pretender honestamente ser santo. Como el Señor se complace en permitirlo, consideraremos cada uno de ellos por separado.

El hombre natural es bastante ignorante del misterio de la santificación. Aunque, bajo el estímulo de la conciencia, el temor al infierno o el deseo de ir al cielo, puede ser muy diligente en la búsqueda de conquistar las actividades del pecado que mora en él, y muy celoso en el cumplimiento de todos los deberes conocidos, sin embargo, no sabe por qué su estado debe ser cambiado antes de que sus acciones sean aceptables para Dios. Lo que no sabe es que no es la materia lo que hace que una obra sea buena y agradable a Dios, sino los principios de los que procede esa obra. Es cierto que la conciencia del hombre natural distingue entre el bien y el mal, y la instrucción religiosa puede educarlo para hacer mucho de lo que es correcto y evitar mucho de lo que es incorrecto; sin embargo, sus acciones no se hacen por gratitud y en un espíritu de obediencia

amorosa, sino por temor y desde un espíritu servil; y por lo tanto son como la fruta madurada por son y forzada en el invernadero, en lugar de normalmente por los rayos geniales del sol.

"Ahora bien, el fin (designio) del mandamiento (o ley) es el amor de corazón puro, la buena conciencia y la fe sincera" (I Timoteo 1:5). Nada menos que esto cumplirá los requisitos divinos. Sólo son agradables a Dios las acciones que respetan su mandamiento, que proceden de la gratitud hacia él por su bondad, y en las que la fe respeta su aceptación y bendición prometidas. Ninguna obra es aprobada por el Cielo si no posee estas cualidades. El sentido del deber debe influir en la conciencia, el afecto desinteresado debe mover el corazón, y la fe en ejercicio debe dirigir las acciones. Por lo tanto, si me preguntan por qué hago esto y aquello, la respuesta debe ser: porque Dios lo ha ordenado. Y si además se me pregunta: ¿Y por qué tanta seriedad y afecto? la respuesta debe ser: Porque Dios requiere lo mejor de mí, y yo deseo honrarlo con lo mismo. La obediencia respeta la autoridad de Dios; el amor, su bondad; la fe, su generosidad o recompensa.

"Así que, ya sea que comas o bebas, o hagas cualquier cosa, hazlo todo para la gloria de Dios" (1 Corintios 10:31). Este debe ser nuestro propósito -la gloria de Dios- si nuestras acciones han de contar con su aprobación. Ya sea el cumplimiento de nuestros deberes temporales, la realización de obras de caridad y bondad, o los actos de piedad y devoción, deben ser ejecutados con este objetivo: que Dios sea honrado por nuestra conformidad con su voluntad revelada. El hombre natural, cuando se encuentra en graves apuros, clamará fervientemente a Dios, pero sólo para que sus necesidades sean suplidas. Muchos contribuirán generosamente con sus medios para aliviar a los que sufren, pero es para ser vistos por los hombres" (Mateo 6:2). La gente es religiosa en el día de reposo y asiste al culto público, pero es para satisfacer una conciencia inquieta o con la esperanza de ganarse el cielo con ello.

De lo que se ha dicho anteriormente debería quedar claro que las mejores obras de los no regenerados están muy lejos de los requisitos divinos. Las acciones del hombre natural no pueden recibir la aprobación del Cielo, porque Dios no es ni el principio ni el fin de ellas: el amor a Él no es su fuente, glorificarlo no es su objetivo. Por el contrario, surgen de las obras del yo corrupto, y sólo tienen en vista el progreso del yo. No puede ser de otra manera. El agua no sube por encima de su propio nivel, ni fluye cuesta arriba. Una corriente pura no puede salir de una fuente impura. "Lo que nace de la carne es carne" (Juan 3:6), y nunca será otra cosa que carne: eduquemos, refinemos, religemos la carne todo lo que podamos, pero nunca podrá convertirse en espíritu. El hombre mismo debe ser santificado, antes de que sus acciones sean purificadas.

Pero, ¿cómo se santificarán los hombres para ser aptos para la presencia de un Dios infinitamente puro? Por naturaleza carecen totalmente de santidad: son "corruptos, sucios, una cosa inmunda". No tienen más poder para hacerse santos que el que tienen para crear un mundo. Podríamos domar a un tigre de la selva con mucha más facilidad que a nuestras lujurias. Podríamos vaciar el océano más rápidamente de lo que podríamos desterrar el orgullo de nuestras almas. Podríamos fundir el mármol con más facilidad que nuestros duros corazones. Podríamos purgar el mar de la sal más fácilmente que podríamos nuestros seres de pecado. "Porque aunque os lavéis con salitre, y toméis mucho jabón, vuestra iniquidad está marcada delante de mí, dice el Señor Dios" (Jeremías 2:22).

Por qué "cuando estábamos en nuestra mejor condición por naturaleza, cuando estábamos en el estado de santidad original, cuando estábamos en Adán investidos de la imagen de Dios, no la conservamos. ¿Cuánto menos probable es, entonces, que ahora, en el estado de naturaleza caduca y depravada, esté en nuestro poder restaurarnos a nosotros mismos, para reintroducir la imagen de Dios en nuestras almas, y eso de una manera mucho más eminente que la que fue creada por Dios al principio? ¿Qué necesidad había de todo ese artificio de sabiduría y gracia infinitas para la reparación de

nuestra naturaleza por Jesucristo, si la santidad, en la que consiste, está en nuestro poder, y se educa a partir de las facultades naturales de nuestras almas? No puede haber una imaginación más entusiasta en las mentes de los hombres, que la naturaleza contaminada sea capaz de limpiarse a sí misma, o la naturaleza depravada de rectificarse a sí misma, o que nosotros, que hemos perdido esa imagen de Dios que Él creó en nosotros, y con nosotros, debamos crearla de nuevo en nosotros por nuestros propios esfuerzos" (John Owen).

Sin embargo, hay que señalar que esta impotencia para estar a la altura de las exigencias de Dios no es una mera enfermedad inocente, sino una cosa altamente culpable, que agrava enormemente nuestra vileza y se suma a nuestra culpa. Nuestra incapacidad para estar a la altura de la norma de piedad personal que Dios ha designado, no radica en la falta de poder ejecutivo o de las facultades necesarias, sino en la falta de una mente dispuesta y un corazón listo para practicar la verdadera santidad. Si los hombres en un estado natural tuvieran un amor sincero y un gusto por la verdadera santidad, y un esfuerzo ferviente y sincero por practicarla, y sin embargo fracasaran en el intento, entonces podrían alegar bajo algún pretexto (como lo hacen muchos), que están obligados a pecar por una necesidad inevitable. Pero el hecho es que la impotencia del hombre radica en su propia obstinación - "No vendréis a mí" (Juan 5:40) dijo el Señor Jesús.

La incapacidad de pagar una deuda no excusa al deudor que ha dilapidado imprudentemente su patrimonio; ni la embriaguez excusa las acciones locas o violentas de un borracho, sino que agrava su crimen. Dios no ha perdido su derecho a mandar, aunque el hombre, por su maldad, haya perdido su poder de obedecer. El hecho de que la carne "codicie al Espíritu" (Gálatas 5:17), no es ni mucho menos un atenuante para no estar sometido a Él. Debido a que "todo el que hace el mal odia la luz", eso está lejos de justificarlos porque "amaron las tinieblas" (Juan 3:19, 20); sí, como el Salvador afirma allí tan clara y solemnemente, sólo sirve para aumentar su criminalidad: "Esta es la condenación". Entonces

"¿Cuánto más abominable e inmundo es el hombre, que bebe la iniquidad como el agua?" (Job 15:16) que no puede practicar la santidad porque no quiere.

Es porque los hombres no hacen un uso correcto de sus facultades que son justamente condenados. El alma en una persona no santificada no está muerta, sino que es un principio vivo y actuante; y por lo tanto es capaz de entender, desear, querer, razonar y mejorar sus oportunidades, o redimir el tiempo. Aunque el hombre natural es incapaz de obrar la gracia en su propio corazón, sin embargo es capaz de atender y esperar los medios de la gracia. Una persona no santificada puede ir tan bien a escuchar un sermón como a asistir a un teatro; tiene los mismos ojos para leer las Escrituras que el periódico o una novela; puede asociarse tan bien con los que temen un juramento, como con los que se deleitan en blasfemar ese Nombre ante el cual todos deberían temblar. En el día del juicio las personas no santificadas serán condenadas, no por cannots, sino por no querer:.

Los hombres se quejan de que no pueden purificarse, de que no pueden dejar de pecar, de que no pueden arrepentirse, de que no pueden creer en Cristo, de que no pueden vivir una vida santa. Pero si tan sólo fueran honestos, si estuvieran debidamente humillados, si se afligieran sinceramente por el terrible dominio que el pecado ha obtenido sobre ellos, volarían al trono de la gracia, clamarían a Dios día y noche para que rompiera las cadenas que los atan, los librara del poder de Satanás y los trasladara al reino de su amado Hijo. Si fueran sinceros en su queja de incapacidad, irían a Dios y le rogarían que rociara agua limpia sobre ellos, pusiera su Espíritu dentro de ellos y les diera un nuevo corazón, para que pudieran caminar en sus estatutos y guardar sus juicios (Ezequiel 36:25-28). Y es justamente porque no lo harán, que su sangre cae justamente sobre sus propias cabezas.

"Limpiad vuestras manos, pecadores, y purificad vuestros corazones,

dobles de espíritu" (Santiago 4:8). No es suficiente la separación exterior de lo que es malo y contaminante: la pureza de corazón es también indispensable. "He aquí que Tú quieres la verdad en el interior" (Salmo 51:6). La ley divina no sólo prohíbe el robo, sino que también insiste en que "no codiciarás", que es un deseo de nuestras almas más que un acto externo. La ley exige la santidad de la naturaleza, porque, si no, ¿cómo puede un hombre amar al Señor su Dios con todo su corazón, alma, mente y fuerzas, y a su prójimo como a sí mismo? Dios es esencialmente santo por naturaleza, y nada puede ser tan contrario a Él como una naturaleza impía. Nada puede ser tan contrario como las naturalezas opuestas. ¿Cómo pueden habitar juntos un lobo y un cordero, o un buitre y una paloma? "¿Qué comunión tiene la justicia con la injusticia? y ¿qué comunión tiene la luz con las tinieblas? y ¿qué concordia tiene Cristo con Belial?" (2 Corintios 6:14, 15).

¿Cómo, entonces, se aclara este misterio? ¿Por qué método, o de qué manera, los santificados han sido bendecidos con una naturaleza que los hace aptos para la inefable presencia de Dios? ¿Por qué proceso el árbol malo se convierte en bueno, de modo que su fruto es sano y aceptable? Obviamente, no podemos dar aquí la respuesta completa a estas preguntas, o estaríamos anticipando demasiado lo que deseamos exponer en capítulos posteriores. Pero nos esforzaremos por indicar ahora, al menos, la dirección y las líneas a lo largo de las cuales se aclara este gran misterio -líneas que con toda seguridad nunca habrían entrado en nuestros corazones y mentes ni siquiera para concebirlas; pero que una vez que son vistas por ojos ungidos, se ven como divinas y satisfactorias. El Señor nos ayuda graciosamente a alejarnos de las rocas del error y nos guía hacia las claras y refrescantes aguas de la verdad.

Como hemos mostrado, era totalmente imposible -aunque era su deber obligado- que aquellos a quienes Dios santifica respondieran personalmente a los requisitos de su santa ley: "¿Quién puede decir: He limpiado mi corazón, estoy limpio de pecado?" (Proverbios 20:9). Por lo tanto, para la satisfacción de la ley, que requiere una

pureza absoluta de la naturaleza, se estableció como uno de los artículos del pacto eterno, que Cristo, el representante de todos los que serían santificados, debía ser un hombre de una naturaleza impoluta y perfectamente pura, que cumpliera plenamente los requisitos de la ley: "Porque tal Sumo Sacerdote se nos hizo: santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores" (Hebreos 7:26). El cumplimiento de ese requisito requería dos cosas: primero, que la Cabeza de Su pueblo naciera con una naturaleza humana santa; segundo, que conservara esa santidad de naturaleza inviolable hasta el fin. Consideremos brevemente cada una de estas cosas por separado.

Hubo una naturaleza santa dada a Adán como raíz de la humanidad, que debía ser conservada por él y transmitida a su posteridad por generación natural. Sobre esta base, la ley exige que todos los hombres nazcan santos, y los declara inmundos e "hijos de la ira" (Efesios 2:3) en caso contrario. Pero, ¿cómo pueden cumplir esta exigencia los que nacen en pecado? No pueden volver a entrar en el vientre de su madre y nacer por segunda vez sin pecado. Aun así, la ley no disminuirá su exigencia. Por eso se dispuso que Cristo, el último Adán, como Representante y Raíz de su simiente espiritual, naciera perfectamente santo; que mientras ellos trajeron al mundo una naturaleza pecaminosa, Él naciera "esa cosa santa" (Lucas I :35). Por consiguiente, en el cálculo de la ley todos los creyentes nacen santos en el último Adán. Se dice que están "circuncidados" por la circuncisión de Cristo (Colosenses 2:11), y la circuncisión presupone necesariamente el nacimiento.

Pero se requería más. Era necesario que el Segundo Hombre conservara su naturaleza santa, libre de toda mancha o contaminación, al pasar por este mundo de pecado. La ley no sólo exige la santidad de la naturaleza, sino también que se conserve la pureza e integridad de esa naturaleza. Por lo tanto, para satisfacer esta "demanda", se dispuso que la Cabeza federal de los creyentes conservara su inefable pureza sin mancha. "No fallará" (Isaías 42:4). El primer hombre falló: el oro fino pronto se oscureció: la santidad de su naturaleza se extinguió rápidamente por el pecado. Pero el

Segundo Hombre no falló: ni el hombre ni el diablo pudieron corromperlo. Conservó intacta la santidad de su naturaleza, incluso hasta el final de su vida. Y así, de sus santificados, viéndolos en sí mismo, declara: "Toda tú eres hermosa, amor mío; no hay mancha en ti" (Cantar de los Cantares, 4:7).

Pero si bien esto cumple completamente con el aspecto judicial, satisfaciendo las demandas de la ley, aún se requería algo más para satisfacer el corazón de Dios y satisfacer las necesidades experimentales de Su pueblo. En vista de que fueron realmente contaminados en Adán cuando éste pecó, están contaminados en sus propias personas, de modo que no sólo se les imputa su culpa, sino que su corrupción se les imparte en la naturaleza que han recibido de él por generación. Por lo tanto, los elegidos no sólo nacieron legalmente santos en Cristo su Cabeza, sino que de él reciben también una naturaleza santa: está escrito: "El primer hombre Adán fue hecho alma viviente; el último Adán fue hecho Espíritu vivificante" (1 Corintios 15:45). Esto se lleva a cabo por esa obra graciosa y sobrenatural de la tercera persona de la Divinidad, por la que los elegidos están vitalmente unidos a su cabeza, de modo que "el que está unido al Señor es un solo espíritu" (1 Corintios 6:17).

"Por tanto, si alguno está en Cristo, es una nueva criatura; las cosas viejas han pasado; he aquí que todo es nuevo" (2 Corintios 5:17). El estar unidos a Cristo, por medio del Espíritu, por la fe, nos hace partícipes de la misma naturaleza espiritual y santa con Él, tan real y efectivamente como Eva (tipo de la Iglesia) fue hecha de una sola naturaleza con Adán, siendo hueso de su hueso y carne de su carne. Debido a que los creyentes están unidos a Cristo el Santo, son "santificados en Cristo Jesús" (1 Corintios 1:2). El creyente, siendo uno con Cristo, es hecho "una nueva criatura", porque Él es tal Stock que cambia el injerto en su propia naturaleza: "Si la raíz es santa, también lo son las ramas" (Romanos 11:16). El mismo Espíritu que Cristo recibió "sin medida" (Juan 3:34) se comunica a los miembros de su cuerpo, de modo que se puede decir: "De su plenitud hemos recibido todo, y gracia por gracia" (Juan 1:16). Estando unido a Cristo por la fe, y a través de la comunicación del Espíritu

vivificador de Cristo a él, el creyente es entonces no sólo justificado y reconciliado con Dios, sino santificado, hecho apto para la herencia de los santos en la luz, y hecho heredero de Dios.

7. La SOLUCIÓN del problema de la santificación (completada)

Al principio del capítulo anterior se señaló que en relación con la gran verdad de la santificación hay un misterio y un problema: el primero se refiere a los no regenerados, el segundo causa preocupación a los regenerados. Lo que está oculto al conocimiento del hombre natural es, por qué sus mejores obras son inaceptables para Dios. Dígale que todas sus acciones -no importa cuán cuidadosa y concienzudamente, diligente y devotamente, las ejecute- son rechazadas por Dios, y eso es algo que está enteramente por encima del alcance de su entendimiento. No sabe que su infracción de la ley en Adán ha provocado una brecha entre él y Dios, de modo que mientras esa brecha permanezca, el favor de Dios no puede salir de él, ni sus oraciones u ofrendas pasar a Dios. El Señor no recibirá nada de las manos del hombre natural, como no habría respetado la ofrenda de Caín (Génesis 4). Y si hubiera dejado a todos los hombres en su estado natural, esto habría sido cierto para toda la raza hasta el fin de los tiempos.

Puesto que a todos los hombres se les dio una naturaleza santa -creada a imagen y semejanza de Dios- en su representante y raíz, para que les fuera transmitida por él, antes de que se le diera la ley a Adán, se deduce que la ley exige una naturaleza santa de cada uno de nosotros, y pronuncia una maldición donde encuentra lo contrario. Aunque en realidad nacemos en este mundo en un estado de corrupción e inmundicia (Ezequiel 16:3-6, etc.), la ley no disminuirá sus justas exigencias sobre nosotros. Como consecuencia del pecado que habita en nosotros -que es tan parte de nosotros mismos que todo lo que hacemos está contaminado por ello-, somos totalmente incapaces de rendir a la ley la obediencia que ésta requiere; pues mientras estemos alejados de la vida de Dios, es imposible que ningún acto externo de cumplimiento de los estatutos

de la ley pueda proceder de aquellos principios que sólo ella puede aprobar, a saber, el amor desinteresado y la fe sincera. Por consiguiente, el estado del hombre natural, considerado en sí mismo, está totalmente fuera de toda esperanza.

La provisión hecha por la múltiple sabiduría y la soberana gracia de Dios para satisfacer las desesperadas necesidades de Su pueblo fue estipulada en términos del Pacto Eterno. Allí se acordó por los Tres Eternos que el Mediador fuera el Hijo del hombre, pero que su humanidad no sólo estuviera totalmente libre de toda mancha de pecado original, sino que fuera más pura que la de Adán, incluso cuando su Creador lo declaró "muy bueno". Esto se llevó a cabo por la operación sobrenatural del Espíritu Santo en el nacimiento virginal, y por el hecho de que el Hijo de Dios tomara en unión personal consigo "aquella cosa santa" que iba a nacer de María. En la medida en que Cristo, el Dios-hombre mediador, entró en este mundo no como una persona privada, sino como una pública, como el Representante y la Cabeza de los elegidos de Dios, en el cálculo de la ley nacieron santos en su Fiador y Patrocinador, y así se ajustan plenamente a sus requisitos. Cristo y su cuerpo místico nunca han sido considerados aparte por la ley.

Pero esto, por indeciblemente bendito que sea, no era todo. Una perfecta posición legal sólo satisface la mitad de la necesidad de los elegidos de Dios: además, su estado debe estar de acuerdo con su posición. Esto también ha sido provisto por el amor sin medida del Dios de toda gracia. Él ordenó que, así como la culpa de Adán fue imputada a todos aquellos por quienes actuó, así la justicia de Cristo debe ser imputada a todos aquellos por los que transigió: y, así como la muerte espiritual -con todos sus efectos corruptores- debe ser transmitida por Adán a toda su posteridad, así la vida espiritual de Cristo -con todas sus influencias de gracia- debe ser comunicada a toda su simiente. Así como ellos recibieron una naturaleza pecaminosa e impura de su cabeza natural, los santificados reciben una naturaleza pura y sin pecado de su cabeza espiritual. Por consiguiente, así como han llevado la imagen de lo terrenal, así llevarán la imagen de lo celestial.

Algunos de nuestros lectores tal vez concluyan que ya se ha superado toda dificultad en relación con este aspecto de nuestro tema, pero un poco de reflexión por parte del creyente pronto le recordará que el punto más desconcertante de todos tiene que ser aclarado todavía. Aunque es cierto que todo requisito esencial de la ley ha sido cumplido para los santificados por su gloriosa Cabeza, de modo que la ley los considera justamente santos en Él; y aunque es cierto que en la regeneración reciben de Cristo, por el Espíritu, una naturaleza nueva y santa, semejante a la de Él; sin embargo, la vieja naturaleza permanece, y sigue sin cambiar, sin mejorar. Sí, a ellos les parece que la naturaleza carnal que hay en ellos está empeorando constantemente, y es más activa y contaminante cada día que viven. Son dolorosamente conscientes de la broma de que el pecado no sólo permanece en ellos, sino que contamina sus deseos, pensamientos, imaginaciones y actos; y para evitar sus levantamientos son bastante impotentes.

Esto presenta a un corazón honesto y a una conciencia sensible un problema de lo más agudo, pues ¿cómo pueden ser agradables al tres veces santo aquellos que se aborrecen a sí mismos? ¿Cómo pueden ser aptos para acercarse a Aquel que es inefable e infinitamente puro aquellos que son conscientes de su suciedad y vileza? La respuesta que algunos han dado a esta agonizante pregunta se basa en una deducción errónea de las palabras de Pablo "ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado que mora en mí": Romanos 7:20 - no les satisfará en absoluto. Decir que no es la persona regenerada, sino sólo la carne en ella, la que peca, es inventar una distinción que repudia la responsabilidad del cristiano y que no proporciona ningún alivio a una conciencia vivificada. La Escritura es demasiado clara en este punto para justificar un error: Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento insisten en que es la persona la que peca: "contra ti. . he pecado" (Salmo 51). El propio Pablo concluye Romanos 7 diciendo: "¡Oh, miserable de mí!".

En lo que respecta a otros asuntos, los hombres tienen más sentido

común que recurrir a esa distinción en la que algunos teólogos modernos son tan aficionados a insistir: nunca se les ocurre argumentar así en relación con las cosas temporales. Imagínese a alguien ante un juez, acusado de robo, reconociendo su delito, pero negando toda responsabilidad y culpabilidad sobre la base de que fue su "naturaleza malvada" y no él mismo quien robó. Seguramente el juez se vería en la tesitura de decidir si la cárcel o el manicomio era el lugar adecuado para enviarlo. Esto nos recuerda un incidente en el que un "obispo" fue culpable de blasfemia en la Cámara de los Lores (donde todos los "obispos" tienen asiento). Al ser reprendido por su criado, respondió: "Fue el 'señor' y no el 'obispo' quien maldijo". Su sirviente respondió: "Cuando el Diablo tenga al 'señor', ¡dónde estará el 'obispo'!". Cuidado, lector mío, con pretender exculparte echando la culpa a tu "naturaleza".

En otro lugar, entonces, que en cualquier supuesta distinción entre la persona santificada y su vieja naturaleza, debe buscarse la solución a nuestro problema. Cuando alguien que ha estado caminando con Dios tropieza con alguna tentación y cae en el pecado, o cuando la corrupción interna surge y (por el momento) obtiene el dominio sobre él, es dolorosamente consciente del hecho; y lo que más le aflige no es sólo que ha pecado contra Aquel que está más cerca y es más querido para él que todo lo demás, sino que su comunión con Él está rota, y que ya no es moralmente apto para entrar en Su sagrada presencia. Aunque su conocimiento del Evangelio puede ser suficiente para disipar cualquier temor inquietante de las consecuencias penales de sus pecados, esto no elimina la contaminación de su conciencia. Este es un aspecto importante en el que el no regenerado y el regenerado difieren radicalmente: cuando el primero peca, es la culpa (y el castigo) lo que más ocupa sus pensamientos; pero cuando el segundo, son los efectos de la contaminación lo que más ejercita su corazón.

Hay dos cosas en el pecado, inseparablemente conectadas y sin embargo claramente distinguibles, a saber, su criminalidad y su contaminación. La contaminación del pecado es aquella propiedad del mismo por la que se opone directamente a la santidad de Dios, y

a la que Dios expresa su santidad como contraria. Por eso se dice que Él es "de ojos más puros que para contemplar la iniquidad, y no puede mirar el mal" (Habacuc 1:13); es una visión vil y repugnante para Aquel que es la Luz. De ahí que emplee esa patética súplica: "Oh, no hagas esta cosa abominable que yo aborrezco" (Jeremías 44:4). Es con respecto a su propia santidad que Dios presenta el pecado con los nombres de todo lo que es ofensivo, objetable, repulsivo, abominable. Por consiguiente, cuando el Espíritu Santo convence del pecado, imparte tal visión y sentido de la inmundicia del pecado, que los pecadores se ruborizan, se avergüenzan, se llenan de confusión en el rostro, se rebajan en su propia estima y se avergüenzan ante Dios.

Así como se nos enseña la culpabilidad del pecado por nuestro propio temor, que es el adjunto inseparable del mismo, así se nos enseña la suciedad del pecado por nuestra propia vergüenza, que inevitablemente lo acompaña. Bajo la economía típica, Dios no sólo designó sacrificios para expiar la culpa del pecado, sino que también dio varias ordenanzas para la purificación o limpieza ceremonial de la contaminación del mismo. Durante los tiempos del Antiguo Testamento, Dios instruyó a su pueblo sobre la contaminación espiritual del pecado: la distinción entre animales limpios e inmundos, las diferentes enfermedades naturales que contaminan el cuerpo, el aislamiento de los leprosos, el contacto accidental con los muertos, que hacía que las personas fueran religiosamente inmundas según la ley, son algunos de los casos. Todos ellos prefiguraban la contaminación interna y espiritual, y de ahí que toda la obra de santificación se exprese mediante "una fuente abierta... para el pecado y la impureza" (Zacarías 13:1), es decir, para purificarlos.

Tan inseparable es la contaminación moral del pecado, y el sentido de vergüenza de la conciencia de la contaminación, que siempre que un alma es verdaderamente condenada por el pecado, hay un sentido doloroso de esta suciedad, acompañado por la vergüenza personal. Sólo cuando se comprende claramente esto, podemos entender la verdadera naturaleza de la santificación. La belleza

espiritual del alma consiste en su conformidad con Dios. La gracia da belleza: de ahí que se diga de Cristo que es "más hermoso (o "más bello") que los hijos de los hombres", y esa belleza consistía en que estaba hecho a imagen de Dios, lo que constituía toda la armonía y simetría de su naturaleza, teniendo todas sus facultades y acciones respeto a Dios. Por lo tanto, lo que es contrario a la imagen de Dios -depravación, contrario a la gracia-, el pecado, tiene en él una deformidad que estropea el alma, destruye su belleza, perturba su orden, y trae deformidad, fealdad, vileza.

Todo lo que es contrario a la santidad o a la imagen de Dios en el alma, es bajo, indigno, sucio. El pecado deshonra y degrada el alma, llenándola de vergüenza. Cuanto más cerca se nos permite caminar con Dios y más nos vemos a su luz, más conscientes somos de la deformidad del pecado y de nuestra bajeza. Cuando nuestros ojos se abrieron por primera vez para ver nuestra desnudez espiritual, ¡cuán horribles nos parecíamos a nosotros mismos, y qué sentido de nuestra contaminación teníamos! Eso no era más que el reflejo de la visión de Dios, pues Él aborrece, detesta y estima como algo abominable todo lo que es contrario a su santidad. Aquellos que son hechos "partícipes de la naturaleza divina" (2 Pedro 1:4), no hacen más que verse a sí mismos, con los ojos de Dios, como criaturas miserables, desnudas, vergonzosas, repugnantes, horribles y abominables; y por eso, con Job, se "aborrecen" a sí mismos.

Los últimos cuatro párrafos son, en parte, una condensación de John Owen; y de ellos podemos percibir claramente que son los que están verdaderamente santificados y santos, los que son más profundamente sensibles a la raíz de la corrupción que aún permanece en ellos, y que siempre está brotando y produciendo lo que los contamina; y por lo tanto se lamentan mucho de sus contaminaciones, como lo que es más deshonroso para Dios y más perturbador para su propia paz; y se esfuerzan seriamente por la mortificación de la misma. Una notable corroboración se encuentra en el hecho de que los más piadosos y santos han sido los mismos que más fuertemente afirmaron su pecaminosidad y más ruidosamente se lamentaron de la misma. Fue uno de los que Dios

mismo declaró como un "hombre perfecto (sincero) y recto, que teme a Dios y evita el mal" (Job 1:8) quien declaró "He aquí que soy vil" (40:4). Fue uno "muy amado" por Dios (Daniel 10:19), quien reconoció que "mi hermosura se convirtió en corrupción" (10:8). Fue el que fue arrebatado al tercer cielo y luego regresó de nuevo a la tierra el que gimió: "¡Oh, miserable de mí! ¿quién me librará del cuerpo de esta muerte?". (Romanos 7:24).

De las citas que acabamos de hacer de las confesiones personales de algunos de los más eminentes santos de Dios, es perfectamente claro para cualquier alma sencilla que un "corazón puro" no puede significar uno del que se ha eliminado todo el pecado, ni se puede hacer que su lenguaje encaje con la teoría utópica de que la naturaleza carnal se erradica de cualquier creyente en esta vida. En efecto, no puede; y nadie, salvo los que están completamente cegados por Satanás, afirmaría jamás un absurdo tan grosero y una mentira tan palpable. Pero esto requiere que ahora definamos y describamos en qué consiste un "corazón puro", según el significado bíblico del mismo. Y en nuestros esfuerzos por suministrar esto, tendremos que tratar de protegernos contra dos males: proporcionar una almohada para que los profesantes vacíos descansen cómodamente; y declarar las cosas de tal manera que se mate la esperanza en los regenerados.

Primero, un "corazón puro" es aquel que ha experimentado "el lavado de la regeneración y la renovación del Espíritu Santo" (Tito 3:5). Esto tiene lugar en el nuevo nacimiento, y es mantenido por el Espíritu durante toda la vida del cristiano. Todo lo que esto implica no podemos exponerlo ahora en detalle. Pero, negativamente, incluye la purificación del entendimiento del creyente, de modo que ya no está fatalmente cegado por Satanás, sino que es sobrenaturalmente iluminado por el Espíritu: en consecuencia, ahora se percibe la vanidad de las cosas mundanas. La mente es, en gran medida, liberada de la contaminación del error, y esto, por el resplandor de la luz de la verdad de Dios. Incluye, negativamente, la limpieza de los afectos, de modo que el pecado ya no es amado sino aborrecido, y Dios ya no es rehuido y evitado, sino buscado y

deseado.

Desde el punto de vista positivo, en la regeneración se comunica al alma una naturaleza o principio que contiene en sí misma deseos puros, intenciones puras y raíces puras de las acciones. Se implanta el temor de Dios y el amor de Dios se derrama en el corazón. Como consecuencia de ello, el alma jadea por Dios, anhela la conformidad con su voluntad y busca agradarle en todas las cosas. De ahí que el mayor dolor del cristiano surja de la obstaculización de sus anhelos espirituales y de la frustración de sus aspiraciones espirituales. Un corazón puro es aquel que aborrece la impureza, y cuya carga más pesada es la constatación de que ese océano de aguas sucias sigue habitando en él, arrojando constantemente su fango y suciedad, contaminando todo lo que hace. Un "corazón puro", por lo tanto, es uno que hace conciencia de las imaginaciones necias y viles, y de los malos deseos. Es uno que se aflige por el orgullo y el descontento, se lamenta por la incredulidad y la enemistad, llora en secreto por la impiedad.

En segundo lugar, un "corazón puro" es uno que ha sido "rociado de una mala conciencia" (Hebreos 10:22). Una "mala conciencia" es aquella que acusa de culpa y oprime a causa del pecado no perdonado. Su poseedor teme la perspectiva del día del juicio, y trata de desterrar de su mente todo pensamiento al respecto. Pero una conciencia a la que el Espíritu ha aplicado graciosamente la sangre expiatoria de Cristo obtiene paz mental, y tiene confianza para acercarse a Dios: en consecuencia, la superstición, el terror y el tormento desaparecen, y la aversión a Dios es desplazada por una alegría en Dios. Por eso, también, en tercer lugar, leemos "purificando sus corazones por la fe" (Hechos 15:9). Así como la incredulidad es un principio que ensucia, la fe es un principio que purifica, y eso, por el objeto al que se aferra. La fe se aparta de sí misma y se dirige a Cristo, y es capaz de comprender que su sangre "nos limpia de todo pecado" (1 Juan 1:7).

Todo cristiano, entonces, tiene un corazón "puro" en los detalles mencionados anteriormente. Pero todo cristiano no tiene un corazón "limpio" (Salmo 51:10). Lo que contamina el corazón de un cristiano es el pecado no juzgado. Cuando permitimos el pecado, la comunión con Dios se rompe, y la contaminación sólo puede ser eliminada, y la comunión restaurada, por medio de un genuino arrepentimiento: una condena de nosotros mismos, un llanto por el pecado, y una confesión sincera del mismo, acompañada de un deseo ferviente y una resolución sincera de no volver a ser alcanzado por él. La permisividad y la indulgencia de cualquier pecado conocido no pueden existir con un corazón limpio. Por lo tanto, John Owen dijo correctamente sobre el arrepentimiento: "Es tan necesario para la continuidad de la vida espiritual como la fe misma". Después del arrepentimiento y la confesión, debe haber un nuevo (y constante) recurso a esa Fuente que ha sido "abierta para el pecado y la impureza", una nueva aplicación por fe de la sangre limpiadora de Cristo: alegando sus méritos y eficacia ante Dios.

En este capítulo (en dos secciones) hemos tratado de responder a las preguntas al final del quinto capítulo. Hemos satisfecho todas las exigencias de la ley en la persona de nuestra garantía. Hemos sido hechos aptos para la herencia de los santos en la luz, porque todo el valor de la sangre purificadora de Cristo se ha contabilizado en nuestra cuenta. Estamos capacitados para acercarnos a Dios ahora, porque el Espíritu Santo nos ha comunicado la naturaleza misma de Cristo. Por la fe podemos considerarnos santos en Cristo. Por la regeneración hemos recibido un "corazón puro": prueba de ello es que odiamos toda impureza, aunque todavía hay en nosotros algo que no se deleita en otra cosa. Debemos mantener la comunión con Dios mediante la limpieza de nuestros propios corazones (Salmo 73:13), y eso, a través de la mortificación constante, y el juicio diario e implacable de todo pecado conocido en y de nosotros.

8. La naturaleza de la santificación

Hemos llegado ahora a lo que es, en varios aspectos, el aspecto más importante de nuestro tema. Es muy necesario que busquemos una visión clara y completa del carácter de la santificación en sí misma, en qué consiste realmente; o, en el mejor de los casos, nuestros pensamientos al respecto serán confusos. Puesto que la santidad es, por consenso general, la suma de todas las excelencias morales, y el logro más elevado y necesario, es de suma importancia que comprendamos bien su verdadera naturaleza y seamos capaces de distinguirla de todas las falsificaciones. ¿Cómo puede descubrirse si hemos sido santificados o no, a menos que sepamos realmente lo que es la santificación? ¿Cómo podemos cultivar verdaderamente la santidad, hasta que hayamos comprobado la verdadera sustancia o esencia de la santidad? Una comprensión correcta de la naturaleza de la santificación o santidad es una gran ayuda para la comprensión de muchas cosas en las Escrituras, para la formación de conceptos correctos de las perfecciones divinas, y para distinguir la verdadera religión de todo lo que es falso.

También hemos llegado ahora a lo más difícil y al aspecto de nuestro polifacético tema. La tarea de definir y describir la naturaleza de la santificación no es en absoluto sencilla. Esto se debe, en parte, a los muchos aspectos y ángulos diferentes que hay que tener en cuenta, si se quiere obtener algo parecido a una concepción global. La Escritura habla de que el creyente es santificado por Dios Padre; otros pasajes hablan de que es santificado en Cristo y por su sacrificio; otros hablan de que es santificado por el Espíritu, por la Palabra, por la fe, por los castigos. Por supuesto, estos pasajes no se refieren a tantas santificaciones diferentes, sino a las diversas ramas de una santificación completa; las cuales, sin embargo, necesitan ser mantenidas claramente en nuestras mentes. Algunas Escrituras presentan la santificación como

algo objetivo, otras como algo subjetivo. A veces la santificación es vista como completa, otras como incompleta y progresiva. Estas variadas fases de nuestro tema pasarán a revisión (D.V.) en capítulos posteriores.

Al consultar las obras de otros sobre este tema, nos ha sorprendido la escasez de sus observaciones sobre la naturaleza de la santificación. Mientras que muchos escritores han tratado extensamente sobre el significado del término mismo, la manera en que este don ha sido provisto para el creyente, la obra del Espíritu en la impartición del mismo, los diversos grados en que se manifiesta en esta vida, sin embargo, pocos han entrado en una descripción clara de lo que es realmente la santidad. Donde se han evitado misericordiosamente las falsas concepciones, sin embargo, en la mayoría de los casos, sólo se han presentado puntos de vista parciales y muy inadecuados de la verdad al respecto. Estamos convencidos de que el fracaso en este punto, la falta de atención a esta consideración tan vital, ha sido responsable, más que cualquier otra cosa, de las opiniones conflictivas que prevalecen tan ampliamente entre los cristianos profesantes. Un error en este punto abre la puerta para la entrada de toda clase de engaños.

A fin de eliminar parte de la basura que puede haberse acumulado en las mentes de algunos de nuestros lectores, y preparar así el camino para su consideración de la verdad, toquemos brevemente el lado negativo. En primer lugar, la santificación bíblica no es una bendición que pueda estar, y a menudo esté, separada de la justificación por un largo intervalo de tiempo. Los que sostienen una "segunda obra de gracia" insisten en que el pecador penitente es justificado en el momento en que cree en Cristo, pero que no es santificado hasta que se entrega completamente al Señor y luego recibe el Espíritu en Su plenitud - como si una persona pudiera convertirse sin entregarse completamente a Cristo, o llegar a ser un hijo de Dios sin que el Espíritu Santo habite en él. Esto es un grave error. Una vez que estamos unidos a Cristo por el Espíritu y la fe, nos convertimos en "coherederos" con Él, teniendo un título válido para toda bendición en Él. No hay división del Salvador: Él es la

santidad de su pueblo así como su justicia, y cuando otorga el perdón, también imparte la pureza del corazón.

En segundo lugar, la santificación bíblica no es un proceso prolongado por el cual el cristiano es hecho apto para el cielo. La misma obra de la gracia divina que libra a un alma de la ira venidera lo prepara para el disfrute de la gloria eterna. ¿En qué momento el pródigo penitente fue inadecuado para la casa del Padre? Tan pronto como llegó y confesó sus pecados, se le colocó el mejor vestido, se le puso el anillo en la mano, se le calzaron los pies y se le dijo: "Traed el becerro gordo y matadlo, y comamos y alegrémonos, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; se había perdido y ha sido hallado" (Lucas 15:23, 24). Si era necesaria una obra progresiva y gradual del Espíritu a fin de capacitar al alma para morar en lo Alto, entonces el ladrón moribundo no estaba capacitado para entrar en el Paraíso el mismo día en que creyó por primera vez en el Señor Jesús. "Pero habéis sido lavados, pero habéis sido santificados, pero habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús" (1 Corintios 6:11) - esas tres cosas no pueden ser separadas. "Dando gracias al Padre, que nos ha hecho aptos para participar de la herencia de los santos en la luz" (Colosenses 1:12).

Tercero, la santificación escritural no es la erradicación de la naturaleza carnal. La doctrina de los "perfeccionistas" endurece a las almas en el engaño, llamando bueno al mal, y permitiéndose en el pecado. Desanima en gran medida a las almas sinceras que se esfuerzan por conseguir la santidad de la manera correcta -por la fe en Cristo- y las lleva a pensar que se esfuerzan en vano, porque se encuentran todavía pecadoras y lejos de la perfección, cuando han hecho todo lo posible por alcanzarla. Hace que no tengan sentido muchas exhortaciones bíblicas, tales como Romanos 6:12, 2 Corintios 7:1, Efesios 4:22, 2 Timoteo 2:22 - "huye también de los deseos juveniles", muestra claramente que todavía estaban presentes incluso en el piadoso Timoteo. Si la naturaleza carnal desapareciera del cristiano, éste sería totalmente incapaz de cumplir con deberes tales como la confesión de los pecados (1 Juan 1:9), aborreciéndose a sí mismo por ellos (Job 40:4), orando fervientemente por el

perdón de los mismos (Mateo 6: 12), lamentarse por ellos con un dolor piadoso (2 Corintios 7:10), aceptar el castigo por ellos (Hebreos 12:5-1l), vindicar a Dios por los mismos (Salmo 119:75), y ofrecerle el sacrificio de un corazón quebrantado y contrito (Salmo 51:17).

En cuarto lugar, la santificación bíblica no es algo totalmente objetivo en Cristo, que no está de ninguna manera en nosotros mismos. En su revuelta contra el perfeccionismo sin pecado, ha habido algunos que se han ido a un extremo opuesto: los antinomianos defienden una santidad en Cristo que no produce ningún cambio radical para mejor en el cristiano. Este es otro engaño del Diablo, pues un engaño es ciertamente que alguien imagine que la única santidad que tiene está en Cristo. En realidad, no hay tal cosa como una posición perfecta e inalienable en Cristo que esté divorciada de la pureza del corazón y de un andar personal en la justicia. Qué dogma tan agradable para la carne es que un acto de fe en el Señor Jesús asegura la inmunidad eterna de la condenación y proporciona una licencia de por vida para revolcarse en el pecado. Mi lector, una fe que no transforma el carácter y reforma la conducta no tiene valor. La fe que salva sólo se demuestra que es genuina al dar las flores de la piedad experimental y los frutos de la piedad personal.

En nuestra búsqueda de la naturaleza real de la santidad, es necesario mantener ciertas consideraciones definidas ante nosotros, como postes guía a lo largo del camino que debemos seguir. En primer lugar, observando lo que es la santidad en Dios mismo, pues la santidad de la criatura -ya sea la de los ángeles, la de Cristo o la del cristiano- debe ajustarse al modelo divino. Aunque puede haber muchos grados de santidad, no puede haber más de un tipo de santidad. En segundo lugar, determinando lo que Adán tenía y perdió, y que Cristo ha recuperado para su pueblo. Si bien es benditamente cierto que el cristiano obtiene mucho más en el segundo hombre de lo que perdió el primero, este es un punto de considerable importancia. Tercero, descubriendo la verdadera naturaleza del pecado, pues la santidad es su opuesto. Cuarto,

recordando que la santificación es una parte integral y esencial de la salvación misma, y no un extra. En quinto lugar, siguiendo la pista que nos da el triple significado del propio término.

¿Qué significa la santidad de Dios? Al buscar una respuesta a esta pregunta, se obtiene muy poca ayuda de las obras de los teólogos, la mayoría de los cuales se contentan con un conjunto de palabras que no expresan nada en concreto, sino que dejan las cosas totalmente en la oscuridad. La mayoría de ellos dicen que la santidad de Dios es su pureza. Si se pregunta en qué consiste esta pureza, la respuesta habitual es: en lo que se opone a todo pecado, la mayor impureza. Pero, ¿quién es el más sabio por esto? Eso, de por sí, no nos ayuda a formarnos una idea positiva de en qué consiste la pureza de Dios, hasta que se nos diga qué es realmente el pecado. Pero la naturaleza del pecado no puede conocerse experimentalmente hasta que comprendamos lo que es la santidad, porque no aprendemos plenamente lo que es la santidad obteniendo una idea correcta del pecado; más bien debemos conocer primero lo que es la santidad para tener un conocimiento correcto del pecado.

Varios teólogos eminentes han intentado decirnos qué es la santidad divina diciendo: No es propiamente un atributo distinto de Dios, sino la belleza y la gloria de todas sus perfecciones morales. Pero no podemos obtener ninguna idea concreta de esas palabras, hasta que se nos diga qué es esta "belleza y gloria". Decir que es la "santidad" es no decir nada al respecto. Todo lo que John Gill nos da como definición de la santidad de Dios es: "la santidad es la pureza y rectitud de su naturaleza". Nath Emmons, el perfeccionador del esquema de teología de "Nueva Inglaterra", nos dice: "La santidad es un término general para expresar esa bondad o benevolencia que comprende todo lo que es moralmente amable y excelente." Aunque son sólidas en su sustancia, tales afirmaciones son demasiado breves para que nos sirvan de mucho al tratar de formar una concepción definida de la Santidad Divina.

La descripción más útil de la santidad de Dios que hemos encontrado es la formulada por el puritano Stephen Charnock: "Es la rectitud o integridad de la naturaleza divina, o esa conformidad de la misma en el afecto y la acción con la voluntad divina, en cuanto a su ley eterna, por la que Él obra con una adecuación a su propia excelencia, y por la que tiene un deleite y complacencia en todo lo que está de acuerdo con su voluntad, y un aborrecimiento de todo lo que es contrario a ella". Aquí hay algo definido y tangible, que satisface a la mente; aunque quizás requiera que se le añada otra característica. Puesto que la ley es "un trasunto" de la mente y la naturaleza divinas, entonces la santidad de Dios debe ser Su propia armonía con ella; a lo que podemos añadir que la santidad de Dios es Su ordenamiento de todas las cosas para Su propia gloria, pues no puede tener un fin más elevado que ése, siendo ésta Su propia y única excelencia y prerrogativa.

Coincidimos plenamente con Charnock en que la voluntad de Dios y la ley de Dios son una y la misma cosa, y que su santidad reside en la conformidad de sus afectos y acciones con la misma; añadiendo que la promoción de su propia gloria es su designio en el conjunto. Ahora bien, este concepto de la santidad divina -la suma de la excelencia moral de Dios- nos ayuda a concebir lo que es la santidad en el cristiano. Es mucho más que una "posición" o "posición". Es también y principalmente una cualidad moral, que produce conformidad con la voluntad o ley divina, y que mueve a su poseedor a aspirar a la gloria de Dios en todas las cosas. Esto, y nada menos que esto, podría satisfacer los requisitos divinos; y este es el gran don que Dios otorga a su pueblo.

¿Qué tenía Adán y qué perdió? ¿Qué fue lo que lo distinguió de todas las criaturas inferiores? No simplemente la posesión de un alma, sino que su alma tenía estampada la imagen moral y la semejanza de su Hacedor. Esto era lo que constituía su bendición, lo que lo capacitaba para la comunión con el Señor, y lo que lo calificaba para vivir una vida feliz para su gloria. Y esto fue lo que perdió en la caída. Y esto es lo que el último Adán devuelve a su pueblo. Esto queda claro al comparar Colosenses 3:10 y Efesios

4:23: el "nuevo hombre", el producto de la regeneración, es "renovado en el conocimiento (en el conocimiento vital y experimental de Dios mismo: Juan 17:3) según la imagen del que lo creó", es decir, según la semejanza original que le fue otorgada a Adán; y se dice claramente que ese "nuevo hombre" es "creado en justicia y santidad verdadera" (Efesios 4:24).

Así, lo que el primer Adán perdió y lo que el último Adán aseguró para su pueblo, fue la "imagen y semejanza" de Dios estampada en el corazón, cuya "imagen" consiste en "justicia y santidad". Por lo tanto, para entender esa santidad personal y experimental de la que el cristiano es hecho partícipe en el nuevo nacimiento, tenemos que volver al principio y averiguar cuál era la naturaleza o el carácter de esa "rectitud" moral (Eclesiastés 7:29) con la que Dios creó al hombre al principio. La santidad y la rectitud fueron la "naturaleza" con la que fue dotado el primer hombre; era la ley misma de su ser, que le hacía deleitarse en el Señor, hacer las cosas que son agradables a sus ojos, y reproducir en su medida de criatura la propia justicia y santidad de Dios. Aquí descubrimos de nuevo que la santidad es una cualidad moral, que conforma a su poseedor a la ley o voluntad divina, y le mueve a apuntar sólo a la gloria de Dios.

¿Qué es el pecado? Ah, qué hombre es capaz de dar una respuesta adecuada: "¿Quién puede entender sus errores?" (Salmo 19:12). Se podría escribir un volumen sobre ello, y aún así dejar mucho sin decir. Sólo Aquel contra quien se comete puede comprender plenamente su naturaleza o medir su enormidad. Y sin embargo, de la luz que Dios nos ha proporcionado, se puede obtener al menos una respuesta parcial. Por ejemplo, en 1 Juan 3:4 leemos: "El pecado es la transgresión de la ley", y el hecho de que tal transgresión no se limita al acto exterior se desprende claramente de "el pensamiento de la necedad es pecado" (Proverbios 24:9). Pero, ¿qué significa que "el pecado es la transgresión de la ley"? Significa que el pecado es un pisoteo del santo mandamiento de Dios. Es un acto de desafío contra el Legislador. Siendo la ley "santa, justa y buena" se deduce que cualquier incumplimiento de la misma es un mal y una enormidad que sólo Dios es capaz de

estimar.

Todo pecado es un incumplimiento de la norma eterna de equidad. Pero es más que eso: revela una enemistad interior que da lugar a la transgresión exterior. Es el estallido de ese orgullo y de la voluntad propia que se resiste a la restricción, que repudia el control, que se niega a estar bajo la autoridad, que se resiste al gobierno. Contra la justa restricción de la ley, Satanás opuso una falsa idea de "libertad" a nuestros primeros padres: "Seréis como dioses". Y sigue esgrimiendo el mismo argumento y empleando el mismo cebo. El cristiano debe enfrentarse a él preguntando: ¿El discípulo ha de estar por encima de su Maestro, el siervo es superior a su Señor? Cristo fue "hecho bajo la ley" (Gálatas 44), y vivió en perfecta sumisión a ella, y nos ha dejado un ejemplo para que "sigamos sus pasos" (1 Pedro 2:21). Sólo amando, temiendo y obedeciendo la ley, seremos guardados de pecar.

El pecado, pues, es un estado interior que precede a las malas acciones. Es un estado del corazón que se niega a someterse a Dios. Es un rechazo de la ley divina, y el establecimiento de la voluntad propia y la complacencia propia en su lugar. Ahora, como la santidad es lo opuesto al pecado, esto nos ayuda a determinar algo más de la naturaleza de la santificación. La santificación es esa obra de la gracia divina en el creyente que lo devuelve a la lealtad a Dios, regulando sus afectos y acciones en armonía con su voluntad, escribiendo su ley en el corazón (Hebreos 10-16), moviéndolo a hacer de la gloria de Dios su principal objetivo y fin. Esa obra divina se inicia en la regeneración y se completa sólo en la glorificación. Puede pensarse que, en esta sección, hemos contradicho lo que se dijo en el párrafo anterior. No es así; en la luz de Dios vemos la luz. Sólo después de que el principio de santidad nos ha sido impartido, podemos discernir el carácter real del pecado; pero después de haberlo recibido, un análisis del pecado nos ayuda a determinar la naturaleza de la santificación.

La santificación es una parte integral de la "salvación". Como este punto se ha tratado extensamente en el tercer capítulo, es menos necesario que digamos mucho al respecto aquí. Una vez que se perciba claramente que la salvación de Dios no es sólo un rescate de la pena del pecado, sino que es también, y principalmente, la liberación de la contaminación y el poder del pecado - que termina en la completa libertad de su misma presencia - no habrá dificultad en ver que la santificación ocupa un lugar central en el proceso. Lamentablemente, mientras que hay muchos que piensan que Cristo murió para asegurar su perdón, muy pocos consideran hoy que Cristo murió para renovar sus corazones, sanar sus almas y llevarlos a la obediencia a Dios. A menudo uno se ve obligado a preguntarse si uno de cada diez cristianos que profesan está realmente familiarizado experimentalmente con la "tan grande salvación" (Hebreos 2:3) de Dios.

En la medida en que la santificación es una rama importante de la salvación, tenemos otra ayuda para entender su naturaleza. La salvación es una liberación del pecado, una emancipación de la esclavitud de Satanás, una relación correcta con Dios; y la santificación es lo que hace que esto se haga realidad en la experiencia del creyente, no perfectamente en esta vida, pero sí verdaderamente. Por lo tanto, la santificación no sólo es la parte principal de la salvación, sino también el principal medio para lograrla. La salvación del poder del pecado consiste en la liberación del amor al pecado; y esto se lleva a cabo mediante el principio de santidad, que ama la pureza y la piedad. Además, no puede haber comunión con Dios, ni caminar con él, ni deleitarnos en él, sino cuando recorremos el camino de la obediencia (véase 1 Juan 1:5-7); y eso sólo es posible cuando el principio de santidad opera en nosotros.

Combinemos ahora estos cuatro puntos. ¿Qué es la santificación bíblica? Primero, es una cualidad moral en el regenerado -la misma en su naturaleza que pertenece al carácter divino- que produce armonía con la voluntad de Dios y hace que su poseedor aspire a su gloria en todas las cosas. En segundo lugar, es la imagen moral de

Dios -perdida por el primer Adán, restaurada por el último Adán- estampada en el corazón, cuya "imagen" consiste en la justicia y la santidad. En tercer lugar, es lo contrario del pecado. Puesto que todo pecado es una transgresión de la ley divina, la verdadera santificación lleva a su poseedor a la conformidad con ella. Cuarto, es una parte integral y esencial de la "salvación", siendo una liberación del poder y la contaminación del pecado, haciendo que su poseedor ame lo que antes odiaba, y que ahora odie lo que antes amaba. Por lo tanto, es lo que nos capacita experimentalmente para la comunión y el disfrute del Santo mismo.

9. La naturaleza de la santificación (continuación)

El triple significado del término "santificar". Tal vez el método más sencillo y seguro para llegar a una comprensión correcta de la naturaleza de la santificación es seguir el significado de la palabra misma, porque en las Escrituras los nombres de las cosas siempre están en exacta concordancia con su carácter. Dios no nos tienta con expresiones ambiguas o sin sentido, sino que el nombre que da a una cosa es propiamente descriptivo. Así que aquí. La palabra "santificar" significa consagrar o apartar para un uso sagrado, limpiar o purificar, adornar o embellecer. Por muy diversos que parezcan estos significados, sin embargo, como veremos, se unen maravillosamente en un todo. Usando esto, entonces, como nuestra clave principal, veamos si el triple significado del término nos abrirá las avenidas principales de nuestro tema.

La santificación es, en primer lugar, un acto del Dios trino, por el cual Su pueblo es apartado para Él, para Su deleite, Su gloria, Su uso. Para ayudar a nuestro entendimiento en este punto, debemos notar que Judas 1 habla de aquellos que son "santificados por Dios el Padre", y que esto precede a que sean "preservados en Jesucristo y llamados". La referencia allí es que el Padre escogió a Su pueblo para sí mismo de la raza que se propuso crear, separando los objetos de Su favor de aquellos que pasó de largo. Luego, en Hebreos 10:10 leemos: "somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre": Su sacrificio ha purificado a su pueblo de toda mancha de pecado, lo ha separado del mundo, lo ha consagrado a Dios, poniéndolo delante de Él en toda la excelencia de su ofrenda. En 2 Tesalonicenses 2:13 se nos dice: "Dios os ha escogido desde el principio para la salvación, mediante la santificación del Espíritu y la creencia en la verdad": esto se refiere a la obra de vivificación del Espíritu por la que

separa a los elegidos de los que están muertos en el pecado.

La santificación es, en segundo lugar, una limpieza de los que van a ser dedicados al uso de Dios. Esta "limpieza" es tanto legal como experimental. A medida que avanzamos en nuestro tema, es necesario tener constantemente presente que la santificación o santidad es lo opuesto al pecado. Ahora bien, como el pecado implica tanto la culpa como la contaminación, su remedio debe satisfacer ambas necesidades y contrarrestar ambos efectos. Un leproso repugnante no sería más un sujeto apto para el cielo que uno que todavía estuviera bajo la maldición. La doble provisión hecha por la gracia divina para satisfacer la necesidad del pueblo culpable y contaminado de Dios se ve en la "sangre y el agua" que salieron del costado traspasado del Salvador (Juan 19:34). Típicamente, esta doble necesidad se advertía antiguamente en el mobiliario del tabernáculo: la capa para lavarse era tan indispensable como el altar para el sacrificio. La limpieza es tan urgente como el perdón.

Que uno de los grandes fines de la muerte de Cristo fue la purificación moral de su pueblo queda claro en muchas escrituras. "Él murió por todos, para que los que viven no vivan ya para sí mismos, sino para el que murió y resucitó por ellos" (2 Corintios 5:15); "El cual se dio a sí mismo por nosotros, para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras" (Tito 2 : 14); "Cuánto más la sangre de Cristo, quien por medio del Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestra conciencia de obras muertas para servir al Dios vivo" (Hebreos 9:14); "Quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia" (1 Pedro 2:24). De estos pasajes se desprende claramente que el propósito del Salvador en todo lo que hizo y sufrió, no sólo fue liberar a su pueblo de las consecuencias penales de sus pecados, sino también limpiarlo de la contaminación del pecado, liberarlo de su poder esclavizante, rectificar su naturaleza moral.

Es muy lamentable que muchos, cuando piensan o hablan de la "salvación" que Cristo ha comprado para su pueblo, no le atribuyan más idea que la de liberación de la condenación. Parecen olvidar que la liberación del pecado -la causa de la condenación- es una bendición igualmente importante comprendida en ella. "Ciertamente, es tan necesario para las criaturas caídas ser liberadas de la contaminación y la impotencia moral que han contraído, como ser eximidas de las penas en que han incurrido; de modo que, cuando sean restablecidas en el favor de Dios, puedan al mismo tiempo ser más capaces de amarlo, servirlo y disfrutarlo para siempre. Y en este sentido, el remedio que el Evangelio revela se adapta plenamente a las exigencias de nuestro estado pecaminoso, proporcionando nuestra completa redención del pecado mismo, así como de las responsabilidades penales que ha traído sobre nosotros" (Crawford sobre "La Expiación"). Cristo ha procurado a su pueblo la santificación, además de la justificación.

El hecho de que la purificación es un elemento integral de la santificación se desprende claramente de los tipos. "Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y la ceniza de la vaquilla que rocía a los impuros, santifican para la purificación de la carne" (Hebreos 9:13). La sangre, las cenizas, la aspersión, eran la provisión misericordiosa de Dios para los "impuros" y santificaban "para la purificación de la carne" - las referencias son a Levítico 16:14; Números 19:2, 17, 18. El antitipo de esto se ve en el siguiente versículo: "Cuánto más la sangre de Cristo, que por el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestra conciencia de obras muertas para servir al Dios vivo". El tipo sólo servía para una santificación temporal y ceremonial, el Antitipo para una limpieza real y eterna. Otros ejemplos de lo mismo se encuentran en: "Ve al pueblo, y santifícalos hoy y mañana, y que laven sus ropas" (Éxodo 19:10); "Santificaré también a Aarón y a sus hijos, para que me sirvan en el oficio de sacerdote" (Éxodo 29:44) - para la realización de esto véase Éxodo 40:12-15, donde encontramos que fueron "lavados con agua", "ungidos" con aceite, y "vestidos" o adornados con sus vestiduras oficiales.

Ahora la obra sustitutiva y sacrificial de Cristo ha producido para su pueblo una triple "limpieza". La primera es judicial, los pecados de su pueblo son borrados como si nunca hubieran existido. Tanto la culpa como la contaminación de sus iniquidades son completamente eliminadas, de modo que la Iglesia aparece ante Dios "como la mañana, hermosa como la luna, clara como el sol" (Cantar de los Cantares 6:10). La segunda es personal, en "el lavado de la regeneración y la renovación del Espíritu Santo". El tercero es experimental, cuando la fe se apropia de la sangre purificadora y la conciencia es purificada: "purificando sus corazones por la fe" (Hechos 15:9), "teniendo nuestros corazones rociados de una mala conciencia, y nuestros cuerpos lavados con agua pura" (Hebreos 10:22). A diferencia de los dos primeros, este último, es algo repetido y continuo: "Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad" (1 Juan 1:9). Esperamos ampliar considerablemente estos diferentes puntos cuando abordemos más definitivamente nuestra santificación por Cristo.

La santificación es, en tercer lugar, un adorno o embellecimiento de aquellos a quienes Dios limpia y aparta para sí. Esto lo logra el Espíritu Santo en su obra de renovación moral del alma, por la cual el creyente es hecho interiormente santo. Lo que el Espíritu comunica es la vida de Cristo resucitado, que es un principio de pureza, que produce amor a Dios; y el amor a Dios implica, por supuesto, la sujeción a Él. Así, la santidad es una conformidad interior con las cosas que Dios ha ordenado, como el "patrón" (o muestra) corresponde a la pieza de la que se toma. "Porque ya sabéis qué mandamientos os hemos dado por el Señor Jesús. Porque esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación" (1 Tesalonicenses 4:2, 3), es decir, vuestra santificación consiste en una conformidad con su voluntad. La santificación hace que el corazón haga de Dios su principal bien, y de su gloria su principal fin.

Como su gloria es el fin que Dios tiene en vista en todas sus

acciones -ordenando, disponiendo, dirigiendo todo con este designio-, la conformidad con Él, siendo santos como Él es santo, debe consistir en poner su gloria ante nosotros como nuestro objetivo final. La santificación subjetiva es ese cambio operado en el corazón que produce un deseo y un propósito constantes de agradar y honrar a Dios. Esto no está en ninguno de nosotros por naturaleza, porque el amor propio gobierna a los no regenerados. Las calamidades pueden llevar a los no santificados hacia Dios, pero es sólo para el alivio del yo. El temor al infierno puede incitar a un hombre a clamar a Dios por misericordia, pero es sólo para ser liberado. Tales acciones son sólo la obra de la mera naturaleza - el instinto de auto-preservación; no hay nada espiritual o sobrenatural en ellas. Pero en la regeneración un hombre es levantado de su propio fondo y puesto sobre un nuevo fundamento.

La santificación subjetiva es un cambio o renovación del corazón para que se conforme a Dios, a su voluntad, a su gloria. "La obra de la santificación es una obra de enmarcar y fundir el corazón mismo en la palabra de Dios (como se funden los metales en un troquel o molde), para que el corazón sea hecho del mismo sello y disposición con la Palabra" (Thomas. Goodwin). "Habéis obedecido de corazón aquella forma (o "modelo") de doctrina a la que fuisteis entregados" (Romanos 6:17). Las artes y las ciencias nos entregan reglas a las que debemos ajustarnos, pero el milagro de la gracia de Dios dentro de su pueblo lo conforma a las reglas de su voluntad, para ser formado por ellas; ablandando sus corazones para hacerlos capaces de recibir las impresiones de sus preceptos. A continuación citamos de nuevo las excelentes observaciones de Thomas. Goodwin.

"La sustancia de su comparación viene a ser esto, que sus corazones habiendo sido primero, en las inclinaciones y disposiciones internas del mismo, enmarcados y cambiados a lo que la Palabra requiere, entonces obedecieron la misma Palabra desde el corazón naturalmente, voluntariamente; y los mandamientos no fueron penosos, porque el corazón fue enmarcado y moldeado para ello. El corazón debe ser hecho bueno antes de que los hombres puedan obedecer de corazón; y para este fin, primero compara

elegantemente la doctrina de la Ley y el Evangelio que les fue entregada, con un patrón o muestrario, que teniendo en sus ojos, enmarcaron y cuadraron sus actos y acciones a él. Y en segundo lugar compara la misma doctrina a un molde o matriz, en el cual el metal que se entrega, tiene la misma figura o forma que el molde mismo tenía; y esto se habla con respecto a sus corazones".

Este poderoso y maravilloso cambio no se produce en la sustancia o en las facultades del alma, sino en su disposición; porque un trozo de metal que se funde y se moldea sigue siendo el mismo metal que era antes, pero su estructura y su forma se modifican considerablemente. Cuando el corazón se ha hecho humilde y manso, está capacitado para percibir cuál es la buena, perfecta y agradable voluntad de Dios, y la aprueba como buena para él; y así somos "transformados por la renovación de nuestra mente" (Romanos 12:2). Como el molde y la cosa moldeada se corresponden, como la cera tiene en ella la imagen por la cual fue impresa, así el corazón que antes era enemigo de todo mandamiento, ahora se deleita en la ley de Dios según el hombre interior, encontrando una concordancia entre ella y su propia disposición. Sólo cuando el corazón es cambiado sobrenaturalmente y conformado a Dios, se encuentra que "sus mandamientos no son gravosos" (1 Juan 5:3).

Lo que acabamos de decir nos devuelve al punto alcanzado en el capítulo anterior (o más correctamente, en las primeras secciones de este capítulo, a saber, que la santidad es una cualidad moral, una inclinación, una "nueva naturaleza", una disposición que se deleita en todo lo que es puro, excelente, benévolo. Es el derramamiento del amor de Dios en el corazón, pues sólo por el amor puede "cumplirse" su santa ley. Nada más que el amor desinteresado (lo opuesto al amor propio) puede producir una obediencia alegre. Y, como nos dice Romanos 5:5, el amor de Dios es derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo. Somos santificados por el Espíritu que habita en nosotros, produciendo en y a través de nosotros los frutos de la santidad. Y así es como leemos: "Pero sabed que el Señor ha reservado para sí al piadoso" (Salmo 4:3).

En la (porción de este) capítulo anterior preguntamos: "¿Cómo puede descubrirse si hemos sido santificados o no, a menos que sepamos realmente qué es la santificación?" Ahora bien, señalemos que nuestra santificación por el Padre y nuestra santificación por Cristo sólo pueden ser conocidas por la santificación del Espíritu, y ésta, a su vez, sólo puede ser descubierta por sus efectos. Y esto nos lleva al último aspecto de la naturaleza de nuestra santificación, a saber, ese andar santo, o conducta externa, que pone de manifiesto y es el efecto de nuestra santificación interior por el Espíritu. Esta rama de nuestro tema es lo que los teólogos han designado como nuestra "santificación práctica". Así, distinguimos entre el acto y el proceso por el cual el cristiano es apartado para Dios, el estado moral y espiritual al que lo lleva ese apartamiento, y la vida santa que procede de ese estado; es a esto último a lo que hemos llegado ahora. Así como la "separación" es privativa y positiva -del servicio de Satanás al servicio de Dios-, la vida santa es la separación del mal, siguiendo lo que es bueno.

Thomas. Manton, que ninguno de los puritanos es más sencillo, sucinto y satisfactorio, dice: "La santificación es triple. En primer lugar, la santificación meritoria es el hecho de que Cristo merezca y compre para su Iglesia la morada interior del Espíritu, y esa gracia por la que pueden ser santificados": Hebreos 10:10. En segundo lugar, la santificación aplicada es la renovación interior del corazón de aquellos a quienes Cristo ha santificado por el Espíritu de regeneración, por la cual un hombre es trasladado de la muerte a la vida, del estado de naturaleza al estado de gracia. De esto se habla en Tito 3:5: se trata de la santificación diaria, que, con respecto al mérito de Cristo, se lleva a cabo por el Espíritu y el ministerio de la Palabra y los sacramentos. En tercer lugar, la santificación práctica es aquella por la cual aquellos para quienes Cristo se santificó a sí mismo, y que son renovados por el Espíritu Santo, y plantados en Cristo por la fe, se santifican y limpian más y más del pecado en pensamiento, palabra y obra: (1 Pedro 1:15; 1 Juan3:3).

"Así como santificar significa consagrar o dedicar a Dios, también significa la inclinación fija o la disposición del alma hacia Dios como nuestro más alto señor y bien principal, y en consecuencia una resignación de nuestras almas a Dios, para vivir en el amor de su bendita majestad y una obediencia agradecida a él. Más claramente (1) implica una inclinación, una tendencia, o una inclinación fija hacia Dios, que es la santificación habitual. (2) Una resignación, o entrega a Dios, por la cual se inicia la santidad real; un uso constante de nosotros mismos hacia Él, por el cual se continúa; y el ejercicio continuo de un amor ferviente, por el cual se incrementa en nosotros más y más, hasta que todo sea perfeccionado en la gloria.

Como santificar significa purificar y limpiar, así significa la purificación del alma del amor del mundo. El hombre es impuro porque, habiendo sido hecho para Dios, prefiere las bajezas de este mundo antes que a su Hacedor y la gloria eterna; y así no es santificado el que desprecia y desobedece a su Hacedor; lo desprecia porque prefiere la vanidad más despreciable antes que a Él, y elige el placer transitorio de pecar antes que la fruición sin fin de Dios. Ahora bien, se santifica cuando su amor mundano es curado, y es llevado de nuevo al amor y a la obediencia de Dios. Aquellos que son curados del amor excesivo del mundo son santificados, ya que las inclinaciones de la carne a las cosas mundanas son rotas."

"Y el mismo Dios de la paz os santifique por completo; y ruego a Dios que todo vuestro espíritu, alma y cuerpo sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo" (1 Tesalonicenses 5:23). Probablemente había una triple referencia en la petición del apóstol. En primer lugar, oró para que todos los miembros de la iglesia de Tesalónica, la asamblea entera, fueran santificados. Segundo, oró para que cada miembro individual pudiera ser santificado por completo en todo su hombre, espíritu y alma y cuerpo. En tercer lugar, oró para que todos y cada uno de ellos fueran santificados más perfectamente, impulsados a avanzar hacia la santidad completa. 1 Tesalonicenses 5:23 es casi paralelo a

Hebreos 13:20, 21. El apóstol oró para que todas las partes y facultades del cristiano se mantuvieran bajo la influencia de la gracia eficaz, en verdadera y real conformidad con Dios; tan influenciadas por la verdad como para ser aptas y equipadas, en todos los casos y circunstancias, para la realización de toda buena obra. Aunque este sea nuestro deber obligado, no está absolutamente en nuestro poder, sino que es la obra de Dios en nosotros y a través de nosotros; y por lo tanto debe ser el tema de una oración ferviente y constante.

Dos cosas están claramente implicadas en el pasaje anterior. Primero, que toda la naturaleza del cristiano es objeto de la obra de la santificación, y no sólo una parte de ella: cada disposición y poder del espíritu, cada facultad del alma, el cuerpo con todos sus miembros. También el cuerpo es "santificado". Ha sido hecho miembro de Cristo (1 Corintios 6:15), es templo del Espíritu Santo (1 Corintios 6:19). Como es parte integrante de la persona del creyente, y como sus inclinaciones y apetitos afectan al alma e influyen en la conducta, debe ser puesto bajo el control del espíritu y del alma, para que "cada uno de nosotros sepa poseer su vaso en santificación y honor" (1 Tesalonicenses 4:4), y "así como entregasteis vuestros miembros a la impureza y a la iniquidad, así ahora entregad vuestros miembros a la justicia para santidad" (Romanos 6:19).

En segundo lugar, que esta obra de la gracia divina será llevada a cabo hasta su terminación y perfección, pues el apóstol añade inmediatamente: "Fiel es el que os llama, que también lo hará" (1 Tesalonicenses 5:24). Por lo tanto, los dos versículos son paralelos con "Estando seguros de esto mismo, que el que ha comenzado una buena obra en vosotros la terminará hasta el día de Jesucristo" (Filipenses 1:6). Lo único a lo que debe aspirar el cristiano es a que cada una de sus facultades y miembros estén dedicados a Dios. Pero el logro de esto sólo se realiza completamente en su glorificación: "Sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él" (1 Juan 3:2) - no sólo interiormente sino exteriormente: "El cual transformará nuestro cuerpo vil, para que sea semejante al cuerpo

de su gloria" (Filipenses 3:21).

10. La naturaleza de la santificación (completada)

Lo que hemos tratado de mostrar en los capítulos anteriores de este libro es el hecho de que la santificación del cristiano es mucho más que una simple separación de él para Dios: es también, y principalmente, una obra de gracia realizada en su alma. Dios no sólo considera a su pueblo como santo, sino que lo hace realmente. Los diversos materiales y artículos usados en el tabernáculo de la antigüedad, cuando se dedicaban a Dios, cambiaban sólo en su uso, pero cuando el hombre se dedica a Dios es cambiado en su naturaleza, de modo que no sólo hay una diferencia vital entre él y los demás, sino una diferencia radical entre él y él mismo (1 Corintios 6:11) - entre lo que era y lo que ahora es. Ese cambio de naturaleza es una necesidad real, porque el hombre mismo debe ser hecho santo antes de que sus acciones puedan serlo. La gracia es plantada en el corazón, desde donde su influencia se difunde por todos los departamentos de su vida. La santidad interna es el odio al pecado y el amor a lo que es bueno, y la santidad externa es evitar lo uno y perseguir lo otro. Dondequiera que haya un cambio de corazón aparecerán frutos en la conducta.

Al igual que la propia "salvación" -según el uso del término en la Escritura (véase 2 Timoteo 1:9, salvación en el pasado; Filipenses 2:12, salvación en el presente; Romanos 13:11, salvación en el futuro) y en la historia real de los redimidos-, la santificación debe considerarse bajo sus tres tiempos. Hay un sentido muy real en el que todos los elegidos de Dios ya han sido santificados: Judas 1; Hebreos 10:10; 2 Tesalonicenses 2:13. También hay un sentido muy real en el que aquellos del pueblo de Dios en la tierra están siendo santificados diariamente: 2 Corintios. 4:16; 7:1; 1 Tesalonicenses 5:23. Y también hay un sentido real en el que la santificación (completa) del cristiano es todavía futura: Romanos 8:30; Hebreos

12:23; 1 Juan 3:2. A menos que esta triple distinción sea cuidadosamente tenida en cuenta, nuestros pensamientos están destinados a confundirse. Objetivamente, nuestra santificación es ya un hecho consumado (1 Corintios 1:2), en el que un santo comparte igualmente con otro. Subjetivamente, nuestra santificación no es completa en esta vida (Filipenses 3:12) y varía considerablemente en los diferentes cristianos, aunque la promesa de Filipenses 1:6 pertenece por igual a todos ellos.

Aunque nuestra santificación sea completa en todas sus partes, no es ahora perfecta en sus grados. Así como el niño recién nacido posee un alma y un cuerpo, dotados de todos sus miembros, sin embargo están sin desarrollar y lejos de un estado de madurez. Lo mismo ocurre con el cristiano, que (en comparación con la vida futura) no es más que un "niño en Cristo" (1 Pedro 2:2). No conocemos más que "en parte" (1 Corintios 13:12), y estamos santificados sólo en parte, porque "aún queda mucha tierra por poseer" (Josué 13 :1). En los más agraciados permanece un doble principio: la carne y el espíritu, el hombre viejo y el hombre nuevo. Somos una mezcla y una mezcolanza durante nuestro estado actual. Hay un conflicto entre los principios operativos (el pecado y la gracia), de modo que cada acto está mezclado: hay estaño mezclado con nuestra plata y escoria con nuestro oro. Nuestras mejores acciones están contaminadas, y por eso seguimos alimentando al Cordero con "hierbas amargas" (Éxodo 12:8).

La santidad en el corazón se descubre por medio de penas y aspiraciones piadosas. "Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados" (Mateo 5:4): "lloran" por la hinchazón del orgullo, la obra de la incredulidad, el surgimiento del descontento; "lloran" por la debilidad de su fe, la frialdad de su amor, su falta de conformidad con Cristo. No hay nada que evidencie más claramente que una persona está santificada que un corazón quebrantado y contrito, afligido por lo que es contrario a la santidad. El puritano John Owen dijo correctamente: "El arrepentimiento evangélico es el que lleva el alma creyente a través de todos sus fracasos, debilidades y pecados. No es capaz de vivir un día sin su constante

ejercicio. Es tan necesario para la continuidad de la vida espiritual como lo es la fe. Es ese continuo y habitual autodesprecio que surge del sentido de la majestuosidad y santidad de Dios, y de la conciencia de nuestros miserables fracasos". Es esto lo que hace que el verdadero cristiano esté tan agradecido por Romanos 7, pues encuentra que se corresponde exactamente con su propia experiencia interior.

El alma santificada, entonces, está muy lejos de estar satisfecha con la medida de la santidad experimental que todavía es su porción. Está dolorosamente consciente de la debilidad de sus gracias, de la delgadez de su alma y de las contaminaciones de su corrupción interior. Pero, "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia" (Mateo 5:6), o "los que tienen hambre y sed", como se lee en el griego, siendo el participio del tiempo presente; dando a entender una disposición presente del alma. Cristo declara "bienaventurados" (en contraste con los que están bajo "la maldición") a los que tienen hambre y sed de su justicia impartida así como imputada, que tienen sed de la justicia de la santificación así como de la justicia de la justificación, es decir, el Espíritu infundiendo en el alma principios santos, gracias sobrenaturales, cualidades espirituales, y luego fortaleciendo y desarrollando las mismas. Tales han sido las experiencias de los santos en todas las épocas: "Como el ciervo suspira por las corrientes de agua, así suspira mi alma por ti, oh Dios. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo; ¿cuándo vendré y me presentaré ante Dios?" (Salmo 42:1, 2).

Una de las cosas que impiden a muchos obtener una visión correcta de la naturaleza de la santificación es que casi ninguno de los dones del Evangelio está claramente definido en sus mentes, estando todos mezclados. Aunque todos los privilegios espirituales de los que goza el creyente son el fruto del amor electivo de Dios y la compra de la mediación de Cristo, y por lo tanto son todas partes de un gran todo, sin embargo, nos perdemos si no logramos distinguir definitivamente unos de otros. La reconciliación y la justificación, la adopción y el perdón, la regeneración y la santificación, se combinan para formar la porción presente de aquellos que el Padre

atrae al Hijo; sin embargo, cada uno de estos términos representa una rama específica de esa "gran salvación" a la que fueron designados. Es de gran ayuda para nuestra paz mental y alegría de corazón cuando somos capaces de comprender estos pensamientos por separado. Por lo tanto, dedicaremos el resto de este capítulo a comparar la santificación con otras bendiciones del cristiano.

Regeneración y santificación. Puede parecer a algunos que lean críticamente nuestros artículos sobre la "Regeneración" y que hayan seguido de cerca lo que se ha dicho en nuestra discusión de la naturaleza de la santificación, que casi, si no del todo, hemos borrado toda diferencia real entre lo que se produce en nosotros en el nuevo nacimiento y lo que Dios obra en nosotros en nuestra santificación. No es fácil mantener una línea definida de distinción entre ellos, porque tienen varias cosas en común; sin embargo, es necesario considerar los principales puntos de contraste entre ellos si queremos diferenciarlos en nuestras mentes. Por lo tanto, ocuparemos los próximos dos o tres párrafos con un examen de este punto, en el que nos esforzaremos por exponer la relación de la una con la otra. Quizás nos ayude más considerar esto diciendo que, en un sentido, la relación entre la regeneración y la santificación es la del niño con el adulto.

Al comparar la conexión entre la regeneración y la santificación con la relación entre un niño y un adulto, debe señalarse que tenemos en mente nuestra santificación práctica y progresiva, y no nuestra santificación objetiva y absoluta. Nuestra santificación absoluta, en cuanto a nuestro estado ante Dios, es simultánea a nuestra regeneración. Lo esencial en nuestra regeneración es la vivificación del Espíritu en una nueva vida; lo esencial en nuestra santificación es que desde entonces somos una morada de Dios, por la morada del Espíritu, y desde ese punto de vista todos los avances progresivos posteriores en la vida espiritual no son sino los efectos, frutos y manifestaciones de esa consagración o unción inicial. La consagración del tabernáculo, y más tarde del templo, fue un acto único, hecho de una vez por todas; después, hubo muchas evidencias de su continuidad o perpetuidad. Pero es con el aspecto

experimental que queremos tratar aquí.

En la regeneración se nos comunica un principio de santidad; la santificación práctica es el ejercicio de ese principio al vivir para Dios. En la regeneración el Espíritu imparte la gracia salvadora; en su obra de santificación, fortalece y desarrolla la misma. Así como el "pecado original" o la corrupción que habita en nosotros en nuestro nacimiento natural, contiene las semillas de todo pecado, la gracia que se nos imparte en el nuevo nacimiento contiene las semillas de todas las gracias espirituales; y así como la una se desarrolla y se manifiesta a medida que crecemos, lo mismo sucede con la otra. "La santificación es una renovación constante y progresiva de todo el hombre, por la cual la nueva criatura muere cada vez más al pecado y vive para Dios. La regeneración es el nacimiento, la santificación es el crecimiento de este bebé de la gracia. En la regeneración sale el sol de la santidad; en la santificación sigue su curso y brilla cada vez más hasta el día perfecto (Proverbios 4:18). La primera es un cambio específico de la naturaleza a la gracia (Efesios 5:8) la segunda es un cambio gradual de un grado de gracia a otro (Salmo 84:7), por el cual el cristiano va de fuerza en fuerza hasta presentarse ante Dios en Sión" (George Swinnock, 1660).

Por lo tanto, el fundamento de la santificación se establece en la regeneración, en el sentido de que un principio santo se forma primero en nosotros. Ese principio santo se manifiesta en la conversión, que es un alejamiento del pecado a la santidad, de Satanás a Cristo, del mundo a Dios. Continúa evidenciándose bajo la obra constante de mortificación y vivificación, o el despojo práctico del viejo hombre y el revestimiento del nuevo; y se completa en la glorificación. La gran diferencia, pues, entre la regeneración y la santificación experimental y práctica es que la primera es un acto divino, hecho de una vez por todas; mientras que la segunda es una obra divina de la gracia de Dios, en la que Él sostiene y desarrolla, continúa y perfecciona la obra que entonces comenzó. Lo uno es un nacimiento, lo otro el crecimiento. Hacernos prácticamente santos es el designio que Dios tiene en vista cuando nos vivifica: es el

medio necesario para este fin, pues la santificación es la corona de todo el proceso de salvación.

Uno de los principales defectos de la enseñanza moderna sobre este tema ha sido considerar el nuevo nacimiento como el summum bonum de la vida espiritual del creyente. En lugar de ser la meta, no es más que el punto de partida. En lugar de ser el fin, es sólo un medio para el fin. La regeneración debe ser complementada por la santificación, o de lo contrario el alma se quedaría estancada si tal cosa fuera posible: porque parece ser una ley inmutable en todos los ámbitos que donde no hay progresión, debe haber retroceso. Ese crecimiento espiritual que es tan esencial radica en la santificación progresiva, en la que todas las facultades del alma son puestas cada vez más bajo la influencia purificadora y reguladora del principio de santidad que se implanta en el nuevo nacimiento, pues sólo así crecemos en todo en aquel que es la cabeza, es decir, Cristo" (Efesios 4:15).

Justificación y santificación. La relación entre la justificación y la santificación se revela claramente en Romanos 3 al 8, siendo esta epístola el gran tratado doctrinal del Nuevo Testamento. En el capítulo 5 vemos que el pecador creyente es declarado justo ante Dios y está en paz con él, se le da una posición inmutable en su favor, se le reconcilia con él, se le asegura su preservación y se regocija en la esperanza de la gloria de Dios. Sin embargo, por grandes que sean estas bendiciones, la conciencia vivificada necesita algo más, a saber, la liberación del poder y la contaminación del pecado heredado. En consecuencia, esto se trata extensamente en Romanos 6, 7, 8, donde se tratan varios aspectos fundamentales de la santificación. En primer lugar, se demuestra que el creyente ha sido limpiado judicialmente del pecado y de la maldición de la ley, y que, para que pueda ser prácticamente liberado del dominio del pecado, para que pueda deleitarse y servir a la ley. La unión con Cristo no sólo implica la identificación con su muerte, sino la participación en su resurrección.

Sin embargo, aunque la santificación es discutida por el apóstol después de su exposición de la justificación, es un grave error concluir que puede haber, y a menudo hay, un intervalo considerable de tiempo entre las dos cosas, o que la santificación es una consecuencia de la justificación; aún peor es la enseñanza de algunos de que, habiendo sido justificados debemos ahora buscar la santificación, sin la cual ciertamente pereceremos - haciendo así que la seguridad de la justificación dependa de un caminar santo. No, aunque las dos verdades son tratadas por separado por el apóstol, son inseparables: aunque deben ser contempladas por separado, no deben ser divididas. Cristo no puede ser dividido a la mitad: en Él el pecador creyente tiene tanto la justicia como la santidad. Cada departamento del Evangelio debe ser considerado de manera distinta, pero no enfrentado entre sí. No saquemos una conclusión falsa, pues, porque la justificación se trate en Romanos 3 a 5 y la santificación en 6 a 8: un pasaje complementa al otro: son dos mitades de un todo.

La regeneración del cristiano no es la causa de su justificación, ni la justificación es la causa de su santificación, pues Cristo es la causa de las tres cosas; sin embargo, se conserva un orden entre ellas: no un orden de tiempo, sino de naturaleza. Primero somos recuperados a la imagen de Dios, luego a su favor, y después a su comunión. Tan inseparables son la justificación y la santificación que a veces se presenta primero la una y a veces la otra: véase Romanos 8:1 y 13: 1 Juan 1:9; luego Miqueas 7:19 y 1 Corintios 6:11. En primer lugar, Dios vivifica el alma muerta: al ser vivificada espiritualmente, ahora está capacitada para actuar la fe en Cristo, por la cual es justificada (instrumentalmente). En la santificación, el Espíritu continúa y perfecciona la obra de la regeneración, y esa obra progresiva se lleva a cabo bajo la nueva relación en la que el creyente es introducido por la justificación. Habiendo sido reconciliado judicialmente con Dios, se abre ahora el camino para una comunión experimental con Él, y eso se mantiene mientras el Espíritu lleva adelante su obra de santificación.

"Aunque la justificación y la santificación son ambas bendiciones de

la gracia, y aunque son absolutamente inseparables, sin embargo son tan manifiestamente distintas, que hay en varios aspectos una amplia diferencia entre ellas. La justificación respeta a la persona en un sentido legal, es un solo acto de gracia, y termina en un cambio relativo; es decir, una liberación del castigo y un derecho a la vida. La santificación se refiere a la persona en un sentido experimental, es una obra continua de la gracia, y termina en un cambio real, tanto en la calidad de los hábitos como de las acciones. La primera es por una justicia sin nosotros; la segunda es por la santidad obrada en nosotros. La justificación es por Cristo como sacerdote, y se refiere a la culpa del pecado; la santificación es por Él como rey, y se refiere a su dominio. La justificación es instantánea y completa en todos sus sujetos reales; pero la santificación es progresiva" (A. Booth, 1813).

Purificación y santificación. Estas dos cosas no son absolutamente idénticas: aunque son inseparables, se pueden distinguir. No podemos hacer nada mejor que citar a George Smeaton: "Las dos palabras que aparecen con frecuencia en el ritual de Israel, 'santificar' y 'purificar', están tan estrechamente relacionadas en su sentido, que algunos las consideran sinónimas. Pero se puede discernir un ligero matiz de distinción entre las dos como sigue. Se supone que las contaminaciones siempre recurrentes, de tipo ceremonial, exigían sacrificios que las eliminaran, y la palabra 'purificar' se refería a estos ritos y sacrificios que eliminaban las manchas que excluían al adorador del privilegio de acercarse al santuario de Dios, y de la comunión con Su pueblo. La mancha que contraía lo excluía del acceso. Pero cuando este mismo israelita era purificado por el sacrificio, era readmitido a la plena participación del privilegio. Entonces fue santificado, o santo. Por lo tanto, lo segundo es la consecuencia de lo primero. Podemos afirmar, entonces, que las dos palabras en esta referencia al antiguo culto, están muy estrechamente relacionadas; tanto, que la una implica a la otra. Esto arrojará luz sobre el uso de estas dos expresiones en el N. T.: Efesios 5:25, 26; Hebreos 2:11; Tito 2:14. Todos estos pasajes representan a un hombre contaminado por el pecado y excluido de Dios, pero readmitido al acceso y a la comunión, y así declarado santo, tan pronto como se le aplica la sangre del sacrificio". A

menudo el término "purgar" o "purificar" (especialmente en Hebreos) incluye también la justificación.

La santidad objetiva es el resultado de una relación con Dios, Él ha apartado alguna cosa o persona para su propio placer. Pero el apartamiento de uno para Dios implica necesariamente la separación de éste de todo lo que se opone a Él: todos los creyentes fueron apartados o consagrados a Dios por el sacrificio de Cristo. La santidad subjetiva es el resultado de una obra de Dios realizada en el alma, apartando a esa persona para su uso. Así, la "santidad" tiene dos aspectos fundamentales. Del segundo se desprende la comprensión del alma de las exigencias de Dios sobre ella, y su presentación a Dios para su uso exclusivo (Romanos 12:1; etc.), que es la santificación práctica. El ejemplo supremo de los tres se encuentra en Jesucristo, el Santo de Dios. Objetivamente, Él fue "el que el Padre santificó y envió al mundo" (Juan 10:36); subjetivamente, Él "recibió el Espíritu sin medida" (Juan 3:34); y prácticamente, Él vivió para la gloria de Dios, siendo absolutamente dedicado a Su voluntad - sólo con esta tremenda diferencia: No necesitó ninguna purificación interior como nosotros.

En resumen. La santidad, entonces, es tanto una relación como una cualidad moral. Tiene un lado negativo y otro positivo: la limpieza de la impureza, el adorno con la gracia del Espíritu. La santificación es, primero, una posición de honor a la que Dios ha designado a su pueblo. Segundo, es un estado de pureza que Cristo ha comprado para ellos. Tercero, es un estímulo que les da el Espíritu Santo. Cuarto, es un curso de conducta devota que se ajusta a ella. En quinto lugar, es una norma de perfección moral a la que deben aspirar siempre: 1 Pedro 1:15. Un "santo" es uno que fue elegido en Cristo antes de la fundación del mundo (Efesios 1:4), que ha sido limpiado de la culpa y la contaminación del pecado por la sangre de Cristo (Hebreos 13: 12), que ha sido consagrado a Dios por el Espíritu que mora en él (2 Corintios 1:21, 22), que ha sido santificado interiormente por la impartición del principio de la gracia (Filipenses :6), y cuyo deber, privilegio y objetivo es caminar de forma adecuada (Efesios 4:1).

11. El AUTOR de la santificación

Dios mismo es la única fuente y manantial de toda santidad. No hay nada de ella en ninguna criatura sino lo que proviene inmediatamente del Santo. Cuando Dios creó al hombre por primera vez, lo hizo a su imagen y semejanza, es decir, "en justicia y santidad verdadera" (Efesios 4:24 y cf. Colosenses 3:10). La criatura no puede producir la santidad por sí misma, como tampoco puede crear la vida: para lo uno depende tanto de Dios como para lo otro ¿Cuánto menos, entonces, puede una criatura caída, contaminada y esclavizada por el pecado, santificarse a sí misma? Más fácilmente podría el etíope cambiar su piel o el leopardo sus manchas, que un leproso moral hacerse puro. Cuando se encuentra alguna medida de santidad real en un corazón humano, su poseedor debe decir con Pablo: "Por la gracia de Dios soy lo que soy" (1 Corintios 15:10). La santificación, entonces, es la obra y el don inmediatos de Dios mismo.

Ningún engaño mayor puede apoderarse de las mentes de los hombres que el de que la naturaleza contaminada es capaz de limpiarse a sí misma, que el hombre caído y arruinado puede rectificarse a sí mismo, o que aquellos que han perdido la imagen de Dios que Él creó en ellos, deben crearla de nuevo en £ ellos mismos por sus propios esfuerzos. Aunque esta verdad es evidente, el orgullo siempre trata de dejarla de lado. La autocomplacencia supone que la obligación y la capacidad son coextensivas. No es así. Es cierto que Dios requiere y ordena que seamos santos, pues no renunciará a sus derechos ni rebajará su nivel. Sin embargo, su mandato no denota que tengamos el poder de cumplirlo, como tampoco el hecho de que nos ponga delante una norma perfecta implica que seamos capaces de estar a la altura de la misma. Más bien lo uno nos informa de que no tenemos lo que Dios requiere, lo otro debería humillarnos en el polvo porque estamos muy lejos de

la gloria de Dios.

Pero somos tan autosuficientes y santurrones por naturaleza que también hay que señalar que, el mismo hecho de que Dios prometa obrar en su pueblo por su gracia, indica y demuestra que por sí mismos son totalmente incapaces de cumplir con sus exigencias. Reflexiona por un momento en lo siguiente: "Pondré mi ley en su interior, y la escribiré en su corazón; y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo" (Jeremías 31:31), "Les daré un solo corazón y un solo camino, para que me teman siempre, por su bien y el de sus hijos después de ellos; y haré con ellos un pacto eterno, que no me apartaré de ellos para hacerles bien, sino que pondré mi temor en su corazón, para que no se aparten de mí" (Jeremías 32: 39,40), "Y os daré un corazón nuevo, y pondré un espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré el corazón de piedra de vuestra carne, y os daré un corazón de carne; y pondré mi Espíritu dentro de vosotros, y os haré andar en mis estatutos" (Ezequiel 36:26, 27). En esas benditas seguridades, y en ningún otro lugar, está contenida la garantía de nuestra santificación: todo depende del poder, la gracia y las operaciones de Dios. Él es el único que cumple sus propias promesas.

El autor de nuestra santificación es el Dios Trino. Decimos "el Dios Trino", porque en las Escrituras el título "Dios", cuando no se califica, no se usa con un significado uniforme. A veces "Dios" se refiere a la primera Persona de la Trinidad, a veces a la segunda y a veces a la tercera. En otros pasajes, como en 1 Corintios 5:28, por ejemplo, incluye a las tres Personas. Cada uno de los Tres Eternos tiene su propio lugar o parte distintiva en relación con la santificación de la Iglesia, y es necesario que lo percibamos claramente si queremos tener una visión definida de la misma. Ahora hemos llegado a la etapa en la que nos corresponde trazar cuidadosamente las operaciones particulares de cada Persona Divina en conexión con nuestra santificación, porque sólo cuando las discernamos estaremos preparados para ofrecer inteligentemente a cada uno la alabanza que le corresponde.

Al decir que el Autor de la santificación es el Dios Trino, no queremos decir que el Padre es el Santificador de la Iglesia precisamente de la misma manera que el Hijo o que el Espíritu Santo. No, más bien es nuestro deseo enfatizar el hecho de que el cristiano está igualmente en deuda con cada una de las tres Personas Divinas, que su santificación procede tan verdaderamente del Padre como del Espíritu Santo, y tan realmente del Hijo como del Espíritu o del Padre. Muchos escritores no han aclarado esto. Sin embargo, es necesario señalar que, en la economía de la salvación, hay un orden oficial observado y preservado por los Tres Santos, en el que se nos da a ver que todo es del Padre, todo es por el Hijo, todo es por el Espíritu Santo. No es que este orden oficial denote ninguna subordinación o inferioridad esencial de una Persona a otra, sino que cada una se manifiesta de manera distintiva, cada una muestra su propia gloria, y a cada una se le debe la adoración separada de su pueblo.

Es muy bendito observar que hay un hermoso orden adoptado y llevado a cabo por los Tres Eternos a través de todos los departamentos del amor divino a la Iglesia, de modo que cada gloriosa Persona de la Divinidad ha tomado parte en cada acto de gracia manifestado hacia el Cuerpo místico de Cristo. Aunque los Tres obran conjuntamente, hay operaciones personales distintas, por las que se abren paso para el honor de cada uno: el amor del Padre para la gloria del Hijo, y la gloria del Hijo para el poder del Espíritu Santo. Así sucede en relación con el tema que ahora nos ocupa. En las Escrituras leemos que la Iglesia es "santificada por Dios el Padre" (Judas 1), y de nuevo, "Por lo cual también Jesús, para santificar al pueblo con su propia sangre, padeció fuera de la puerta" (Hebreos 13:12), y de nuevo, "Dios os ha elegido desde el principio para la salvación mediante la santificación del Espíritu" (2 Tesalonicenses 2:13). Cada Persona de la Divinidad, entonces, es nuestro Santificador, aunque no de la misma manera.

Esta misma cooperación de los Tres Santos es observable en muchas

otras cosas. Así fue en la creación del mundo: "Dios, que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, siendo el Señor del cielo y de la tierra" (Hch 17,24), donde la referencia es claramente al Padre; del Hijo se afirma que "todas las cosas fueron hechas por Él, y sin Él no se hizo nada de lo que se hizo" (Jn 1,3); mientras que en Job 26,13 se nos dice: "Por su Espíritu adornó los cielos". Lo mismo ocurre con la producción de la sagrada humanidad de nuestro Redentor: la impregnación sobrenatural de la Virgen fue el efecto inmediato de la agencia del Espíritu (Lucas 1:35), pero la naturaleza humana fue asumida voluntaria y activamente por el propio Cristo: "Tomó sobre sí la forma de siervo" (Filipenses 2:7 y cf. "tomó parte" en Hebreos 2:14); mientras que en Hebreos 10:5 oímos al Hijo decir al Padre: "un cuerpo me has preparado".

Nuestra existencia actual se deriva de la operación conjunta de la agencia divina de los Tres benditos: "¿No tenemos todos un solo Padre? ¿No nos ha creado un solo Dios?" (Malaquías 2:10); del Hijo se dice: "Porque en Él fueron creadas todas las cosas, las que están en el cielo y las que están en la tierra" (Colosenses 1:16); mientras que en Job 33:4 leemos: "El Espíritu de Dios me hizo, y el Soplo del Omnipotente me dio vida". Del mismo modo, la "vida eterna" de los creyentes se atribuye indistintamente a cada una de las personas divinas: en Romanos 6:23 se atribuye a la generosidad del Padre, 1 Juan 5 :11 nos asegura expresamente que "está en el Hijo", mientras que en Gálatas 6:8 leemos: "el que siembra para el Espíritu, del Espíritu cosechará la vida eterna". Por el Padre somos justificados (Romanos 8:33), por Cristo somos justificados (Isaías 53:11), por el Espíritu somos justificados (1 Corintios 6:11). Por el Padre somos preservados (1 Pedro 1:5), por el Hijo somos preservados (Juan 10:28), por el Espíritu somos preservados (Efesios 4:30). Por el Padre seremos resucitados (2 Corintios I:9), por el Hijo (Juan 5:28), por el Espíritu (Rom.8:11).

Las acciones de las Personas en la Divinidad no son diferentes a los hermosos colores del arco iris: esos colores se mezclan perfectamente en uno, pero cada uno es muy distinto. Lo mismo sucede en relación con las diversas operaciones de los Tres Santos

en relación con nuestra santificación. Aunque es benditamente cierto que el Dios Trino es el Autor de esta maravillosa obra, sin embargo, si hemos de observar las distinciones que las Sagradas Escrituras hacen en el desarrollo de este tema, nos exigen reconocer que, en la economía de la salvación, Dios el Padre es, de manera especial, el Originador de esta indecible bendición. En relación con todo el esquema de la redención, Dios el Padre debe ser visto como la Fuente de la gracia: todas las bendiciones espirituales se originan en su bondad, y son otorgadas según el buen placer de su voluntad soberana. Esto está claro en Efesios 1:3: "Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con todas las bendiciones espirituales en los cielos en Cristo".

Que el Padre es el Santificador de la Iglesia es obvio en 1 Tesalonicenses 5:23: "Y el mismo Dios de la paz os santifique por completo; y ruego a Dios que todo vuestro espíritu, alma y cuerpo sea guardado irreprensible para la venida de nuestro Señor Jesucristo". Así también en Hebreos 13:20, 21, encontramos que el apóstol se dirige a Él de la siguiente manera: "Y el Dios de paz, que resucitó de entre los muertos a nuestro Señor Jesús, el gran Pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno, os haga perfectos en toda buena obra para que hagáis su voluntad, haciendo en vosotros lo que es agradable delante de él, por medio de Jesucristo". El apóstol suplica a Dios que esta obra se lleve a cabo en su pueblo. En ambos pasajes se busca al Padre. "Por cuya voluntad somos santificados, mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre" (Hebreos 10): aquí la santificación de la Iglesia se remonta a la voluntad soberana de Dios como causa originaria suprema de la misma, refiriéndose de nuevo al eterno propósito de gracia del Padre, que Cristo vino a realizar.

Una prueba más de que la primera Persona de la Divina Trinidad es el Autor inmediato de nuestra santificación se encuentra en Judas 1: "A los que son santificados por Dios Padre, y preservados en Jesucristo, llamados". Nótese que no es simplemente "los que son santificados por Dios", sino más específicamente "Por Dios el Padre". Antes de intentar dar el significado de este notable texto, es

necesario señalar que está estrechamente relacionado con aquellas palabras de Cristo en Juan 10:36, "Decid de aquel a quien el Padre santificó y envió al mundo: ¿Blasfemáis porque dije: Yo soy el Hijo de Dios?" Nuestro Señor se refería allí no como la segunda Persona de la Divinidad absolutamente considerada, sino como el Dios-hombre Mediador, pues sólo como tal fue "enviado" por el Padre. El haber sido "santificado" antes de ser "enviado", se refiere a una transacción en el cielo antes de encarnarse. Antes de la fundación del mundo, el Padre apartó a Cristo y ordenó que fuera tanto la Cabeza como el Salvador de su Iglesia, y que fuera abundantemente dotado por el Espíritu para su vasta empresa.

Volviendo a Judas 1, observamos especialmente el orden de sus afirmaciones: el "santificado por Dios Padre" viene antes del "preservado en Jesucristo, llamado". Este aspecto inicial de nuestra santificación es anterior a nuestra regeneración o llamado eficaz de las tinieblas a la luz, y por lo tanto nos remonta a los consejos eternos de Dios. Hay tres cosas en nuestro versículo: Tomándolas en su orden inverso, hay primero, nuestro "llamado", cuando fuimos traídos de la muerte a la vida; eso fue precedido por nuestro ser "preservado en Jesucristo", es decir, preservado de la muerte física en el vientre, en los días de nuestra infancia, durante la imprudencia de la juventud; y eso también fue precedido por nuestro ser "santificado" por el Padre, es decir, nuestros nombres inscritos en el libro de la vida del Cordero, somos entregados a Cristo para ser amados por Él con un amor eterno y hechos coherederos con Él por los siglos de los siglos.

Nuestra santificación por el Padre fue su elección eterna de nosotros, con todo lo que ese término connota e implica. La elección fue mucho más que una simple elección de personas. Incluía que fuéramos predestinados a la adopción de hijos por Jesucristo para sí mismo (Efesios 1:15). Incluía que fuéramos hechos "vasos para honra" y que estuviéramos "preparados para la gloria" (Romanos 9:21, 22). Incluía ser "designados para obtener la salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo" (1 Tesalonicenses 5:9). Incluye que seamos separados para el placer de Dios, el uso de

Dios, y "para que seamos para la alabanza de su gloria" (Efesios 1:12). Incluía que fuéramos hechos "santos y sin culpa ante él" (Efesios 1:4). Esta santificación eterna por parte de Dios Padre también se menciona en 2 Timoteo 1:9, "El cual nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según su propósito y gracia, que nos fue dada en Cristo Jesús antes del principio del mundo."

Como señalamos en el último párrafo del capítulo anterior, "La santificación es, en primer lugar, una posición de honor a la que Dios ha designado a Su pueblo". Esa posición de honor fue su ser "elegido en Cristo antes de la fundación del mundo" (Efesios 1:4), cuando fueron constituidos miembros de Su Cuerpo místico por el propósito eterno de Dios. Un lugar en la gloria más alto que el de los ángeles les fue concedido. Nuestras pobres mentes se tambalean ante tan maravillosa gracia. Aquí está, pues, el vínculo de conexión entre Juan 10:36 y Judas 1: Cristo no estaba solo en la mente del Padre cuando lo "santificó": por el decreto divino, Cristo fue separado y consagrado como la Cabeza de un pueblo santificado. En la santificación de Cristo, todos los que son "llamados santos" fueron, en Él, eternamente apartados, para ser partícipes de su propia posición santa ante el Padre. Esto fue un acto de pura soberanía por parte del Padre.

Así como no es posible que nada pueda añadirse a la bendición esencial de Dios (Job 22:2, 3; 35:7), nada fuera de Dios puede ser un motivo para cualquiera de sus acciones. Si se complace en traer a las criaturas a la existencia, su propia voluntad suprema y soberana debe ser la única causa, ya que su propia gloria manifiesta es su fin y diseño último. Esto se afirma claramente en las Escrituras: "El Señor ha hecho todas las cosas para sí mismo: sí, incluso los malvados para el día del mal" (Proverbios 16 :4), "Tú has creado todas las cosas, y para tu placer son y fueron creadas" (Apocalipsis 4:11), "¿Quién ha dado primero a Él, y se le recompensará de nuevo? Porque de Él, y por Él, y para Él, son todas las cosas: al cual sea la gloria por los siglos, Amén" (Romanos 11:35, 36). Lo mismo sucede en la ordenación de algunas de sus

criaturas para el honor y la gloria, y en la designación para la salvación al llevarlas a esa gloria: nada más que la voluntad soberana de Dios fue la causa, nada más que su propia gloria manifiesta es el fin.

Como hemos mostrado en capítulos anteriores, "santificar" significa consagrar o apartar para un uso sagrado, limpiar o purificar, adornar o embellecer. ¿Cuál de estos significados tiene el término en Judas 1? Creemos que las palabras "santificado por Dios el Padre" incluyen las tres definiciones. Primero, en ese propósito eterno de Él, los elegidos fueron separados de todas las demás criaturas, y predestinados a la adopción de hijos. Segundo, en la previsión de Dios de que sus elegidos cayeran en Adán, de la corrupción de sus naturalezas y de la contaminación que sus actos personales de pecado acarrearían, Él ordenó que el Mediador hiciera una expiación completa por ellos, y por Su sangre los limpiara de todo pecado. En tercer lugar, al elegirlos en Cristo, los elegidos se unieron a Él y se hicieron uno con Él, de modo que toda su valía y perfección se convirtió en la de ellos también; y así fueron adornados. Dios nunca los ve aparte de Cristo.

"Para alabanza de la gloria de su gracia, en que nos hizo aceptos en el Amado" (Efesios 1:6). La palabra griega para "aceptado" es "charitoo", y la Concordancia de Young da como significado "hacer gracioso". Aparece (como participio pasivo, en lugar de en su forma activa, como en Efesios 1:6) de nuevo sólo en Lucas I :~8, donde el ángel dijo a la Virgen: "Salve, muy favorecida", que Young define como "dar gracia, tratar con gracia", y en su Índice "graciosamente aceptado o muy agraciado". Creemos que ésta es la fuerza exacta de la frase en Efesios I:6: "según nos ha agraciado mucho en el Amado". Una lectura cuidadosa del contexto inmediato mostrará que esto fue antes de la fundación del mundo, lo cual se confirma por el hecho de que el hecho de que los elegidos sean "muy agraciados en el Amado" viene antes de la "redención" y el "perdón de los pecados" en el versículo 7. - ¡Nótese también el "tiene" en los versículos 3, 4, 6 y el cambio a "tiene" en el versículo 7!

Aquí, entonces, está la última referencia en "santificados por Dios el Padre" (Judas 1). Como hemos señalado tantas veces en los capítulos anteriores, la "santificación" no es un simple acto de apartamiento, sino que implica o incluye el adorno y el embellecimiento del objeto o la persona así apartada, de modo que se adapte al uso de Dios. Así fue en el propósito eterno de Dios. No sólo hizo una elección entre la masa de criaturas que iban a ser creadas; no sólo separó a esos elegidos de los demás, sino que los eligió "en Cristo", y los "agració mucho en el Amado". Los elegidos fueron hechos el Cuerpo místico y la Esposa de Cristo, tan unidos a Él que cualquier gracia que tenga Cristo, en virtud de su unión con Él, la tiene su pueblo: y por eso declaró: "Los has amado como me has amado a mí" (Juan 17:23). Oh, que el Espíritu Santo ilumine de tal manera nuestros débiles entendimientos que nos permita comprender este hecho maravilloso, glorioso y trascendente. "Santificados por Dios el Padre": apartados por Él para ser Cuerpo y Esposa de Cristo, "muy agraciados" en Él, poseyendo su propia posición santa ante el Trono del Cielo.

12. El PROCURADOR de la Santificación

Ahora hemos llegado a lo que, a nuestro juicio, es el aspecto más importante y ciertamente el más bendito de nuestro polifacético tema, y sin embargo el menos comprendido en no pocos círculos de la cristiandad. Es el lado objetivo de la santificación al que nos dirigimos ahora, esa santidad perfecta e infalible que todo creyente tiene en Cristo. No vamos a escribir ahora sobre la santificación como una cualidad o atributo moral, ni de lo que es una cuestión de experiencia o logro por nuestra parte; más bien contemplaremos algo completamente fuera de nosotros, a saber, lo que es una parte fundamental de nuestra posición y estado en Cristo. Lo que vamos a considerar es una de esas "bendiciones espirituales" con las que Dios nos ha bendecido "en los cielos en Cristo" (Efesios 1:3). Es una consecuencia inmediata de su derramamiento de sangre, y resulta de nuestra unión real con él como "el Santo de Dios". Es aquello para lo que su ofrenda perfecta nos ha santificado, así como aquello de lo que nos ha santificado.

Entre todos los efectos y frutos terribles que produce el pecado, los dos principales son el alejamiento de Dios y la condenación por parte de Dios: el pecado necesariamente excluye de Su santuario, y lleva al pecador ante el tribunal de Su ley. Por el contrario, entre todos los frutos y efectos benditos que procura el sacrificio de Cristo, los dos principales son la justificación y la santificación: no puede ser de otra manera. En la medida en que el sacrificio de Cristo ha "quitado" (Hebreos 9:26), "puesto fin" (Daniel 9:24) a los pecados de su pueblo, éste no sólo es liberado de toda condenación, sino que también se le otorga el derecho y la aptitud para acercarse a Dios como adoradores purificados. El pecado no sólo implica culpa, sino que contamina; y la sangre de Cristo no sólo ha asegurado el perdón, sino que limpia. Sin embargo, a pesar de lo simple, claro y concluyente que es este doble hecho, a los cristianos

les resulta mucho más difícil comprender la segunda parte que la primera.

Cuando creímos por primera vez en Cristo, y "el peso de nuestros pecados se desvaneció", supusimos que (como lo expresa un himno) seríamos "felices todo el día". Con la seguridad del perdón de Dios, de que habíamos entrado en su familia por el nuevo nacimiento, y de que una eternidad con Cristo en una dicha sin nubes era nuestra herencia segura, ¿qué podría empañar nuestra alegría? Ah, pero no pasó mucho tiempo antes de que descubriéramos que seguíamos siendo pecadores, viviendo en un mundo de pecado: sí, a medida que pasaba el tiempo, nos hacíamos más y más conscientes del sumidero de iniquidad que habita en nosotros, enviando siempre sus sucias corrientes, contaminando nuestros pensamientos, palabras y acciones. Esto nos obligó a preguntarnos agónicamente: ¿Cómo pueden unas criaturas tan viles como vemos, sentimos y sabemos que somos, orar, servir o adorar al Dios tres veces santo? Sólo en su propia y bendita Palabra se puede encontrar una respuesta suficiente y satisfactoria a esta ardiente pregunta.

"La epístola a los Romanos es, como es bien sabido, la parte de la Escritura en la que se trata más plenamente la cuestión de la justificación. Allí, especialmente, se nos enseña a pensar en Dios como un juez que preside los tribunales de su santo juicio. En consecuencia, las expresiones empleadas a lo largo de esa epístola son "forenses" o "judiciales". Se refieren a nuestra relación con Dios, o a su relación con nosotros, en sus tribunales judiciales; la gran cuestión es cómo los criminales pueden ser llevados a una relación tal con Él, como para tener, no la criminalidad, sino la justicia, imputada a ellos.

"Pero si en la epístola a los romanos vemos a Dios en los tribunales de su juicio, igualmente en la epístola a los hebreos lo vemos en el templo de su adoración. 'Santificado' es una palabra que tiene la misma prominencia en la epístola a los hebreos que 'justificado'

tiene en la epístola a los romanos. Es una palabra del Templo, descriptiva de nuestra relación con Dios en los Tribunales de Su adoración, así como "justificado" es una palabra forense, descriptiva de nuestra relación con Dios en los Tribunales de Su juicio. Antes de que pueda haber alguna cuestión sobre servir o adorar a Dios aceptablemente, la necesidad de Su santidad requiere que las demandas tanto de los Tribunales de Su juicio, como de los Tribunales de Su adoración, deben ser plenamente satisfechas. Aquel que es considerado en las Cortes judiciales de Dios como un criminal no perdonado, o que, en relación con el Templo de Dios, es considerado como que tiene las manchas de su culpa sobre él, no se le puede permitir tomar su posición entre los siervos de Dios. Ningún leproso que no estuviera completamente limpio podía servir en el Tabernáculo. La existencia de una mancha no cubierta adecuadamente por la expiación compensatoria, excluye de la presencia de Dios.

"Debemos estar 'libres de cargos' en relación con los tribunales judiciales de Dios, e imputativamente 'sin mancha' en relación con los tribunales de su adoración: en otras palabras, debemos estar perfectamente 'justificados' y perfectamente 'santificados' antes de que podamos intentar adorarle o servirle. La 'santificación', por lo tanto, cuando se usa en este sentido, no debe ser contrastada con la justificación, como si esta última fuera completa, pero la primera incompleta y progresiva. Ambas son completas para el creyente. El mismo momento que trae la "justificación" completa de la quinta parte de Romanos, trae la "santificación" igualmente completa de la décima parte de Hebreos, siendo ambas igualmente necesarias para que Dios, en lo que respecta a las demandas de Su santidad, pueda ser "apaciguado" o "aplacado" hacia nosotros; y por lo tanto igualmente necesarias como prerrequisitos para nuestra entrada en la adoración y servicio de Dios en Su Templo celestial: porque hasta que la ira sea efectivamente apaciguada no puede haber entrada en el Cielo.

"La completa y acabada santificación de los creyentes por la sangre de Jesús, es el gran tema de la novena y décima de los Hebreos. La

sangre de los toros y de los machos cabríos daba a los que eran rociados con ella un título para entrar en los atrios del tabernáculo típico, pero ese título no era un título permanente. Apenas se obtenía, se perdía por la primera mancha recurrente. Por lo tanto, era necesario repetir la ofrenda y la aspersión una y otra vez. El mismo círculo se recorría y retrocedía sin cesar, y sin embargo nunca se obtenía la perpetuidad de la aceptación. El tabernáculo y sus servicios no eran más que sombras; pero nos enseñan que, así como 'la sangre de los toros y de los machos cabríos' daba a los que eran rociados con ella un título temporal para entrar en ese tabernáculo típico; así, la sangre de Cristo, una vez ofrecida, da a todos los que son rociados una vez con ella (y todos los creyentes son rociados) un título, no temporal, sino permanente, para entrar en la presencia de Dios como aquellos que son santificados para el cielo" (B. W. Newton).

"Somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre... Porque con una sola ofrenda perfeccionó para siempre a los santificados" (Hebreos 10:10, 14). Estas benditas declaraciones no se refieren a nada de lo que el Espíritu hace en el cristiano, sino que se refieren exclusivamente a lo que Cristo les ha asegurado. Hablan de lo que resulta de nuestra identificación con Cristo. Afirman que, en virtud del sacrificio del Calvario, cada creyente no sólo es considerado justo en los tribunales del juicio de Dios, sino que es perfectamente santificado para los tribunales de Su adoración. La preciosa sangre del Cordero no sólo libra del infierno, sino que también nos capacita para el cielo.

Por la obra redentora de Cristo, toda la Iglesia ha sido apartada, consagrada y aceptada por Dios. La grandiosa verdad es que el creyente más débil y menos instruido fue tan completamente santificado ante Dios en el primer momento en que confió en Cristo, como lo será cuando habite en el cielo en su estado glorificado. Es cierto que tanto su esfera como sus circunstancias serán entonces muy diferentes de lo que son ahora: sin embargo, su título para el cielo, su aptitud para la presencia inmediata del tres veces Santo, no

será mejor entonces que hoy. Es su relación con Cristo (y sólo eso) lo que le califica para entrar en la Casa del Padre; y es su relación con Cristo (y sólo eso) lo que le da derecho a acercarse ahora dentro del velo. Es cierto que el creyente todavía lleva consigo "este cuerpo de muerte" (una naturaleza depravada), pero eso no afecta su perfecta posición, su plenitud en Cristo, su aceptación, su justificación y santificación ante Dios. Pero, como dijimos en un párrafo anterior, al cristiano le resulta mucho más fácil creer o comprender la verdad de la justificación, que la de su actual santificación perfecta en Cristo. Por esta razón, consideramos aconsejable proceder lentamente y entrar más bien en este aspecto de nuestro tema. Comencemos con las propias palabras de nuestro Señor en Juan 17:19: "Por ellos me santifico a mí mismo, para que ellos también sean santificados por medio de la verdad". ¿A qué aludió Cristo cuando habló de santificarse a sí mismo? Ciertamente no podía referirse a algo subjetivo o experimental, pues en Su propia persona era "el Santo de Dios", y como tal, no podía aumentar en santidad, o volverse más santo. Su lenguaje, entonces, debe referirse a lo que era objetivo, relacionado con el ejercicio de su oficio de mediador.

Cuando Cristo dijo: "Por ellos me santifico", denotó que estaba entonces a punto de dedicarse a la ejecución plena y final de la obra de hacerse un sacrificio por el pecado, para satisfacer todas las demandas de la ley y la justicia de Dios. Cristo, entonces, estaba expresando su disposición a presentarse ante el Padre como la garantía de su pueblo para colocarse en el altar como un sacrificio expiatorio vicario para su Iglesia. Fue "por el bien" de otros que se santificó: por el bien de sus once apóstoles, que deben ser considerados como los representantes de toda la Elección de la Gracia. Es en nombre de ellos, para su beneficio expreso, que se apartó para el pleno cumplimiento de su oficio mediador, para que el fruto de éste redundara en ellos. Cristo se dedicó sin reservas a Dios, para que su pueblo pudiera cosechar todas las ventajas.

El fin particular que se menciona aquí de la santificación de Cristo fue "para que ellos también fueran santificados por medio de la

verdad", lo cual es una traducción muy defectuosa del original, ya que la preposición griega es "en" y no "por medio de", y no hay artículo antes de "verdad". Por lo tanto, es preferible la traducción marginal: "para que sean verdaderamente santificados" - el interlineal de Bagster y la R.V. dan "santificados en la verdad". El significado es "para que sean" realmente, realmente, verdaderamente "santificados" - en contraste con la santificación típica y ceremonial que se obtenía bajo la dispensación mosaica: compare Juan 4:24; Colosenses 1:6; 1 Juan 3:18 para "en verdad". Al santificarse Cristo - dedicándose como holocausto completo a Dios, su pueblo es perfectamente santificado, sus pecados son eliminados, sus personas son limpiadas de toda contaminación; y no sólo eso, sino que la excelencia de su obra infinitamente meritoria les es imputada, de modo que son perfectamente aceptables a Dios, aptos para su presencia, adecuados para su adoración.

"Porque con una sola ofrenda perfeccionó para siempre a los santificados" (Hebreos 10:14) - no por nada que el Espíritu obre en ellos, sino únicamente por lo que la santificación de Cristo mismo ha obrado en ellos. Es esta santificación en y por medio de Cristo la que da a los cristianos su carácter sacerdotal, el título para acercarse a Dios dentro del velo como adoradores purificados. El acceso a Dios, o la adoración de un pueblo hecho cercano por la sangre, era central en el sistema divinamente designado del judaísmo (Hebreos 9:13). El antitipo, la sustancia, la bendita realidad de esto, es lo que Cristo ha asegurado para Su Iglesia. Los creyentes ya están perfectamente santificados objetivamente, como fruto inmediato del sacrificio del Salvador. La cercanía sacerdotal es ahora su bendita porción como consecuencia de la ofrenda sacerdotal de Cristo. Esto es, y no otra cosa, lo que nos da "valentía para entrar en el Lugar Santísimo" (Hebreos 10:19).

Muchos cristianos que tienen muy claro que deben mirar sólo a Cristo para su justificación ante Dios, a menudo no lo ven como su completa santificación ante Dios. Pero esto no debe ser así, porque la Escritura es tan clara en un punto como en el otro; sí, los dos están allí inseparablemente unidos. "Pero de él sois vosotros en

Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justicia, santificación y redención" (I Corintios 1:30). Y aquí debemos disentir de la exposición de este versículo dada por Chas. Hodge (en su comentario) y otros de su escuela, que interpretan la "santificación" aquí como el Espíritu de Cristo que mora en su pueblo como Espíritu de santidad, transformándolo a su semejanza. Pero este versículo está hablando de la santificación que Cristo nos hace, y no de la que nosotros somos hechos por Cristo - la distinción es real y vital, e ignorarla o confundirla es inexcusable en un teólogo.

Cristo crucificado (véase el contexto de 1 Corintios 1:30 - versículos 17, 18, 23), "de Dios se nos hace" cuatro cosas, y esto es precisamente la misma forma en que Dios "lo hizo (a Cristo) ser pecado por nosotros" (2 Corintios 5:21), es decir, objetiva e imputativamente. En primer lugar, Cristo es "hecho para nosotros Sabiduría", objetivamente, porque Él es Aquel en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y el conocimiento, es cierto que por el Espíritu somos hechos sabios para la salvación, sin embargo, estamos lejos de ser tan sabios como deberíamos ser - ver 1 Corintios 8:2. Pero toda la sabiduría que Dios requiere de nosotros se encuentra en Cristo, y como la "Sabiduría" del libro de los Proverbios, Él es nuestra. En segundo lugar, Cristo es "hecho para nosotros justicia", objetivamente, ya que Él mismo es "El Señor nuestra justicia" (Jeremías 23:6), y por lo tanto el creyente exclama: "En el Señor tengo justicia y fortaleza" (Isaías 45:24). Cuando la ley levanta su voz acusadora contra mí, señalo a Cristo como Aquel que, por su obediencia activa y pasiva, ha satisfecho todas sus exigencias en mi favor.

En tercer lugar, Cristo es "hecho para nosotros la santificación", objetivamente: en Él tenemos una pureza absoluta, y por la imputación a nosotros de la eficacia y los méritos de su obra en la cruz, nosotros, que estábamos excluidos de Dios a causa del pecado, tenemos ahora acceso a Él. Si Israel se convirtió en un pueblo santo cuando fue rociado con la sangre de toros y machos cabríos, de modo que fue readmitido en el culto de Jehová, cuánto más nos ha

santificado la sangre infinitamente valiosa de Cristo, de modo que podemos acercarnos a Dios como adoradores aceptables. Esta santificación no es algo que tengamos en nuestras propias personas, sino que fue nuestra en Cristo tan pronto como nos aferramos a Él por la fe. Cuarto, Cristo es "hecho para nosotros la redención", objetivamente: Él es en Su propia persona tanto nuestro Redentor como nuestra Redención - "en quien tenemos redención" (Efesios 1:7). Cristo es "hecho para nosotros la redención" no por permitirnos redimirnos a nosotros mismos, sino por pagar Él mismo el precio.

1 Corintios 1:30, entonces, afirma que estamos completos en Cristo: que todo lo que la ley exige de nosotros, lo ha recibido por nuestra cuenta en el Fiador. Si se nos considera como lo que somos en nosotros mismos, y no como estamos en Cristo (como uno con Él), entonces se nos pueden "imputar mil cosas". Se nos puede acusar de que somos lamentablemente ignorantes de muchas partes de la voluntad divina: pero la respuesta suficiente es que Cristo es nuestra sabiduría. Se nos puede acusar de que todas nuestras justicias son como trapos de inmundicia, pero la respuesta suficiente es que Cristo es nuestra justicia. Se nos puede acusar de que hacemos muchas cosas y dejamos de hacer muchas otras que nos incapacitan para la presencia de un Dios santo; pero la respuesta suficiente es que Cristo es nuestra santificación. Se nos puede acusar de que estamos en gran medida esclavizados a la carne, pero la respuesta suficiente es que Cristo es nuestra redención.

1 Corintios 1:30, entonces, es una unidad: no podemos definir la "sabiduría" y la "santificación" como lo que el Espíritu obra en nosotros, y la "justicia" y la "redención" como lo que Cristo ha obrado por nosotros: los cuatro son objetivos o subjetivos. Aquí se dice que Cristo es la "santificación" para nosotros, así como Él es nuestra justicia y redención. Suponer que la santificación de la que se habla aquí es la que se realiza en nosotros, me obligaría a explicar la justicia y la redención de las que se habla aquí, como la que tenemos en nosotros mismos; pero tal pensamiento el Sr. Hodge lo habría rechazado con razón con aborrecimiento. La justicia que

Cristo es "hecha para nosotros" no es ciertamente la justicia que Él obra en nosotros (la herejía romanista), sino la justicia que Él realizó por nosotros. Lo mismo ocurre con la santificación que Cristo "nos ha hecho" no es en nosotros, sino en Él; no es algo incompleto y progresivo, sino perfecto y eterno.

Dios ha hecho que Cristo sea la santificación para nosotros al imputarnos la pureza y la excelencia infinitas de su sacrificio. Somos hechos cercanos a Dios por la sangre de Cristo (Efesios 2:13) antes de ser acercados a Él por el llamado eficaz del Espíritu (1 Pedro 2:9): siendo el primero el fundamento necesario del segundo - en los tipos el aceite sólo podía ser colocado sobre la sangre. Y es por esto que "somos santificados en Cristo Jesús, llamados santos" (1 Corintios ':2). ¡Cuán diferente es esto -cuán inconmensurablemente superior- a lo que los defensores de la "vida superior" o la "vida victoriosa" presentan ante sus oyentes y lectores! No es simplemente que Cristo es capaz de hacer esto o está dispuesto a hacer aquello por nosotros, sino que cada cristiano ya está "santificado en Cristo Jesús". Mi ignorancia de esto no altera el hecho bendito, y tampoco mi fracaso para entenderlo claramente ni la debilidad de mi fe para captarlo firmemente, lo perjudican de alguna manera. Ni mis sentimientos o experiencia tienen nada que ver con ello: Dios lo dice, Dios lo ha hecho, y nada puede alterarlo.

13. El PROCURADOR de la Santificación (Continuación)

Se ha señalado en los capítulos anteriores de este libro que las Escrituras presentan la santificación del creyente desde varios puntos de vista distintos, los principales de los cuales son, primero, nuestra santificación en el propósito eterno de Dios, cuando en su decreto nos eligió en Cristo "para que fuésemos santos y sin mancha delante de él" (Efesios 1:4). Eso es lo que se refiere al principio de Hebreos 10:10, "por cuya voluntad somos santificados". Esta es nuestra santificación por Dios el Padre (Judas 1), que fue considerada por nosotros en el capítulo 11 bajo "El autor de nuestra santificación." En segundo lugar, está el cumplimiento de esa "voluntad" de Dios, el cumplimiento de su propósito eterno mediante nuestra santificación real a través del sacrificio de Cristo. Esto es lo que se menciona en "Por lo cual también Jesús, para santificar al pueblo con su propia sangre, padeció fuera de la puerta" (Hebreos 13:12). Esta es nuestra santificación por Dios el Hijo, y es lo que estamos considerando ahora. En tercer lugar, está la aplicación de esta santificación al individuo por el Espíritu Santo, cuando lo separa de los que están muertos en pecados al vivificarlo, y por el nuevo nacimiento le imparte una nueva naturaleza. Esta es nuestra santificación por Dios el Espíritu.

En cuarto lugar, está el fruto de esto en el carácter y la conducta del cristiano, por el cual se separa en su vida y en su andar del mundo que yace en el inicuo, y esto es por la obra del Espíritu Santo en él y la aplicación de la Palabra a él, de modo que está (en medida - porque ahora vemos "a través de un cristal oscuro") capacitado para aprehender por fe su separación para Dios por la preciosa sangre de Cristo. Sin embargo, tanto su vida interior como la exterior están lejos de ser perfectas, pues aunque posee una naturaleza nueva y espiritual, la carne permanece en él, sin cambios, hasta el final de

su peregrinaje terrenal. Los que le rodean saben poco o nada del conflicto interior del que es objeto: ven sus fracasos exteriores, pero no oyen sus gemidos secretos ante Dios. Todavía no se ha manifestado lo que será, pero aunque sea muy imperfecto en el presente a causa del pecado que lo habita, la promesa es segura: "Cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como es".

Ahora bien, aunque en este cuarto sentido nuestra santificación práctica es incompleta, esto no altera en absoluto el hecho, ni lo invalida en lo más mínimo, de que nuestra santificación en los tres primeros sentidos mencionados anteriormente es completa y eterna, que "mediante una sola ofrenda Cristo ha perfeccionado para siempre a los santificados" (Hebreos 10:14). Aunque estas tres fases de la santificación del creyente son muy distintas en cuanto a su desarrollo o manifestación, sin embargo están benditamente combinadas juntas, y forman nuestra única aceptación completa ante Dios. Lo que estamos considerando aquí tiene que ver con el lado objetivo de nuestro tema: por lo cual queremos decir que es algo completamente fuera de nosotros, que resulta de lo que Cristo ha hecho por nosotros. Es lo que tenemos en Cristo y por Cristo, y por lo tanto puede ser recibido y disfrutado sólo por la fe. Oh, qué diferencia supone para la paz y el gozo del alma una vez que el hijo de Dios capta firmemente la bendita verdad de que una perfecta santificación es su parte presente e inalienable, que Dios ha hecho que Cristo sea para él santificación además de justicia.

Todo verdadero cristiano ya ha sido santificado o apartado como santo para Dios por la preciosa sangre del Cordero. Pero aunque muchos creyentes son consciente y confesadamente "justificados por su sangre" (Romanos 5:9), no pocos de ellos están deshonrando inconscientemente esa sangre al esforzarse (en sus deseos de santidad de vida) por ofrecer a Dios una "entera consagración" o una "plena entrega" (como la llaman) para ser santificados: tanto "sacrificio vivo" presentan a Dios para tanta santificación. Han sido engañados en el intento de poner el yo en algún "altar" imaginario para que su naturaleza pecaminosa pueda ser "consumida por el

fuego del Espíritu". Ay, no entran en la estimación de Dios de la sangre de Cristo, ni aceptan el hecho de que "el corazón es engañoso sobre todas las cosas e incurablemente perverso" (Jeremías 17:9). No se dan cuenta de que Dios ha "hecho que Cristo les sea santificado" ni de que "la mente carnal es enemistad contra Dios" (Romanos 8:7).

Es muy lamentable que muchos teólogos hayan limitado sus puntos de vista demasiado exclusivamente al aspecto legal de la expiación, mientras que tanto los tipos del Antiguo Testamento como el testimonio del Nuevo Testamento, con igual claridad, exhiben su eficacia en todas nuestras relaciones con Dios. Porque estamos en Cristo, todo lo que Él es para nosotros debe ser nuestro. "La sangre de Cristo nos limpia de todo pecado, y el creyente no ocupa más su lugar en Cristo ante la justicia de Dios como alguien contra quien no hay ninguna acusación, que el lugar que ocupa en Cristo ante la santidad de Dios como alguien sobre quien no hay ninguna mancha" (Jas. Inglis en "Way-marks in the wilderness," a quien debemos mucho de este capítulo y del anterior). El creyente no sólo es "justificado por su sangre" (Romanos 5:9), sino que somos "santificados (apartados, consagrados a Dios, preparados y adornados para su presencia) mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre" (Hebreos 10:10). Es este bendito aspecto de la santificación el que los credos denominacionales y los escritos de los puritanos ignoraron casi por completo.

En el Catecismo Mayor de la Asamblea de Westminster se hace la pregunta: "¿Qué es la santificación?". A lo que se responde lo siguiente "La santificación es una obra de la gracia de Dios, por la cual, aquellos a quienes Dios ha escogido antes de la fundación del mundo para ser santos, son con el tiempo, mediante la poderosa operación de su Espíritu, aplicando la muerte y resurrección de Cristo a ellos, renovados en todo su hombre según la imagen de Dios; teniendo las semillas del arrepentimiento para la vida y todas las demás gracias salvadoras, puestas en sus corazones, y esas gracias tan estimuladas, aumentadas y fortalecidas, que mueren más

y más al pecado y se levantan a la novedad de la vida".

Ahora bien, lejos está de nosotros el juzgar una producción tan excelente y útil como este Catecismo, que Dios ha bendecido ricamente a miles de su pueblo, o que debamos hacer críticas duras contra hombres cuyos zapatos ciertamente no somos dignos de desatar. Sin embargo, estamos seguros de que si sus compiladores estuvieran hoy en la tierra, serían los últimos en reclamar cualquier infalibilidad, ni creemos que ofrecerían ninguna objeción contra sus afirmaciones que se llevan a la barra de la Sagrada Escritura. Los mejores hombres no son más que hombres en el mejor de los casos, y por lo tanto no debemos llamar a ningún hombre "Padre". Una profunda veneración por los siervos de Dios y una alta consideración por su aprendizaje espiritual no deben disuadirnos de cumplir con "Probadlo todo; retened lo bueno" (1 Tesalonicenses 5:21). Los de Berea fueron elogiados por poner a prueba las enseñanzas incluso del apóstol Pablo, "y cada día escudriñaban las Escrituras para ver si eran así" (Hechos 17:11). Es en este espíritu que nos permitimos ofrecer dos observaciones sobre la cita anterior.

Primero, la definición o descripción de la santificación de los divinos de Westminster es totalmente inadecuada, pues omite por completo el aspecto más importante y el elemento fundamental en la santificación del creyente: no dice nada sobre nuestra santificación por Cristo (Hebreos 10:10; 13:12), sino que se limita a la obra del Espíritu, que se basa en la del Hijo. Esto es realmente una grave pérdida, y ofrece otra ilustración de que Dios no ha concedido luz sobre toda su Palabra a un solo hombre o cuerpo de hombres. Una respuesta más completa y mejor a la pregunta "¿Qué es la santificación?" sería: "La santificación es, primero, ese acto de Dios por el cual apartó a los elegidos en Cristo antes de la fundación del mundo para que fueran santos. En segundo lugar, es esa santidad perfecta que la Iglesia tiene en Cristo y esa excelente pureza que tiene ante Dios en virtud de la sangre limpiadora de Cristo. En tercer lugar, es esa obra del Espíritu de Dios que, por su operación vivificadora, los aparta de los que están muertos en pecados, transmitiéndoles una vida o naturaleza santa, etc.".

Por lo tanto, no podemos dejar de considerar que esta definición particular del Catecismo Mayor es defectuosa, ya que comienza por el medio, en lugar de empezar por el principio. En lugar de poner ante el creyente la santificación completa y perfecta que Dios ha hecho de Cristo para él, lo ocupa con la obra incompleta y progresiva del Espíritu. En lugar de mover al cristiano a mirar lejos de sí mismo, con todos sus fracasos pecaminosos, hacia Cristo, en quien está "completo" (Colosenses 2:10), lo alienta a mirar hacia adentro, donde a menudo buscará en vano el oro fino de la nueva creación en medio de toda la escoria y el fango de la vieja creación. Esto es dejarle sin la gozosa seguridad de saber que ha sido "perfeccionado para siempre" por la única ofrenda de Cristo (Hebreos 10:14); y si está desprovisto de eso, entonces las dudas y los temores le asaltarán constantemente, y la plena seguridad de la fe eludirá todo esfuerzo por alcanzarla.

Nuestra segunda observación sobre esta definición es que su redacción es defectuosa y engañosa. Dejemos que al joven creyente se le asegure de manera creíble que "morirá más y más al pecado y se levantará a la novedad de la vida", y ¿cuál será el resultado inevitable? A medida que avanza en su camino, el Diablo lo asalta cada vez más ferozmente, el conflicto interno entre la carne y el Espíritu se vuelve cada vez más angustioso, la luz creciente de la Palabra de Dios expone cada vez más sus fracasos pecaminosos, hasta que el grito se ve forzado a salir de él: "Soy vil; oh miserable que soy", ¿qué conclusión debe sacar? Pues esto: si la definición del Catecismo es correcta, entonces estaba tristemente equivocado, nunca he sido santificado en absoluto. Así que, lejos de que el "cada vez más morir al pecado" esté de acuerdo con su experiencia, descubre que el pecado está más activo en su interior y que está más vivo para el pecado ahora, que hace diez años.

¿Se aventurará alguien a refutar lo que acabamos de señalar más arriba, entonces preguntaríamos al lector más maduro y piadoso, se atreve a afirmar solemnemente, como en la presencia de Dios, que

ha "muerto más y más al pecado"? Si contesta que sí, quien escribe no le creería. Pero no creemos ni por un momento que usted diga tal falsedad. Más bien pensamos que podemos oírte decir: "Tal ha sido mi profundo deseo, tal ha sido mi sincero designio al usar los medios de gracia, tal es todavía mi oración diaria; pero ¡ay, ay! encuentro tan verdadera y frecuentemente hoy como lo hice en el pasado que, "Cuando quiero hacer el bien, el mal está presente en mí; porque lo que quiero, eso no hago; pero lo que aborrezco, eso hago" (Romanos 7). Ah, hay una gran diferencia entre lo que debería ser y lo que realmente ocurre en nuestra experiencia.

Para que no se nos acuse de parcialidad, citamos de la "Confesión de Fe" adoptada por la Asociación Bautista, que se reunió en Filadelfia en 1742, las dos primeras secciones de su breve capítulo sobre la santificación:

1. "Los que están unidos a Cristo, llamados eficazmente y regenerados, teniendo un nuevo corazón y un nuevo espíritu en ellos por la virtud de la muerte y resurrección de Cristo, son también

(a) más adelante santificados, real y personalmente, mediante la misma virtud,

(b) por su Palabra y Espíritu que mora en ellos;

(c) el dominio de todo el cuerpo de pecado es destruido,

(d) y sus diversas concupiscencias son cada vez más debilitadas y mortificadas, y ellos son cada vez más vivificados y fortalecidos en todas las gracias salvadoras, para la práctica de toda la verdadera santidad, sin la cual ningún hombre verá al Señor.

2. Esta santificación es en todo el hombre, aunque imperfecta en esta vida; todavía quedan algunos restos de corrupción en cada parte, de donde surge una guerra continua e irreconciliable".

Al igual que la anterior, esta descripción de la santificación por parte de los bautistas deja algo que desear, ya que no hace ninguna declaración clara y directa sobre la santidad impecable y de suma importancia que todo creyente tiene en Cristo, y esa pureza impecable y sin mancha que está sobre él por la imputación de Dios de la eficacia limpiadora del sacrificio de su Hijo. Una omisión tan grave es demasiado vital para que la ignoremos. En segundo lugar, las palabras que hemos puesto en cursiva no sólo perpetúan la redacción defectuosa del Catecismo de Westminster, sino que también transmiten una concepción engañosa de la condición actual del cristiano. Hablar de "algunos restos de corrupción" que aún permanecen en el creyente, implica necesariamente que la mayor parte de su corrupción original ha sido eliminada, y que sólo una insignificante porción de la misma permanece ahora. Pero lo que todo verdadero cristiano descubre, para su dolor y humillación diarios, es algo muy diferente.

Contrasta, querido lector, con los "algunos restos de corrupción" que quedan en el cristiano (una expresión que se encuentra frecuentemente en los escritos de los puritanos) la honesta confesión del celestial Jonathan Edwards: "Cuando miro dentro de mi corazón y observo su maldad, parece un abismo infinitamente más profundo que el infierno. Y me parece que, si no fuera por la gracia gratuita, exaltada y elevada a la altura infinita de toda la plenitud del gran Jehová, y el brazo de Su gracia extendido en toda la majestad de Su poder y en toda la gloria de Su soberanía, yo parecería hundido en mis pecados por debajo del mismo infierno. Es conmovedor pensar cuán ignorante era yo cuando era un joven cristiano, de las profundidades sin fondo de la maldad, el orgullo, la hipocresía y la suciedad que quedaban en mi corazón". Cuanto más cerca caminemos con Dios, más conscientes seremos de nuestra total depravación.

Entre los treinta y nueve artículos de la Iglesia de Inglaterra (episcopaliana) no hay ninguno que trate la importante doctrina de

la santificación. Creemos que todas las "normas" de la Reforma (credos, confesiones y catecismos) se buscarán en vano para encontrar cualquier declaración clara sobre la santidad perfecta que la Iglesia tiene en Cristo o de que Dios le hace ser, imputativamente, la santificación a su pueblo. Como consecuencia de esto, la mayoría de los sistemas teológicos han enseñado que si bien la justificación se lleva a cabo en el momento en que el pecador cree verdaderamente en Cristo, su santificación sólo comienza entonces, y es un proceso prolongado que debe llevarse a cabo durante el resto de esta vida por medio de la Palabra y las ordenanzas, secundado por la disciplina de la prueba y la aflicción. Pero si este es el caso, entonces debe haber un momento en la historia de cada creyente en el que es "justificado de todas las cosas" y sin embargo no es apto para aparecer en la presencia de Dios; y antes de que pueda aparecer allí, el proceso debe ser completado - debe alcanzar lo que se llama "entera santificación" y ser capaz de decir "no tengo pecado", que, de acuerdo con 1 Juan 1:8, sería la prueba de auto-engaño.

He aquí, pues, un verdadero dilema. Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos; y sin embargo, según la doctrina de la "santificación progresiva", hasta que no podamos decirlo (aunque sea inarticuladamente en el momento de la muerte) no somos aptos para la herencia de los santos en la luz. Qué pensamiento tan terrible es, que Cristo puede venir en cualquier momento a aquellos que se dan cuenta de que el proceso de santificación dentro de ellos es incompleto. Pero aún más: no sólo los que no tienen una santificación completa no son aptos para la gloria eterna, sino que sería una atrevida presunción para ellos entrar audazmente en el Lugar Santísimo ahora - el "camino nuevo y vivo" no está todavía disponible para ellos, no pueden acercarse "con un corazón verdadero en plena certeza de fe." Qué maravilla, entonces, que aquellos que creen en esta doctrina estén sumidos en la perplejidad, que tal nube descanse sobre su aceptación con Dios. Pero, gracias a Dios, muchos triunfan sobre su credo: sus corazones son mejores que sus cabezas, de lo contrario su comunión con Dios y su acercamiento al trono de su gracia serían imposibles.

Ahora bien, en bendito contraste con esta inadecuada doctrina de la teología, el glorioso Evangelio de Dios nos revela un perfecto Salvador. Nos muestra a Uno que no sólo ha satisfecho completamente al justo Gobernante y Juez, proveyendo para Su pueblo una perfecta justicia ante Él, sino que su sacrificio también nos ha capacitado para adorar y servir aceptablemente a un Dios santo, y para acercarnos al Padre con plena confianza y amor filial. El conocimiento de la verdad de la justificación no es suficiente para asegurar el corazón: debe haber algo más que la comprensión de que la maldición de la ley ha sido eliminada; si la conciencia sigue contaminada, si el ojo de Dios se posa sobre nosotros como no purificados e impuros, entonces la confianza ante Él es imposible, pues nos sentimos completamente incapaces de su inefable presencia. Pero, por siempre bendito sea Su nombre, el precioso Evangelio de Dios anuncia que la sangre de Cristo satisface también esta exigencia.

"Ahora bien, donde está la remisión de estos (pecados), no hay más ofrenda por el pecado. Teniendo, pues, hermanos, confianza para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesús" (Hebreos 10:18, 19). El mismo sacrificio que ha procurado la remisión de nuestros pecados, nos da el derecho de acercarnos a Dios como adoradores aceptables. "Por su propia sangre entró una vez en el Lugar Santo, habiendo obtenido para nosotros la redención eterna" (Hebreos 9:13). Ahora bien, lo que le da a Aquel que tomó nuestro lugar el derecho de entrar en el Cielo mismo, también nos da el derecho de tomar el mismo lugar. Lo que le dio derecho a Cristo a entrar en el cielo fue "su propia sangre", y lo que le da derecho al creyente más débil a acercarse al mismo trono de Dios "con confianza", es "la sangre de Jesús". Nuestro título para entrar al cielo ahora, en espíritu, es precisamente el mismo que tenía Cristo.

La misma sangre preciosa que aplacó la ira de Dios, cubre toda mancha de la culpa y la contaminación del pecado; y no sólo eso, sino que en el lugar mismo de lo que cubre y limpia, deja su propia

excelencia; de modo que debido a su pureza y mérito finitos, el cristiano es considerado no sólo como inocente e irreprochable, sino también como inmaculado y santo. Oh, comprender por la fe que ahora tenemos asegurada la misma acogida por parte de Dios que la que recibió su amado Hijo cuando se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas. Dios nos ve en Cristo, Su "Santo", como poseedores de una santidad tan perfecta como lo es la justicia en la que somos aceptados, siendo ambas tan perfectas como Cristo mismo. "En nosotros, tal como nos presentamos ante Él por medio de Cristo, Dios no ve ningún pecado. Nos mira en el rostro de su Ungido, y allí nos ve más puros que los cielos" (Alexander Carson).

14. El PROCURADOR de la Santificación (Completa)

Hay una perfecta santificación en Cristo que llegó a ser nuestra en el momento en que creímos por primera vez en Él - aunque poco nos dimos cuenta en ese momento. También habrá una conformidad perfecta con esto en nosotros, una realización real de la misma, cuando seamos glorificados y entremos en ese reino bendito donde el pecado es desconocido. Entre estas dos cosas se encuentra la vida presente del creyente en la tierra, que consiste en una mezcla dolorosa y desconcertante de luces y sombras, alegrías y penas, victorias y derrotas, estas últimas parecen preponderar en gran medida en los casos de muchos, especialmente cuanto más viven. Hay una guerra incesante entre la carne y el espíritu, cada uno produciendo "según su propia clase", de modo que los gemidos se mezclan siempre con los cantos del cristiano. El creyente se encuentra alternando entre el agradecimiento a Dios por la liberación de la tentación y la confesión contrita de su deplorable cesión a la tentación. A menudo se ve obligado a exclamar: "¡Oh, miserable de mí! (Romanos 7:24). Tal ha sido durante más de veinticinco años la experiencia del escritor, y sigue siendo así.

Ahora bien, así como en el mundo comercial hay una multitud de charlatanes médicos que anuncian remedios seguros para las enfermedades más incurables, y se llenan los bolsillos a costa de los que son lo suficientemente tontos como para creer en sus cuentos de hadas; así también hay numerosos "charlatanes" en el mundo religioso, que afirman tener una cura para el pecado residente. Un párrafo como el que acabamos de escribir arriba, sería aprovechado con avidez por estos montañeros, quienes, levantando las manos y los ojos de santo horror, expresarían en voz alta su piedad por tal "tragedia innecesaria". Afirmarían de inmediato que tal experiencia, tan llena de derrota, se debe a que el pobre hombre nunca ha sido

"santificado", e insistirían en que lo que necesita hacer es "poner todo en el altar" y "recibir la segunda bendición", el "bautismo del Espíritu", o como algunos lo llaman, "entrar en la vida victoriosa" confiando plenamente en Cristo para la victoria.

Hay algunos pervertidores del Evangelio que, en efecto, representan a Cristo como si sólo ayudara a los pecadores a elaborar una justicia propia: traen a Cristo como un mero peso para suplir su deficiencia, o arrojan el manto de Su misericordia sobre sus fracasos. Algunos de los charlatanes religiosos a los que nos hemos referido anteriormente clamarían enérgicamente contra tal parodia de la gracia de Dios en Cristo, insistiendo en que no podemos ser justificados más que por Su sangre. Y, sin embargo, no tienen nada mejor que exponer ante sus incautos cuando se trata de la "perfecta santificación" o de la "plena salvación mediante la plena confianza en Jesús". Dicen que Cristo nos ayudará a lograr lo que hemos intentado en vano con nuestras propias fuerzas, y que confiando plenamente en Él ahora encontraremos fácil lo que antes nos parecía tan arduo. Pero la Palabra de Dios no proporciona ninguna garantía para esperar la perfección sin pecado en esta vida, y tal enseñanza sólo puede tender a un engaño fatal o a una amarga decepción.

Aquellos a los que nos hemos referido anteriormente generalmente separan la justificación y la santificación tanto de hecho como de tiempo. Sí, sostienen que un hombre puede pasar por la primera y, sin embargo, estar desprovisto de la segunda, y representan que se alcanzan por dos actos distintos del alma, divididos, tal vez, por un intervalo de años. Exhortan a los cristianos a buscar la santificación de la misma manera que exhortan a los pecadores a buscar la justificación. Hablan de los que alcanzan esta "santificación" como si fueran inducidos a un grado superior de cristianos, habiendo entrado ahora en "la vida superior". Algunos se refieren a esta experiencia como "la segunda bendición": por la primera, se recibe el perdón de los pecados por medio de la fe en la expiación; por la segunda, recibimos la liberación del poder (algunos añaden "la presencia") del pecado al confiar en la eficacia del Nombre de

Cristo: un Salvador moribundo rescata del infierno, un Salvador siempre vivo libera ahora de Satanás.

Se puede preguntar: ¿Pero no debe el cristiano "presentar su cuerpo en sacrificio vivo a Dios"? Ciertamente, pero no con el propósito de obtener la santificación, ni para mejorar o purificar "la carne", la naturaleza pecaminosa, el "viejo hombre". La exhortación de Romanos 12:1 (como muestra claramente su "por lo tanto" - las "misericordias de Dios" apuntan hacia 5:1,2; 6:5, 6; 8:30, etc.) es un llamado a que vivamos en el poder de lo que es nuestro en Cristo. La presentación de nuestros cuerpos "un sacrificio vivo a Dios" es el reconocimiento práctico de que hemos sido santificados o consagrados a Él, y debemos hacerlo no para conseguir que nuestros cuerpos sean santificados, sino con la graciosa seguridad de que ya son "santos".

El cristiano no puede obtener una visión correcta de la verdad de la santificación mientras separe esa bendición de la justificación, o mientras confine sus pensamientos a una obra progresiva de la gracia que se está realizando en él por el Espíritu Santo. "Pero vosotros sois lavados, pero sois santificados, pero sois justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios" (1 Corintios 6:11): observe que somos "santificados" así como somos "justificados - ¡en el Nombre de Otro! "Para que reciban el perdón de los pecados y la herencia entre los santificados por la fe" (Hechos 26:18): cuando recibimos el "perdón" de nuestros pecados, también recibimos "la herencia entre los santificados por la fe". La oración de Cristo, "Santifícalos en tu verdad: tu palabra es verdad" (Juan 17:17), se cumple cuando obtenemos un conocimiento espiritual de la Verdad por el poder del Espíritu Santo. No es por esfuerzos propios, por cualquier "consagración" nuestra, por intentos de "poner todo en el altar" que entramos en lo que Cristo ha procurado para Su pueblo, sino por la apropiación por fe de lo que la Palabra de Dios pone ante nosotros.

En Cristo, y sólo en Él, el creyente posee una pureza perfecta. Cristo nos ha consagrado a Dios al ofrecerse a sí mismo por nosotros. Su sacrificio nos ha liberado de la contaminación y del consiguiente alejamiento, y nos ha restaurado al favor y la comunión de Dios. El Padre mismo ve al cristiano como identificado y unido a Su "Santo". No hay grados ni puede haber "progreso" en esta santificación: una persona no convertida es absolutamente impía, y una persona convertida es absolutamente santa. La norma de santidad de Dios no es lo que el cristiano llega a ser en virtud de la obra del Espíritu en nosotros aquí, sino lo que Cristo es como sentado a Su propia derecha. Todos los pasajes del Nuevo Testamento que se refieren a los creyentes como "santos", refutan la idea de que el creyente aún no está santificado y no lo estará hasta el momento de la muerte.

Tampoco la idea de una santificación progresiva, por la cual el cristiano "muere más y más al pecado", concuerda con la experiencia registrada de los santos más maduros. El piadoso John Newton (autor de "Cuán dulce suena el nombre de Jesús", etc.), al hablar de las expectativas que abrigaba al comienzo de su vida cristiana, escribió: "Pero, ¡ay!, mis doradas expectativas han sido como sueños de los Mares del Sur. Hasta ahora he vivido como un pobre pecador, y creo que moriré como tal. ¿No he ganado nada, entonces? Sí, he ganado lo que una vez hubiera preferido no tener: una prueba acumulada de la falsedad y la desesperada maldad de mi corazón, que espero que, con la bendición del Señor, me haya enseñado en cierta medida a saber lo que quiero decir cuando digo: "¡He aquí que soy vil! Estaba avergonzado de mí mismo cuando comencé a servirle, estoy más avergonzado de mí mismo ahora, y espero estar más avergonzado de mí mismo cuando Él venga a recibirme para Sí mismo. Pero, ¡oh! me regocijo en Él, porque no se avergüenza de mí". Ah, a medida que el cristiano crece en la gracia, crece más y más en el amor a sí mismo.

"Y harás una placa de oro puro, y grabarás en ella, como los grabados de un sello, Santidad al Señor. Y la pondrás sobre un cordón azul, para que esté sobre la mitra; en el frente de la mitra estará. Y estará sobre la frente de Aarón, para que Aarón cargue con

la iniquidad de las cosas santas, que los hijos de Israel santificarán en todos sus dones sagrados; y estará siempre sobre su frente, para que sean aceptados "ante el Señor" (Éxodo 28:36-38). Estos versículos nos presentan uno de los cuadros típicos más preciosos que se encuentran en el Antiguo Testamento. Aarón, el sumo sacerdote, estaba dedicado y consagrado exclusivamente al Señor. Servía en ese cargo en nombre de los demás, como su mediador. Se presentaba ante Dios como representante de Israel, llevando sus nombres sobre sus hombros y en su corazón (Éxodo 28:12, 29). Israel, el pueblo de Dios, estaba representado y era aceptado en Aarón.

Lo expuesto en Éxodo 28:36-38 no era un tipo del "camino de la salvación", sino que tenía que ver enteramente con el acercamiento al Dios tres veces santo de su propio pueblo pecador y fracasado. Aunque los sacrificios ofrecidos en el día anual de la expiación los libraban de la maldición de la ley, los individuos piadosos de la nación debían ser dolorosamente conscientes de que el pecado manchaba su misma obediencia y contaminaba sus oraciones y alabanzas. Pero a través del sumo sacerdote su servicio y adoración eran aceptables para Dios. La inscripción que llevaba en su frente: "Santidad al Señor", era una designación solemne mediante la cual se enseñaba a Israel de manera impresionante que la santidad se convertía en la Casa de Dios, y que nadie que no fuera santo podía acercarse a él. En Levítico 8:9 la placa de oro que lleva la inscripción se designa como "la corona santa", porque se colocaba por encima de todas las vestiduras de Aarón.

Ahora bien, Aarón prefiguraba a Cristo como el gran Sumo Sacerdote que está "sobre la Casa de Dios" (Hebreos 10:21). Los creyentes son representados por Él y aceptados en Él. La "santidad para el Señor" que estaba "siempre" sobre la cabeza de Aarón, señalaba la santidad esencial de Cristo, que "vive siempre para interceder por nosotros". Debido a nuestra unión legal y vital con Cristo, su santidad es la nuestra: las perfecciones del gran Sumo Sacerdote son la medida de nuestra aceptación con Dios. Cristo también ha "llevado la iniquidad de nuestras cosas santas" -ha

satisfecho los defectos de nuestro culto- para que no se nos imputen; el dulce incienso de sus méritos (Apocalipsis 8:3) hace que nuestro culto sea aceptable para Dios. Por Él no sólo fueron eliminados nuestros pecados y nuestras personas fueron hechas aceptables, sino que nuestro servicio y adoración también se hacen agradables: "Ofrecer sacrificios espirituales, agradables a Dios por medio de Jesucristo" (1 Pedro 2:5).

He aquí, pues, la respuesta a la apremiante pregunta: ¿Cómo puede un leproso moral ser apto para la presencia de Dios? Necesitamos una santidad perfecta, así como una justicia perfecta, para tener acceso a Él. El Santo no puede mirar el pecado, y si nos acercáramos a Él de una manera en la que no pudiera mirarnos como perfectamente santos, no podríamos acercarnos a Él en absoluto. Cristo es la respuesta suficiente a todos nuestros problemas, el que satisface todas nuestras necesidades. La preciosa sangre de Jesús ha separado al creyente de todo mal, ha eliminado toda contaminación y lo ha acercado a Dios en toda la aceptabilidad de su Hijo. Cuán diferente es esto de la concepción que limita la santificación a nuestras experiencias y logros. ¡Cuán definitivamente mejor es el camino de Dios al camino del hombre, y cuán lejos están Sus pensamientos sobre esto por encima de los nuestros!

Ahora bien, es en las Epístolas del Nuevo Testamento donde se nos muestra más plenamente la realidad y la sustancia de lo que se tipificó bajo el judaísmo. En primer lugar, leemos: "Porque tanto el que santifica como los que son santificados son todos de uno" (Hebreos 2:11). Cristo es tanto nuestra santificación como nuestro Santificador. Él es nuestro Santificador, primero, por Su sangre que quita nuestros pecados y nos limpia de toda contaminación. Segundo, por las operaciones del Espíritu Santo, pues todo lo que hace, lo hace como "el Espíritu de Cristo" que lo procuró (Salmo 68:18 y Hechos 2:33) para su pueblo. Tercero, comunicándonos una vida santa (Juan 10:10): todo el acervo de la gracia y la santidad está en Sus manos, y Él lo comunica a Su pueblo (Juan 1:16). Cuarto, apareciendo en el Cielo como nuestro representante: Él es

"Santidad para el Señor" por nosotros. Quinto, aplicando y bendiciendo Su Palabra a Su pueblo, para que sea lavado por ella (Efesios 5:26). Él es nuestra santificación porque la santidad de Su naturaleza, así como Su obediencia, nos es imputada (1 Corintios 1:30).

"Somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre" (Hebreos 10:10). El cristiano nunca tendrá pensamientos correctos sobre este tema hasta que perciba que su santificación ante Dios se llevó a cabo en el Calvario. Como leemos: "Y a vosotros, que en otro tiempo estabais enajenados y erais enemigos en vuestra mente por las malas obras, ahora os ha reconciliado en el cuerpo de su carne por medio de la muerte, para presentaros santos e irreprensibles ante él" (Colosenses 1:21, 22): Por su obra en la cruz, Cristo presenta la Iglesia a Dios en toda la excelencia de su perfecto sacrificio. En estos pasajes no se trata en absoluto de ninguna obra realizada en nosotros, sino de lo que la oblación de Cristo nos ha asegurado. En virtud de su sacrificio, los creyentes han sido apartados para Dios en toda la pureza y los méritos de Cristo, concediéndoles un título seguro para el cielo. Dios nos considera santos según la santidad del sacrificio de Cristo, cuyo valor total recae sobre el cristiano menos instruido, más débil y más probado de la tierra.

Tan infinitamente suficiente es la oblación de Cristo por nosotros que "con una sola ofrenda ha perfeccionado para siempre a los santificados" (Hebreos 10:14). Como leemos de nuevo, "estáis completos en Él" (Colosenses 2:10), y esto, porque Su obra fue completa. Todos los verdaderos creyentes están en el propósito eterno de Dios, y en el cumplimiento real de ese propósito por el Señor Jesús, perfectamente justificados y perfectamente santificados. Pero todos los creyentes no son conscientes de ese bendito hecho; ni mucho menos. Muchos están confundidos y desconcertados sobre este tema. Una de las razones es que muchos miran casi enteramente a los maestros humanos para recibir instrucciones, en vez de confiar en el Espíritu Santo para que los guíe a la verdad, y escudriñar las Escrituras para conocerla. El

mundo religioso de hoy es una verdadera "Babel de lenguas", y toda certeza se acaba si nos alejamos de la Palabra (fallando en hacerla nuestro estudio principal) y nos apoyamos en los predicadores. Ay, cuántos de los que profesan el protestantismo están poco mejor que los pobres papistas, que reciben incuestionablemente lo que les dice el "sacerdote".

Sólo cuando leemos la Palabra de Dios, mezclando la fe con ella (Hebreos 4:2) y apropiándonos de la misma, el cristiano puede entrar en los pensamientos de Dios respecto a él. En las Sagradas Escrituras, y en ningún otro lugar, puede el creyente descubrir lo que Dios ha hecho que Cristo sea para él y lo que Él ha hecho que él sea en Cristo. Así también es en las Escrituras, y en ningún otro lugar, donde podemos aprender la verdad sobre nosotros mismos, que "en la carne (lo que somos por naturaleza como descendientes depravados del Adán caído) no mora nada bueno" (Romanos 7:18). Hasta que no aprendamos a distinguir (como lo hace Dios) entre el "yo" y el "pecado que mora en mí" (Romanos 7:20) no puede haber una paz definitiva. La Escritura no sabe nada de la santificación del "viejo hombre", y mientras esperemos alguna mejora en él, seguramente nos encontraremos con una desilusión. Si hemos de "adorar a Dios en el Espíritu" y "alegrarnos en Cristo Jesús" debemos aprender a no tener "ninguna confianza en la carne" (Filipenses 3:3).

"Por lo cual también Jesús, para santificar al pueblo con su propia sangre, padeció fuera de la puerta" (Hebreos 13:12). La preciosa sangre de Cristo ha hecho más que simplemente expiar sus pecados: también los ha apartado para Dios como Su pueblo. Es lo que los ha llevado a la comunión con el Padre mismo. Al derramar su sangre por nosotros, Cristo hizo que fuera consistente con el honor y la santidad de Dios el tomarnos como su pueblo peculiar; también procuró el Espíritu Santo que (por la regeneración) nos ha capacitado para los privilegios y deberes de nuestro alto llamado. Así, Cristo ha santificado a Su pueblo tanto objetiva como subjetivamente. Somos "santificados con su propia sangre", primero, porque fue una oblación a Dios; segundo, porque sus méritos nos

son imputados; tercero, porque su eficacia nos es aplicada.

La sangre de Cristo "nos limpia de todo pecado" (1 Juan 7) de una manera triple. Primero, hacia Dios, borrando nuestros pecados y eliminando nuestra contaminación de su vista (como Juez). Segundo, procurando el Espíritu Santo, por el cual recibimos "el lavado de la regeneración" (Tito 3:5). Tercero, al ser nuestras conciencias "purificadas" (Hebreos 9:14) a medida que la fe se aferra a estos benditos hechos, y así somos aptos para "servir al Dios vivo". Aquí podemos percibir cómo Dios honra plenamente a su amado Hijo, haciéndolo no sólo el Reparador de nuestra ruina y el triunfante Deshacedor de la obra de la Serpiente (1 Juan 3:8), sino también dándonos su propia posición perfecta ante Dios y comunicando su propia naturaleza santa a su pueblo, pues un sarmiento no puede estar en la verdadera vid sin participar de su vida.

En la persona de Cristo, Dios contempla una santidad que permanece en su más estrecho escrutinio, sí, que regocija y satisface su corazón; y todo lo que Cristo es ante Dios, lo es para su pueblo - "donde entró el Precursor por nosotros" (Hebreos 6:20), "para presentarse ahora en la presencia de Dios por nosotros" (Hebreos 9:24). En la santidad de Cristo somos aptos para ese lugar al que la gracia divina nos ha exaltado, de modo que somos "hechos para sentarnos juntos en los lugares celestiales en Cristo Jesús" (Efesios 2:6) Esto no se logra por ninguna experiencia, separada por un largo proceso de nuestra justificación, sino que es un hecho bendito desde el momento en que creímos por primera vez en Cristo. Estamos en Cristo, y ¿cómo puede alguien estar en él y, sin embargo, no estar perfectamente santificado? Desde el primer momento en que fuimos "unidos al Señor" (1 Corintios 6:17), somos hermanos santos, partícipes del llamamiento celestial" (Hebreos 3:1). Esto es lo que la fe del cristiano necesita para aferrarse y apoyarse en la autoridad de Aquel que no puede mentir. Sin embargo, el cristiano mejor enseñado, el más espiritual y maduro, aprehende la verdad pero débilmente e inadecuadamente, pues ahora "vemos a través de un cristal oscuro".

Es cierto que existe un crecimiento en el conocimiento de la santificación, es decir, siempre que nuestros pensamientos sean formados por la Palabra de Dios. Hay una entrada experimental en el disfrute práctico de lo que Dios ha hecho que Cristo sea para nosotros, de modo que por la fe en él nuestros pensamientos y hábitos, afectos y asociaciones son afectados por ello. Hay algo así como nuestra comprensión de la gloriosa posición y estado que la gracia divina nos ha dado en el Amado, y la exhibición de la influencia de la misma en nuestro carácter y conducta. Pero eso no es lo que estamos tratando aquí. Lo que estamos considerando ahora es el hecho maravilloso y glorioso de que el cristiano fue tan completamente santificado a la vista de Dios en el primer momento en que se aferró a Cristo por la fe, como lo será cuando todo vestigio de pecado haya desaparecido de su persona, y esté ante Él glorificado en espíritu, alma y cuerpo.

Pero se puede preguntar: ¿Qué provisión ha hecho Dios para satisfacer las necesidades de su pueblo que peca después de ser santificado? Esto no entra en el ámbito del presente aspecto de nuestro tema. Sin embargo, brevemente, la respuesta es: El ministerio de Cristo en lo alto como nuestro gran Sumo Sacerdote (Hebreos 7:25) y Abogado (1 Juan 2:1); y su confesión penitente de sus pecados, que asegura su perdón y limpieza (1 Juan 1:9). Los pecados del cristiano estropean su comunión con Dios e impiden su disfrute de su salvación, pero no afectan su posición y estado en Cristo. Si no me juzgo a mí mismo por mis fracasos y caídas pecaminosas, la vara del castigo descenderá sobre mí, pero no la blandirá un Dios enojado, sino mi Padre amoroso (Hebreos 12:5-11).

No ignoramos el hecho de que no es poco lo que hay en este capítulo que los profesores de mentalidad mundana pueden pervertir fácilmente para su propia ruina -¿qué verdad de la Escritura no es capaz de ser "arrancada"? Pero eso no es razón para que el pueblo de Dios se prive de una de las porciones más selectas

y nutritivas del Pan de Vida. Otros capítulos de este libro están minuciosamente calculados para "preservar el equilibrio de la verdad."

15. El aseguramiento de la santificación

El cristiano ha sido santificado por el trino Jehová: la sabiduría infinita y la gracia insondable lo ordenaron de tal manera que está en deuda con cada uno de los Tres Eternos. El Señor Dios quiso que todas las Personas de la bendita Trinidad fueran honradas en la santificación de su pueblo, para que cada una de ellas pudiera ser alabada por nosotros de forma distintiva. Primero, el Padre santificó a su pueblo por un decreto eterno, eligiéndolo en Cristo antes de la fundación del mundo y predestinándolo a la adopción de hijos. En segundo lugar, el Hijo santificó a su pueblo al procurarle una posición perfecta e inalienable ante el Juez de todos, siendo contabilizados los méritos infinitos de su obra terminada. En tercer lugar, Dios el Espíritu cumple el decreto del Padre y les imparte lo que la obra de Cristo les procuró: el Espíritu es el verdadero Asegurador de la santificación, aplicándola a sus personas. Así, el creyente tiene abundantes motivos para adorar y glorificar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

Es muy notable observar la perfecta armonía que existe entre las diferentes operaciones de los Tres Eternos en relación con la santificación de los elegidos, y el triple significado del término "santificación". En un capítulo anterior proporcionamos la prueba de que la palabra "santificar" tiene un triple significado, a saber, separar, limpiar y adornar. En primer lugar, en la Escritura se dice que una persona o cosa es santificada cuando es consagrada o apartada de un uso común a uno sagrado. Así, en el decreto eterno del Padre, los elegidos fueron separados en la mente divina de incontables millones de nuestra raza que iban a ser creados, y apartados para su propio deleite y gloria. En segundo lugar, cuando esas personas y cosas son inmundas, deben ser purificadas, a fin de que sean aptas para el placer y el uso de Dios. Esa fue la obra específica asignada al Hijo: Su preciosa sangre ha proporcionado los

medios para nuestra purificación. En tercer lugar, las personas o cosas santificadas deben ser embellecidas y adornadas para el servicio de Dios: esto lo realiza el Espíritu Santo.

También es sorprendente y bendito observar la relación y el orden de los diversos actos de los Tres Santos en relación con nuestra santificación. La fuente de la misma es "el propósito eterno" o decreto de Dios: "por cuya voluntad somos santificados" (Hebreos 10:10). La sustancia de la misma fue producida por Cristo cuando cumplió plenamente la voluntad de Dios en nuestro favor: "para santificar al pueblo con su propia sangre" (Hebreos 13:12). El asegurador de la misma es el Espíritu Santo, que por su obra de gracia interior aplica al individuo la santificación que la Iglesia tiene en su Cabeza: "siendo santificados por el Espíritu Santo" (Romanos 15:16). No es hasta que el Consolador se instala en el corazón que la voluntad del Padre comienza a actualizarse y la "obra" del Hijo evidencia su eficacia hacia nosotros. Este glorioso don, por tanto, nos viene del Padre, a través del Hijo, por el Espíritu.

Si consideramos la naturaleza de la obra de Cristo en favor de su pueblo y la perfección de su posición en él ante Dios, no podría suponerse ni por un momento que, habiéndose llevado a cabo por la gracia, la sabiduría y el poder de Dios, su estado no se viera afectado, que su posición fuera tan gloriosamente cambiada y que, sin embargo, su condición siguiera siendo tan pecaminosa como siempre; que se les dejara en sus pecados para consolarse de su inmunidad a la ira divina. La degradación, la contaminación y la ruina total de nuestra naturaleza; nuestro alejamiento de Dios, la muerte espiritual y toda nuestra herencia de aflicción son las consecuencias inmediatas del pecado. ¿Y qué significaría el perdón, la justificación y la redención en Cristo, si la liberación de todas esas consecuencias no fuera directa y necesariamente seguida? Nuestro ser hecho justicia de Dios en Cristo (2 Corintios 5:21) no sería más que un nombre vacío, si no implica y conlleva la recuperación de todo lo que el pecado ha perdido y la liberación de todo lo que el pecado ha incurrido. Gracias a Dios que, al final

(cuando seamos glorificados), se efectuará perfectamente.

Es cierto que cuando Cristo busca por primera vez a Su pueblo, lo encuentra completamente desprovisto de santidad, sí, incluso del deseo de alcanzarla; pero no lo deja en ese horrible estado. No, eso no lo honraría ni cumpliría la voluntad del Padre. A pesar de lo glorioso que es el triunfo de la gracia divina en la justificación de un pecador, por medio de la obra de Cristo como garantía, incluso eso debe ser considerado como un medio para un fin. Vea cómo esto se pone de manifiesto en cada declaración bíblica del propósito de la gracia en relación con los redimidos, o el diseño de la misión y los sufrimientos del Redentor: "Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia" (Juan 10:10); "El cual se dio a sí mismo por nosotros, para redimirnos de toda iniquidad, y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras" (Tito 2: 14); "Por lo cual se nos han dado promesas muy grandes y preciosas, para que por ellas seáis partícipes de la naturaleza divina, habiendo escapado de la corrupción que hay en el mundo por la concupiscencia" (2 Pedro 1:4); "Mirad qué amor nos ha dado el Padre para que seamos llamados hijos de Dios" (1 Juan 3:1).

Puesto que somos hechos justicia de Dios en Cristo, el resultado de esto en el cristiano, debe, en última instancia, corresponder con esa perfección. En otras palabras, nada que no sea la perfecta comunión con el Padre y con su Hijo puede responder a que él haya muerto por nuestros pecados y haya resucitado por nuestra justificación; y que, habiendo resucitado, se haya convertido en la cabeza y la fuente de una vida completamente nueva para todos los que creen en él. El objetivo del amor del Padre y de la gracia del Hijo no era sólo que se nos devolviera la vida que perdimos en Adán, sino que tuviéramos "vida en abundancia"; que se nos devolviera no sólo a la posición de siervos -que era la condición del Adán no caído-, sino que se nos diera el maravilloso lugar de hijos; que se nos habilitara no sólo para un paraíso terrenal, sino para una eternidad de gozo en la presencia inmediata de Dios en el Cielo.

Ahora bien, es sobre la base de lo que Cristo hizo y ganó para su pueblo, y con miras a la realización del propósito del Padre de su glorificación, que el Espíritu Santo es dado a los elegidos. Y es de gran importancia para su alabanza y para su paz que obtengan una visión clara y completa de su obra en ellos; y esto no puede asegurarse mediante un estudio apresurado o superficial del tema. Sus operaciones son variadas y múltiples; sin embargo, todas proceden de un solo fundamento y todas avanzan hacia un gran fin. Lo que vamos a considerar ahora es la "santificación del Espíritu", una expresión que se encuentra tanto en 2 Tesalonicenses 2:13 como en 1 Pedro 1:2. La conexión en la que aparece la expresión en los dos pasajes que acabamos de mencionar, da a entender claramente que la santificación del Espíritu es una parte integral de nuestra salvación, que está estrechamente asociada con nuestra "creencia en la verdad", y que precede a nuestra obediencia práctica.

La definición de John Owen de la santificación del Espíritu, basada en 1 Tesalonicenses 5:23 es la siguiente: "La santificación es una obra inmediata del Espíritu de Dios en las almas de los creyentes, purificando y limpiando sus naturalezas de la contaminación e impureza del pecado, renovando en ellas la imagen de Dios, y capacitándolas así, a partir de un principio espiritual y habitual de gracia, para rendir obediencia a Dios, según el tenor y los términos del nuevo pacto, en virtud de la vida y la muerte de Jesucristo. O más brevemente: es la renovación universal de nuestras naturalezas por el Espíritu Santo, a la imagen de Dios, por medio de Jesucristo". Aunque esta definición es completa y clara, concebimos humildemente que es inadecuada e inexacta: inadecuada, porque deja fuera varios elementos esenciales; inexacta, porque confunde los efectos con la causa. Más adelante, dice: "En la santificación de los creyentes, el Espíritu Santo obra en ellos, en sus almas enteras - sus mentes, voluntades y afectos- un hábito, un principio y una disposición graciosos y sobrenaturales de vivir para Dios, en los que consiste la sustancia o esencia, la vida y el ser de la santidad".

En un artículo al respecto, Samuel Pierce dijo: "La santificación, o

santidad evangélica, sin la cual ningún hombre verá al Señor, comprende toda la obra del Espíritu de Dios dentro y sobre nosotros, desde nuestra regeneración hasta nuestra glorificación eterna. Es el fruto y la bendita consecuencia de su morada en nosotros, y el efecto continuo de la regeneración espiritual, es decir, al engendrar en nosotros una naturaleza adecuada para recibir las cosas espirituales y ser afectados por ellas. La regeneración es la raíz y la santificación es el brote, la flor y el fruto que produce. En nuestra regeneración por el Espíritu Santo somos hechos vivos para Dios, y esto se manifiesta por nuestra fe en Cristo Jesús. Nuestras lujurias son mortificadas porque somos vivificados junto con Cristo. Y lo que llamamos la santificación del Espíritu, que sigue después de que la regeneración ha tenido lugar en nosotros, consiste en llevar esa vida espiritual que se transmite a nuestras almas en nuestro nuevo nacimiento, a los actos y al ejercicio en Cristo y en las cosas espirituales, en avivar nuestras gracias, y en llevarnos a caminar por las sendas de la santidad, por lo que se da la prueba de que estamos vivos para Dios por medio de Jesucristo nuestro Señor". Esto, creemos que es preferible a Owens, aunque todavía deja algo que desear.

¿Qué es exactamente la santificación del Espíritu? Personalmente, dudamos mucho de que esa pregunta pueda responderse satisfactoriamente en una sola frase, ya que al formularla hay que tener en cuenta el cambio que se produce en la relación del pecador creyente con Dios, su relación con Cristo como Cabeza de la Iglesia, su relación con los no regenerados y su relación con la ley divina. Posicionalmente, nuestra santificación por el Espíritu resulta de nuestra unión vital a Cristo, pues en el momento en que nos unimos vivamente a Él, su santidad se convierte en la nuestra, y nuestra posición ante Dios es la misma que la suya. Relativamente, nuestra santificación por el Espíritu resulta de nuestro ser renovado por Él, pues en el momento en que Él nos vivifica somos apartados de los que están muertos en pecados. Personalmente, somos consagrados a Dios por el Espíritu que mora en nosotros, haciendo de nuestros cuerpos Sus templos. Experimentalmente, nuestra santificación del Espíritu consiste en la impartición a nosotros de un principio ("Naturaleza") de santidad, por lo cual nos conformamos a la ley

divina. Consideremos cada uno de estos puntos de vista por separado.

Nuestra unión a Cristo es el gran eje sobre el que gira todo. Divorciados de Él, no tenemos nada espiritualmente. Describiendo nuestra condición no regenerada, el apóstol dice: "en aquel tiempo estabais sin Cristo", y estando sin Él, se deduce necesariamente "siendo extranjeros de la comunidad de Israel, y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo" (Efesios 2:12). Pero en el momento en que el Espíritu Santo nos hace vivamente uno con Cristo, todo lo que Él tiene se convierte en nuestro, somos entonces "coherederos con Él". Así como una mujer obtiene el derecho de compartir todo lo que tiene un hombre una vez que se desposa con él, así un pobre pecador se vuelve santo ante Dios en el momento en que se une vitalmente al Santo. Todo lo que Dios exige de nosotros, todo lo que necesitamos, está atesorado para nosotros en Cristo.

Por nuestra unión con Cristo recibimos una naturaleza nueva y santa, por la que estamos capacitados para una vida santa, que está determinada y regulada por nuestra comunión práctica y experimental con Él. En virtud de nuestra unión federal con el primer Adán, no sólo se nos imputó la culpa de su desobediencia, sino que también recibimos de él la naturaleza pecaminosa que ha viciado nuestras almas, influyendo poderosamente en todas nuestras facultades. Del mismo modo, en virtud de nuestra unión federal con el último Adán, los elegidos no sólo tienen imputada la justicia de su obediencia, sino que también reciben de Él (por el Espíritu) una naturaleza santa, que renueva todas las facultades de sus almas e influye poderosamente en sus acciones. Una vez que nos unimos a la Vid, la vida y la santa virtud que hay en Él fluye en nosotros y produce frutos espirituales. Así, en el momento en que el Espíritu nos une a Cristo, somos "santificados en Cristo Jesús" (1 Corintios 1:2).

Es axiomático que aquellos a quienes Dios separa para sí deben ser adecuados a sí mismos, es decir, deben ser santos. Igualmente claro es en las Escrituras que, cualquier cosa que Dios haga, está determinado a que la corona de honor por ello descanse sobre la cabeza de Cristo, pues Él es el gran centro de todos los consejos divinos. Ahora bien, ambas consideraciones fundamentales están aseguradas por el hecho de que Dios nos hace partícipes de su propia santidad, al crearnos de nuevo en Cristo Jesús. Dios no recibirá ni poseerá a nadie que tenga la menor mancha de contaminación del pecado en él, y sólo cuando seamos hechos nuevas criaturas en Cristo, podremos estar completamente a la altura de los requisitos inalterables de Dios. Nuestro estado debe ser santo así como nuestra posición; y como mostramos en los últimos tres capítulos que Cristo mismo es nuestra santificación, así que ahora buscamos señalar que somos realmente santificados en Cristo - personal y vitalmente.

"Pero de Él sois en Cristo Jesús" (1 Corintios 1:30) - "de Él" por el poder y la operación vivificadora del Espíritu. Los cristianos están sobrenaturalmente y vivamente incorporados a Cristo. "Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús" (Efesios 2:10): esa nueva creación se realiza en nuestra unión con Su persona. Este es nuestro estado espiritual: un "hombre nuevo" ha sido "creado en la justicia y la santidad verdadera" (Efesios 4:24), y esto se nos exhorta a "revestirnos" o manifestar. Esto no es en absoluto una cuestión de progreso o logro, sino que es cierto para todo cristiano en el momento en que nace de nuevo. Los términos "creados en justicia (nuestra justificación) y verdadera santidad" (nuestra santificación) describen lo que es el "hombre nuevo" en Cristo. No es simplemente algo que debemos perseguir, aunque eso es cierto, y se insinúa en el "revestíos"; sino que es lo que todos los cristianos son en realidad: su santificación en Cristo es un hecho consumado: sólo porque los cristianos son "santos" deben llevar vidas santas.

El creyente comienza su vida cristiana habiendo sido perfectamente santificado en Cristo. Así como nuestra posición y estado fueron radicalmente afectados en virtud de nuestra unión con el primer

Adán, así también nuestra posición y estado son completamente cambiados en virtud de nuestra unión con el último Adán. Así como el creyente tiene una posición perfecta en santidad ante Dios debido a su unión federal con Cristo, su estado es perfecto ante Dios, porque ahora está vitalmente unido a Cristo: él está en Cristo, y Cristo está en él. Por la operación regeneradora del Espíritu estamos "unidos al Señor" (1 Corintios 6:17). En el momento en que nacieron de nuevo, todos los cristianos fueron santificados en Cristo con una santificación a la que ningún crecimiento en la gracia, ningún logro en la vida santa, puede añadir un ápice. Su santificación, como su justificación, es "completa en Él" (Colosenses 2:10). Cristo mismo es su vida, y se convierte en tal por una unión personal con Él que nada puede disolver. Desde el momento de su nuevo nacimiento, cada hijo de Dios es un "santo en Cristo Jesús" (Romanos 1:7), uno de los "hermanos santos" (Hebreos 3:1); y justo porque son tales, están llamados a vivir vidas santas. ¡Oh, qué motivo tenemos para adorar la gracia, la sabiduría y el poder de Dios!

Cuando uno de los elegidos de Dios es resucitado a una vida nueva, se produce un gran cambio relativo, es decir, en relación con sus semejantes. Anteriormente, él también estaba en el mundo y era de él, siendo contado con los impíos, y disfrutando de su comunión. Pero en la regeneración nace a una nueva familia, la familia viva de Dios, y desde entonces su posición ya no está entre los que están "sin Cristo": "Quien nos ha librado del poder de la muerte". "El cual nos libró del poder de las tinieblas, y nos trasladó al reino de su amado Hijo" (Colosenses 1:13). Así, cuando uno es hecho vivo en Cristo por el Espíritu Santo, de inmediato se separa de los que están muertos en delitos y pecados, y por lo tanto este es otro aspecto de la "santificación del Espíritu." Esto fue tipificado desde la antigüedad. Cuando el Señor se reveló a Abraham, la palabra que le dirigió fue: "Sal de tu tierra y de tu parentela" (Génesis 21:1). Lo mismo sucedió con Israel: apenas fueron liberados del Ángel de la Muerte por la sangre del cordero, se les exigió que dejaran atrás Egipto.

Personalmente somos santificados o consagrados a Dios por el

Espíritu que mora en nosotros y hace de nuestros cuerpos sus templos. Así como vino sobre Cristo mismo ("sin medida"), así, a su debido tiempo, es dado a cada uno de sus miembros: "tenéis la Unción (el Espíritu) del Santo" -Cristo-; "la Unción (el Espíritu) que habéis recibido de Él (Cristo) permanece en vosotros" (1 Juan 2:20, 27) -es de este mismo hecho de donde recibimos nuestro nombre, pues "cristiano" significa "ungido", término tomado del tipo del Salmo 133:2. Es la presencia del Espíritu Santo que habita en el creyente lo que lo convierte en una persona santa. Lo que hizo de Canaán la tierra "santa", de Jerusalén la ciudad "santa", del templo el lugar "santo", fue la presencia y aparición del Santo allí. Y lo que hace a cualquier hombre "santo" es la permanencia perpetua del Espíritu en él. No hace falta decir que su permanencia en nosotros produce necesariamente frutos de santidad en el corazón y en la vida, lo cual se nos presentará en la continuación.

Hecho asombroso, bendito y glorioso, el Espíritu Santo mora en los regenerados de manera que sus cuerpos se convierten en templos del Dios vivo. "El Espíritu Santo desciende sobre ellos y entra en su interior, como consecuencia de su unión con Cristo. Viene del cielo para dar a conocer esta unión entre Cristo y ellos. Él es el manifestador divino de la misma. Él habita en nosotros como un pozo de agua que brota para la vida eterna. Él permanece con nosotros como nuestro Divino Consolador, y será nuestro Guía incluso hasta la muerte, y continuará sus influencias vivificantes en nosotros y morará en nosotros, llenándonos de toda la plenitud de Dios en el Cielo para siempre" (S. E. Pierce).

Esta morada del Espíritu es, en el orden de Dios, subsecuente a y en consecuencia de nuestro ser santificado por la sangre de Jesús; porque es obvio que Dios no podía "morar" en aquellos que estaban bajo la imputación de su culpa. El Espíritu Santo, por lo tanto, desde el mismo hecho de hacer de nuestros cuerpos sus templos, atestigua y evidencia la plenitud y perpetuidad de la santificación que es nuestra por el sacrificio de Cristo. Él viene a nosotros no para procurar las bendiciones que Cristo ya ha comprado para nosotros, sino para dárnoslas a conocer: "No hemos recibido el

espíritu del mundo, sino el Espíritu de Dios, para que conozcamos lo que Dios nos ha concedido" (1 Corintios 2:12). Viene a sostener a aquellos en los que ahora está la vida de Cristo.

16. El asegurador de la santificación (completada)

"La santificación del Espíritu" (2 Tesalonicenses 2:13) es una expresión amplia que tiene un significado cuádruple al menos. Primero, señala la operación sobrenatural del Espíritu por la cual un pecador es "creado en Cristo Jesús" (Efesios 2:10), hecho vitalmente uno con Él, y por lo tanto partícipe de Su santidad. En segundo lugar, habla del cambio vital que esto produce en su relación con los impíos: habiendo sido vivificado a una nueva vida, es inmediatamente separado de los que están muertos en pecados, de modo que tanto en su posición como en su estado ya no está con ellos en común con Satanás, el pecado y el mundo. En tercer lugar, habla de que el Espíritu mismo se instala en el alma vivificada, haciéndola personalmente santa. En cuarto lugar, se refiere a que pone el corazón en conformidad con la ley divina, con todo lo que ello implica. Antes de abordar este último punto, ofreceremos algunas observaciones más sobre el tercero.

La venida de esta Persona divina y gloriosa para habitar en alguien que es depravado y pecador es una maravilla y un misterio: una maravilla que lo haga, un misterio que lo haga. ¿Cómo es posible que Aquel que es inefablemente santo habite en aquellos que son tan impíos? No pocos han dicho que es imposible, y si no fuera por las claras declaraciones de la Escritura al respecto, probablemente todos llegaríamos a la misma conclusión. Pero los caminos de Dios son muy diferentes de los nuestros, y su amor y su gracia han logrado lo que nuestros pobres corazones nunca habían concebido. Esto ha sido claramente reconocido en relación con el asombroso nacimiento, y la aún más asombrosa muerte de Cristo; pero no ha sido tan definitivamente percibido en relación con el descenso del Espíritu para morar en los creyentes.

Existe una sorprendente analogía entre el advenimiento a esta tierra de la segunda persona de la Trinidad y el advenimiento de la tercera persona, y la maravilla y el misterio de la primera deberían prepararnos para la otra. Si lo mismo no se hubiera convertido en un hecho histórico, ¿quién de nosotros había supuesto alguna vez que el Padre hubiera permitido que su amado Hijo entrara en tales profundidades de degradación como lo hizo? ¿Quién de nosotros había imaginado alguna vez que el Señor de la gloria se acostaría en un pesebre? Pero lo hizo. En vista de ello, ¿por qué habríamos de asombrarnos tanto ante la idea de que el Espíritu Santo entre en nuestros pobres corazones? Al igual que el Padre se complace en permitir que la gloria del Hijo se eclipse durante una temporada por la degradación a la que descendió, así, en un sentido muy real, permite que la gloria del Espíritu se oculte durante una temporada por la humillación de su tabernáculo en nuestros cuerpos.

Es sobre la base de la obra de Cristo que el Espíritu viene a nosotros. "Todo lo que recibimos aquí no es más que el resultado de la plenitud que se nos ha dado en Cristo. Si el Espíritu viene a morar en nosotros como Espíritu de paz, es porque Jesús, por su sangre, una vez ofrecida, nos ha asegurado esa paz. Si el Espíritu viene como el Espíritu de gloria, es porque Jesús ha entrado y asegurado la gloria para nosotros. Si el Espíritu viene como Espíritu de filiación, es porque Jesús ha vuelto por nosotros al seno del Padre y nos ha llevado a la cercanía del mismo amor. Si el Espíritu viene a nosotros como Espíritu de vida, es por la vida escondida para nosotros en Cristo con Dios. Por lo tanto, la inhabitación del Espíritu es el resultado de la relación permanente con Dios a la que nos ha llevado la resurrección y la ascensión de nuestro Señor, y debe ser necesariamente una presencia permanente. En consecuencia, la santificación que resulta del hecho de su presencia en nosotros y del hecho de que el nuevo hombre ha sido creado en nosotros, debe ser una santificación completa y duradera - tan completa y duradera como la relación que Cristo tiene con nosotros en la redención como Representante y Cabeza de su cuerpo místico" (B.W. Newton).

Sin embargo, hay que señalar que el bendito Espíritu no permite que nuestros corazones permanezcan en la horrible condición en la que los encuentra por primera vez; y esto nos lleva a nuestro cuarto punto. En Tito 3:5 leemos "según su misericordia nos salvó, por el lavado de la regeneración y la renovación del Espíritu Santo". Todo lo que comprende este "lavamiento" no podemos decirlo, pero ciertamente incluye la expulsión de todos los ídolos de nuestro corazón, hasta tal punto que Dios ocupa ahora el trono del mismo. Por este "lavado de la regeneración" el alma queda tan limpia de su contaminación nativa que el pecado ya no es amado, sino aborrecido; la ley divina ya no es odiada, sino que se deleita en ella; y los afectos son elevados de las cosas de abajo a las de arriba. Somos muy conscientes de que éste es el punto particular que más ejercita las conciencias honestas; sin embargo, Dios no pretende que nuestras dificultades se aclaren de tal manera en esta vida que todo el ejercicio del corazón llegue a su fin.

Aunque es cierto que la carne permanece inalterada en el cristiano, y que a veces sus actividades son tales que nuestras evidencias de regeneración se nublan, sin embargo, permanece que un gran cambio fue realizado en nosotros en el nuevo nacimiento, cuyos efectos permanecen. Aunque es cierto que un mar de corrupción todavía habita en nuestro interior, y que a veces el pecado hace estragos violentamente, y prevalece de tal manera que parece una burla concluir que hemos sido liberados de su dominio; sin embargo, esto no altera el hecho de que un milagro de la gracia se ha forjado en nosotros. Aunque el cristiano es consciente de tanta suciedad en su interior, ha experimentado el "lavado de la regeneración". Antes del nuevo nacimiento no veía ninguna belleza en Cristo como para desearlo; pero ahora lo ve como "el más bello entre diez mil". Antes amaba a los que eran como él; pero ahora "ama a los hermanos" (1 Juan 3:14). Además, su entendimiento ha sido limpiado de muchos errores y herejías contaminantes. Finalmente, es un hecho que la corriente principal de sus deseos corre tras Dios.

Pero "el lavado de la regeneración" es sólo el lado negativo: positivamente está "la renovación del Espíritu Santo". Aunque esta "renovación" está muy lejos de lo que tendrá lugar en el santo en su glorificación, sin embargo es una experiencia muy real y radical. Se produce un gran cambio y renovación en el alma, que tiene un efecto beneficioso sobre todas sus facultades. Esta "renovación del Espíritu Santo" tiene un poder transformador, de modo que el corazón y la mente son llevados a un marco de obediencia hacia Dios. El alma es ahora capaz de discernir que la voluntad de Dios es la más "buena, agradable y perfecta" (Rom. 12:2) de todas, y hay un profundo deseo y un sincero esfuerzo por conformarse a ella. Pero nótese cuidadosamente que en Tito 3:5 se emplea el tiempo presente y no el pasado: no fuisteis lavados y renovados, sino un "lavado" y "renovación": es una obra continua del Espíritu.

Antes de proceder a mostrar más la naturaleza de la obra del Espíritu en el alma en sus operaciones santificadoras, señalemos que lo que más necesitan nuestros corazones para aferrarse y descansar es lo que hemos visto en los últimos capítulos. El creyente ya ha sido perfectamente santificado en el decreto y propósito del Padre. Cristo ha realizado para él lo que, cuando se contabiliza en su cuenta, lo capacita perfectamente para los atrios del templo de Dios en lo alto. En el momento en que es vivificado por el Espíritu, es creado en Cristo", y por lo tanto "santificado en Cristo": así, tanto su posición como su estado son santos a los ojos de Dios. Además, el hecho de que el Espíritu habite en él, haciendo que su cuerpo sea su templo, lo constituye personalmente en santo, al igual que la presencia de Dios en el templo hizo de Canaán la "tierra santa" y de Jerusalén la "ciudad santa".

Es de suma importancia que el cristiano tenga muy claro este punto. No nos convertimos en santos por medio de acciones santas - ese es el error fundamental de todas las falsas religiones. No, primero debemos ser santos antes de que pueda haber acciones santas, como la fuente debe ser pura antes de que su corriente pueda serlo, el árbol bueno si su fruto ha de ser sano. El orden de las Escrituras es: "Que no se nombre una vez entre vosotros, como conviene a los

santos" (Efesios 5:3), y "pero ahora sois luz en el Señor: andad como hijos de la luz" (Efesios 5 8); "en la conducta como conviene a la santidad" (Tito 2:3). Dios primero pone nuestros corazones en reposo, antes de pedir que nuestras manos se dediquen a su servicio. Él da la vida, para que estemos capacitados para dar amor. Crea en nosotros una naturaleza santificada, para que haya una conducta santificada. Dios nos presenta sin mancha en el santísimo según la sangre de la aspersión, para que, saliendo con una conciencia purificada de las obras muertas, busquemos agradarle y glorificarle.

Es la creación de esta naturaleza santa dentro de nosotros lo que debemos considerar a continuación. "Es algo que es santo, tanto en su principio como en sus acciones; y es superior a cualquier cosa que pueda venir del hombre, o ser realizada por él mismo. No reside en la conformidad con la luz de la naturaleza y los dictados de la misma; ni es lo que podría llamarse virtud moral, que fue ejercida por algunos de los filósofos paganos, en gran medida, y sin embargo no tenían un grano de santidad en ellos, sino que estaban llenos de los deseos de envidia, orgullo, venganza, etc., tampoco consiste en una simple conformidad externa con la ley de Dios, o en una reforma externa de la vida y las costumbres: esto aparecía en gran medida en los fariseos, que eran puros a sus propios ojos, y se creían más santos que los demás, y los despreciaban, y sin embargo sus corazones estaban llenos de toda clase de impurezas.

"Tampoco es lo que se llama gracia restrictiva: las personas pueden ser restringidas por el mandato de los padres y los maestros, por las leyes de los magistrados y por el ministerio de la Palabra, de los pecados más graves de la vida; y ser preservadas, por la providencia de Dios, de las contaminaciones del mundo, y sin embargo no ser santificadas. Tampoco los dones, ordinarios o extraordinarios, son una gracia santificante: Judas Iscariote sin duda tenía ambos, los dones ordinarios de un predicador, y los dones extraordinarios de un apóstol; sin embargo, no era un hombre santo. Los dones no son gracias: un hombre puede tener todos los dones y todo el conocimiento, y hablar con la lengua de los hombres y de los

ángeles, y no tener gracia; puede haber una lengua de plata donde hay un corazón no santificado. La santificación tampoco es una restauración de la imagen perdida de Adán, o una enmienda de esa imagen estropeada por el pecado del hombre; o una nueva vampirización de los viejos principios de la naturaleza" (John Gill).

Habiendo visto lo que esta naturaleza santa, impartida por el Espíritu, no es; tratemos de definir lo que es. Es algo completamente nuevo: una nueva creación, un nuevo corazón, un nuevo espíritu, un nuevo hombre, la conformación de nosotros a otra imagen, incluso a la del último Adán, el Hijo de Dios. Es la impartición de un principio santo, implantado en medio de la corrupción, como un hermoso rosal que crece en un estercolero. Es la continuación de la "buena obra" iniciada en nosotros en la regeneración (Filipenses 1:6). Recibe muchos nombres, como "el hombre interior" (2 Corintios 4:16) y "el hombre oculto del corazón" (1 Pedro 3:4), no sólo porque tiene su residencia en el alma, sino porque nuestros semejantes no pueden verlo. Se designa como "semilla" (1 Juan 3:9) y "espíritu" (Juan 3:6) porque es obrado en nosotros por el Espíritu de Dios. Se le compara con una "raíz" (Job 19:28), con el "buen tesoro del corazón" (Mateo 12:35), con el "aceite en el vaso" (Mateo 25:4) - por "aceite" se entiende la gracia, llamada así por su naturaleza iluminadora al dar discernimiento al entendimiento, y por su naturaleza suministradora y suavizante, quitando la dureza del corazón y la terquedad de la voluntad.

Es en este aspecto de nuestra santificación que llegamos al tercer significado del término: el bendito Espíritu no sólo separa del rebaño común de los no regenerados, limpia nuestros corazones de la contaminación del pecado, sino que adorna adecuadamente el templo en el que ahora habita. Esto lo hace haciéndonos partícipes de "la naturaleza divina" (2 Pedro 1:4), que es algo positivo, la comunicación de un principio santo, por el cual somos "renovados a la imagen de Dios". Cuando los levitas iban a ministrar en el lugar santo, no sólo se les exigía que se lavaran, sino que se pusieran el traje y los ornamentos sacerdotales, que eran bellos y hermosos. De la misma manera, los creyentes son un sacerdocio santo y real (1

Pedro 2:5), porque no sólo han sido lavados de la suciedad del pecado, sino que son "todo gloriosos por dentro" (Salmo 45:13). No sólo se les ha puesto el manto de la justicia imputada (Isaías 61:10), sino que se ha implantado en ellos la gracia embellecedora del Espíritu.

Es por la recepción de este principio o naturaleza santa que el creyente es liberado de la dominación del pecado y llevado a la libertad de la justicia, aunque no hasta la muerte es liberado de la plaga y la presencia del pecado. En su justificación, los creyentes obtienen una santificación relativa o judicial, que les proporciona una posición perfecta ante Dios, por la cual reciben una prueba de su relación de pacto con Él, de que son su pueblo peculiar, su "tesoro", su "porción". Pero además, también son inherentemente santificados en sus personas por una obra de gracia del Espíritu dentro de sus almas. Son "renovados" en todo su ser; pues así como el veneno del pecado se difundió en todo el hombre, así es la gracia. Ayuda no poco a percibir que, como señaló Thomas Boston señaló hace mucho tiempo en su "Estado cuádruple del hombre", "La santidad no es una sola gracia, sino todas las gracias del Espíritu: es una constelación de gracias; es todas las gracias en su semilla y raíz".

Sin embargo, hay que señalar que, aunque toda la persona del cristiano es renovada por el Espíritu, y todas las facultades de su alma son renovadas, sin embargo, no hay ninguna operación de la gracia sobre su vieja naturaleza, de modo que su mal sea expulsado: la "carne" o el principio del pecado que mora en ella no es erradicado ni purificado ni hecho bueno. Nuestro "hombre viejo" (que debe distinguirse del alma y sus facultades) está "corrompido según los deseos engañosos", y permanece así hasta el final de nuestra peregrinación terrenal, luchando siempre contra el "espíritu" o principio de santidad o "hombre nuevo". Así como el alma en el primer momento de su unión con el cuerpo (en el vientre materno) se volvió pecadora, no es hasta el momento de su disolución del cuerpo que el alma se vuelve inherentemente sin pecado. Como dijo pintorescamente un antiguo divino: "El pecado

trajo la muerte al mundo, y Dios, en forma de santo resentimiento, se vale de la muerte para poner fin al ser mismo del pecado en sus santos".

Muchos lectores se darán cuenta de que aquí nos dedicamos a lidiar con un punto difícil e intrincado. Ningún hombre es competente para dar una descripción tan clara y completa de nuestra santificación interior que despeje toda dificultad: lo más que puede hacer es señalar lo que no es, y luego tratar de indicar la dirección en la que debe buscarse su verdadera naturaleza. Como un esfuerzo más hacia esto se puede decir que, este principio de santidad que el Espíritu imparte al creyente consiste en una luz espiritual, por la cual el corazón es (parcialmente) liberado de las tinieblas en las que la Caída lo envolvió. Es una apertura de los ojos de nuestro entendimiento que nos permite ver las cosas espirituales y discernir su excelencia; porque antes de ser santificados por el Espíritu estamos totalmente ciegos a su realidad y belleza: pasajes como Juan 1:5; Hechos 26:18; 2 Corintios 4:6; Efesios 5:8; Colosenses 1:13; 1 Pedro 2:9 (¡léalos!) lo dejan claro.

Además, ese principio de santidad que el Espíritu imparte al creyente consiste en la vida espiritual. Antes de su recepción, el alma se encuentra en un estado de muerte espiritual, es decir, está alienada e incapacitada para Dios. Al ser renovados por el Espíritu, recibimos un principio vital de vida espiritual: compárese con Juan 5:24; 10:11, 28; Romanos 8:2; Efesios 2:1. Es por esta nueva vida que estamos capacitados para la comunión y la obediencia a Dios. Una vez más, ese principio de santidad consiste en el amor espiritual. El hombre natural está en un estado de enemistad con Dios; pero en la regeneración se implanta lo que se deleita y se adhiere a Dios: compárese Deuteronomio 30:6; Romanos 5:5; Gálatas 5:24. Como "luz" este principio de santidad afecta al entendimiento, como "vida" influye y mueve la voluntad, como "amor" dirige y moldea los afectos. Así también participa de la naturaleza misma de Aquel que es Luz, Vida y Amor. "Que la belleza del Señor esté sobre nosotros" (Salmo 90:17) significa "que este principio de santidad (como luz, vida y amor) sea saludable en

nuestro interior y se manifieste a través y por nosotros".

Pero ahora debemos pasar al aspecto más importante de todos, de la naturaleza de este principio de santidad, por el cual el Espíritu nos santificó inherentemente. Nuestra santificación experimental consiste en que nuestros corazones se conforman a la ley divina. Esto debería ser tan obvio que no se necesitaría ningún argumento laborioso para establecer el hecho. Así como todo pecado es una transgresión de la ley (I Juan 3:4), toda santidad debe ser un cumplimiento de la ley. El hombre natural no está sujeto a la ley, ni puede estarlo (Romanos 8:7). ¿Por qué? Porque está desprovisto de ese principio del que puede proceder la obediencia aceptable a la ley. El gran requisito de la ley es el amor: el amor a Dios y el amor a nuestro prójimo; pero con respecto a los no regenerados está escrito: "no tenéis el amor de Dios en vosotros" (Juan 5 42). De ahí que la promesa de Dios a sus elegidos sea: "El Señor, tu Dios, circuncidará tu corazón y el de tu descendencia, para que ames al Señor, tu Dios, con todo tu corazón" (Deuteronomio 30:6), pues "el amor es el cumplimiento de la ley".

Esta es la gran promesa de la Alianza: "Pondré mis leyes en su mente, y las escribiré en su corazón" (Hebreos 8:10); y de nuevo, "pondré mi Espíritu dentro de vosotros, y os haré andar en mis estatutos" (Ezequiel 36:27). Como dijimos en el artículo anterior: cuando Cristo viene a su pueblo, lo encuentra totalmente desprovisto de santidad y de todo deseo de alcanzarla; pero no lo deja en esa terrible condición. No, Él envía el Espíritu Santo, les comunica un amor sincero por Dios, y les imparte un principio o "naturaleza" que se deleita en Sus caminos. "Los que están en la carne no pueden agradar a Dios" (Romanos 8:8). ¿Por qué? Porque cualquier obra para ser agradable a Él debe proceder de un principio correcto (amor a Él), ser realizada por una regla correcta (Su Ley, o voluntad revelada), y tener un fin correcto en vista (Su gloria); y esto sólo es posible por la santificación del Espíritu.

La santidad experimental es la conformidad del corazón y la vida con la ley divina. La ley de Dios es "santa, justa y buena" (Romanos 7:12), y por lo tanto requiere una justicia o conformidad interna así como externa; y este requisito se cumple plenamente por la maravillosa y graciosa provisión que Dios ha hecho para su pueblo. Aquí también podemos contemplar la sorprendente y bendita cooperación entre los Tres Eternos. El Padre, como Rey y Juez de todos, dio la Ley. El Hijo, como nuestra garantía, cumplió la Ley. El Espíritu es dado para obrar en nosotros la conformidad con la Ley: primero, impartiendo una naturaleza que la ama; segundo, instruyéndonos y dándonos un conocimiento de sus extensas exigencias; tercero, produciendo en nosotros esfuerzos por la obediencia a sus preceptos. No sólo se imputa a su pueblo la perfecta obediencia de Cristo, sino que se le imparte una naturaleza que se deleita en la ley. Pero debido a la oposición del pecado que habita en ellos, la obediencia perfecta a la ley no es posible en esta vida; sin embargo, por amor a Cristo, Dios acepta su obediencia sincera pero imperfecta.

Debemos distinguir entre el Espíritu Santo y el principio de santidad que imparte en la regeneración: no hay que confundir al Creador con la naturaleza que crea. Es por medio de su morada en el cristiano que Él sostiene y desarrolla, continúa y perfecciona, esta buena obra que ha comenzado en nosotros. Toma posesión del alma para fortalecer y dirigir sus facultades. Es a partir del principio de santidad que Él nos ha comunicado que proceden los frutos de la santidad: deseos, acciones y obras santificadas. Sin embargo, ese nuevo principio o naturaleza no tiene fuerza propia: sólo a medida que es renovado, fortalecido, controlado y dirigido diariamente por su Dador, actuamos "como conviene a la santidad". Su obra continua de santificación en nosotros procede en el doble proceso de la mortificación (sometimiento) del viejo hombre y la vivificación (vivificación) del nuevo hombre.

El fruto de la santificación del Espíritu en nosotros aparece experimentalmente en nuestra separación del mal y del mundo. Pero a causa de la carne interior, nuestro caminar no es perfecto. A

menudo hay poco para que el ojo del sentido distinga en aquellos en quienes mora el Espíritu de los mundanos morales y respetables; sí, a menudo nos avergüenzan. "Todavía no se ve lo que seremos". "El mundo no nos conoce". Pero el corazón es lavado del amor prevaleciente al pecado por las lágrimas de arrepentimiento que el cristiano es movido a derramar frecuentemente. Cada nuevo acto de fe en la sangre purificadora de Cristo lleva adelante la obra de la santificación experimental en un grado mayor. Así como Naamán tuvo que sumergirse en el Jordán una y otra vez, sí, siete veces, hasta que quedó totalmente purificado de su lepra corporal; así el alma del cristiano -consciente de tanta suciedad del pecado que aún lo mancha- continúa sumergiéndose en esa "fuente abierta para el pecado y la impureza". Gracias a Dios, un día Cristo "se presentará a sí mismo una Iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga, ni nada parecido" (Efesios 5:27).

17. La REGLA de la santificación

Habiendo considerado los distintos actos del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo en la santificación de la Iglesia, debemos ahora indagar cuidadosamente en cuanto a la Regla por la cual se determina toda verdadera santidad, la Norma por la cual se pesa y a la cual debe conformarse. Esto también es de profunda importancia, porque si nos equivocamos en la línea y la plomada de la santidad, entonces todos nuestros esfuerzos en pos de ella estarán lejos de la meta. En este aspecto de nuestro tema también prevalece hoy en día una amplia ignorancia y confusión, por lo que nos vemos obligados a proceder lentamente y a entrar en él con bastante extensión. Si una clase de nuestros lectores necesitaba urgentemente -para fortalecer su fe y consolar sus corazones- una exposición algo completa de la perfecta santificación que los creyentes tienen en Cristo, otra clase de nuestros lectores requiere ciertamente -para la iluminación de sus mentes y el escrutinio de sus conciencias- una exposición en detalle de la "Regla" divinamente provista.

En capítulos anteriores hemos mostrado que la santidad es la antítesis del pecado, y por lo tanto, como "el pecado es la transgresión (una desviación o violación) de la Ley" (1 Juan 3:4), la santidad debe ser una conformidad con la Ley. Así como el "pecado" es un término general para connotar todo lo que es malo, sucio y moralmente repugnante, la "santidad" es un término general para significar todo lo que es bueno, puro y moralmente virtuoso o malo, loable o censurable, ya que expresan los deseos, designios y elecciones del corazón. Así como todo pecado es una especie de amor propio -voluntad propia, autocomplacencia, autogratificación-, así toda santidad consiste en el amor desinteresado o altruista -a Dios y a nuestro prójimo-: 1 Corintios 13 proporciona una completa y hermosa delineación de la naturaleza de la santidad: sustituye el término "santidad" por "amor"

en todo ese capítulo. Así como el pecado es la transgresión de la Ley, el amor es el cumplimiento de la Ley (Romanos 13:10).

La espiritualidad y la religión del hombre en su estado original consistían en una perfecta conformidad con la Ley Divina, que era la ley de su naturaleza (pues fue creado a imagen y semejanza de Dios), con la adición de preceptos positivos. Pero cuando el hombre perdió su inocencia y se volvió culpable y depravado, cayó no sólo bajo la ira de Dios, sino también bajo el dominio del pecado. En consecuencia, ahora necesita tanto un Redentor como un Santificador; y en el Evangelio se proporcionan ambos. Lamentablemente, hoy en día se predica tan a menudo un Evangelio a medias, un Evangelio mutilado, por el cual los pecadores se convierten en "dos veces más hijos del infierno" de lo que eran antes de escucharlo. En el Evangelio se revela un camino para obtener tanto la misericordia perdonadora como la gracia santificante. El Evangelio presenta a Cristo no sólo como Libertador de la ira venidera (1 Tesalonicenses 1:10), sino también como Santificador de Su Iglesia (Efesios 5:26).

En Su obra de santificación de la Iglesia, Cristo restaura a Su pueblo a una conformidad con la Ley. Antes de aportar pruebas de esta afirmación, observemos cuidadosamente qué es lo que la Ley exige de nosotros. "Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primer y gran mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la Ley y los Profetas" (Mateo 22:37-40). Cristo resumió aquí los diez mandamientos en estos dos, y todos los deberes ordenados por la Ley e inculcados por los Profetas no son sino una deducción o ampliación de estos dos, en los que todos están radicalmente contenidos. Aquí está, primero, el deber requerido: el amor a Dios y a nuestro prójimo. Segundo, el fundamento o razón de este deber: porque Él es el Señor nuestro Dios. Tercero, la medida de este deber: con todo el corazón.

La gran razón por la que Dios, el único gobernador del mundo, hizo la Ley, requiriendo que lo amemos con todo nuestro corazón, fue porque es, en su propia naturaleza, infinitamente justa y apropiada. Esa ley es una regla de justicia eterna e inalterable, que no puede ser abrogada o alterada en lo más mínimo, pues es una expresión inmutable del carácter moral de Dios. Suponer que Él derogaría o incluso disminuiría la Ley -cuando los fundamentos y las razones por las que Dios la hizo por primera vez siguen siendo tan fuertes como siempre, cuando lo que requiere es tan justo y adecuado como siempre, y que le corresponde a Él como Gobernante moral del universo exigir tanto como siempre- arroja el más alto reproche sobre todas sus gloriosas perfecciones. Una insinuación tan horrible no podría haberse originado en ningún otro lugar que en la sucia mente del demonio, el archienemigo de Dios, y debe ser rechazada por nosotros con el mayor de los aborrecimientos.

Imaginar a Dios derogando la Ley moral, que es la regla de toda santidad y la condenadora de todo pecado, sería suponer que Él libera a sus criaturas de darle la gloria completa que le corresponde, y les permite retener al menos una parte de ella. Supone que Él libera a Sus criaturas de lo que es correcto y les permite hacer lo que es incorrecto. Sí, una suposición tan vil se refleja en la misma bondad de Dios, pues lejos de ser una bendición y un beneficio para sus criaturas, la derogación o la alteración de esta ley, que es tan perfectamente adecuada para su más alta felicidad, sería una de las calamidades más dolorosas que podrían ocurrir. Si Dios prefiere que pasen el cielo y la tierra antes que falte la menor jota o tilde de la Ley (Mateo 5:18), con qué firmeza debemos resistir todo esfuerzo de Satanás por robarnos esta regla divina, debilitar su autoridad sobre nuestros corazones o perjudicarnos en contra de ella.

A la luz de lo que se ha señalado, qué indeciblemente horrible es esa vil blasfemia de imaginar que el Hijo mismo viniera del cielo, se encarnara y muriera la muerte de la cruz, con el propósito de asegurar para su pueblo una anulación o disminución de la Ley, y obtener para ellos una libertad sin ley. ¿Tan poca consideración tenía por los intereses y la gloria de Su Padre, por el honor de Su

Ley, que derramó Su preciosa sangre para persuadir al gran Gobernador del mundo de que aflojara las riendas de Su gobierno y obtuviera para Su pueblo una licencia impía? Que desaparezca la idea. Que todos los que aman al Señor se levanten en justa indignación contra tan atroz calumnia sobre su santo carácter, y la aborrezcan como una calumnia satánica, sin importar quién la propague. Cualquier lector instruido por el Espíritu debe ver, sin duda, que una idea tan perversa como la de afirmar que Cristo es el que ha puesto fin a la ley, es convertirlo en amigo del pecado y enemigo de Dios.

Deténgase por un momento y sopese cuidadosamente las implicaciones. ¿Cómo podría Dios vindicar el honor de su gran nombre si revocara o redujera la ley que requiere que le amemos de todo corazón? ¿No sería esto claramente equivalente a decir que Él había exigido previamente más de lo que le correspondía? O, para decirlo de otra forma, ¿que ahora no desea tanto de sus criaturas como antes? O, para plantear la cuestión de forma más descarnada: ¿debe Dios renunciar ahora (desde la cruz) a sus derechos y permitir libremente que sus criaturas le desprecien y pequen impunemente? Míralo de otra manera: ¿con qué propósito debería morir Cristo para asegurar una disminución de esa Ley? ¿Qué necesidad había de ella? o ¿qué bien podía hacer? Si la Ley realmente exigía demasiado, entonces la justicia requería que Dios hiciera la disminución; en tal caso la muerte de Cristo era innecesaria. O si la ley exigía lo que era correcto, entonces Dios no podía en justicia hacer ninguna reducción, y entonces Cristo murió en vano.

Pero lejos de que Cristo viniera a este mundo con un designio tan perverso, declaró expresamente: "No penséis que he venido a abrogar la Ley o los Profetas; no he venido a abrogar, sino a cumplir. Porque en verdad os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasarán de la Ley, hasta que todo se haya cumplido. Por tanto, cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos más pequeños, y así enseñe a los hombres, será llamado el más pequeño en el reino de los cielos; pero el que los

cumpla y los enseñe, ése será llamado grande en el reino de los cielos" (Mateo 5:17-19). Esto es precisamente lo que Él condenó a los fariseos a lo largo de este capítulo. Ellos, en efecto, enseñaban esta misma doctrina, que la Ley estaba abatida, que sus exigentes demandas estaban relajadas. Afirmaban que aunque la Ley prohibía algunos actos externos y graves de pecado, no reprendía los primeros brotes de corrupción en el corazón o las iniquidades menores.

Por ejemplo, los fariseos enseñaban que no se debía cometer un asesinato, pero que no había nada malo en enojarse, hablar con reproche o albergar un rencor secreto en el corazón (Mateo 5:21-26). Que no se debe cometer adulterio, pero no había maldad en tener pensamientos lascivos (vv. 27-30). Que no debemos ser culpables de perjurio, sin embargo, no había ningún daño en los pequeños juramentos en la conversación común (vv. 33-37). Que no se debe odiar a los amigos, pero que está permitido odiar a los enemigos (vv. 43-47). Éstas y otras concesiones similares, enseñaban que se hacían en la Ley, y por lo tanto no eran pecaminosas. Pero tal doctrina fue condenada por nuestro Salvador como errónea y condenatoria, insistiendo en que la Ley requiere que seamos tan perfectos como nuestro Padre celestial es perfecto (5. 48), y declarando que si nuestra justicia no excede a la de los escribas y fariseos no podremos entrar en el reino de los cielos (Mateo 5:20). ¡Cuán lejos, entonces, estaba nuestro santo Señor de disminuir la Ley de Dios, o de disminuir nuestras obligaciones de perfecta conformidad con ella!

El hecho del asunto es (y aquí procederemos a aducir algunas de las pruebas de nuestra declaración al principio del cuarto párrafo), que Cristo vino al mundo con el propósito expreso de dar una demostración práctica, de la manera más pública, que Dios es digno de todo el amor, el honor y la obediencia que la Ley requiere, y que el pecado es un mal tan grande como el castigo de la Ley implica, y por lo tanto declaró la justicia de Dios y el odio al pecado, con el fin de que Dios pueda ser justo y, sin embargo, el Justificador de cada creyente sincero. Esto lo hizo Cristo al obedecer los preceptos y

sufrir la pena de muerte de la Ley en lugar de su pueblo. El gran designio de la encarnación, la vida y la muerte de nuestro bendito Señor fue mantener y magnificar el gobierno divino, y asegurar la salvación de su pueblo de una manera que colocó el honor supremo en la Ley.

El principal objetivo del amado Hijo al tomar la forma de siervo era satisfacer las exigencias de la Ley. Su obra aquí tuvo un respeto primordial por la Ley de Dios, para que los pecadores fueran justificados y santificados sin dejar de lado sus requisitos o sin mostrar el menor desprecio por ella. Primero. Fue "hecho bajo la Ley" (Gálatas 4:4) - ¡un lugar sorprendente para el Señor de la gloria! En segundo lugar, declaró: "He aquí que vengo; en el volumen del libro está escrito de mí, que me gusta hacer tu voluntad, oh Dios mío; sí, tu ley está en mi corazón" (Salmo 40:7, 8) - consagrado en sus afectos. En tercer lugar, Él obedeció impecablemente los mandatos de la Ley en pensamiento, palabra y obra: como niño estuvo sujeto a sus padres (Lucas 2:51); como hombre honró el sábado (Lucas 4:16), y se negó a adorar o servir a cualquiera que no fuera el Señor su Dios (Lucas 4:8). ¡En cuarto lugar, cuando Juan se negó a bautizarlo, respondió: "Así nos conviene cumplir toda justicia" (Mateo 3:15) - ¡qué prueba de su amor por el Legislador al someterse a su ordenanza! qué prueba de su amor por su pueblo al tomar su lugar junto a ellos en lo que hablaba de la muerte!

La verdad es que fue la propia aversión infinita de Dios a la derogación de la Ley, como algo totalmente inadecuado e incorrecto, lo que hizo necesaria la muerte de Cristo. Si la Ley pudiera ser derogada, los pecadores podrían haberse salvado sin más; pero si no debe ser derogada, entonces las exigencias de la misma deben ser respondidas por algún otro medio, o cada pecador se condenaría eternamente. Fue por esto que Cristo se interpuso voluntariamente, y "engrandeció la Ley y la hizo honorable" (Isaías 42:21), asegurando así el honor de la santidad y la justicia de Dios, estableciendo de tal manera su ley y su gobierno, que se le ha abierto un camino para perdonar a los principales pecadores sin

comprometerse en lo más mínimo. "Todos los que son de las obras de la Ley están bajo maldición. . . Cristo nos ha redimido de la maldición de la Ley, hecho maldición por nosotros" (Gálatas 3:10, 13).

Cristo amó demasiado el honor de su Padre como para revocar su Ley, o llevar a su pueblo a un estado de insubordinación a su autoridad; y los amó demasiado bien como para apartarlos de "la perfecta Ley de la libertad". Lean cuidadosamente el registro inspirado de Su vida en la tierra, y no descubrirán una sola palabra que salga de Sus labios que exprese la más mínima falta de respeto por la Ley. Por el contrario, encontramos que Él ordenó a Sus discípulos que hicieran a los hombres lo que nosotros quisiéramos que nos hicieran a nosotros, porque "esta es la Ley y los Profetas" (Mateo 7:12). Del mismo modo, los apóstoles de Cristo exhortaron al cumplimiento de los deberes morales por la autoridad de la Ley: "No debáis nada a nadie, sino amaros unos a otros; porque el que ama a otro, ha cumplido la Ley" (Romanos 13:8); "Hijos, obedeced a vuestros padres en el Señor, porque esto es lo justo: honrad a vuestro padre y a vuestra madre, que es el primer mandamiento con promesa" (Efesios 6:1, 2). El apóstol Juan exhortó a los creyentes a amarse unos a otros como "un antiguo mandamiento que teníais desde el principio" (1 Juan 2:7). Y, como mostraremos más adelante, la Ley es el gran medio que el Espíritu utiliza para santificarnos.

He aquí, pues, un "triple cordón" que no puede romperse, una triple consideración que "zanja la cuestión" para todos los que se someten a la autoridad de la Sagrada Escritura. En primer lugar, Dios el Padre honró la Ley al negarse a rescindirla para que Su pueblo pudiera salvarse a un menor costo, negándose a disminuir sus exigencias incluso cuando Su propio Hijo bendito clamó: "Si es posible, que pase de mí esta copa". Dios el Hijo honró la Ley al ser hecho bajo ella, al obedecer perfectamente sus preceptos, y al soportar personalmente su terrible castigo. Dios el Espíritu honra la ley haciendo que los pecadores vivificados vean, sientan y reconozcan que es "santa, justa y buena" (Romanos 7:12) aunque los

condene, y eso, antes de revelarles la misericordia de Dios por medio de Jesucristo; de modo que la ley es magnificada, el pecado es amargado, el pecador es humillado y la gracia es glorificada, todo a la vez.

Hay algunos que irán con nosotros hasta este punto, estando de acuerdo en que Cristo vino aquí para satisfacer las demandas de la ley, pero insisten en que, al estar satisfecha la ley, los creyentes están ahora completamente liberados de sus demandas. Pero esta es la posición más inconsistente, ilógica y absurda de todas. ¿Acaso Cristo se esforzó tanto por magnificar la ley para que ahora fuera deshonrada por nosotros? ¿Acaso derramó Su amor a Dios en la cruz para que nosotros pudiéramos ser relevados de amarlo? Es cierto que "Cristo es el fin de la Ley para justicia a todo aquel que cree" (Romanos 10:4) - para "justicia" (para nuestra justificación), sí; pero no para nuestra santificación. ¿No está escrito que "el que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo" (1 Juan 2:6), y no anduvo Cristo según la regla de la Ley? El gran objetivo de la venida de Cristo aquí fue conformar a Su pueblo a la Ley, y no hacerlos independientes de ella. Cristo envía el Espíritu para escribir la Ley en sus corazones (Hebreos 8:10) y no para dejar de lado sus santas y elevadas exigencias.

La verdad es que el hecho de que Dios envíe a su Hijo al mundo para morir por la redención de su pueblo, en lugar de liberarlos de sus obligaciones de guardar la Ley, los obliga con más fuerza a hacerlo. Esto es tan obvio que no debería requerir discusión. Reflexiona por un momento, lector cristiano, sobre el trato de Dios con nosotros. Nos habíamos rebelado contra el Señor, habíamos perdido toda la estima por Él, habíamos desechado su autoridad, y prácticamente habíamos desafiado tanto su justicia como su poder. ¿Qué maravilla, entonces, que Él haya condenado inmediatamente a nuestro mundo apóstata a la oscuridad de las tinieblas para siempre? En lugar de ello, envió a su propio Hijo querido, a su unigénito, como embajador de la paz, con un mensaje de buenas noticias, incluso el de un perdón gratuito y completo de los pecados a todos los que arrojaran las armas de su guerra contra Él, y que

aceptaran su yugo fácil sobre ellos.

Pero aún más: cuando el Hijo de Dios fue despreciado y rechazado por los hombres, no lo retiró al cielo, sino que le permitió completar su misión de misericordia, entregando su vida como rescate por todos los que creyeran en Él. Y ahora envía a sus mensajeros a proclamar el Evangelio hasta los confines de la tierra, invitando a sus enemigos a cesar su rebeldía, a reconocer que la Ley por la que están condenados es santa, justa y buena, y a buscar en Él, por medio de Jesucristo, el perdón como un don gratuito, y a entregarse a Él por completo, para amarlo y deleitarse en Él para siempre. ¿No es éste un amor insondable, una misericordia infinita, una gracia asombrosa, que debería derretir nuestros corazones y hacernos "presentar nuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios", que es en verdad nuestro "servicio razonable" (Romanos 12:1)?

Oh, mi lector cristiano, que Dios, por su mero placer, de acuerdo con su propósito eterno, te haya detenido en tu loca carrera hacia el infierno, te haya hecho ver y sentir tu horrible pecado y culpa, que hayas reconocido la sentencia justa por la que fuiste condenado, y te haya llevado a buscar de rodillas la gracia gratuita por medio de Jesucristo para el perdón, y por medio de Él entregarte a Dios para siempre. Y que ahora Él te reciba en su favor, te ponga entre sus hijos, se convierta en tu Padre y tu Dios, por un pacto eterno; se comprometa a enseñarte y guiarte, a alimentarte y fortalecerte, a corregirte y consolarte, a protegerte y a preservarte; y mientras estés en este mundo supla todas tus necesidades y haga que todas las cosas obren juntas para tu bien; y finalmente te lleve a la gloria y la bendición eternas. ¿No te impone esto una obligación infinitamente más profunda de amar al Señor tu Dios con todo tu corazón? ¿No tiene esto la mayor tendencia a animarte a obedecer su justa ley? ¿No te compromete esto, no te constriñe Su amor, a buscar complacerlo, honrarlo y glorificarlo?

18. La REGLA de la Santificación (Continuación)

Confiamos en que ahora ha quedado claramente demostrado, para satisfacción de todo lector amante de la verdad, que el gran objetivo de la venida de Cristo aquí fue magnificar la ley y satisfacer sus justas demandas. Al cumplir la ley y soportar su castigo, el Señor Jesús sentó las bases para la conformidad de su pueblo con ella. Esto se nos enseña claramente en: "Porque lo que la Ley no podía hacer (es decir, justificar y santificar a los pecadores caídos - ni remitir la pena, ni librar del poder del pecado) en cuanto era débil por la carne (incapaz de producir santidad en una criatura caída, como un maestro de música no puede producir armonía y melodía de un instrumento que está todo desafinado) Dios enviando a su propio Hijo en la semejanza de la carne del pecado y por el pecado, condenó al pecado en la carne, para que (a fin de que) la justicia de la Ley (sus justos requisitos) se cumpliera en nosotros" (Romanos 8: 3, 4).

Este fue el designio de Dios al enviar a su Hijo aquí. "Para que nos conceda que, librados de la mano de nuestros enemigos, le sirvamos (estemos sometidos a él) sin temor, en santidad y justicia delante de él todos los días de nuestra vida" (Lucas 1: 74, 75). "Que se entregó a sí mismo por nosotros, para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo peculiar, celoso de las buenas obras" (Tito 2:14). "El cual llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia" (1 Pedro 2:24). Estos y otros pasajes similares, son muchas maneras diferentes de decir que Cristo "se hizo obediente hasta la muerte" para que Su pueblo pudiera ser recuperado para la obediencia a Dios, para que pudiera ser hecho personalmente santo, para que pudiera ser conformado a la Ley de Dios, tanto en el corazón como en la vida. Nada menos que esto

cumpliría o podría cumplir con los requisitos del gobierno divino, satisfacer la propia naturaleza de Dios, o glorificar al Redentor por un resultado triunfante de su costosa obra.

Tampoco debería sorprender a nadie escuchar que nada que no sea la conformidad del corazón con la Ley podría satisfacer al tres veces Santo. "El Señor no ve como ve el hombre; porque el hombre mira la apariencia exterior, pero el Señor mira el corazón" (1 Samuel 16:7). En vano habríamos leído las Escrituras del Antiguo Testamento si no hubiéramos observado el lugar prominente que ocupa esta verdad básica y escudriñadora: cualquiera que tenga acceso a una concordancia completa entre el hebreo y el inglés puede ver de un vistazo cuántos cientos de veces se utiliza allí el término "corazón". Al gran Dios nunca se le podría imponer o satisfacer con meras actuaciones externas de Sus criaturas. Ay, ay, esa religión del corazón está desapareciendo rápidamente de la tierra, para perdición eterna de todos los que son ajenos a ella. Dios nunca ha exigido menos que los corazones de Sus criaturas: "Hijo mío, dame tu corazón" (Proverbios 23:26).

"Sólo cuídate y guarda tu alma con diligencia, para que no te olvides de las cosas que tus ojos han visto, y para que no se aparten de tu corazón todos los días de tu vida" (Deuteronomio 4:9). "Circuncidad, pues, el prepucio de vuestro corazón y no seáis más rígidos de cuello" (Deuteronomio 10:16, y cf. Jeremías 10:25, 26). "Guarda tu corazón con toda diligencia, porque de él salen los asuntos de la vida" (Proverbios 4:23). "Por tanto, también ahora, dice el Señor, convertíos a mí de todo corazón, con ayuno, llanto y luto; rasgad vuestro corazón y no vuestras vestiduras, y convertíos al Señor vuestro Dios, porque es clemente y misericordioso" (Joel 2:12, 13). Los regenerados de Israel reconocían claramente las altas y santas exigencias que la Ley de Dios les imponía: "He aquí que tú quieres la verdad en lo íntimo" (Salmo 51:6); y por eso oraban: "Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame, y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí algún camino malo, y guíame por el camino eterno" (Salmo 139:23, 24).

Ahora bien, como señalamos en nuestra última, el Señor Jesús afirmó que todos los requisitos de la Ley que nos corresponden se resumen en: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente; amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Mateo 22:37, 39). Fue para restaurar a su pueblo a esto que Cristo vivió y murió: para recuperarlo para Dios, para volver a someterlo a Él (de lo que cayó en Adán), para recuperarlo para el Legislador. Cristo es el Mediador entre Dios y los hombres, y por Cristo el pecador creyente es llevado a Dios. Cuando envía a sus ministros a predicar el Evangelio es "para abrirles los ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios" (Hechos 26:18). "Todo procede de Dios, que nos reconcilió consigo mismo por medio de Jesucristo" (2 Corintios 5:18). A los santos Pablo les escribió: "Os habéis convertido de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero" (1 Tesalonicenses 1:9). De Cristo está escrito: "Puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios" (Hebreos 7:25); y de nuevo, "También Cristo padeció una vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios" (1 Pedro 3:18) - ¡al Dios del Antiguo Testamento, el Legislador!

Consideremos ahora cómo Cristo recupera a Su pueblo a una conformidad de la Ley, cómo lo restaura al Legislador. Puesto que lo que la ley requiere es que amemos al Señor nuestro Dios con todo nuestro corazón, es evidente, en primer lugar, que debemos tener un verdadero conocimiento de Dios mismo: esto es un requisito y está implícito en tener nuestros afectos puestos en Él. Si nuestras apreciaciones de Dios son erróneas, si no concuerdan con las Escrituras, entonces es obvio que no tenemos más que una imagen falsa de Él, creada por nuestra propia fantasía. Por un verdadero conocimiento de Dios (Juan 17:3) queremos decir mucho más que una noción teórica correcta de sus perfecciones: los demonios tienen eso, pero no tienen amor por Él. Antes de que se pueda amar a Dios, debe haber un conocimiento espiritual de Él, una comprensión sincera de su belleza personal, su excelencia moral y su gloria inefable.

Por naturaleza, ninguno de nosotros posee una partícula de amor genuino por Dios: tan lejos de ello, lo odiamos, aunque no nos hayamos dado cuenta del terrible hecho, y si lo hubiéramos hecho, no lo habríamos reconocido. "La mente carnal es enemistad contra Dios, porque no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede" (Romanos 8:7): son términos equivalentes, convertibles. Donde hay enemistad con Dios, hay insubordinación a su Ley; por el contrario, donde hay amor a Dios, hay sumisión a su Ley. La razón por la que no hay amor a Dios en los no regenerados es porque no tienen un conocimiento real de Él: esto es tan cierto para los de la cristiandad como para los de la paganidad -a los judíos altamente privilegiados y bien instruidos Cristo les dijo: "No me conocéis a mí ni a mi Padre" (Juan 8:19, 54). Para ello tiene que producirse un milagro de la gracia: "Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciera la luz, resplandeció en nuestros corazones, para alumbrar el conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo" (2 Corintios 4:6); "Sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento, para que conozcamos al verdadero" (1 Juan 5:20).

Este verdadero conocimiento de Dios consiste en que lo percibimos espiritualmente (a nuestra medida) como alguien que realmente es. Vemos que no sólo es el Amor mismo, el Dios de toda gracia y el Padre de las misericordias, sino también el Supremo, infinitamente exaltado por encima de todas las criaturas; el Soberano, que hace lo que quiere, sin pedir permiso a nadie y sin dar cuenta de sus actos; el Inmutable, con quien no hay variabilidad ni sombra de cambio; inefablemente Santo, siendo de ojos más puros que para contemplar el mal y no puede mirar la iniquidad; inflexiblemente Justo, de modo que no exculpará de ningún modo al culpable; Omnisciente, de modo que no se le puede ocultar ningún secreto; Omnipotente, de modo que ninguna criatura puede resistirse con éxito a Él; el Juez de todos, que desterrará de Su presencia a la desdicha eterna y atormentará a todo rebelde impenitente. Este es el carácter del verdadero Dios: ¿lo amas, lector mío?

En segundo lugar, una alta estima de Dios es un requisito y está implícita en su amor. Esta alta estima consiste en pensamientos exaltados y una valoración elevada de Él a partir de la vista y el sentido que tenemos de Su propio valor y excelencia intrínsecos. A los no regenerados les dice: "Creísteis que yo era del todo como vosotros" (Salmo 50:21), porque sus conceptos de Dios son mezquinos, bajos, despectivos. Pero cuando el Espíritu nos vivifica y brilla en nuestros entendimientos, discernimos la belleza del Señor, y lo admiramos y adoramos. Nos unimos a las huestes celestiales para exclamar: "Santo, santo, santo, es el Señor de los ejércitos". Al contemplar, como en un cristal, Su gloria, vemos cuán infinitamente exaltado es Él por encima de todas las criaturas, y clamamos: "¿Quién es como Tú, oh Señor, entre los dioses? ¿Quién es como Tú, glorioso en santidad, temible en alabanzas, que hace maravillas?" Sí, confesamos "¿A quién tengo yo en el cielo sino a Ti? y no hay nadie en la tierra que yo desee fuera de Ti" (Salmo 73:25).

Ahora bien, esta elevada estimación de Dios no sólo dispone o inclina el corazón a consentir, sino a exultar en sus elevadas prerrogativas. A partir de la conciencia de su propia excelencia infinita, de su pleno derecho a ella y de su absoluta autoridad sobre todo, ocupando el trono del universo, se presenta como el Dios Altísimo, Señor supremo, gobernador soberano de todos los mundos, y exige que todas las criaturas estén en perfecta sujeción a Él; considerando a quienes se lo niegan como dignos de la condenación eterna. Declara: "Yo soy el Señor, y fuera de mí no hay Dios: No daré mi gloria a otro; así y así haréis, porque yo soy el Señor". Así como sería la mayor maldad que el ángel más alto del cielo asumiera cualquiera de estos honores para sí mismo, sin embargo, es perfectamente apropiado que el Todopoderoso lo haga: sí, tan por encima de todo está Él, que Dios es digno y tiene derecho a infinitamente más honor y homenaje que todas las criaturas juntas pueden rendirle.

Cuando los ojos de nuestros corazones se abren para ver algo de la majestad soberana de Dios, su dignidad infinita, su gloria excelsa, y comenzamos a estimarlo correctamente, entonces percibimos cuán

completamente correcto y justo es que alguien así sea tenido en la mayor reverencia, y estimado muy por encima de todos los demás y exultante: "Cantad al Señor toda la tierra" (Salmo 96:1). Una visión y un sentido espirituales de la excelencia suprema y la gloria infinita del Trino Jehová no sólo regocijarán nuestros corazones al saber que Él es el Rey de reyes, el Gobernador de todos los mundos, sino que también estaremos agradecidos y contentos de vivir bajo su gobierno, y de ser sus súbditos y servidores. Entonces percibiremos los fundamentos y las razones de su Ley: cuán infinitamente correcto y adecuado es que le amemos con todo nuestro corazón y le obedezcamos en todo; cuán infinitamente inadecuado y erróneo es el menor pecado, y cuán justo el castigo amenazado. Entonces también percibiremos que todas las naciones de la tierra no son más que una gota de agua ante Él, y que nosotros mismos somos menos que nada a sus ojos.

En tercer lugar, un deseo profundo y duradero de la gloria de Dios es un requisito y está implícito en nuestro amor por Él. Cuando conocemos a una persona que parece muy excelente a nuestros ojos y la estimamos mucho, entonces le deseamos de corazón lo mejor y estamos dispuestos a hacer en todo momento lo que podamos para promover su bienestar. Es así como el amor a Dios nos hará sentir y actuar en favor de su honor e intereses en este mundo. Cuando Dios es contemplado espiritualmente en su infinita excelencia, como el gobernador soberano de todo el mundo, y un sentido de su infinito valor está vivo en nuestros corazones, se enciende una santa benevolencia, cuyo lenguaje espontáneo es: "Dad al Señor, oh familias del pueblo, dad al Señor la gloria y la fuerza; dad al Señor la gloria debida a su nombre" (Salmo 96:6, 7). "Sé exaltado, oh Dios, por encima de los cielos; que tu gloria esté por encima de toda la tierra" (Salmo 57:5). Así como el amor propio nos hace buscar naturalmente la promoción de nuestros propios intereses y el engrandecimiento propio, el verdadero amor a Dios nos mueve a ponerlo a Él en primer lugar y a buscar su gloria.

Esta santa disposición se expresa en el deseo ferviente de que Dios se glorifique y honre su gran nombre llevando a más de nuestras

criaturas a una completa sujeción a Él. El anhelo natural y el lenguaje del verdadero amor espiritual es: "Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre; venga tu reino; hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo". Cuando Dios está a punto de realizar cosas grandes y gloriosas para su engrandecimiento, provoca un gran regocijo: "Que se alegren los cielos y que se alegre la tierra... Él juzgará al mundo con justicia, y al pueblo con su verdad" (Salmo 96:11, 13). Así también, cuando Dios permite algo que, según nos parece, tiende a traer reproche y deshonra a su causa, provoca una aguda angustia y aflicción: como cuando el Señor amenazó con destruir a Israel por su rigidez de cuello, Moisés exclamó: "¿Qué será de tu gran nombre? ¿Qué dirán los egipcios?".

De este afecto desinteresado surge una libre y genuina disposición a entregarnos enteramente al Señor para siempre, a caminar por sus caminos y a guardar todos sus mandamientos. Porque si realmente deseamos que Dios sea glorificado, estaremos dispuestos a buscar su gloria. Una visión y un sentido espirituales de la infinita grandeza, majestad y excelencia del Señor de los señores, nos hace ver que es sumamente conveniente que nos dediquemos enteramente a Él, y que es totalmente erróneo que vivamos para nosotros mismos y hagamos de nuestros propios intereses nuestro último fin. El mismo deseo que hace que los piadosos anhelen fervientemente que Dios se glorifique, los impulsa fuertemente a vivir para Él. Si amamos a Dios con todo nuestro corazón, le serviremos con todas nuestras fuerzas. Si Dios es lo más alto en nuestra estima, entonces su honor y gloria serán nuestra principal preocupación. Amar a Dios para servirle es lo que requiere la ley; amar al yo para servirle es una rebelión contra la Majestad del Cielo.

En cuarto lugar, deleitarnos en Dios es un requisito y está implícito en nuestro amor a Él. Si hay una comprensión sincera de la belleza personal y la gloria inefable de Dios, entonces toda el alma debe ser atraída por Él y lo será. La visión espiritual y el sentido de las perfecciones del carácter divino atraen al corazón en ferviente adoración. Cuando nos "deleitamos en" un semejante, encontramos placer y satisfacción en su compañía y conversación; anhelamos

verlo cuando está ausente, nos regocijamos en su presencia, y el disfrute de él nos hace felices. Lo mismo ocurre cuando un alma santa contempla a Dios en la grandeza de su ser, lo ama por encima de todo y se consagra a Él por completo: ahora se deleita en Él de manera suprema. Su deleite y complacencia es tan grande como su estima, surgiendo del mismo sentido de la excelencia moral de Dios.

De este deleite en Dios surgen los anhelos de un conocimiento más completo y una comunión más estrecha con Él: "Oh Dios, tú eres mi Dios; pronto te buscaré; mi alma tiene sed de ti, mi carne te anhela en una tierra seca y sedienta, donde no hay agua: para ver tu poder y tu gloria... porque tu bondad es mejor que la vida... mi alma te sigue con ahínco" (Salmo 63:1-8). A veces hay un santo regocijo en Dios que nada puede empañar: "Aunque la higuera no florezca, ni haya fruto en las viñas; el trabajo del olivo falte, y los campos no den fruto; el rebaño sea cortado del redil, y no haya manada en los establos; pero yo me alegraré en el Señor, me gozaré en el Dios de mi salvación" (Habacuc 3:17, 18). De este deleite en Dios surge una santa disposición a renunciar a todos los demás y a vivir enteramente de Él, encontrando nuestra satisfacción sólo en Él: "Señor, Dios nuestro, otros señores además de ti se han enseñoreado de nosotros, pero sólo por ti haremos mención de tu nombre" (Isaías 26:13); "Todo lo estimo como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor; por quien he sufrido la pérdida de todas las cosas, y las estimo como estiércol, para ganar a Cristo" (Filipenses 3:8). Así como el orgulloso busca su satisfacción en los honores de las criaturas, el mundano en las riquezas, el fariseo en su ronda de deberes, el verdadero amante de Dios encuentra su satisfacción en Dios mismo.

Que estas cuatro cosas son una verdadera representación de la naturaleza de ese amor que se exige en el primer y gran mandamiento de la Ley, del cual penden principalmente toda la Ley y los Profetas, es manifiesto, no sólo por la razón de las cosas, sino por esto: que tal amor pone un fundamento seguro y firme para toda santa obediencia. Sólo el amor a Dios es del tipo correcto que influye eficazmente en nosotros para guardar sus mandamientos:

"En esto sabemos que le conocemos, si guardamos sus mandamientos. El que dice que le conoce, y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso, y la verdad no está en él. Pero el que guarda su Palabra, en él se perfecciona verdaderamente el amor de Dios" (1 Juan 2:3-5). Pero es evidente, por la propia naturaleza de las cosas, que un amor como éste nos influirá eficazmente para que lo hagamos. Así como el amor propio nos mueve naturalmente a poner el yo y sus intereses, este amor nos moverá a poner a Dios y sus intereses. La única diferencia entre el amor de los santos en el cielo y el de los santos en la tierra es de grado.

Habiendo mostrado que el gran objeto de la venida de Cristo a la tierra fue magnificar la Ley (obedeciendo sus preceptos y sufriendo su castigo), y que al hacerlo sentó las bases para la recuperación de su pueblo ante el Legislador, nos queda ahora considerar más específicamente cómo lo conforma a la Ley. Esto, como acabamos de ver, debe consistir en que Él los lleve a deponer las armas de su guerra contra Dios, y en hacerlos amar a Dios con todo su corazón. Esto lo logra mediante el envío de su bendito Espíritu para renovarlos, pues "el amor de Dios es derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado" (Romanos 5:5). Es la obra especial y sobrenatural del Espíritu en el alma lo que distingue a los regenerados de los no regenerados.

Anteriormente hemos mostrado ampliamente que la obra regeneradora y santificadora del Espíritu es una obra ordenada y progresiva, que conduce al alma paso a paso en el debido método del Evangelio: avivar, iluminar, convencer, atraer a Cristo y limpiar. Ese orden puede ser mejor percibido por nosotros a la inversa, según se realiza en nuestra experiencia consciente, trazando hacia atrás desde el efecto a la causa. (5) Sin que el Espíritu nos lleve a Cristo no puede haber limpieza por su sangre. (4) Sin que el Espíritu obre en nosotros el arrepentimiento evangélico no puede haber fe salvadora ni venida a Cristo. (3) Sin la convicción divina del pecado no puede haber dolor piadoso por él. (2) Sin la iluminación especial del Espíritu no puede haber visión o sentido de la excesiva pecaminosidad del pecado, en la que consiste: la oposición a Dios,

expresada en la complacencia propia. (1) Sin su vivificación no podemos ver ni sentir nuestro terrible estado ante Dios: la vida espiritual debe ser impartida antes de que seamos capaces de discernir o ser afectados por las cosas divinas.

Es por el Espíritu que somos llevados de la muerte a la vida, se nos da la percepción espiritual para darnos cuenta de nuestra total falta de conformidad con la ley divina, se nos permite discernir su espiritualidad y sus justos requisitos, se nos lleva a lamentar nuestras temibles transgresiones contra ella y a reconocer la justicia de su sentencia condenatoria sobre nosotros. Es por el Espíritu que recibimos una nueva naturaleza que ama a Dios y se deleita en su Ley, lo que hace que nuestros corazones se conformen a ella. El alcance de esta conformidad en la vida presente, y la acosadora dificultad que se le presenta al cristiano al darse cuenta de que todavía hay mucho en él que se opone a la Ley, deben dejarse para su consideración en nuestro próximo capítulo.

19. La regla de la santificación (continuación)

Se ha señalado en capítulos anteriores que nuestra santificación práctica por el Espíritu no es más que su continuación y terminación de la obra que comenzó en nosotros en la regeneración y conversión. Ahora bien, la conversión salvadora consiste en que seamos liberados de nuestra depravación y pecaminosidad a la imagen moral de Dios, o, lo que es lo mismo, a una conformidad real con la Ley moral. Y una conformidad con la Ley moral (como mostramos en nuestro último capítulo), consiste en una disposición para amar a Dios supremamente, vivir para Él en última instancia, y deleitarse en Él superlativamente; y amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos, con una práctica que concuerda con ello. Por lo tanto, una conversión salvadora consiste en que seamos recuperados de lo que somos por naturaleza a tal disposición y práctica.

Para esta bendita recuperación de nosotros para Dios, Cristo, por medio de su Espíritu, aplica la ley con poder al entendimiento y al corazón de los pecadores, porque "la ley del Señor es perfecta y convierte el alma" (Salmo 19:7). Esa aplicación efectiva de la Ley hace que el pecador vea claramente y sienta agudamente cómo ha vivido -en total desafío a ella-; lo que es -un sucio leproso-; lo que merece -el castigo eterno-; y cómo está en las manos de un Dios soberano, enteramente a Su disposición (ver Romanos 9:18). Esta experiencia se describe infaliblemente en: "Porque sin (la aplicación del Espíritu) la Ley, el pecado estaba muerto (no teníamos percepción o sentimiento de su atrocidad). Porque yo vivía sin la Ley en otro tiempo (considerándome tan bueno como cualquier otro, y capaz de ganar la aprobación de Dios por mis actuaciones religiosas); pero cuando vino el mandamiento (en poder de mi conciencia), el pecado revivió (se convirtió en una realidad temible al descubrir la plaga de mi corazón), y morí" (a mi justicia propia) -

Romanos 7:8, 9.

Es entonces, por primera vez, que el alma percibe que "la Ley es espiritual" (Romanos 7:14), que requiere no sólo obras externas de piedad, sino pensamientos santos y afectos piadosos, de donde deben proceder todas las buenas obras, o de lo contrario son inaceptables para Dios. La Ley es "muy amplia" (Salmo 119:96), ya que no sólo tiene en cuenta nuestra conducta exterior, sino también nuestro estado interior; el "amor" es su exigencia, y eso es esencialmente una cosa del corazón. Como la Ley exige amor, y nada más que amor (a Dios y al prójimo), así todo pecado consiste en lo que es contrario a lo que la Ley exige, y por lo tanto todo ejercicio del corazón que no es conforme a la Ley, que no es impulsado por el amor santo, se opone a ella y es pecaminoso. Por eso Cristo declaró claramente: "El que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón" (Mateo 5:28).

Dios exige mucho más que una conducta exterior correcta: "He aquí que tú quieres la verdad en el interior" (Salmo 51:6). La Ley toma conocimiento de los pensamientos e intenciones del corazón, diciendo: "no codiciarás, que es un acto del alma más que del cuerpo". Cuando un pecador se da cuenta de las altas y santas exigencias de la Ley, y de lo mucho que ha fallado en cumplirlas, comienza a percibir algo de lo terrible de su condición, porque "por la Ley es el conocimiento del pecado" (Romanos 3:20). Ahora es cuando el pecador despierto se da cuenta de la justicia con la que la Ley lo condena y lo maldice como transgresor inveterado e inexcusable de la misma. Ahora es cuando tiene un sentido vivo en su propia alma de la espantosa condenación eterna. Ahora es cuando descubre que está perdido, total e irremediablemente perdido en lo que respecta a la autoayuda.

Esto es lo que le prepara para ver su extrema necesidad de Cristo, porque los que están enteros (en su autocomplacencia y justicia propia), no se entregan al gran Médico. Así, la Ley (en manos del

Espíritu) es la sierva del Evangelio. ¿No fue éste el orden divino incluso en el Sinaí? La ley moral fue dada primero, y luego la ley ceremonial, con su sacerdocio y sacrificios: la una para convencer de la necesidad de Israel de un Salvador, la otra para presentar al Salvador bajo varios tipos y figuras. No es hasta que el pecado "abunda" en la conciencia golpeada del transgresor condenado por el Espíritu, que la gracia "abunda mucho más" en la estimación y apreciación de su corazón abierto por el Espíritu. En la exacta proporción en que percibamos realmente la justicia, la dignidad y la excelencia de la Ley, será nuestra comprensión de la infinita maldad del pecado; y en la exacta proporción de nuestro sentido de la excesiva pecaminosidad del pecado será nuestro asombro ante las riquezas de la gracia divina.

Entonces es cuando "Dios, que mandó que la luz resplandeciera de las tinieblas, resplandece en nuestros corazones, a la luz del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo" (2 Corintios 4:6). A medida que el sentido experimental de la gloria de la justicia de Dios en la Ley y de su gracia en el Evangelio es impartido al alma por el Espíritu, el pecador es movido a volver a casa a Dios, a través del Mediador, a aventurar su alma y sus preocupaciones eternas en su libre gracia, y a entregarse a sí mismo para ser suyo para siempre - para amarlo supremamente, vivir para Él enteramente, y deleitarse en Él superlativamente. De este modo, su corazón comienza a estar habitualmente dispuesto a amar a su prójimo como a sí mismo, con una imparcialidad desinteresada; y así se establece un fundamento eficaz en su corazón para la obediencia externa universal, porque nada más que una obediencia espontánea y alegre puede ser aceptable para Dios, una obediencia que fluye del amor y la gratitud, una obediencia que se rinde sin rechistar o sin rencor, como si fuera una carga penosa para nosotros.

Es así como Cristo, por su Espíritu, nos conforma a la Ley de Dios. En primer lugar, iluminando nuestro entendimiento, de modo que percibamos la espiritualidad de la Ley, en sus elevadas y exigentes demandas sobre nuestros corazones. En segundo lugar, haciéndonos

percibir la santidad y la justicia de sus exigencias. En tercer lugar, al convencernos de que hemos pisoteado la Ley durante toda nuestra vida. En cuarto lugar, haciendo que nos lamentemos por nuestro malvado desafío a su autoridad. Y quinto, impartiendo en nosotros una nueva naturaleza o principio de santidad. Ahora es cuando el Señor pone sus leyes en nuestras mentes y las escribe en nuestros corazones (Hebreos 8:10). Así, la gracia del Evangelio, lejos de "anular la Ley", la "establece" (Romanos 3:31) en nuestras conciencias y afectos. Lo que exige la Ley es una obediencia espiritual y universal.

Los principales deberes de amor a Dios por encima de todo, y a nuestro prójimo por amor a Él, no sólo son requeridos por la voluntad soberana de Dios, sino que son en su propia naturaleza "santos, justos y buenos" (Romanos 7:12), y por lo tanto son adecuados para que los cumplamos. Éstas son las dos raíces principales de las que surgen todos los demás frutos espirituales, y sin ellas no puede haber santidad de corazón ni de vida. Y el medio poderoso y eficaz por el cual se logra este fin es la gran obra del Espíritu al santificarnos, pues por ella nuestros corazones y vidas se conforman a la Ley. Él debe otorgarnos una inclinación y una disposición de corazón hacia los deberes de la Ley, de modo que nos capacite para practicarlos. Porque estos deberes son de tal naturaleza que no pueden ser cumplidos mientras tengamos una desinclinación hacia ellos.

Así como la vida divina se inicia de esta manera, también se lleva a cabo en el alma según el mismo orden. El Espíritu de Dios muestra al creyente, cada vez más, lo pecador, despreciable y merecedor del infierno que es en sí mismo, y así lo hace cada vez más consciente de su necesidad imperiosa de la gracia gratuita por medio de Jesucristo, para perdonarlo y santificarlo. Tiene un sentido cada vez más profundo de esas dos cosas durante todos sus días, y así su corazón se mantiene humilde, y Cristo y la gracia gratuita se hacen cada vez más preciosos. El Espíritu de Dios le muestra al creyente cada vez más la gloria y la excelencia infinitas de Dios, por lo que se ve influenciado a amarlo, a vivir para Él y a deleitarse en Él con

todo su corazón; y de esta manera su corazón está enmarcado cada vez más para amar a su prójimo como a sí mismo. Así, "la senda del justo es como la luz resplandeciente, que brilla más y más hasta el día perfecto" (Proverbios 4:18).

El último párrafo necesita las siguientes matizaciones: las operaciones del Espíritu después de la conversión están acompañadas de dos diferencias, derivadas de dos causas. En primer lugar, el estado diferente en que se encuentra el sujeto. El creyente, al no estar ya bajo la Ley como pacto, no está, por el Espíritu, lleno de esos terrores legales que surgen de los temores del infierno, como lo estaba antes (Romanos 8:15); más bien se hace ahora cada vez más sensible a sus corrupciones, a la pecaminosidad del pecado, a su vil ingratitud contra un Dios tan bondadoso; y por ello su corazón se quebranta. En segundo lugar, por la diferente naturaleza del tema tratado. El creyente, al no estar ya bajo el pleno poder del pecado ni completamente enemistado con Dios, no se resiste a la operación del Espíritu como antes, sino que tiene una genuina disposición a unirse a él contra el pecado en sí mismo, diciendo: Señor, corrígeme, castígame, haz conmigo lo que quieras, sólo somete mis iniquidades y confórmame más y más a tu imagen.

Unas pocas palabras ahora sobre la relación del Evangelio. En primer lugar, la gracia del Evangelio no se concede para contrarrestar el rigor de la Ley, o para hacer justificable el plan de gobierno de Dios, a fin de endulzar las mentes de sus amargados enemigos. La Ley es "santa, justa y buena" en sí misma, y lo era antes de que Cristo se encarnara. Dios no es un tirano, ni Su Hijo murió como un sacrificio a la tiranía, para recuperar a Su pueblo herido de la severidad de una Ley cruel. Es totalmente imposible que el Hijo de Dios muera para responder a las exigencias de una Ley injusta. En segundo lugar, la Ley, tal como es aplicada por el Espíritu, prepara el corazón para el Evangelio: la una me da un conocimiento real del pecado, la otra me revela cómo puedo obtener la liberación de su culpa y poder. En tercer lugar, la Ley, y no el Evangelio, es la regla de nuestra santificación: la una da a conocer lo que Dios exige de mí, la otra proporciona los medios y

los motivos para cumplirlo.

Cuarto, la Ley y el Evangelio no están en oposición, sino en aposición, siendo la una la sierva de la otra: existen y actúan simultánea y armoniosamente en la experiencia del creyente. Quinto, las altas y santas exigencias de la Ley no son modificadas en lo más mínimo por el Evangelio: "Sed, pues, perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto" (Mateo 5:48); "Pero como el que os ha llamado es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra conducta" (1 Pedro 1:15) es la norma que se nos impone. Sexto, así la regla de justicia del cristiano es la Ley, pero en manos del Mediador: "No estando sin ley para con Dios, sino bajo la ley para con Cristo" (1 Corintios 9:21) - bellamente tipificado en la Ley que fue dada a Israel en el Sinaí después de su redención de Egipto, a través de Moisés el Mediador típico (Gálatas 3:19). En séptimo lugar, aquí podemos ver la gravedad del error que deshonra a Dios de todos aquellos que repudian la ley moral como regla de vida del cristiano.

"La santa Ley de Dios y el Evangelio de su gracia reflejan la gloria divina, la una sobre la otra recíprocamente, y ambas brillarán con gloria conjunta eternamente en el cielo. La Ley que expone, en la luz más brillante, la belleza de la santidad, y la vileza y el temible demérito del pecado, mostrará la abundante gracia que ha llevado a los hijos de la ira hasta allí, con infinito brillo y gloria; y la gracia hará honor a la Ley, mostrando en los pecadores, antes muy viles y contaminados, la pureza y santidad de la Ley plenamente ejemplificada en su perfecta santificación; y Cristo, el Cordero que fue sacrificado, por quien los intereses de la Ley y de la Gracia han sido felizmente reconciliados e inseparablemente unidos, será glorificado en Sus santos y admirado por los que creen" (James Fraser, "The Scriptural doctrine of Sanctification", 1760).

Es, entonces, por la obra regeneradora y santificadora de Su Espíritu que Cristo lleva a Su pueblo a una conformidad con la Ley y a un

cumplimiento del Evangelio. "Pero todos nosotros, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen por el Espíritu del Señor" (2 Corintios 3:18). La "gloria del Señor" es contemplada por nosotros, en primer lugar, tal como brilla en el cristal de la Ley: la gloria de su justicia y santidad, la gloria de su majestad y autoridad gubernamental, la gloria de su bondad al elaborar tal Ley, que exige que le amemos con todo nuestro corazón y, por su causa, como sus criaturas, a nuestros prójimos como a nosotros mismos. La "gloria del Señor" es contemplada por nosotros, en segundo lugar, cuando brilla en el cristal del Evangelio: la gloria de su amor redentor, la gloria de su asombrosa gracia, la gloria de su abundante misericordia. Y, como criaturas renovadas, contemplando esto, somos "transformados (la palabra griega es la misma que Cristo siendo "transfigurado") en la misma imagen, de gloria en gloria (progresivamente, de un grado a otro) por el Espíritu del Señor:" es decir, en una conformidad real con la Ley, y un cumplimiento real con el Evangelio.

El Evangelio nos llama a arrepentirnos, pero no puede haber un arrepentimiento genuino hasta que nos veamos y sintamos que somos transgresores culpables de la Ley, y hasta que el Espíritu nos lleve a darnos cuenta de que somos totalmente culpables por no haber vivido en perfecta conformidad con ella. Entonces nos damos cuenta claramente de que merecemos totalmente ser condenados, y eso, a pesar de todas nuestras acciones y actuaciones religiosas. Sí, entonces es cuando percibimos que todas nuestras actuaciones religiosas anteriores se hicieron, no por amor a Dios, ni con ninguna preocupación real por su gloria, sino formal e hipócritamente, por amor propio, por miedo al infierno, y con una esperanza mercenaria de ganar el cielo con ello. Entonces es cuando se nos cierra la boca, se silencian todas las excusas y atenuantes, y se reconoce como justa la maldición de la Ley sobre nosotros. Entonces es cuando, viendo a Dios como un Ser tan hermoso y glorioso, nos duele el corazón por nuestra vil enemistad contra Él, y nos condenamos como miserables incorregibles. Tales son algunos de los elementos del genuino arrepentimiento.

El Evangelio nos pide que creamos, que recibamos con autoridad divina sus asombrosas buenas noticias: que un Dios gravemente insultado tiene designios de misericordia para con sus enemigos; que el Gobernador del mundo, cuya Ley ha sido tan flagrante, persistente y terriblemente pisoteada por nosotros, ha ideado, en su infinita sabiduría, un modo por el que podemos ser perdonados, sin que su santa Ley sea deshonrada o sus justas reclamaciones dejadas de lado; que es tal su maravilloso amor por nosotros que dio a su Hijo unigénito para que se sometiera a la Ley, para que cumpliera personal y perfectamente sus preceptos, y luego soportara su terrible castigo y muriera bajo su temible maldición. Pero cuando un pecador ha sido despertado y vivificado por el Espíritu Santo, tal revelación de pura gracia parece "demasiado buena para ser verdad". A él le parece que su caso es completamente desesperado, que ha transgredido más allá del alcance de la misericordia, que ha cometido el pecado imperdonable. Alguien en este estado (y sinceramente compadecemos al lector si nunca ha pasado por él) no puede recibir el Evangelio en su corazón, como tampoco puede crear un mundo. Sólo el Espíritu Santo puede otorgar la fe salvadora.

El Evangelio nos llama a obedecer, a entregarnos plenamente al señorío de Cristo, a tomar su yugo sobre nosotros, a caminar como Él caminó. Ahora bien, el yugo que llevaba Cristo era la sumisión sin reservas a la voluntad de Dios, y la regla por la que caminaba era estar regulado en todas las cosas por la ley divina. Por eso Cristo declara: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame" (Mateo 16:24), pues nos ha dejado un ejemplo para que sigamos sus pasos. Su negativa a cumplir con esta exigencia del Evangelio es lo que sella la perdición de todos los que ignoran sus exigencias. Como está escrito: "El Señor Jesús se manifestará desde el cielo, con sus ángeles poderosos, en fuego ardiente, tomando venganza de los que no conocen a Dios y no obedecen al Evangelio" (2 Tesalonicenses 1:7, 8); y también: "Porque ha llegado el momento de que el juicio comience por la casa de Dios; y si primero comienza por nosotros, ¿cuál será el fin

de los que no obedecen al Evangelio de Dios? (1 Pedro 4:17). Pero la obediencia que el Evangelio requiere sólo puede ser prestada por las operaciones santificadoras del bondadoso Espíritu Santo.

En verdad, es maravilloso el cambio por el que pasa el pobre pecador bajo las operaciones regeneradoras y convertidoras del Espíritu en su alma: es hecho una nueva criatura en Cristo, y es llevado a circunstancias completamente nuevas. Tal vez la analogía más cercana a esto se puede encontrar en la experiencia de los niños huérfanos, dejados sin ningún tutor o guía, que corren salvajemente y se entregan a toda la locura y el desenfreno; luego son tomados en la familia de un hombre sabio y bueno y adoptados como sus hijos. Estos niños sin ley son llevados a un nuevo entorno e influencias: el cuidado del amor por ellos gana sus corazones, nuevos principios son inculcados en sus mentes, un nuevo temperamento es suyo, y una nueva disciplina los regula; las cosas viejas han pasado, todas las cosas se han vuelto nuevas para ellos. Lo mismo sucede con el cristiano: de estar sin Dios y sin esperanza en el mundo, de correr hacia la ruina eterna, son liberados del poder de las tinieblas y llevados al reino de Cristo. Una nueva naturaleza les ha sido comunicada, el Espíritu mismo habita en ellos, y un Dios reconciliado les otorga ahora un cuidado de Padre, alimentándolos, guiándolos, protegiéndolos y, finalmente, conduciéndolos a la gloria eterna.

20. La REGLA de la Santificación (Completada)

La inmutable ley moral de Dios, que nos exige que le amemos con todo nuestro corazón y a nuestro prójimo como a nosotros mismos, es la regla de vida del creyente, la norma de santidad a la que deben ajustarse su carácter y su conducta, la línea y la plomada por las que se miden sus deseos y pensamientos internos, así como sus actos externos. Y, como se ha mostrado, somos conformados a esa Ley por las operaciones santificadoras del Espíritu Santo. Esto lo hace haciéndonos ver y sentir la atrocidad de todo pecado, liberándonos de su poder reinante, y comunicándonos una inclinación y disposición de corazón hacia los requisitos de la Ley, de modo que estemos así preparados y capacitados para la práctica de la obediencia. Mientras la enemistad con Dios reine en nuestro interior -como ocurre en toda alma no regenerada- es imposible que el amor preste la obediencia que la Ley exige.

Concluimos nuestro último capítulo mostrando algo del maravilloso y radical cambio por el que pasa un pecador cuando se convierte verdaderamente a Dios. El que se ha rendido realmente a las demandas de Dios, aprueba Su ley: "Yo amo Tus mandamientos más que el oro; sí, más que el oro fino. Por eso estimo rectos todos tus preceptos sobre todas las cosas, y aborrezco todo camino de mentira" (Salmo 119:127, 128). ¿Y por qué los no regenerados no hacen lo mismo? Porque no tienen amor por un Dios santo. Pero los creyentes, amando a un Dios santo en Cristo, deben amar también la Ley, ya que en ella se muestra la imagen de su santidad. Los convertidos tienen una verdadera inclinación de corazón hacia toda la Ley: "La Ley de tu boca es mejor para mí que miles de oro y plata... todos tus mandamientos son fieles" (Salmo 119:72, 86). Hay en el regenerado un principio fijo que va en la misma dirección que la santa Ley, alejándose de lo que ésta prohíbe y acercándose a lo

que ordena.

Los convertidos se esfuerzan habitualmente por conformar su conducta externa a toda la Ley: "¡Oh, si mis caminos se dirigieran a guardar tus estatutos! Entonces no me avergonzaré, cuando respete todos tus mandamientos" (Salmo 19:5, 6). Desean un conocimiento más completo de la Ley y su obediencia: "Enséñame, ? Señor, el camino de tus estatutos, y lo guardaré hasta el final. Dame entendimiento, y guardaré tu Ley; sí, la observaré con todo mi corazón. Hazme ir por la senda de tus mandamientos, porque en ella me complazco" (Salmo 119:33-35). Si alguien objetara que todas estas citas están hechas del Antiguo Testamento (renunciando ahora al hecho de que tal objeción es bastante inútil, pues la regeneración y sus efectos, la conversión y sus frutos, son los mismos en todas las épocas), señalaríamos que el apóstol Pablo describió su propia experiencia en términos idénticos: "Me deleito en la Ley de Dios según el hombre interior... con la mente yo mismo sirvo a la Ley de Dios" (Romanos 7:22, 26). Así, Cristo conforma a su pueblo a la Ley haciendo que su Espíritu obre en ellos una inclinación hacia ella, un amor por ella y una obediencia a la misma.

Pero en este punto se presenta una dificultad muy real y seria para el creyente, porque un cristiano genuino tiene un corazón honesto, y detesta la mentira y la hipocresía. Esa dificultad se puede exponer así: Si la conversión consiste en una conformidad real con la santidad de la ley de Dios, con sumisión y obediencia a su autoridad, acompañada de un propósito sincero y constante del corazón, con un esfuerzo habitual en la práctica real, entonces no me atrevo a considerarme como alguien genuinamente convertido, pues no puedo decir honestamente que tal es mi experiencia; es más, tengo que lamentar con pena y vergüenza que en mi caso es exactamente lo contrario. Lejos de que el poder reinante del pecado sea quebrantado en mí, encuentro que mis corrupciones y lujurias se desencadenan más ferozmente que nunca, mientras mi corazón es una jaula de todas las cosas inmundas.

El lenguaje anterior expresará con exactitud los sentimientos de muchos corazones temblorosos. Como los capítulos precedentes sobre la Regla de nuestra santificación han sido reflexionados, no dudamos que no pocos están seriamente perturbados en sus mentes. Por un lado, no pueden refutar lo que se ha escrito, pues ven y sienten que está de acuerdo con la verdad; pero, por otro lado, los condena, les hace darse cuenta de lo lejos que están de estar a la altura de esa norma; sí, les parece claramente que no están a la altura en ningún sentido ni en ningún grado. Conscientes de que hay mucho en ellos que se opone a la Ley, conscientes de su falta de conformidad con ella, tanto por dentro como por fuera, se lamentan amargamente y claman: "¡Oh, miserable de mí!" (Romanos 7:24).

Nuestra primera respuesta es: Gracias a Dios por una confesión tan honesta, porque proporciona una clara evidencia de que estás verdaderamente convertido. Ningún hipócrita -a menos que sea en la hora de la muerte- clama jamás "oh, desdichado de mí". Ninguna alma no regenerada se lamenta jamás por su falta de conformidad con la ley de Dios. Tal dolor piadoso, querido lector cristiano, te permitirá apropiarte al menos de un versículo de la Escritura para tu propio caso: "Mis lágrimas han sido mi alimento de día y de noche" (Salmo 42:3), y esas palabras no procedían del amargo remordimiento de un Judas, sino que eran las palabras de alguien que había exclamado: "Como el ciervo anda detrás de los arroyos, así anda mi alma detrás de ti, Dios mío" (Salmo 42:1). Lamentablemente, hoy en día muchos ignoran lo que constituye la experiencia real de un cristiano: tanto la derrota como la victoria, tanto el dolor como la alegría.

Aunque es un hecho que en la regeneración se nos imparte una nueva naturaleza por el Espíritu Santo, una naturaleza que se inclina hacia la Ley y la ama, también es un hecho que la vieja naturaleza no se elimina, ni se cambia su oposición y odio a la Ley. Si bien es un hecho que un principio sobrenatural de santidad es comunicado a nosotros por el Espíritu, también es un hecho que el

principio y la raíz del pecado que mora en nosotros permanece, sin ser erradicado ni sublimado. El cristiano tiene en él dos principios opuestos, que producen en él un estado de guerra constante: "Porque el deseo de la carne es contra el espíritu, y el del espíritu es contra la carne; y éstos se oponen el uno al otro, de modo que no podéis hacer lo que queréis" (Gálatas 5:17). Ese "no podéis" se ve en ambos sentidos: debido a la presencia restrictiva del "espíritu", la "carne" no puede satisfacer plenamente sus malos deseos; y debido a la presencia obstaculizadora de la "carne", el "espíritu" no puede realizar plenamente sus aspiraciones.

La presencia y la lucha entre estas dos naturalezas, la "carne" y el "espíritu", los principios del pecado y de la santidad, son los que explican el estado desconcertante y la experiencia conflictiva del verdadero cristiano; y sólo a medida que rastrea más plenamente la enseñanza de la Sagrada Escritura y se compara cuidadosamente con ella, se arroja luz sobre lo que es tan desconcertante y asombroso en su experiencia. En particular, es en la séptima de Romanos donde tenemos la descripción más clara y completa de la doble historia de un alma convertida. Allí encontramos al apóstol Pablo, movido por el Espíritu, describiendo de la manera más vívida e íntima su propia biografía espiritual. Hay pocos capítulos en el Nuevo Testamento que el Diablo odie más que Romanos 7, y se esfuerza enérgicamente y sutilmente por robarle al cristiano su mensaje reconfortante y de establecimiento.

Como hemos mostrado anteriormente, el cristiano aprueba la Ley, y la considera "santa, justa y buena" (Romanos 7:12). Lo hace, aunque la Ley condena muchas cosas en él, sí condena todo lo que es impío o impía en él. Pero aún más: el cristiano se condena a sí mismo: "Porque lo que hago, no lo permito; porque lo que quiero, no lo hago; pero lo que aborrezco, lo hago" (Romanos 7:15). El pecado, lejos de proporcionarle satisfacción, es el mayor dolor del cristiano. Cuanto más percibe la excelencia de Dios y lo que Él tiene derecho a recibir de sus criaturas, y cuanto más se da cuenta de lo deudor que es de la gracia divina y de la obediencia amorosa que debería prestar por gratitud, más agudo es el dolor del cristiano por sus

tristes y continuos fracasos en ser lo que debería ser y en vivir como debería.

Nuestra segunda respuesta a quien está profundamente afligido por el furor de sus concupiscencias y teme no haberse convertido nunca sólidamente, es ésta: el hecho es que cuanto más santa es una persona, y cuanto más se santifica verdaderamente su corazón, más claramente percibe sus corrupciones y más dolorosamente siente la plaga de su corazón; mientras que pronuncia sus quejas con fuertes expresiones y con amargura de alma. En la luz de Dios vemos la luz I No es que el pecado tenga mayor control sobre nosotros que antes, sino que ahora tenemos ojos para ver sus temibles obras, y nuestras conciencias son más sensibles para sentir su culpa. Una persona no regenerada es como una cerda revolcándose en el fango: sus impurezas e iniquidades le dan satisfacción, y le preocupan poco o nada, no, ni siquiera la impureza de su práctica externa, mucho menos la impureza de su corazón.

Hay una notable diferencia entre la sensibilidad y las expresiones del inconverso y del convertido. Una persona no regenerada, que se entrega libremente a una práctica malvada, dará, sin embargo, una cuenta favorable de sí misma: se jactará de su buen corazón, de su bondad, de su generosidad, de sus cualidades loables y de sus buenas acciones. Por otro lado, las personas verdaderamente santas, aunque se mantengan puras en su comportamiento exterior, pero conscientes de sus corrupciones internas, se condenarán a sí mismas con un lenguaje implacable. Los impíos fijan su atención en cualquier cosa buena que puedan encontrar en sí mismos, y esto les facilita el camino del mal. Pero una persona verdaderamente santificada está dispuesta a pasar por alto sus logros y frutos espirituales, y fija su atención, con dolorosa conciencia, en aquellos aspectos en los que da una patada a la conformidad con Cristo.

Un cristiano dirá: Creí que había probado que el Señor es bondadoso y que mi corazón había experimentado un cambio feliz,

con una poderosa determinación hacia Dios y la santidad. Concluí que tenía alguna evidencia sólida de una verdadera conversión y de un corazón realmente regenerado. Sin embargo, sabía que el efecto debía ser crecer en la gracia, avanzar en la santidad y ser más liberado del pecado. Pero, por desgracia, me parece que es todo lo contrario. Si hay gracia en mí, se está debilitando, y aunque mi conducta externa esté regulada por los preceptos de la Ley, sin embargo, en mi corazón el pecado se está volviendo más y más fuerte: las malas lujurias, los afectos carnales, los deseos mundanos y las pasiones desordenadas se agitan diariamente, a menudo con gran vehemencia, contaminando mi espíritu. Ay, después de todo, me temo que mi experiencia pasada fue sólo un engaño, y el temor del resultado final a menudo infunde terror en toda mi alma.

Querido amigo, es cierto que hay muchas cosas en cada cristiano que ofrecen un gran motivo para juzgarnos a nosotros mismos y humillarnos profundamente ante Dios; sin embargo, esto es algo muy diferente a que el pecado obtenga un mayor dominio sobre nosotros. Donde el pecado gana poder, siempre hay un endurecimiento correspondiente del corazón y una insensibilidad espiritual. El pecado es servido de buena gana por los malvados, y es dulce y agradable para ellos. Pero si se afligen por el pecado, se oponen sincera y vigorosamente a él, se condenan por él, entonces las cosas viejas han pasado y todo es nuevo. "Los cristianos pueden estar seguros de que, una creciente sensibilidad de la conciencia y el dolor del corazón por el pecado, es una de las principales evidencias de crecimiento en la gracia y de buenos avances en la santidad, que es probable que tengan en este lado del cielo. Porque cuanto más puro y santo es el corazón, naturalmente tendrá un sentimiento más rápido de cualquier pecado que permanezca en él" (Jas. Fraser, 1760).

La doble experiencia del cristiano está claramente indicada en la declaración de Pablo: "Así que con la mente yo mismo sirvo a la ley de Dios, pero con la carne, a la ley del pecado" (Romanos 7:25). Pero alguien puede replicar que el versículo inicial del siguiente capítulo dice: "Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que

están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al espíritu". Ah, fíjese en la minuciosa precisión de la Escritura: si hubiera dicho "que no actúan según la carne" bien podríamos desesperar, y concluir con certeza que no somos cristianos en absoluto. Pero "caminar" es un curso deliberado, en el que un hombre procede libremente, sin fuerza o lucha; es lo contrario de ser arrastrado o conducido. Pero cuando el creyente sigue los dictados de la carne, es en contra de los santos deseos de su corazón, y con renuencia a la nueva naturaleza. Pero, ¿no afirma Romanos 8:4 que Cristo murió para que "la justicia de la Ley se cumpliera en nosotros"? Nuevamente respondemos: admira la maravillosa exactitud de la Escritura; no dice: "la justicia de la Ley se cumple ahora en nosotros". No es así, perfectamente, en esta vida, pero lo será en nuestra glorificación.

Tal vez el lector se sienta inclinado a preguntar: "Pero, ¿por qué permite Dios que la naturaleza pecaminosa permanezca en el cristiano? Cuidado, amigo mío, con poner en duda la infinita sabiduría de Dios: Él sabe lo que es mejor, y sus pensamientos y caminos son a menudo opuestos a los nuestros (Isaías 55:8). Pero permítanme preguntar: ¿Qué magnifica más el poder de Dios: preservar en este mundo perverso a uno que todavía tiene dentro de sí una naturaleza corrupta, o a uno que ha sido hecho tan libre de pecado como los santos ángeles? ¿Puede haber alguna duda en cuanto a la respuesta? Pero, ¿por qué no somete Dios mis lujurias? ¿No sería más para su gloria si lo hiciera? Una vez más, decimos: Cuidado con medir a Dios con tu mente. Él sabe lo que es más para su gloria. Pero responde a esta pregunta: Si tus lujurias estuvieran muy dominadas y pecaras mucho menos de lo que lo haces, ¿apreciarías y adorarías su gracia como lo haces ahora?

Nuestra tercera respuesta al alma profundamente ejercitada que pone en duda la autenticidad de su conversión, es ésta: Aplícate honestamente las siguientes pruebas. En primer lugar, en los momentos de retiro del ruido y los negocios del mundo, o durante las horas sagradas del sábado, o en tus devociones secretas, ¿cuáles son tus pensamientos, cuál es el verdadero temperamento de tu

mente? ¿Conoces a Dios, estás en comunión con Él y te deleitas en Él? ¿Es preciosa su Palabra, es la oración un ejercicio agradable? ¿Te deleitas en las perfecciones de Dios y lo estimas por su absoluta supremacía y soberanía? ¿Sientes y lamentas tu ceguera e ignorancia restantes; te lamentas por tu falta de conformidad con la ley de Dios y tu contrariedad natural a ella, y te odias por ello? ¿Vigilas, rezas y luchas contra las corrupciones de tu corazón? No ciertamente como deberías, pero ¿lo haces real y sinceramente?

En segundo lugar, ¿cuáles son los motivos de tu amor a Dios? ¿Porque crees que te ama? o ¿porque se muestra infinitamente grande y glorioso en sí mismo? ¿Te alegra que sea infinitamente santo, que conozca y vea todas las cosas, que posea todo el poder? ¿Le parece bien a su corazón que Dios gobierne el mundo, y que exija que todas las criaturas se postren en el polvo ante Él, para que sólo Él sea exaltado? ¿Te parece perfectamente razonable que ames a Dios con todo tu corazón, y aborreces y resistes todo lo que es contrario a Él? ¿Sientes que tienes toda la culpa por no ser del todo como lo requiere la ley? En tercer lugar, ¿se está formando en ti una disposición a amar a tu prójimo como a ti mismo, de modo que sólo deseas y buscas su bien? y ¿odias y te lamentas por cualquier espíritu contrario que haya en ti? Las respuestas honestas a estas preguntas deberían permitirte determinar tu verdadero estado espiritual.

"La santidad que el Evangelio requiere no se mantendrá ni en los corazones ni en las vidas de los hombres sin un conflicto continuo, una guerra, una contención; y eso con toda diligencia, vigilancia y perseverancia en ello. Es nuestra guerra, y las Escrituras abundan en el descubrimiento de los adversarios con los que tenemos que entrar en conflicto, su poder y sutileza, así como en las indicaciones y estímulos para su resistencia. Suponer que la obediencia al Evangelio se mantendrá en nuestros corazones y vidas sin una gestión continua de una guerra vigorosa contra sus enemigos, es negar la Escritura y la experiencia de todos los que creen y obedecen a Dios con sinceridad. Satanás, el pecado y el mundo la asaltan continuamente y tratan de arruinar su interés en nosotros.

No se resistirá al Diablo, lo cual es nuestro deber hacer (1 Pedro 5:8, 9), sin una contienda aguda; en la gestión de la cual se nos ordena 'tomar para nosotros toda la armadura de Dios' (Efesios 6:12). Los deseos carnales luchan continuamente contra nuestras almas (1 Pedro 2:11), y si no mantenemos una guerra hasta el final contra ellos, serán nuestra ruina. Tampoco se podrá evitar el poder del mundo de otra manera que no sea con una victoria sobre él (1 Juan 5:4), que no se obtendrá sin contender.

"Pero supongo que no hace falta confirmar a nadie que sepa lo que es servir y obedecer a Dios en las tentaciones, que la vida de fe y la carrera de la santidad no serán perseveradas sin un severo esfuerzo, trabajo, contención, con diligencia y persistencia; de modo que lo tomaré como un principio (nocionalmente al menos) acordado por la generalidad de los cristianos. Si no queremos ser santos en estos términos, debemos dejarlo estar, porque en cualquier otro caso nunca lo seremos. Si desfallecemos en este camino, si lo abandonamos, si pensamos que lo que pretendemos en él no vale la pena obtenerlo o perseverar en una contienda tan severa durante todos nuestros días, debemos contentarnos con estar sin ello. Nada promueve tanto el interés del infierno y la destrucción en el mundo, como la presunción de que el cumplimiento perezoso de algunos deberes y la abstinencia de algunos pecados, es lo que Dios aceptará como nuestra obediencia. Crucificar el pecado, mortificar nuestros afectos desordenados, luchar contra todos los intereses de la carne, de Satanás y del mundo, y eso en las acciones internas de la gracia, y en todos los casos de los deberes externos, y eso siempre mientras vivamos en este mundo, es lo que se requiere de nosotros" (John Owen, 1660).

De todo lo que se ha dicho debería ser evidente que el cristiano necesita ejercer el mayor cuidado posible, diariamente, sobre la pureza interior de su corazón, oponiéndose seriamente a las primeras mociones de toda lujuria carnal, afecto desordenado, imaginación malvada y pasión impía. El corazón es la verdadera sede de la santidad. La santidad del corazón es la parte principal de nuestra conformidad con la ley espiritual de Dios, y ninguna obra

externa es considerada santa por Él si el corazón no está bien con Él -deseando y buscando la obediencia a Él- porque Él ve y prueba el corazón. La santidad del corazón es absolutamente necesaria para la paz de la mente y el gozo del alma, porque sólo un corazón limpio puede estar en comunión con el Dios tres veces santo: entonces, guarda tu corazón con toda diligencia, porque de él salen los asuntos de la vida" (Proverbios 4:23).

En el último párrafo no hemos dicho nada que entre en conflicto con nuestras observaciones en el cuerpo de este artículo; más bien hemos enfatizado una vez más otro aspecto de nuestro tema, a saber, el deber apremiante que recae sobre el cristiano de poner su corazón y su vida en plena conformidad con la Ley. Sería un grave pecado de parte del escritor si bajara la norma que Dios ha puesto ante nosotros al nivel de nuestros logros actuales. La diferencia entre lo que deberíamos ser y lo que realmente somos en nuestro carácter y conducta es enorme, y nuestro dolor debería ser profundo. Sin embargo, si la raíz del asunto está en nosotros, habrá un anhelo, una oración y una presión hacia una mayor santidad personal y práctica.

N. B. Este aspecto de nuestro tema ha sido desarrollado a propósito de manera algo desproporcionada. La suprema importancia del mismo requería una gran cantidad de detalles. La ignorancia reinante exigía un tratamiento extenso del tema. A menos que sepamos lo que es la Regla de Santificación, y tratemos de ajustarnos a ella, todos nuestros esfuerzos en pos de la santidad estarán y deberán estar fuera de lugar. Nada honra más a Dios, y nada contribuye más a nuestra verdadera felicidad, que el hecho de que su LEY sea reverenciada, amada y obedecida por nosotros.

21. El INSTRUMENTO de la santificación

Pablo fue enviado a los gentiles "para abrirles los ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz y del poder de Satanás a Dios, para que reciban el perdón de los pecados y la herencia entre los santificados por la fe que está en mí" (Hechos 26:18). Hay que evitar dos extremos en relación con la relación precisa que la fe mantiene con los diversos aspectos de la salvación: menospreciarla y darle demasiada importancia. Hay quienes niegan expresamente que la fe tenga alguna parte o lugar en la obtención de la misma. Por otra parte, hay algunos que virtualmente hacen un salvador de la fe, atribuyéndole lo que sólo pertenece a Cristo. Pero si nos atenemos a la Escritura y observamos todo lo que en ella se dice (en lugar de limitar nuestra atención a unos pocos pasajes), no hay excusa para caer en ninguno de los dos errores. Por lo tanto, haremos algunas observaciones con el objeto de refutar cada uno de ellos.

"Pero sin fe es imposible agradar a Dios" (Hebreos 11:6). Somos salvados por la fe (Lucas 7:50). Somos justificados por la fe (Romanos 5:1). Vivimos por la fe (Gálatas 2:20). Nos mantenemos en pie por la fe (2 Corintios 1:24). Caminamos por la fe (2 Corintios 5:7). Obedecemos por la fe (Romanos 1:5). Cristo habita en nuestros corazones por la fe (Efesios 3:17). Vencemos al mundo por la fe (1 Juan 5:4). El corazón es purificado por la fe (Hechos 15:9). Todos los deberes, para su correcto motivo y fin, dependen de ella. Ninguna prueba o aflicción puede ser soportada paciente o provechosamente a menos que la fe esté en ejercicio. Toda nuestra guerra sólo puede ser llevada y terminada victoriosamente por la fe (1 Timoteo 6:12). Todos los dones y las gracias de Dios se presentan en las promesas, y sólo pueden ser recibidos y disfrutados por nosotros en una forma de creer. Es una alta adoración ser fuerte en la fe dando gloria a Dios. En vista de todo esto, no debemos

sorprendernos al leer que somos "santificados por la fe".

Pero, ¿de qué manera nos santifica la fe? Para responder adecuadamente a esta pregunta debemos tener en cuenta cuidadosamente los aspectos principales de nuestro tema, que ya han sido considerados por nosotros en los capítulos anteriores de este libro. En primer lugar, la fe no tiene nada que ver con el hecho de que el Padre nos haya apartado y bendecido con todas las bendiciones espirituales en Cristo antes de la fundación del mundo: es uno de los errores del arminianismo que deshonra a Dios y exalta a las criaturas el afirmar que los cristianos fueron elegidos sobre la base de que Dios previó que creerían. En segundo lugar, nuestra fe no fue, en ningún sentido, una causa móvil para que Cristo se convirtiera en la garantía de su pueblo y obtuviera para ellos una santidad perfecta ante Dios. Tercero, la fe no tiene ninguna influencia en hacer que el Espíritu Santo separe a los elegidos de los réprobos, pues en el momento en que lo hace están muertos en delitos y pecados, y por lo tanto son totalmente incapaces de realizar cualquier acto espiritual. En cuarto lugar, la fe no contribuirá en nada a la glorificación del cristiano, pues ésta es obra exclusiva de Dios, siendo el sujeto de la misma totalmente pasivo en ella. "A los que justificó, también los glorificó".

Así, la fe, por muy importante que sea, desempeña sólo una parte secundaria y subordinada en la santificación. No es ni la causa originaria, ni la meritoria, ni la eficiente, sino sólo la instrumental. Sin embargo, la fe es necesaria para una unión salvadora con Cristo, y hasta que no se efectúe, no podremos recibir ninguna de las bendiciones y beneficios que hay en Él. Parece extraño que alguien que está bien versado en las Escrituras y que profesa estar sujeto a sus enseñanzas, cuestione lo que se acaba de afirmar. Tomemos una declaración como "los que creen para la salvación del alma" (Hebreos 10:39). Es cierto que no nos salvamos por creer, pero es igualmente cierto que no hay salvación para ningún pecador sin que crea. Toda bendición que recibimos de Cristo es consecuencia de nuestra unión a Él, y por lo tanto no podemos recibir la santidad que hay en Él hasta que seamos "santificados por la fe." Además, la

fe es necesaria para la recepción de la verdad purificadora, para la liberación práctica del poder del pecado, y para el progreso o crecimiento en la santidad personal.

Antes de continuar, señalemos que la fe que el Evangelio requiere, la fe que une salvadoramente al pecador con Cristo, la fe que produce la santificación, es mucho más que el simple asentimiento de la mente a lo que se registra en las Escrituras acerca del Señor Jesús; es algo muy diferente de la mera adopción de ciertas opiniones evangélicas respecto al camino de la salvación. El Día venidero revelará el solemne hecho de que miles de personas bajaron al infierno con sus cabezas llenas de creencias ortodoxas, por las que muchos de ellos contendieron fervientemente y propagaron con celo, al igual que el mahometano lo hace con los principios de su religión. La fe salvadora, mi lector, es la entrega del alma y la confianza en el Señor Jesucristo como un Salvador vivo, amoroso y todo suficiente, y eso, sobre el único pero seguro testimonio de Dios mismo. Cuando decimos "un Salvador todo suficiente" nos referimos a Uno en quien hay una santidad sin mancha así como una justicia perfecta para aquellos que vienen a Él.

La fe se aferra a Cristo tal como se ofrece a los pecadores en el Evangelio, y Él se presenta allí no sólo para la justificación sino también para la santificación de todos los que verdaderamente creen en Él. El glorioso Evangelio de la gracia no sólo anuncia a Uno que libera de la ira venidera, sino que da título para acercarse ahora al Dios tres veces santo. Además, la fe acepta a un Cristo completo: no sólo como Sacerdote para expiarnos, sino como Rey para reinar sobre nosotros. La fe, pues, es el instrumento de nuestra santificación. La fe es el ojo que percibe las disposiciones de gracia que Dios ha hecho para su pueblo. La fe es la mano que se apropia de esas provisiones. La fe es la boca que recibe todo el bien que Dios ha almacenado para nosotros en Cristo. Sin fe es imposible agradar a Dios, y sin el ejercicio de la fe es imposible hacer ningún progreso real en la vida espiritual.

Muchos del pueblo del Señor se privan de gran parte de su paz y alegría al confundir la fe con sus frutos; no distinguen entre la Palabra de Dios creída y lo que sigue de creerla correctamente. El fruto crece en el árbol, y el árbol debe existir antes de que pueda haber fruto. La verdadera obediencia, la adoración aceptable, el crecimiento en la gracia, la seguridad de la salvación, son lo que la fe produce, y no lo que la fe misma es: son los efectos de la fe que obra, y no definiciones de la naturaleza de la fe. La fe deriva su ser de la Palabra de Dios, y todos sus frutos son el resultado de creer. Lo que Dios ha dicho en su Palabra exige la creencia de todos aquellos a quienes la Palabra llega. La fe y la Palabra de Dios, entonces, están relacionadas como el efecto y la causa, porque "la fe viene por el oír, y el oír por la Palabra de Dios" (Romanos 10:17). Cuando la fe viene por el "oír" interno, entonces asentimos a lo que Dios ha dicho, y confiamos en su fidelidad para cumplir lo que ha prometido; hasta que eso se haya efectuado no puede haber frutos de fe.

Por lo tanto, es muy importante definir correctamente lo que es la fe, porque un error en este punto no sólo es una deshonra para Dios, sino que es perjudicial para el alma y no favorece su paz. La fe es tomar a Dios por su palabra y descansar en lo que ha dicho. Es depender de Cristo para que otorgue las bendiciones y gracias que ha prometido a los que creen. ¿Cómo puede un alma contaminada por el pecado ser partícipe de la eficacia limpiadora de la sangre del Cordero? Sólo por la fe. La virtud purificadora de la sangre de Cristo, y la administración del Espíritu para hacerla efectiva en nuestras almas y conciencias, se exhibe en las promesas del Evangelio; y la única manera de ser partícipe de las cosas buenas presentadas en las promesas es por la fe. Dios mismo ordenó esta eficacia instrumental para la fe en el Pacto Eterno, y nada es más honroso para Él que el ejercicio de la fe real.

Volviendo a nuestra pregunta anterior, ¿de qué manera nos santifica la fe? Respondemos, en primer lugar, uniéndonos a Cristo,

el Santo. La unión con Cristo es el fundamento de todas las bendiciones del cristiano, pero no es hasta que está realmente unido a Cristo por la fe que esas bendiciones son realmente entregadas a él. Entonces es cuando Cristo es "hecho para nosotros sabiduría, justicia, santificación y redención" (1 Corintios 1:30). Es la fe la que recibe la expiación de Cristo, porque Dios ha propuesto a Cristo "un sacrificio expiatorio por medio de la fe en su sangre" (Romanos 3:25), y su sangre infinitamente meritoria no sólo justifica sino que también santifica. Por lo tanto, no hay ninguna virtud intrínseca en la fe en sí misma, sino que su valor radica totalmente en que es la mano que se aferra a Aquel que posee la virtud infinita. Por esta misma razón, la fe excluye toda jactancia (Romanos 3:27) y, por tanto, cualquier "creer" que produzca autocomplacencia o resulte en satisfacción propia no es ciertamente la fe del Evangelio.

En segundo lugar, la fe santifica al creyente al permitirle disfrutar ahora de lo que es suyo en Cristo y de lo que será suyo en sí mismo en el Cielo. La fe pone su sello en que el testimonio de Dios es verdadero cuando declara que "somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre" (Hebreos 10:10). La fe asegura a su poseedor que, aunque sigue siendo una criatura caída en sí misma y, como tal, un pecador hasta el final de su curso terrenal, sin embargo, en Cristo es perfectamente santo, teniendo la misma posición inmaculada ante Dios que tiene su Cabeza y Garantía; porque "como Él es, así somos nosotros en este mundo" (1 Juan 4:17). Así, la fe es "la evidencia de cosas que no se ven" (Hebreos 11:1) por el ojo natural, ni se sienten por los sentidos naturales. La fe nos proyecta fuera de esta escena por completo y lleva el corazón al Cielo mismo - no una fe natural, no una fe producida por un predicador, sino la fe del Evangelio, impartida por el Espíritu Santo.

Pero no nos equivoquemos en este punto. La fe de la que estamos hablando aquí no es un fanatismo ciego. No ignora la presencia del pecado interno. No pierde de vista las actividades constantes de la carne. Se niega a atenuar los frutos viles que la carne produce, calificándolos de pecadillos, ignorancia, errores, etc. No, la fe tiene

una visión clara y percibe la infinita enormidad de todo lo que se opone a Dios. La fe es honesta y desprecia la hipocresía de llamar luz a las tinieblas. Pero la fe no sólo ve la depravación total del ser natural y la horrible suciedad que ensucia cada parte de él, sino que también ve la preciosa sangre que ha satisfecho todas las demandas de Dios sobre aquellos por quienes fue derramada, y que limpia de todo pecado a los que ponen su confianza en ella. No es fanatismo ni presunción que la fe reciba en su valor nominal lo que Dios ha declarado sobre la suficiencia del sacrificio de Cristo.

En tercer lugar, la fe santifica al derivar la gracia de la plenitud que hay en Cristo. Dios ha constituido al Mediador como la Fuente de todas las influencias espirituales y la fe es el instrumento por el cual se derivan de Él. Cristo no sólo es una Cabeza de autoridad para Su Iglesia, sino también una Cabeza de influencia. "Sino que, hablando la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, es decir, Cristo, de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que lo componen, según la actividad propia de cada miembro, contribuye a la edificación del cuerpo en amor" (Efesios 4:15, 16). Esa "obra eficaz en la medida de cada parte" es por los suministros de gracia que se reciben de Cristo, y esa gracia fluye a través del canal designado de la fe. Como el Señor Jesús declaró al padre del hijo atormentado por el demonio: "Si puedes creer, todas las cosas son posibles para el que cree" (Marcos 9:28); y a los dos mendigos ciegos que clamaron a él por misericordia: "Conforme a vuestra fe os sea hecho" (Mateo 9:29). Cuán fervorosos e importunos debemos ser al suplicar al Señor que fortalezca y aumente graciosamente nuestra fe.

Es por la fe que se aferra a un Cristo lleno que el alma vacía se repone. Todo lo que necesitamos, tanto para el tiempo como para la eternidad, se encuentra en él; pero la mano de la fe debe ser extendida, aunque sólo agarre el borde de su manto, para que la virtud fluya de él hacia nosotros. Así como la fuerza de Sansón estaba en sus mechones, la fuerza del cristiano está en su cabeza. Esto lo sabe muy bien el diablo, y por eso se esfuerza tanto en alejarnos de Cristo, haciendo que las nubes de la incredulidad

culten de nuestra vista el rostro radiante del Sol de justicia, y consiguiendo que estemos tan ocupados con nuestro miserable yo que nos olvidemos del gran Médico. Así como la savia derivada de la raíz hace fructificar las ramas, así también la virtud que la fe extrae de Cristo hace que el creyente abunde en santidad. De ahí la exhortación: "Tú, pues, hijo mío, esfuérzate en la gracia que hay en Cristo Jesús" (2 Tm 2,1).

En cuarto lugar, la fe santifica porque limpia el alma. "Y Dios, que conoce el corazón, les dio testimonio, dándoles el Espíritu Santo, como a nosotros; y no puso diferencia entre nosotros y ellos, purificando sus corazones por la fe" (Hechos 15:8, 9). Es por la fe que el corazón es "rociado de una mala conciencia" por la sangre de Cristo. Es por la fe que los afectos son elevados a las cosas de arriba, y por lo tanto desligados de los objetos contaminantes del mundo. Es por el ejercicio de la fe a que las "partes internas" (Salmo 51:6) se conforman en cierta medida a la Regla de la justicia y la santidad, porque "la fe obra por el amor" (Gálatas 5:6), y "el amor es el cumplimiento de la Ley" (Romanos 13:10). Hay que tener en cuenta que en Hechos 15:9 el apóstol no dijo "sus corazones fueron purificados por la fe"; en cambio, usó el tiempo presente "purificando", porque es un proceso continuo que dura mientras el creyente está en la tierra. Este aspecto de nuestra santificación no se completa hasta que somos liberados de este mundo.

En quinto lugar, la fe santifica porque por ella mantenemos la comunión con Cristo, y la comunión con Él no puede sino alimentar el principio de santidad en el regenerado. Por lo tanto, la fe es santificadora en su propia naturaleza, porque se ejerce sobre objetos espirituales. "Pero todos nosotros, mirando a cara descubierta (por la fe) como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen por el Espíritu del Señor" (2 Corintios 3:18). La fe es una gracia transformadora porque hace que el alma se adhiera al Divino Transformador. Así como la fe nos hizo aferrarnos primero a Cristo, así nos impulsa a seguir viniendo a Él; y si la mujer que tocó el borde de Su manto por la fe obtuvo la curación de su cuerpo, ¡acaso los que se adhieren a Cristo no

seguirán obteniendo de Él la curación de sus males espirituales!

Sexto, la fe santifica porque se apropia de los mandamientos de Dios y produce obediencia. Somos santificados "por la verdad" (Juan 17:17), pero la Palabra actúa no sin un acto de nuestra parte así como de la de Dios. No es más que un entusiasmo ciego el que supone que las Escrituras obran en nosotros como un encanto mágico. Qué solemne es el pasaje "pero la Palabra predicada no les aprovechó, al no estar mezclada con la fe en los que la escucharon" (Hebreos 4:2). La Palabra no nos sirve de nada si no se recibe en un corazón confiado y se actúa con fe. Por eso leemos: "ya que habéis purificado vuestras almas obedeciendo a la verdad por medio del Espíritu" (1 Pedro 2:22): sólo en la medida en que la verdad es recibida con la autoridad de Dios, se le da un lugar en nuestros afectos y se le rinde por la voluntad, nuestras almas son "purificadas" por ella. Cuanto más la fe nos hace correr por el camino de los mandamientos de Dios, más se libera el alma de los efectos contaminantes de la complacencia propia.

En séptimo lugar, la fe santifica porque responde a los diversos motivos que Dios ha propuesto a su pueblo, motivos para estimularlos a sus mayores esfuerzos y diligencia en el uso de esos caminos y medios que Él ha designado para prevenir las contaminaciones del pecado, y para limpiar la conciencia cuando se ha contraído la contaminación. Cuando la fe recibe la Palabra como si fuera de Dios, su autoridad divina asombra al alma, somete la enemistad y produce sumisión. Los efectos de la fe son que el alma tiembla ante las amenazas divinas, rinde obediencia a los preceptos divinos y abraza gustosamente las promesas divinas. Aquí, y de ninguna otra manera, obtenemos una evidencia infalible de la realidad y autenticidad de nuestra fe. Así como la especie de un árbol se identifica por la naturaleza de los frutos que da, así la clase de fe que tenemos puede determinarse por el carácter de los efectos que produce. En los últimos párrafos hemos tratado de describir algunos de esos efectos.

22. El INSTRUMENTO de la Santificación (Completado)

Habiendo presentado en nuestro último capítulo un esbozo de la parte que la fe desempeña en la santificación, nos esforzaremos ahora, bajo la dirección de Dios, en ofrecer consuelo a algunos de nuestros hermanos y hermanas en Cristo, agobiados por el pecado, acosados por la duda y atormentados por Satanás. "Consuélate, consuélate, pueblo mío, dice tu Dios". (Isaías 40:1). ¿Y por qué? Porque los hijos de Dios son el pueblo más profundamente afligido sobre la faz de la tierra. Aunque a veces experimentan una paz que sobrepasa todo entendimiento, se deleitan en ese amor que sobrepasa todo conocimiento, y se regocijan con un gozo indecible, sin embargo, la mayor parte de sus almas están muy abatidas, y los temores, la esclavitud, los gemidos, constituyen una gran parte de su experiencia. Puede que durante una breve temporada se deleiten con los pozos y las palmeras de Elim, pero la mayor parte de su vida la viven en el "gran desierto aullante" (Deuteronomio 32:10), de modo que a menudo se ven obligados a decir: "¡Oh, si tuviera alas como las de una paloma! porque entonces volaría y estaría tranquilo".

Una experiencia tan angustiosa hace que muchos de los regenerados duden muy seriamente si son verdaderos cristianos. No pueden armonizar su melancolía con la ligereza que observan en los profesores de religión a su alrededor. No, y no necesitan desearlo. La religión superficial y apóstata de nuestros días no está produciendo más que una generación de personajes huidizos y espumosos, que desprecian todo lo que es sobrio, serio y solemne, y que se mofan de lo que escudriña, desnuda y abate en el polvo. Los Isaacs de Dios no deben esperar ser comprendidos y menos aún apreciados por los "burlones" Ismael (Génesis 21:9), pues aunque éstos habitan por un tiempo en la casa de Abraham, una madre

diferente los ha parido. A menos que el creyente angustiado por el pecado y atormentado por el miedo sea "como un gorrión solo en la azotea" (Salmo 102:7), entonces tendrá que decir "mi herencia es para mí como un pájaro moteado, las aves de alrededor están contra mí" (Jeremías 12:9) - no hay unidad, no hay comunión.

Muchos de los queridos hijos de Dios son como Asaf. "Pero en cuanto a mí, mis pies estaban casi perdidos; mis pasos casi habían resbalado. Porque tuve envidia de los insensatos, al ver la prosperidad de los impíos. Porque no hay bandas en su muerte, sino que su fuerza es firme. No se turban como los demás hombres, ni se atormentan como los demás hombres. Por eso la soberbia los rodea como una cadena; la violencia los cubre como un manto. Sus ojos sobresalen por la gordura; tienen más de lo que el corazón puede desear. Se corrompen y hablan con maldad; en cuanto a la opresión, hablan con altivez" (Salmo 73:2-8). Al contemplar la prosperidad de este pueblo, Asaf se tambaleó, suponiendo que Dios estaba con ellos y lo había abandonado.

La contraparte espiritual de esto se encuentra en la moderna Laodicea. Hay una generación de cristianos profesantes que parecen disfrutar de una gran "prosperidad" religiosa. Tienen un conocimiento considerable de la letra de las Escrituras; son expertos en "dividir correctamente la Palabra"; tienen gran luz sobre los misterios de la profecía; y tienen mucho éxito como "ganadores de almas". No tienen altibajos en su experiencia, ni dolorosas vueltas y revueltas, sino que siguen un curso recto con corazones ligeros y semblantes radiantes. La Providencia les sonríe, y nunca tienen una duda en cuanto a su aceptación en Cristo. Satanás no les molesta, ni el pecado que habita en ellos es una plaga diaria. Y el pobre cristiano, consciente de su debilidad, de su ignorancia, de su pobreza, de su vileza, se ve muy tentado a sentir "envidia" de ellos, porque parecen tener "más de lo que el corazón puede desear", mientras que los anhelos de su corazón le son negados, y lo que persigue con tanto afán sigue eludiendo su alcance.

Ah, pero observen bien algunas de las otras características de esta próspera compañía. El orgullo los rodea como una cadena" (Salmo 73:6). Sí, son totalmente ajenos a la humildad y a la bajeza. Se complacen con sus plumas de pavo real, sin saber que Dios ve las mismas como "trapos de inmundicia". "En cuanto a la opresión, hablan con altivez" (Salmo 73:8). Los hijos de Dios están oprimidos, muy oprimidos, por sus corrupciones, por sus innumerables fracasos, por los ocultamientos del rostro del Señor, por las acusaciones de Satanás. Están oprimidos por las obras de la incredulidad, por la frialdad de sus corazones, por la insinceridad de sus oraciones, por sus vanas imaginaciones. Pero estos laodicenses, "hablan con altivez", ridiculizando tales cosas, y se jactan de su paz, alegría y victoria. "Por tanto, su pueblo, vuélvase aquí; y las aguas de una copa llena les son escurridas" (Salmo 73:10), pues cuando los verdaderos cristianos escuchan los "testimonios" de la gente de la "vida superior", concluyen que sería el colmo de la presunción considerarse a sí mismos como cristianos en absoluto.

He aquí los impíos", continúa Asaf, "que prosperan en el mundo (religioso); se enriquecen" (Salmo 73:12). Y mientras se ocupaba de ellos, contrastando su propia y triste suerte, un espíritu de descontento y petulancia se apoderó de él. "Verdaderamente he limpiado mi corazón en vano" (Salmo 73:13) - ¿de qué valen todas mis diligencias y esfuerzos pasados? No soy "próspero" como estos profesores: No tengo sus gracias ni sus logros, no disfruto de la paz, la seguridad y la victoria que ellos tienen. Ni mucho menos: "Porque todo el día he sido atormentado y castigado cada mañana" (Salmo 73:14). Ah, esa fue la experiencia del santo Asaf, lector mío; ¿es la tuya? Si es así, estás en buena compañía, por mucho que los fariseos actuales te desprecien.

Entonces el salmista fue revisado, y se dio cuenta de su error al dar paso a tan perversos sentimientos. "Si digo, hablaré así, he aquí que ofenderé a la generación de tus hijos" (Salmo 73:15). Sí, la generación de los hijos de Dios se ofenderá cuando oiga a uno de sus hermanos decir que es "vano" usar los medios de gracia

señalados porque éstos no han producido la liberación del pecado que mora en ellos. "Cuando pensé en saber esto, fue demasiado doloroso para mí; hasta que entré en el santuario de Dios, entonces comprendí su fin. Ciertamente los pusiste en lugares resbaladizos; los arrojaste a la destrucción" (Salmo 73 :16-18). ¡Qué indeciblemente solemne! En lugar de que estos prósperos laodicenses tuvieran una experiencia espiritual muy por encima de aquellos cuyos corazones los atormentan "todo el día", eran totalmente extraños a la verdadera espiritualidad. En lugar de estar entre los principales favoritos de Dios, habían sido puestos por Él en los "lugares resbaladizos" del error y la falsa religión, para ser finalmente "arrojados a la destrucción".

Qué advertencia es esta, mi hermano acosado por el pecado, de no envidiar a aquellos que son ajenos a la plaga de sus propios corazones, que no gimen "estando agobiados" (2 Corintios 5:4), y que no claman "oh, miserable de mí" (Romanos 7:24). No envidies a los orgullosos laodicenses, que son "ricos y se han enriquecido y no tienen necesidad de nada", y no sabes que son "desdichados, miserables, pobres, ciegos y desnudos" (Ap. 3:17). En cambio, da gracias si Dios te ha hecho "pobre de espíritu" -sintiéndote desprovisto de toda gracia y fruto espiritual-; y "llora" por tu esterilidad y extravío; porque nadie más que Cristo declara "bienaventurados" a tales personajes. ¿Y por qué habrías de pensar que es extraño que te encuentres entre esa pequeña compañía que son las personas más afligidas de la tierra? ¿No has sido llamado a la comunión con Cristo, y no fue Él "El Hombre de dolores" mientras tabernaba en este mundo? Si Él se afligió y sufrió tanto al soportar el castigo del pecado, ¿se quejarán ustedes porque ahora Dios los hace gemir diariamente bajo las obras sentidas del poder del pecado?

El hecho es que gran parte de lo que ahora pasa por santificación no es más que una especie de fariseísmo, que hace que sus engañados votantes den gracias a Dios por no ser como los demás hombres; y es triste encontrar que muchos del pueblo del Señor aumentan sus miserias lamentándose por lo lejos que están de los elevados logros

que imaginan que han alcanzado estos fanfarrones. Un "testimonio cristiano" verdadero y que honra a Dios, mi lector, no consiste en engrandecerse a sí mismo, contando logros y excelencias que, con aparente humildad, se atribuyen a la habilitación divina. No, de hecho, muy lejos de ello. El "testimonio" que más honra al Señor es el que reconoce su asombrosa gracia y el que magnifica su infinita paciencia al seguir soportando a un desgraciado tan ingrato, sin corazón e insensible.

El gran error que comete la mayoría del pueblo del Señor es esperar descubrir en sí mismo lo que se encuentra sólo en Cristo. Es esto, en realidad, lo que hace que se vuelvan tan envidiosos y descontentos cuando contemplan la santidad espuria de algunos y el atractivo carnal de otros. Existe tal cosa como "la bondad" de la carne, que es "como la flor del campo" (Isaías 40:6), pero como nos dice el versículo siguiente "el Espíritu del Señor sopla sobre ella". Pero tan fácilmente son engañados los simples hoy en día que a menudo confunden tal "bondad" con la piedad. Porque, mi lector, un hombre (o mujer) en su constitución personal puede ser tan manso y dócil como un cordero, puede ser constitucionalmente tan amable y agradecido como un spaniel, y puede ser temperamentalmente tan alegre como una alondra; sin embargo, no hay un grano de gracia en estas cualidades naturales. Por otro lado, el cristiano, en su temperamento natural, es probable que sea tan sombrío como un búho o tan salvaje como un tigre; sin embargo, eso no refuta la gracia en él.

"Porque veis vuestra vocación, hermanos, cómo no son llamados muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles: Sino que Dios ha escogido lo necio del mundo para confundir a los sabios; y Dios ha escogido lo débil del mundo para confundir a los poderosos; y ha escogido lo vil del mundo, y lo despreciable, y lo que no es (las no-entidades, las cifras) para reducir a la nada lo que es: para que ninguna carne se gloríe en su presencia" (1 Corintios 1:26-29). Si este pasaje se recibiera realmente en su valor nominal, muchos de los hijos de Dios afligidos por el pecado y que dudan encontrarían la llave que abre

mucho de lo que es desconcertante y penoso en su experiencia.

En su determinación de magnificar su gracia soberana, Dios ha seleccionado a muchos de los peores de la raza caída de Adán para que sean los monumentos eternos de su insondable misericordia - aquellos a quienes Lutero acostumbraba a designar como "los rifeños del Diablo". Esto es muy evidente también en "Salid deprisa a las calles y a los caminos de la ciudad, y traed aquí a los pobres, a los mancos, a los cojos y a los ciegos" (Lucas 14:21) - ¡los más improbables como invitados a un festín real, los desamparados y vagabundos de la sociedad! Hay miles de personas morales, rectas y amables que nunca son llamadas eficazmente por el Espíritu; mientras que los pervertidos morales, los ladrones y los de mal carácter son regenerados. Cuando estos nacen de nuevo, todavía tienen inclinaciones viles, disposiciones horribles, temperamentos ardientes, que son muy difíciles de controlar, y están sujetos a tentaciones que muchos de los no regenerados no conocen de primera mano.

Cientos más de hijos de Dios, cuyos espíritus animales son mucho más tranquilos por naturaleza y cuyo temperamento es más parejo y plácido, sin embargo, están plagados de un espíritu de orgullo y justicia propia, que es tan odioso a los ojos de Dios como la degeneración moral lo es para los mundanos respetables. Ahora bien, a menos que los pensamientos de los tales se formen a partir de las Escrituras, es seguro que abrigarán concepciones erróneas que destruirán su paz y los llenarán de dudas y temores, pues al descubrir más plenamente y ver más claramente el mar de corrupción que hay en su interior, concluirán que nunca han pasado de la muerte a la vida. Pero poner en duda nuestra regeneración porque no obtenemos la liberación del poder del pecado residente, es un gran error; el nuevo nacimiento no elimina ni refina la carne, sino que es la recepción de una naturaleza que siente el pecado como una carga intolerable, y que anhela la santidad por encima de todo.

Si realmente he venido a Cristo como un pecador leproso y en bancarrota, totalmente desesperado por la autoayuda, y he puesto mi confianza en la suficiencia de su sacrificio, la Escritura afirma que Dios ha hecho que Cristo sea la santificación para mí (1 Corintios 1:30) y que he recibido un espíritu de santidad de Él. Ahora bien, la fe acepta este bendito hecho a pesar de un océano de corrupción y de la continua furia del pecado en mi interior. Mi paz mental dependerá, entonces, en gran medida de la continua aprehensión de la fe de la perfecta salvación que Dios ha provisto para su pueblo en Cristo, y que en el cielo disfrutarán en sus propias personas. Después de que el pecador ha venido a Cristo salvadoramente, el Espíritu Santo le da un descubrimiento mucho más completo de su vileza, y lo hace cien veces más consciente de cuánto hay en su corazón que se opone a Dios, de lo que jamás se dio cuenta antes; y a menos que la fe se ejercite diariamente, las actividades de la carne matarán su seguridad - en lugar de ello, deberían llevarlo más y más cerca de Cristo.

Oh, lector cristiano, qué diferencia habría si te dieras cuenta de la verdad de que cada tentación que encuentras, cada derrota que sufres, cada experiencia angustiosa por la que pasas, es una llamada y un desafío para el ejercicio de la fe. Os quejáis de que seguís siendo objeto del pecado, de que se adhiere a vosotros como la carne a los huesos, de que se mezcla con vuestros deberes y contamina cada acto que realizáis. A menudo sientes que no eres más que pecado. Cuando intentas caminar con Dios, el mal interior se levanta y te detiene. Cuando lees su Palabra o te esfuerzas en orar, los pensamientos incrédulos, las imaginaciones carnales, las lujurias mundanas, buscan poseer tu alma. Te esfuerzas contra ellos, pero es en vano. En lugar de mejorar, las cosas empeoran. Le pides a Dios humildad, y el orgullo se eleva más; le clamas por más paciencia, pero aparentemente su oído está cerrado. Ah, ahora estás aprendiendo la dolorosa verdad de que en tu carne no habita "nada bueno".

Sí, pero ¿qué puede hacer una pobre alma en un caso tan desgarrador? ¿Cómo es posible que conserve alguna paz en su

conciencia? Cuando el creyente es tan atacado por el pecado y por Satanás, ¿cómo puede defenderse? Sólo la fe en la Palabra segura de Dios puede evitar que se hunda en la desesperación. Este es el momento en que debe mantener su confianza en la suficiencia de la sangre de Cristo y la excelencia de su justicia imputada. Su fe está siendo probada por el fuego para que salga como oro. Es por medio de tales experiencias que se pone a prueba la autenticidad de su fe. El creyente es echado en el horno para que la fe entre en conflicto con la incredulidad, y aunque será sometido a una dura prueba, la victoria es segura. La prueba de su victoria es la perseverancia de la fe (en medio de mil vacilaciones) hasta el fin. Recuerda, lector mío, que la prueba de la perseverancia no es cómo actuamos ante el éxito, sino cómo nos comportamos bajo una larga serie de derrotas. "Porque el justo cae siete veces y se levanta" (Proverbios 24:16).

No olvidemos que no podemos ocupar nuestro lugar ante Dios ahora como adoradores aceptados sin una santidad perfecta, como tampoco podemos entrar en el cielo sin ella; pero esa santidad perfecta se encuentra sólo en Cristo; la santidad práctica del cristiano no es, en la actualidad, más que un reflejo muy, muy débil de ella. Cuanto más siento mi absoluta indignidad y mi total incapacidad para acercarme a Dios e invocarlo en mi propio nombre, más agradecido debo estar por el Mediador y por el indecible privilegio de invocar a Dios en el nombre de Cristo. Y es la fe la que cuenta con el hecho glorioso de que el Dios tres veces santo puede ejercer su gracia y bondad hacia alguien tan vil como yo, y que, en consonancia con su majestad y justicia, Cristo ha honrado la ley infinitamente más de lo que mis pecados la deshonran. Aquel que siente que, como cristiano, es "un completo fracaso", y que es consciente de su continuo abuso de las misericordias de Dios, sólo puede acercarse a Dios con confianza mientras ejerce la fe en los infinitos méritos de Cristo.

Como dijimos al principio, nuestro principal objetivo al escribir este capítulo es, bajo Dios, consolar a su pueblo angustiado por el pecado, acosado por la duda y atormentado por Satanás. No ignoramos que entre las filas de los cristianos nominales hay, por un

lado, muchos "que tienen apariencia de piedad, pero niegan su poder; que siempre aprenden y nunca pueden llegar al conocimiento de la verdad" (2 Timoteo 3: 5, 7), que considerarán altamente "peligroso" mucho de lo que hemos dicho; mientras que, por otra parte, hay "hombres impíos, que convierten la gracia de Dios en lascivia" (Judas 4), que probablemente abusarán de la misma adoptándola como una opinión intelectual, de la que pueden obtener paz en su desafío a Dios. Sin embargo, a pesar de estas probables eventualidades, no vamos a retener una porción necesaria del pan de los niños.

Los que afirman haber recibido la "segunda bendición" y estar "enteramente santificados" en sí mismos, nunca han visto sus corazones a la luz de Dios. Los que se jactan de su perfección sin pecado son engañados por Satanás, y "la verdad no está en ellos" (1 Juan 1:8). Dos cosas van siempre juntas en la experiencia de un creyente genuino: un descubrimiento creciente de la vileza del yo, y una apreciación más profunda de la preciosidad de Cristo. El creyente no puede apoyarse en una base sólida hasta que vea que Cristo ha respondido plenamente a Dios por él. Su paz y su alegría serán exactamente proporcionales a su fe. "Estáis completos en él" (Colosenses 2:10): los creyentes poseen ahora una santidad perfecta en la Cabeza del Pacto, pero en la actualidad están lejos de ser perfectos en la gracia que les fluye de él. Dios honra y recompensa la fe que se ejerce sobre nuestra santidad en Cristo: no necesariamente sometiendo el pecado o concediendo la victoria sobre él, sino permitiendo a su poseedor seguir aferrándose a Cristo como su única esperanza.

Oh, lector cristiano, conténtate con no ser nada en ti mismo, para que Cristo sea tu todo. Oh, decir verdaderamente "Él debe crecer, pero yo disminuir" (Juan 3:30). El crecimiento en la gracia es un alejamiento cada vez mayor de la autocomplacencia y de la autodependencia, hacia una dependencia total de Cristo y de la gracia gratuita de Dios a través de él. Este temperamento se inicia en el creyente en el momento de la regeneración, y como la pequeña semilla de mostaza, al final se convierte en un gran árbol.

A medida que el cristiano crece en la gracia, se encuentra cada vez más lleno de necesidades, y más lejos que nunca de ser digno de recibir el suministro de las mismas. El espíritu de mendigo se apodera cada vez más de él. A medida que el Espíritu le concede más luz, se da cuenta cada vez más de la belleza de la santidad, de lo que Cristo tiene derecho a recibir de él; y hay un correspondiente auto-desprecio y dolor porque es tan impío en sí mismo y falla tan miserablemente en dar a Cristo lo que le corresponde.

La comunión con Dios y el caminar en la luz como Él está en la luz, lejos de llenar al cristiano de autocomplacencia, le hace gemir a causa de su oscuridad y suciedad, ya que la luz más clara ahora pone de manifiesto lo que antes no se percibía. No hay nada más peligroso para el alma que ocuparse de nuestros logros, victorias y alegrías. Si Pablo corría el peligro de exaltarse por la abundancia de las revelaciones que se le daban, no puede ser menor el peligro de que nos envanezcamos con pensamientos de progreso espiritual, conquistas espirituales, excelencias espirituales. Y, sin embargo, el fomento de tales pensamientos es precisamente lo que ahora se fomenta cada vez más por los charlatanes religiosos del día. No importa qué comunión con Cristo se disfrute, qué crecimiento en la gracia se haga, siempre será cierto que "los que estamos en este tabernáculo gemimos, agobiados" (2 Corintios 5:4).

Lo que hemos dicho en este capítulo no anima a un verdadero cristiano a tener opiniones bajas sobre el pecado, sino que sólo en el conocimiento vital y experimental del mismo comienza una vida de santidad. Nada hará que un alma renovada odie tanto el pecado como la comprensión de la gracia de Dios; nada le moverá a llorar tan genuinamente por sus pecados como el sentido del amor agonizante de Cristo. Es eso lo que rompe su corazón: la comprensión de que hay tanto en él que se opone a Cristo. Pero una vida de santidad es una vida de fe (el corazón volviéndose diariamente a Cristo), y los frutos de la fe son el arrepentimiento genuino, la verdadera humildad, la alabanza a Dios por su infinita paciencia y misericordia, el jadeo por la conformidad con Cristo, la oración para ser más obedientes y la confesión continua de nuestra

desobediencia. Soñar con una liberación completa del pecado que nos habita, tratar de convencernos de que la carne se está volviendo menos activa, no puede contrarrestar la humillante realidad de nuestro estado actual; pero nuestras corrupciones no deben apagar una verdadera esperanza evangélica.

Quienes han leído los capítulos anteriores de este libro no pueden suponer que tengamos el propósito de rebajar el nivel de la vida cristiana, o de hablar de paz a las almas engañadas que "profesan conocer a Dios, pero lo niegan con sus obras" (Tito 1:16). Algunos pueden acusarnos de alentar puntos de vista ligeros sobre la pecaminosidad del pecado, pero hay que recordar que la gran verdad de la gracia divina siempre ha parecido "peligrosa" para la mera sabiduría humana. Un moralista mundano debe pensar que está al servicio de los propios fundamentos de la virtud proclamar a los hombres, sin tener en cuenta lo que han hecho, y sin estipular lo que deben hacer: "Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo". Si yo creyera eso dice el hombre no renovado, tomaría mi ración de pecado, sin temor ni remordimiento. Ah, pero una fe salvadora de Dios se realiza siempre por un principio que odia el pecado y ama la santidad; y el mayor dolor de su poseedor es que sus aspiraciones se frustran tan a menudo. Pero esas mismas frustraciones son las pruebas de la fe, y deberían conducirnos diariamente a Cristo para obtener nuevas limpiezas. Señor, aumenta nuestra fe.